JENNY SWAN



EL AMOR DE LOS DRAGONES

II

El Amor de los Dragones

De dragones, amor y destino

Libro dos

JENNY SWAN

Copyright © 2024 Jenny Swan

Todos los derechos reservados.

Original: Die Liebe der Drachenhüterin de Jenny Völker

Traducción: Maxwell Zachs

Corrección: Clidia Lucía Mercedes Mansilla

Portada: M.D. Hirt

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o distribuida en cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del autor, excepto para el uso de breves citas en una reseña de libro.

.

.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35

El Fuego de los Dragones
El Correo Mágico de Jenny
¿Me escribirías una reseña?

CAPÍTULO 1



Los pasos de Elora resonaban por la sala del trono mientras caminaba de un lado a otro. Apuntó a un jarrón, que se hizo añicos un segundo después, y luego a la columna central, provocando que trozos de piedra se estrellaran contra el suelo.

Uno de los guardias seguía su furia destructiva con una mirada ansiosa, la cabeza encogida entre los hombros. —magistra, se lo suplico, ¿pretende reducir todo el castillo a escombros y cenizas?

Ella giró para enfrentarlo, con un brillo peligroso en sus ojos marrones.

—¡Cuida tu lengua, novicio! —No necesitó añadir ninguna amenaza; inmediatamente se puso firme junto a sus colegas, mirando al frente. Una gota de sudor le recorrió la sien. Ni siquiera se inmutó para limpiarla.

—¿Por qué dejasteis que escapara? ¿No entendisteis que podría sellar nuestra perdición? El siguiente jarrón se hizo añicos en innumerables pedazos, algunos de los cuales repiquetearon contra los altos vitrales, pero los cristales no se rompieron.

Los guardias no dijeron nada, ni siquiera movieron un dedo, mientras el color abandonaba sus rostros. Antes de que la hechicera pudiera atacarlos, un adepto con una larga túnica blanca entró apresuradamente. Se detuvo a una distancia respetuosa e hizo una profunda reverencia, amasando un pergamino entre sus manos. —Perdóneme, magistra, he traído la profecía que solicitó.

—¡Léela! ¡Quiero oír las palabras exactas!

Abrió el pergamino.

—Profecía del año 22 antes de las Guerras Mágicas, pronunciada por Nathan del antiguo pueblo, registrada por Helwin el Gris. —Se aclaró la garganta, y luego comenzó a hablar—. Un príncipe con oscuridad en su corazón sumirá el reino en un caos sombrío y casi borrará a los reyes del cielo. Una era de tinieblas y desesperación reinará durante eones, la guerra y la discordia se desatarán entre pueblos y gobernantes, y ningún dragón volverá a nacer.

Pero, en un futuro lejano, de las brumas del olvido, una mujer de otro mundo descubrirá un huevo y lo traerá hasta nosotros. Con ella, la esperanza perdida regresará, con ella, la luz entrará en el Reino de los Dragones. Y cuando haya desarrollado plenamente su poder, será capaz de derrotar al más poderoso de todos los magos vivos y evitar el desastre. Así está escrito, así está tejido con los hilos del destino.

Elora soltó un grito lleno de odio que hizo estremecerse a los guardias. Una lámpara de araña cayó y se estrelló ruidosamente contra el suelo de piedra, rompiéndose las velas y volando pedazos de cera por las esquinas.

—¡Debemos detenerla antes de que desarrolle sus poderes! ¿Dónde está?

Nadie respondió hasta que uno de los guardias habló tímidamente. —El luchador de dragones se la llevó.

—¡Eso lo vi yo misma! ¿Adónde la llevó?

—No lo sabemos.

—¿Estoy rodeada exclusivamente de inútiles?Tengo que explicaros lo que su ascenso podría significar para nosotros? ¿Para todo nuestro pueblo?

Los hombres agacharon la cabeza. Fuera de los terrenos del castillo, inspiraban miedo y terror, pero dentro del castillo y en presencia de su líder, se transformaban en temerosos aduladores.

Las puertas dobles se abrieron de golpe y entró Arthur. Se había refrescado y cambiado de ropa, presumiblemente para quitarse de encima la deshonra de que la guardiana se le escapara en la arena. Al parecer lo había conseguido, pues su expresión facial no podría

haber sido más arrogante. Llevaba un abrigo fino y ancho sobre la túnica blanca de los magos. Pero la suya estaba bordada con hilos de oro en los bordes. Después de todo, era mucho más poderoso que todos los demás que luchaban bajo el mando de Elora.

Extendió los brazos y caminó hacia Elora, con los labios curvados en burla.

—No te enfades, querida. La encontraremos y entonces la destruiré al instante. Con un solo hechizo

Chasqueó los dedos como si el asunto pudiera resolverse tan fácilmente, antes de extenderle la mano.

Elora apartó su brazo antes de que él pudiera tocarla.

—¿Por qué no lo hiciste en la arena?

—Porque querías un espectáculo, querida, para demostrar nuestra superioridad al pueblo.

Una vena vertical apareció en su frente, palpitando peligrosamente. Ninguno de los guardias se atrevió a moverse o hacer ruido. Arthur, sin embargo, se acercó sin vergüenza y colocó una mano en su antebrazo.

—Y ese era un buen plan. No podíamos saber que el luchador de dragones sería capaz de atravesar nuestra barrera. Pero ahora lo sabemos, y hemos reforzado el hechizo protector. No volverá a suceder a menos que queramos.

Ella resopló, con la boca torcida en señal de desagrado, pero la vena de su frente desapareció.

El tono de Arthur se volvió zalamero.

—Siéntate, querida, y toma un sorbo de licor.

—No quiero beber nada y no quiero sentarme. ¡No me relajaré hasta que esa maldita guardiana esté muerta!

—Me lo imaginaba, por eso ya he enviado mensajeros a buscarla. Sabes lo rápido que encontrarán su rastro. Y hasta que regresen, te contaré lo que he estado pensando.

—Levantó las cejas de manera sugerente, ante lo que ella adelantó el mentón y le dirigió una mirada despectiva.

—¿Tienes un plan?

Asintió, con sus estrechos ojos destellando amenazadoramente.

—Sería un honor presentártelo —Hizo una reverencia servil y apartó su abrigo con dedos en punta, como si fuera la falda de un vestido de baile.

La hechicera exhaló ruidosamente.

—Espero que tu plan valga algo, porque no podemos dejar que esa maldita traidora arcana escape de nuevo.

—Te aseguro, magistra, que no lo conseguirá.

CAPÍTULO 2



Ava yacía boca abajo, pegada detrás de una roca en el suelo, observando el sendero que subía por la colina. Durante media hora, había estado acercándose poco a poco de vuelta al Reino de los Dragones.

La traición de Rob le dolía profundamente. La había dejado atrás, aunque ella solo quería despedirse de su tía. Estaba preparada para aceptar su legado como guardiana de dragones y hacer lo mejor posible para proteger el mundo mágico. Lista para estar ahí para Lilly, para que la niña no tuviera que vivir sola en las calles nunca más. Y dispuesta a descubrir cómo había sucedido que sus padres la abandonaran de pequeña en el mundo de los humanos.

¡Ni siquiera la traición de Rob podía cambiar nada de eso!

Entendía por qué lo había hecho. Pero eso seguía sin justificar sus acciones. Por eso haría todo lo que estuviera en su poder para encontrar a Lilly y al pequeño dragón. Quizás también a Marcus, quien a menudo la había ayudado y seguramente no estaba de acuerdo con las acciones de Rob. Kilian probablemente tampoco, pero se prohibió pensar en él. Ver su rostro en su mente ya la ponía nerviosa, y no podía permitirse eso ahora.

Además, lo que había entre ellos no podía ser.

Frente a ella había hojas secas, detrás de las cuales esperaba y escuchaba. El vuelo en el dragón de Rob hacía unas dos horas tenía al menos una ventaja, aunque, por supuesto, no estaría en esta

situación si no hubiera volado con él. Pero enfadarse por ello no la llevaría a ninguna parte. Sentada en el lomo del dragón, había observado en detalle desde el cielo cómo estaban posicionados los guardias fronterizos, dónde se escondían y dónde tenían atados sus caballos.

Evitando cuidadosamente las hojas secas, cuyo crujido podría delatarla, se arrastró hacia las rocas tras las que se escondían los soldados. Quizás hubiera una manera de rodear las masas rocosas y correr por la ladera, a la sombra de la pendiente, hasta llegar al valle y poder hacerse pasar por una transeúnte común. Al menos su ropa ya no la delataba, a diferencia de su primera visita al Reino de los Dragones.

En silencio, saltó a sus pies y continuó corriendo agachada. En la pendiente crecían arbustos con ramas espinosas, lo que significaba que no podía acercarse tanto a ellos como había esperado. Sin embargo, los guardias fronterizos no la vieron mientras se abría paso entre las rocas y el río. La colina ascendía constantemente, por lo que la distancia hasta el agua se hacía más grande con cada paso. Pero el camino era lo suficientemente ancho. Avanzaba sin peligro. Mientras no hiciera ruido, sus posibilidades eran buenas. Se prohibió pensar en cualquier otra cosa.

Si los soldados la atrapaban, ¿volaría de nuevo un dragón de aire y exigiría que los hombres la dejaran pasar? ¿Ya reconocía la comunidad de dragones su papel como guardiana? ¿O era poco interesante, porque no había otro huevo de dragón y, ciertamente, ella no llevaba ninguno?

Había aprendido una cosa de su aventura anterior: No podía confiar en el apoyo de los dragones ni de nadie más. Lo cual no era difícil para ella. Se las había arreglado sola antes y encontraría su camino de vuelta a Lilly por su cuenta.

Cuántas veces Kilian la había ayudado… lo empujó al fondo de su memoria.

El camino se estrechó hasta que tuvo que detenerse. A su lado y frente a ella, descendía abruptamente hacia el río. Grandes rocas sobresalían del agua. Probablemente no sobreviviría a una caída desde esta altura. Limpiándose la frente polvorienta con el

antebrazo, miró alrededor. Entre las masas rocosas se hizo visible un estrecho pasaje: su única oportunidad, si no quería marchar frente a los soldados por el camino oficial.

En silencio, se apretujó entre las rocas. Solo cuando giró la cabeza y los hombros logró pasar. Inevitablemente, le recordó a la grieta en la roca a través de la cual ella y Marcus habían llegado a la Ciudad Vieja. Esperaba que los habitantes hubieran sobrevivido al ataque de los magos.

Con determinación, apartó también ese recuerdo. Tenía que estar alerta, y no podía permitirse distracciones. Levantó el familiar muro tras el que escondía sus preocupaciones, pensamientos y emociones, antes de continuar su camino. Paso a paso, atravesó el estrecho pasaje hasta llegar al final. Arbustos espinosos, a la altura del pecho, crecían directamente frente a él, razón por la cual ninguno de los guardias fronterizos vigilaba el camino. Pero había llegado justo detrás de las rocas, cerca de donde estaban apostados los guardias fronterizos.

Maldición.

Antes de que pudiera dar la vuelta, sonaron firmes pasos de botas. Inmediatamente, se agachó al abrigo del arbusto y esperó.

—¿La habéis visto ya?

¡¿Estaban hablando de ella?! Espera, conocía esa voz… Pensó en ello, pero no pudo recordar a quién pertenecía.

—No, pero estamos atentos.

—¡Eso espero! Según el luchador de dragones, ella representa una seria amenaza para el rey y el reino. ¡No podemos dejar que se nos escape!

Ava apretó los puños. No solo Rob la había dejado atrás, sino que, para colmo, ¡¿había advertido a los guardias fronterizos sobre ella y les había contado mentiras?! ¡Se las iba a pagar la próxima vez que lo viera!

Conteniendo la respiración, escudriñó a través de las ramas y observó a los soldados. Había dos hombres hablando. Estaban armados con espadas y uno lucía unas magníficas charreteras que lo identificaban como un rango superior. El capitán estaba de espaldas

a ella y le mostraba al otro algo que tenía en la mano antes de señalar hacia la cabaña a cuya sombra estaban atados los caballos.

—Quédate con los caballos. Quiero hacerme una idea de la situación de la frontera personalmente.

—¡Sí, mi capitán! —El soldado saludó obedientemente y marchó hacia la sencilla casa de madera. El líder, mientras tanto, volvió a mirar lo que tenía en la mano antes de caminar pasando las rocas hacia la frontera. Ni una sola vez miró en su dirección.

Solo quedaba un guardia con los caballos y, por tanto, cerca de ella. Solo uno. Podría arreglárselas para pasar a uno. Seguro. Encontraría la manera de atravesar por algún sitio. O cogería una de las monturas y saldría galopando. Primero, solo tenía que reducir a ese guardia fronterizo…

Maldita sea, ¿pero cómo? No tenía ningún arma, nunca había recibido entrenamiento de combate (excepto la desagradable experiencia forzada en la arena de los magos) y tampoco había ningún dragón a mano para salir volando.

Se frotó los ojos, apartó su cabello castaño de la cara y se encorvó de hombros. La mejor opción era improvisar. Tenía que aprovechar la oportunidad mientras solo un guardia se interpusiera en su camino. Y eso significaba que tenía que atravesar el arbusto espinoso.

Apretando los dientes, se acercó al arbusto espinoso. Podría haber maldecido, pero eso no la ayudaría ahora.

Se tumbó de lado en el suelo y se deslizó bajo las ramas. Las espinas le rozaron repetidamente la frente, el hombro y la cadera, arañándole la piel, pero no emitió ni un solo sonido de dolor. Cuando una espina se le clavó profundamente en la parte superior del brazo, se detuvo y apretó los labios. Con cuidado, extrajo la púa y siguió arrastrándose.

Más rápido de lo esperado, había logrado atravesar el arbusto con la parte superior del cuerpo. Solo faltaban sus piernas, y luego saldría corriendo antes de que el capitán regresara. En ese momento, estaba allí tendida como un blanco fácil.

Se deslizó bajo el arbusto, se arrastró por el suelo, levantando polvo, y se puso de pie. Agachada, esperó para ver si el guardia la

había notado.

No reaccionó.

Exhaló sin hacer ruido.

De puntillas, avanzó poco a poco, metro a metro, a lo largo de las rocas hasta que vio la cabaña. Cuatro caballos estaban atados a una estaca y permanecían a la sombra de la cabaña de madera que serviría como pequeño establo. Los animales resoplaron, ¿quizá la habían oído? Pero el soldado seguía sentado en un taburete junto a la puerta, aburrido, masticando una brizna de hierba.

Rápidamente dio un paso atrás antes de que él la notara. Aunque tenía la cara girada en su dirección, parecía tan cansado como si acabara de terminar tres turnos de guardia seguidos. Bien, entonces podría sorprenderlo. ¿Pero con qué? ¿Con sus puños sin entrenar?

Buscó en el suelo hasta encontrar una piedra que pudiera usar para dejarlo inconsciente. La violencia no era lo suyo, pero tenía que regresar y haría lo que fuera necesario. Lilly la necesitaba. La cría de dragón la necesitaba. ¡Y por los cielos, cómo deseaba cantarle las cuarenta a Rob!

Ni siquiera quería empezar con Kilian.

Tensa, se apretó contra las rocas y se deslizó lentamente alrededor de la curva, con la piedra lista para golpear en la mano derecha. El soldado no la oyó. Durante un segundo, echó un vistazo por la esquina. Él seguía masticando la brizna de hierba y mirando cansadamente al vacío.

Maravilloso. La suerte por fin estaba de su lado. ¡Que siguiera así!

Saltó alrededor de la roca, levantó la piedra y estaba a punto de golpear con todas sus fuerzas. Pero justo antes de poder alcanzarlo, él se inclinó hacia un lado con la velocidad de un rayo, la agarró por la cintura y la derribó.

—¡LA TENGO!

Con un golpe sordo, Ava cayó al suelo. La conmoción amenazaba con paralizarla, pero lo superó. Instintivamente, se puso de pie de un salto y arrojó la piedra al soldado. Él levantó los brazos para protegerse la cara. Ella aprovechó ese momento para correr hacia los caballos, desatar el primero de la estaca y saltar sobre su lomo.

—¡Arre! —Clavó los talones en los costados del animal marrón, que inmediatamente comenzó a trotar. Galopó pasando las rocas, pero justo antes de salir del claro y alcanzar la llanura, seis guardias fronterizos le bloquearon el paso, cerrando la salida. La esperaban con las espadas desenvainadas.

Ava reaccionó de forma espontánea. Solo había una manera de escapar de los hombres del rey.

¡Abrirse paso!

Espoleó a la montura, decidida a saltar por encima de los soldados, a abrirse camino como fuera. Pero entonces, el capitán emitió un silbido agudo, seco, como una orden grabada en el alma del animal.

El caballo se detuvo en seco.

—¡Arre! ¡Arre! —Clavó los talones en los costados del animal, pero no respondió—. ¡Vamos, caballo! ¡Muévete!

El caballo marrón no dio ni un solo paso.

Los soldados la rodearon en segundos antes de que pudiera desmontar y huir corriendo. El capitán se acercó corriendo con una sonrisa desagradable, y cuando lo miró directamente, lo reconoció: era aquel que había jurado recordar su cara. Aquel del que había escapado en su primer día en este mundo. El que se había declarado su enemigo personal.

¿Por qué no había sido capaz de reconocer su voz inmediatamente?

Enfadada, le espetó:

—¡Déjame ir! ¡No he hecho nada malo!

—¿De verdad crees que vamos a creer una sola palabra de lo que dices? —Escupió en el suelo. Con una sonrisa victoriosa, levantó la mano, en la que brillaba una piedra de color púrpura—. ¿Ves esto?

Lo vio, pero no sabía a qué se refería con ello.

—¿Qué es eso?

Él resopló con desprecio.

—Esto es un detector de magia. Y como has robado un huevo de dragón, estás cargada de magia de dragón. No puedes escapar de nosotros. Te encontraremos en cualquier parte.

Con esas palabras, sus hombres la arrancaron del lomo del caballo y le pusieron un saco en la cabeza antes de que tuviera oportunidad de defenderse.

CAPÍTULO 3



Ava no veía nada mientras le ataban las manos a la espalda.

—¡Está demasiado apretado! ¡Me estáis haciendo daño! ¡¡¡AYUDA!!!

El capitán escupió en el suelo. No era la única razón por la que lo reconocería entre cientos. Apestaba a rancio, como si su mal humor hubiera corroído su cuerpo.

—Pronto te dolerá mucho más. ¿Sabes lo que hacemos con los asesinos en este reino? ¡No perdemos el tiempo!

Los guardias fronterizos se rieron. Ava se irguió y separó las manos para impedir que el soldado apretara más el nudo. Ya era bastante malo no poder ver nada a través del saco que le cubría la cabeza.

—¡No soy una asesina! ¡El luchador de dragones os ha mentido porque quiere impedir que regrese!

—Insultar a un luchador de dragones de alto rango va directo a la lista de tus delitos. Mejor cierra la boca, o tendremos el derecho de matarte en el acto. Lo que me vendría de perlas.

—¿Por qué iba a atacar al rey? —Resoplando de rabia, Ava retorció la parte superior de su cuerpo, pero alguien la agarró y otro soldado apretó las ataduras para que no pudiera moverse.

—¡Le ocultaste un huevo de dragón! ¡Eso fue alta traición!

¿Sabían del dragón y de que había eclosionado?

¿Por qué lo sabían? ¿Ya se había difundido la noticia del nacimiento de la cría de dragón, o Rob también había hablado de eso? A estas alturas, no descartaba nada. ¿Era un traidor o realmente quería proteger el Reino de los Dragones?

Tenía que posponer esas preguntas para más tarde… y primero asegurarse de que habría un después para ella.

—¿Qué pensáis hacer conmigo?

—¡Si no te callas ahora mismo, te prometo que no estarás consciente para nada de lo que sigue! ¡Ahora silencio! —Le golpeó en la nuca, haciendo que se tambaleara hacia delante. Si uno de los soldados no la hubiera sujetado, habría caído de bruces contra el suelo, ya que no podía apoyarse ni defenderse de ninguna manera con las manos por el momento.

¡Maldita sea! ¿Cómo iba a liberarse?

—¡AYUDA! ¡DRAGÓN DE AIRE! —Su voz se ahogaba en el saco, pero gritó con toda la fuerza que sus pulmones permitían—. ¡AYUDA!

El soldado que la sujetaba se inquietó.

—¿Por qué lo llama? —sonó inseguro.

—¡Te dije que te callaras! —El capitán le empujó la cabeza de nuevo, pero esta vez ella lo esperaba y había afirmado su postura con antelación. En lugar de tener que luchar por el equilibrio, tomó aire profundamente y volvió a gritar.

—¡DRAGÓN DE AIRE!

Sabía que los dragones de aire vigilaban las fronteras. Durante su primer cruce fronterizo, su mera aparición había bastado para que los soldados la dejaran ir. Era su única oportunidad. La única forma de evitar caer en manos del rey. Porque si consideraba las acusaciones —no todas infundadas—, el rey Eldric no mostraría piedad.

—¡Amordazadla! —rugió el capitán y presionó su mano sobre la boca de ella. Ava sacudió la cabeza, y la mano del hombre se deslizó a un lado por un instante.

—DRA…

Levantaron un poco el saco que cubría su cabeza, y su grito fue ahogado por un grueso trozo de tela que le metieron entre los

labios. Intentó cerrar la mandíbula, pero los soldados empujaron el pedazo de tela directamente dentro de su boca. Antes de que pudiera escupirlo, le bajaron el saco sobre la cabeza y aseguraron la mordaza con una banda que ataron con fuerza en la parte posterior de su cabeza.

¡Cielos, tenía que rezar para no asfixiarse! El pánico amenazaba con apoderarse de ella y se tensó. Respira. Respira. Finalmente, logró un ritmo algo normal.

—¡Lleváosla de aquí! —El capitán escupió al suelo de nuevo.

—Pero ella lo ha llamado. ¿Y si viene y nos incinera por haberla capturado?

—¿Sois tan cobardes? ¡Tiene un saco en la cabeza! ¿Cómo va a reconocerla el dragón?

—Pero está llena de magia de dragón. Todos vimos brillar la piedra.

—Entonces, más os vale daros prisa, ¿o queréis estar a su lado en la ejecución acusados de insubordinación?

Refunfuñando, el guardia fronterizo la empujó hacia delante. Tropezó, pero se recuperó antes de caer de rodillas. El viento se levantó y tiró del saco que cubría su cabeza. ¡Tenía que ser el dragón de aire! Solo necesitaba permanecer fuera el tiempo suficiente para que la encontrara. Con todo su peso, se resistió contra los soldados.

—¡Ya viene! —gritó uno de ellos.

—¡Encerradla en la cabaña!

—¡Pero lo destruirá todo con su aliento de vapor de agua!

—¡Daos prisa, así no la verá!

Los guardias la empujaron hacia adelante, pero Ava se hizo pesada, no dio un paso y se arriesgó a caer. El dragón estaba llegando. La ayudaría. ¡Seguro!

Un soldado la agarró y la cargó al hombro. Con la parte superior del cuerpo inmovilizada como un paquete bien atado, no podía hacer nada más que patalear. Pero inmediatamente otro sujetó sus pies, y los hombres salieron corriendo a toda velocidad. Oyó que se abría una puerta, entraron corriendo y la puerta se cerró de golpe tras

ellos. Se volvió aún más oscuro; probablemente estaban en la cabaña.

Intentó gritar, hacer ruido, causar cualquier tipo de alboroto, pero los guardias fronterizos la sujetaban con fuerza y de su boca solo escapaban sonidos ahogados.

—¡Traed uno de los caballos aquí, rápido!

—¿Por qué?

—Ocultará su aura. ¡Date prisa, maldita sea!

—¡Sí, señor! —La puerta se abrió de golpe, el sonido de los cascos retumbó, y el olor a caballo se filtró junto con el calor que emanaba de su gran cuerpo. Los hombres empujaron a Ava cerca del caballo, rodeándola como si necesitaran un abrazo en grupo, y no hicieron ningún ruido.

Ava quería resistirse, pero la sujetaban con un agarre de hierro, y sus ataduras y mordaza estaban apretadas. No tuvo más remedio que quedarse quieta y escuchar lo que sucedía.

Hacía tanto calor que gotas de sudor le corrían entre los omóplatos.

Fuera, una tormenta se estaba formando, y silbando entre las rendijas del techo. Bajo el saco, el aire permanecía denso y abrasador.

—Está aquí —susurró un soldado.

—Lo sé. Tenemos que hablar para que no se pregunte qué estamos haciendo aquí.

Ava no se rindió, intentó gritar, pero solo consiguió emitir sonidos amortiguados. Los guardias la sujetaban sin piedad, y el caballo también permanecía inmóvil, como si sus patas estuvieran fundidas con la tierra.

—Necesitamos limpiar los cascos. Mira, el caballo se ha herido aquí —inició uno de los soldados una conversación casual.

—De acuerdo, lo haré yo. Quieto, bruto, o no podré ayudarte.

—No lo insultes, a los dragones no les gusta eso —siseó el otro.

—Tú, precioso, precioso corcel. Lo estás haciendo muy bien —arrulló entonces al primero.

Los guardias hablaban tan alto que Ava no podía oír nada de lo que sucedía fuera de la cabaña. Pero finalmente el viento amainó,

los guardias fronterizos suspiraron aliviados, y quedó claro que su única oportunidad de escapar se había, literalmente, esfumado.

Los hombres la empujaron al suelo y la encadenaron a algo. A juzgar por los sonidos metálicos, debía de ser una barra de hierro. Dejaron el caballo en el cobertizo cerca de ella y volvieron a salir. Un rayo de luz entró en la habitación cuando abrieron la puerta, pero como dejaron el saco sobre la cabeza de Ava, no vio nada más que una débil luz que brillaba a través de la tela.

¿Los guardias simplemente se habían ido? ¡Pero tenían que quitarle el trapo de la boca o se asfixiaría!

Ava emitió sonidos ininteligibles, pero los soldados ni siquiera pensaron en volver para evitar que muriera por asfixia. Quizás conscientemente asumieron el riesgo para deshacerse de ella lo más rápido posible. La puerta se cerró tras ellos, y la débil luz desapareció al instante.

¡Maldita sea! ¡Su regreso al Reino de los Dragones no podría haber ido peor!

Los minutos pasaban. Nadie la vigilaba, ningún guardia permanecía frente a la cabaña, como si los hombres de repente le tuvieran miedo. El aire olía a rancio y estancado, su suministro de oxígeno era preocupantemente bajo, pero se recordó a sí misma que debía mantener la calma. No podía rendirse. Tenía que encontrar una solución, aunque su situación pareciera desesperada.

Finalmente, se le ocurrió una idea. Bajó el muro interno tras el cual ocultaba sus sentimientos. Solo un poco. ¡No para enfrentarse a sus emociones, cielos, no! Sino para extender sus tentáculos hacia el pequeño dragón con quien estaría conectada de por vida. Al menos, eso es lo que él había dicho. ¿Cuánto se podía confiar en las palabras de un dragón de apenas un día de edad?

Basta, no debía desanimarse. Valía la pena intentarlo.

Escuchó en su interior, tratando de percibir su latido.

—¿Pequeño dragón?

No respondió. Thalara, la dragona de Kilian, probablemente ya lo había llevado lejos a un lugar seguro, así que no debería intentar atraerlo hasta ahí. No estaba preparado para enfrentarse a

semejante peligro. Al fin y al cabo, seguía siendo una cría que cabía en su mano.

¿Qué podría hacer si viniera de todos modos? ¿Asustar a los soldados con su adorable rugido? ¿Llevarse volando a Ava con su diminuto cuerpo? Aunque, quizás podría alertar a los dragones del aire, lo que sería más que útil. ¿Pero qué podría ocurrirle solo durante el vuelo hasta ahí? ¿Acaso era capaz de recorrer largas distancias? Seguramente no.

Sin embargo, podría informar a sus amigos o a otro dragón.

Lo intentó de nuevo, pero él no respondió. Probablemente estaban demasiado lejos el uno del otro. Sin embargo, mantuvo la barrera mental bajada y no dejó de llamarlo. Al menos le daba la sensación de estar haciendo algo, y no simplemente esperar en silencio su ejecución.

Pasaron horas mientras permanecía acurrucada en una posición retorcida en la esquina. No podía alcanzar los nudos de las ataduras, y por más que se retorciera y tirara desesperadamente de las cuerdas, estas no se aflojaban. Tampoco podía quitarse el saco de la cabeza ni la mordaza de la boca. En algún momento, se cansó. En algún momento, la esperanza disminuyó. En algún momento, aceptó su situación desesperada… y esperó lo peor.

Los soldados no regresaron. Ni le dieron nada de beber ni los escuchó hablar. ¿Seguían siquiera cerca? ¿O simplemente estaban esperando la noche para matarla? Tal vez estaban esperando a que muriera por sí sola.

Ava se apoyó contra la pared. Estaba exhausta, pero no se permitió adormecerse. Si estos eran sus últimos minutos de vida, quería vivirlos con plena conciencia. Porque quizás aún se presentaría una oportunidad, una posibilidad… cualquier cosa. No podía dejar a Lilly creyendo que la había abandonado. La niña nunca volvería a confiar en nadie. Así que permaneció despierta, con la mente trabajando incansablemente, escuchando cada sonido; y por eso oyó, con absoluta claridad, el momento exacto en que la puerta se abrió silenciosamente… y alguien entró en la cabaña.

El miedo le recorrió la espalda, un sudor frío brotó en su frente mientras alguien se acercaba sigilosamente hacia ella. Como un

fantasma.

Sin vacilar, le quitó el saco de la cabeza, pero la mordaza permaneció en su boca. Como estaba oscuro fuera, al principio no pudo ver nada, pero luego su rostro se hizo ligeramente visible a la luz de la luna. Era uno de los guardias fronterizos, y tenía el dedo sobre sus labios.

—Cállate o nos oirán —lo dijo sin hacer sonido alguno, pero podría jurar que sus labios habían formado exactamente esas palabras. ¿O solo se lo estaba imaginando? ¿Su mente le estaba jugando una mala pasada porque no podía aceptar la situación desesperada?

—Haznos un favor a ambos y no grites, ¿entendido? Voy a quitarte la mordaza ahora.

No, su mente funcionaba perfectamente. ¿Realmente había venido este soldado a ayudarla?

Ella asintió en silencio, mirándolo directamente a los ojos, tratando de comprender sus motivos. Él desató el nudo en la parte posterior de su cabeza y le quitó el trapo de la boca. La observó conteniendo la respiración.

Ava tragó saliva, movió la mandíbula y respiró profundamente. Nunca había respirado tan profundamente antes. Sus sentidos cobraron vida, su mente comenzó a trabajar más rápido y la sensibilidad regresó a su cuerpo.

Como no gritó, él comenzó a desatar las ataduras de su espalda. Poco después, sintió que las cuerdas caían y de inmediato llevó sus brazos hacia delante.

Él se agachó frente a ella con las manos levantadas a la defensiva. Cuando ella no lo atacó, volvió a poner el dedo sobre sus labios.

Ella lo observó con incredulidad. ¿Era esto una trampa?

—¿Por qué haces esto? —preguntó, apenas audible.

—Mi mujer está esperando nuestro primer hijo. No quiero ser asado por un dragón antes de entonces.

Ella lo miró con recelo.

—¿Por eso va en contra de tu jefe?

Sus ojos brillaron oscuramente.

—¿Prefieres quedarte aquí?

Ella negó con la cabeza.

—¿Dónde están los demás?

—El capitán hace tiempo que se fue a casa, dos hombres están vigilando la frontera y yo oficialmente estoy en casa con mi mujer.

Abrió los ojos de par en par con incredulidad. ¿Había regresado en secreto? Lo miró confundida, sin parpadear, hasta que tragó saliva.

—Gracias.

—¡No me des las gracias! Solo asegúrate de que nadie te vea, especialmente ningún dragón, antes de que estés lejos de aquí. Y si le cuentas a alguien que te he liberado… —Sacó un cuchillo de su cinturón y adoptó la expresión de un soldado despiadado. Sin duda, no le importaba ella. No había venido a salvarla. Solo quería salvarse a sí mismo.

No necesitaba amenazarla; ella lo entendía de todas formas. Con naturalidad, señaló las cuerdas.

—Las ataduras no estaban lo suficientemente apretadas, así que pude liberarme.

Él asintió con los ojos entrecerrados.

—Voy a marcharme ahora, y tú esperarás veinte minutos. Si te vas antes, me enteraré… y me convertiré en tu pesadilla personal.

—¿Por qué tengo que esperar tanto tiempo? —Quería huir en ese mismo instante.

—Porque quiero estar lejos de este puesto fronterizo antes de que escapes. ¿Entendido?

Ella asintió, ya elaborando un plan de fuga en su mente.

—¿Hay algún caballo que pueda coger?

—No te lo recomendaría; los demás lo notarían inmediatamente. Además, los animales están bien entrenados. No te llevarían muy lejos.

Cierto, lo había experimentado de primera mano cuando intentó escapar por la tarde.

—Escápate a pie, es tu mejor opción. Y no vayas a Belmonde. —Se refería a la ciudad residencia del rey, a menos de una hora de

camino. La ciudad donde había conocido a Lilly, y donde al menos tenía un contacto: el servicial sastre.

El soldado pareció leerle el pensamiento, pues levantó el cuchillo de nuevo y la miró con advertencia.

—Deberías seguir mi consejo si quieres vivir. Los guardias de la ciudad arrastran a cualquiera que deambule por la noche ante el rey, y el capitán tiene ojos y oídos allí. La ciudad le pertenece, por así decirlo… pero oficialmente, nunca he dicho eso.

—Por supuesto. Oficialmente, ni siquiera estás aquí.

Su mirada se posó en ella valorándola, como si dudara de que lo conseguiría.

—No dejes que te atrapen.

Ella asintió.

—Gracias.

Se marchó sin ceremonias, sin dirigirle otra mirada. Ella le habría dado todo lo que poseía como agradecimiento. Aunque, aparte del collar que llevaba al cuello —con su colgante de corazón roto— no tenía nada de valor consigo. Y no habría renunciado a eso, después de todo.

Cuando él salió del cobertizo, ella se escabulló tras él y se quedó junto a la puerta. Con todos sus sentidos en alerta, esperó y escuchó. Cuando estuvo segura de que habían pasado al menos diez minutos, empujó la puerta y se deslizó en la noche.

CAPÍTULO 4



Ava se deslizó entre las rocas por las que había cabalgado apenas unas horas antes, incapaz de evitar que su pulso se duplicara con cada minuto. Esperaba ser recibida nuevamente por una horda de guardias fronterizos, con el capitán al frente, ya afilando su cuchillo. Pero el soldado que la había liberado parecía tener buenas intenciones… hacia ella. O más bien, hacia sí mismo y su familia.

No había nadie a la vista. Nadie a quien oír. Ni siquiera vio la patrulla que vigilaba la frontera. Sin embargo, prestó atención a cada paso para no delatarse con un movimiento descuidado. Todavía estaba demasiado cerca de los soldados para caminar enérgicamente.

Las estrellas brillaban y la luna ofrecía una luz tenue pero suficiente para distinguir el terreno rocoso. Aquí y allá había piedras sueltas, por lo que caminaba con cuidado. El camino que conducía a Belmonde serpenteaba tentadoramente colina abajo, pero se tomó en serio el consejo de su liberador. No iría a la capital. Además, no había nada en la ciudad que estuviera buscando.

Tenía que dirigirse al este. Allí estaba ubicada la cueva, donde Lilly y el pequeño dragón se habían quedado. Aunque no era lo suficientemente ingenua para creer que todavía estaban esperando en ese escondite. Era más probable que Kilian se hubiera llevado al pequeño dragón, y que Marcus hubiera acogido a Lilly bajo su protección. Quién sabe qué historia les habría contado Rob.

Seguramente habría inventado una explicación convincente para que todos creyeran que Ava no volvería.

Cruzó rápidamente el sendero y se sumergió en la sombra de la colina sin ser notada por los guardias fronterizos. Cuanto mayor era la distancia que la separaba de ellos, más largos se volvían sus pasos. Aun así, tuvo cuidado de no hacer ningún ruido innecesario. Después de todo, existía la posibilidad de que otras patrullas estuvieran recorriendo la zona.

Belmonde se extendía al sur como una perla del reino. La llamaba con sus murallas y torres, creando una ilusión de seguridad que Ava no encontraría allí. Corrió sobre praderas salpicadas de rocas y llanuras áridas, dando un amplio rodeo a la capital.

Mientras rodeaba la ciudad, echó un vistazo a las luces centellantes, los cuencos de fuego en las murallas y las velas que ardían en algunas ventanas. La arquitectura era impresionantemente hermosa. Y allí había agua y comida. El mero pensamiento hizo que sus entrañas se rebelaran. ¿Cuándo había comido por última vez? Por la tarde en la cueva. No habían pasado tantas horas, pero su estómago rugía. No era de extrañar, la adrenalina estaba disminuyendo, y había pasado por una odisea inimaginable.

Pero lo tomó como una señal positiva. Su cuerpo ya no estaba en estado de alarma, una victoria con la que no había contado. Prefería tener hambre que estar atada y sudando en la cabaña.

Sin inmutarse, puso un pie delante del otro y mantuvo la mirada fija en las montañas que se alzaban en la distancia como una masa oscura. En algún lugar allí estaba la cueva. Tal vez encontraría alguna pista que la condujera hasta Lilly y Marcus. Quizás incluso estaba lo suficientemente cerca del pequeño dragón como para poder llamarlo… o comunicarse con él para averiguar adónde habían ido sus amigos.

La noche pasó y no se permitió ningún descanso. A más tardar al amanecer, los guardias fronterizos notarían su ausencia y entonces comenzarían la búsqueda. Para entonces, debía haber alcanzado las montañas, donde al menos tendría lugares para esconderse. Aquí, en la llanura estéril con las pocas colinas que apenas merecían ese nombre, podría ser vista a kilómetros de distancia una vez que los

soldados llegaran a las cimas. Los hombres incluso podrían ver por encima de las elevaciones desde los lomos de sus caballos. Aparte de algunas hierbas altas, nada crecía allí que pudiera ofrecerle protección.

Pero cuando el sol matutino se abría paso sobre las cumbres de las montañas en el este, ella todavía estaba a kilómetros de las montañas. Se apresuró, sin saber de dónde sacaba las fuerzas. Corrió y corrió, pero el día comenzó, y con él, el sol iluminó los alrededores. Todavía estaba demasiado cerca de la frontera. Demasiado cerca de Belmonde. ¡Demasiado cerca, demasiado cerca, demasiado cerca!

A unos cientos de metros se extendía un prado, con hierbas que crecían hasta la altura de la cadera. ¡Mejor que nada! Se precipitó hacia allí y se abrió paso entre los tallos. Teóricamente, podría esconderse entre ellos durante el día si se mantenía agachada, pero no sabía si podría aguantar otro día sin agua. Su lengua se pegaba al paladar, hinchada y extraña, como si no le perteneciera.

Y si los soldados pasaban por allí y tenían esa piedra mágica con ellos, probablemente encontrarían a Ava incluso si yacía inmóvil como un cervatillo entre las densas hierbas. Después de todo, los hombres la habían notado incluso entre el refugio de las rocas.

El olor a huevos fritos y bacon llegó a su nariz. Se detuvo incrédula. ¿Había espejismos en las estepas? ¿Le estaban jugando una mala pasada sus sentidos?

Lentamente dejó que su mirada recorriera la zona verde y las colinas distantes, hasta que divisó un carro estacionado en el borde del prado. La lona marrón-gris que lo cubría se mezclaba con el entorno, por lo que no lo había notado antes. Junto al carro, una delgada columna de humo se elevaba hacia el cielo.

Su estómago rugió, pero ella colocó la mano sobre su vientre, y este inmediatamente se calló. Bien. Silenciosamente y con la cabeza agachada, se acercó al carro. Con cada paso, el olor a desayuno se hacía más fuerte. Finalmente, oyó a alguien silbando alegremente.

¿Era esto una planta carnívora humana, atrayendo a inocentes con buen humor y aromas seductores, o estaba en el lugar correcto en el momento adecuado?

Disminuyó sus pasos, rodeó el carro en un amplio arco y buscó un escondite adecuado. Bajo la protección de las hierbas altas, se acercó sigilosamente hasta que se detuvo y observó.

Un comerciante estaba sentado en una roca plana. Su sombrero yacía a su lado, llevaba ropa limpia y silbaba alegremente mientras hurgaba en una cesta que tenía a sus pies. Frente a él había un pequeño círculo de piedras con brasas en el centro, y encima descansaba una sartén en la que chisporroteaba el desayuno.

—Te oigo. Vamos, acércate —dijo con voz amable, sin mostrar sorpresa alguna.

¿Cómo la había notado? ¿Pertenecía a los soldados y viajaba de incógnito?

Congelada como una estatua de sal, no se atrevió a respirar hasta que él levantó la mirada y miró directamente en su dirección. ¡No había forma de que pudiera verla a través de la hierba densa! ¿O sí podía?

—No te haré daño si tú no me lo haces a mí. —Se rió alegremente. Eso no podía ser solo una actuación, ¿verdad?

Con cautela, se aventuró fuera de su escondite, a lo que él dejó escapar un silbido de apreciación.

—Buenos días, mi señora. Siéntate y cuéntame qué te trae por estos lugares tan temprano. No hay ni pueblo ni ciudad a una distancia razonable a pie.

Lo miraba con recelo, pero se sentía tonta al hacerlo, ya que él irradiaba un encanto natural capaz de ganarse a cualquiera en cuestión de segundos. Probablemente le habría confiado toda su vida si fuera ese tipo de persona.

—Buenos días. Voy de camino a reunirme con mis amigos. Nos separamos.

Él señaló con gesto invitador la piedra junto a la suya.

—¿Tienes hambre?

Ella asintió, tras lo cual él sacó un plato y un tenedor de su cesta y se los ofreció.

—Siéntate, me alegra compartir.

Con vacilación, aceptó los cubiertos.

—Pero no puedo pagarte nada.

Él lo desestimó con un gesto.

—No hace falta. Me alegra poder ayudar. No te imaginarías la gente que conoces como mercader en tus viajes. Yo comparto mi comida y la gente comparte sus historias conmigo. Un trato justo, ya que tengo mucho que contar cuando llego a casa.

Ella sonrió con picardía. Tenía razón…

—¿Tienes algo de agua para mí?

Señaló el carro.

—Sírvete del odre.

—Gracias.

Sin querer bajar la guardia del todo, siguió observándolo mientras se acercaba al carromato y divisaba el odre sobre la zona de carga junto a platos de cerámica pintados con colores vivos. Bebió y luego se sentó junto al fuego con el mercader

—Vendes platos preciosos.

Él asintió.

—Viene de familia por parte de mi mujer. Son verdaderos artistas, y yo soy un poco trotamundos. Por eso hacemos buena pareja. Pero ahora, cuéntame, ¿cómo os separasteis tus amigos y tú?

Alcanzó la sartén sobre las brasas, sirvió una porción de huevos revueltos con bacon en el plato de ella, y tomó la otra mitad para sí mismo. Ambas porciones eran generosas. Solo de verlo se le hacía la boca agua.

—Alguien me engañó. —Tomó un bocado con el tenedor y reprimió un suspiro. Cielos, estaba buenísimo.

—No eres la primera a quien le ocurre. ¿Tenía un buen motivo?

Ella resopló.

—Supuestamente, pero no sé si está siendo sincero con nosotros. Necesito averiguarlo.

La miró con interés. No de manera entrometida, sino como un oyente atento.

—¿Es por eso que estás regresando?

Ella negó con la cabeza, dudó, pero luego se recompuso. Al menos podía contarle sobre sus experiencias a grandes rasgos. Después de todo, él estaba compartiendo su desayuno.

—Una niña me espera. Cuenta conmigo, y no debería pensar que la he abandonado.

Él asintió mientras saboreaba cada bocado. Tomaba porciones tan pequeñas con el tenedor que tardaba una eternidad en terminar la comida.

—¿Estás aún lejos de tus amigos?

Señaló hacia las montañas, donde el sol ya estaba alto en el cielo.

—La última vez que los vi fue allí, pero no sé si me esperaron. Probablemente hace tiempo que siguieron su camino. Aun así, la cordillera es mi única pista.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Qué conveniente que yo tenga que ir en una dirección similar. Mi próxima parada es Tulmur. —Cuando ella frunció el ceño confundida, él la observó detenidamente.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Rápidamente, centró su atención en su plato vacío y recogió el último trozo de bacon con el tenedor.

—Soy de cerca de Talus. Se nos conoce por nuestras galletas de mantequilla.

—Lo cierto es que vuestra repostería es un poco seca —se rió.

El recuerdo de Lilly intentando hacer los dulces apetecibles para ella apareció en su mente, dibujando una suave sonrisa en sus labios.

—Tienes que mojarlas en cacao o leche, entonces están de muerte.

—Suena delicioso. Lo probaré la próxima vez. Entonces, ¿qué me dices? ¿Quieres viajar conmigo unas horas? Puedo dejarte en el puente a Siegenthal, y desde allí estarás en las montañas en una hora.

Lo miró de reojo. Lo decía en serio, y su instinto le decía que podía confiar en él. —Con mucho gusto, gracias. A cambio lavaré los platos.

—No me lo tienes que decir dos veces. Soy Toni, por cierto.

—Ava. —Se dieron la mano, y Ava agradeció al destino que hubiera cruzado sus caminos.

CAPÍTULO 5



Toni había escuchado infinidad de historias y poseía un talento especial para contarlas. Ava lo dejó hablar, aliviada de que su polvoriento aspecto no hubiera despertado sus sospechas. El viaje en su carromato cubierto le dio una sensación de normalidad, aunque nada en su vida había sido normal durante casi una semana.

De vez en cuando, miraba discretamente hacia la frontera, pero no había ninguna tropa de soldados a la vista. No era de extrañar, estaban avanzando a buen ritmo y, a pie, nunca habría podido recorrer esta distancia en el mismo tiempo. Los guardias fronterizos probablemente la estarían buscando en Belmonde y sus alrededores, no en el carro de un mercader de cerámica.

Una hora más tarde, cuando llegaron a un estrecho puente de madera donde el camino rural se bifurcaba en dos direcciones opuestas, Ava había aprendido más sobre las ciudades y aldeas del Reino de los Dragones que en todos los últimos días juntos. Quizás este conocimiento le sería útil algún día.

—Bueno, ya hemos llegado. Cuídate, Ava, y la próxima vez que coma galletas de mantequilla, las mojaré en cacao. —El mercader le guiñó un ojo de forma amistosa.

Ella sonrió.

—Gracias, Toni. Y la próxima vez que esté en Sanbell, iré a visitarte.

—Fantástico. Entonces iremos a casa de Siggi, hace la mejor sopa de cabeza de dragón.

—Rio mientras a ella se le revolvía el estómago. El nombre no podía ser literal, ¿verdad?

—Suena genial. Hasta entonces.

Saltó del carro, lo saludó con la mano y marchó por el camino que conducía al sur. Las montañas se alzaban a alturas vertiginosas. El sol estaba en lo alto; era principios de la tarde, así que las sombras eran cortas.

Examinó las paredes rocosas hasta que divisó una formación angular que le resultó familiar. La cueva podría estar allí. Si escalaba la pared rocosa en diagonal, debería llegar a ella.

Sin vacilar, comenzó el ascenso. No era fácil, ya que no había sendero, pero iba encontrando salientes rocosos de los que tirar para subir y pendientes que no eran demasiado empinadas para escalar. Aquí y allá crecían arbustos y hierbas altas que, junto con las rocas, le ofrecían apoyo.

La escalada fue un trabajo sudoroso, pero logró subir la montaña y alcanzar la cueva. Exhausta, jadeó, puso las manos en sus costados echó un vistazo alrededor, con una sonrisa contenida en los labios. Su suerte había cambiado, sin duda, desde aquella noche en que el soldado fronterizo la ayudó a escapar.

Esta era, realmente, la cueva donde Lilly y Marcus la habían esperado con la cría de dragón. Pero ya no había nadie allí. No necesitaba registrar las habitaciones para estar segura, porque lo percibió en cuanto cruzó el umbral de roca.

La última vez que estuvo allí, había sentido inmediatamente el calor que la conectaba con la cría. Y Lilly ya la estaba esperando, al igual que Marcus. Esta vez, no encontró nada más que rocas desnudas, silencio y frío.

Sin embargo, recorrió cada una de las habitaciones, esperando descubrir alguna pista. Algo que le dijera dónde continuar su búsqueda. Dónde podría encontrar a sus amigos. Pero los demás no habían dejado nada atrás.

Se detuvo en medio de la cueva y se limpió la frente polvorienta con el dorso de la mano. ¿Qué debería hacer ahora? Le llevaría días

si partía hacia Talus. Aún más tiempo si se adentraba en el bosque antiguo para buscar la ciudad oculta y a Marcus. Negó con la cabeza. Tenía que haber otra manera.

Una vez más, bajó sus muros interiores y trató de conectar con el dragón que se había acurrucado en su corazón, ese latido que había palpitado al unísono con el suyo. Pero no lograba sentirlo. Quizás porque ya había eclosionado y ya no la necesitaba como guardiana. Tal vez la conexión entre la cría y la guardiana de dragones no duraba más de una semana. La idea la entristeció, así que rápidamente volvió a levantar su su muro interior.

Estaba a punto de sentarse en el suelo rocoso para pensar cuando oyó pasos. Alerta, alzó la vista y se sobresaltó.

Rob.

Estaba en la entrada. Su cuerpo musculoso parecía llenar por completo el pasadizo, como si quisiera dejar claro que ella no podría escabullirse junto a él. Con su corpulenta figura, bloqueaba la luz del sol; en su lugar, su sombra se cernía sobre la cueva. Su expresión sombría combinaba con su ropa de cuero negro, y tenía las manos apretadas en puños.

Como si ella fuera quien lo había traicionado…

—Sabía que si volvías, solo había un lugar donde te encontraría.

La ira brotó en su interior, y se centró en ese sentimiento en lugar del miedo que le retorcía el estómago. Lo miró furiosa.

—¿Estás loco? ¿Cómo pudiste dejarme abandonada en la frontera del mundo? ¿Qué mentiras les contaste a los demás sobre por qué regresaste sin mí? ¿Cómo pudiste hacer eso?

Él permaneció tranquilo. Peligrosamente tranquilo.

—Tengo mis razones. Sirven a un propósito más elevado que tu satisfacción personal.

—Me pregunto si tu objetivo coincide con el de Kilian y el de los dragones. —Sin apartar su mirada indignada de él, se adentró más en la cueva y trazó disimuladamente un arco a lo largo de la pared rocosa, esperando atraerlo lejos de la entrada. No habría escapatoria aquí dentro, y no se engañaba. No la había buscado para tenderle la mano de la amistad.

—Lo que te preguntes no me interesa. Debo proteger a mi país y, a diferencia de nuestro líder, ¡yo no tengo escrúpulos! —Rápido como un rayo, se abalanzó para agarrarla.

Ava saltó hacia un lado y corrió hacia la salida. ¡Tenía que escapar de él!

Con dos grandes zancadas, la alcanzó y la jaló hacia atrás por la túnica.

—¡Tú te quedas aquí mismo!

—¡Suéltame! —Se revolvió, pero él no la soltaba.

—No cometeré ese error dos veces. Está claro que necesito ocuparme de ti personalmente si quiero asegurarme de que no vuelvas a interponerte en nuestro camino. —La agarró de la cintura con tanta fuerza, clavando sus dedos en su carne, que le dolía.

Ella lanzó el codo apuntando a su cara, pero él lo esquivó, demasiado alto para su alcance, así que recurrió a usar sus piernas. Con toda su fuerza, le dio una patada en la espinilla.

—¡Suéltame! ¡Ni siquiera quiero ir a donde Kilian!

—¿Entonces por qué vuelves a hablar de él? —Con un movimiento bien practicado, le retorció los brazos tras la espalda y la sujetó con fuerza, de modo que no podía moverse sin dislocarse el hombro.

—Quiero ir a donde Lilly, maldita sea. Me he dado cuenta de que Kilian no está disponible. ¿Crees que estoy tan desesperada?

Una mirada peligrosamente tranquila se asentó en sus ojos.

—Supones una amenaza para el futuro de todos nosotros. Eso es todo lo que necesito saber. Así que voy a asegurarme de que ya no seas una amenaza.

Ella palideció. Antes de que el miedo la dominara, intentó zafarse de su agarre, pero él sujetaba sus manos tras su espalda sin esfuerzo, dejándola inmovilizada. Cuando giró la cabeza y lo miró por encima del hombro, vio en él una determinación implacable.

—¿Qué piensas hacer conmigo? ¿Matarme o qué?

Sus iris brillaban oscuramente, como si no tuviera alma.

—Me temo que eso no se puede evitar.

Sus ojos se agrandaron. No podía hablar en serio.

—¿Tu objetivo es tan noble que justificaría matar a una persona inocente? —Su voz resonó estridente por la cueva, la reverberación llevando las palabras a las habitaciones remotas, como si intentaran alertar a alguien de la injusticia. Pero estaban solos. Nadie apareció para salvarla.

—Tú, desde luego, no eres inocente. —Más rápido de lo que ella creía posible, sacó una cuerda de su cinturón y la ató como si fuera un paquete— No te preocupes, esta cueva fue sagrada para los dragones en el pasado. No la deshonraré. Así que aún tienes… — Miró hacia fuera como si comprobara la posición del sol. Ava siguió su mirada y sus ojos se ensancharon. Un enorme dragón apareció en la distancia, volando directo hacia la cueva. Si no se equivocaba, ese era…

—¡KILIAN! ¡KILIAAAAAAAN! —Gritó con toda la potencia que sus pulmones y cuerdas vocales pudieron reunir, pero Rob la golpeó fuertemente en la cara. Mientras su cabeza se giraba bruscamente hacia un lado, él sacó un paño de su bolsillo, le sujetó el cráneo y lo ató alrededor de la mandíbula para impedir que escapara cualquier otro sonido. Sin esfuerzo, la empujó hacia la parte trasera de la cueva.

¿Por qué él eral mucho más grande y fuerte que ella? ¿Por qué tenía él años de experiencia en combate mientras ella había estado ordenando recibos en la tienda de su tía?

Desesperadamente, luchó contra él. Tenía que ganar tiempo. De alguna manera, debía lograr permanecer en el área de entrada de la cueva el mayor tiempo posible. Kilian llegaría en cualquier momento, y la ayudaría. Seguro que sí.

Pero el luchador de dragones era vastamente superior. Como si fuera una niña pequeña, la transportó sin esfuerzo a una habitación remota, la ató a un pilar y se aseguró de que el paño alrededor de su boca estuviera bien ajustado. Tras comprobar cada nudo, le dio la espalda sin decir una palabra más y se dirigió tranquilamente hacia la entrada de la cueva.

Las lágrimas ardían en sus ojos. Una vez más, estaba indefensa. Una vez más, no tenía más remedio que esperar y ver si la suerte estaba de su lado, que alguien viniera a rescatarla o no. Una vez

más, su vida corría peligro porque no había sido capaz de defenderse. Por no haber luchado. Por su vida. Por su libertad.

La ira corría por sus venas. Una ira desenfrenada que se abría paso a través de su cuerpo y mente como el fuego.

Se juró a sí misma una cosa: si salía viva de aquello, aprendería a luchar. Con espadas, dagas, arco y flecha, puños desnudos, lo que fuera. Cualquier arma serviría, cualquier medio, cualquier técnica. No volvería a estar indefensa cuando el rescate estuviera tan cerca. No volvería a depender de que otros vinieran a salvarla… o no. Nadie podría detenerla si lograba escapar de las garras de Rob.

Intentó incesantemente liberarse y quitarse la mordaza retorciendo la mandíbula de las formas más extrañas, pero Rob conocía bien su oficio. Los sonidos que emitía quedaban amortiguados. Probablemente apenas llegaban a la habitación contigua.

Cuando las voces de los hombres resonaron por la cueva, gritó tan fuerte como pudo. ¡Kilian estaba allí! ¡A no más de cien metros de ella! Pero la mordaza amortiguaba cada grito al mínimo. Finalmente, tuvo que aceptar la realidad: él no podía oírla. No podía llamar su atención.

Exhausta, hizo una pausa y permaneció quieta, tratando de entender de qué estaban hablando. Quizás al menos podría obtener algo de información.

—¿… todavía aquí?

Ese era Kilian. Su voz inmediatamente la puso en conmoción, su cuerpo vibró, su corazón llamaba al suyo. No podía evitarlo, intentó de nuevo llamarlo y liberarse, pero las cuerdas estaban demasiado apretadas.

—Quería asegurarme de que no hubiéramos dejado nada atrás. La chica y el hombre del bosque salieron tras nosotros, después de todo.

Ese era Rob. ¡Cómo odiaba su voz!

—¿Por qué has venido aquí, Kilian? Pensaba que tenías que asistir a un baile esta noche.

Kilian dudó, lo que hizo que Rob gruñera.

—No me digas que querías volar hasta la frontera. Créeme, ella no va a volver. Me lo dijo claramente en el vuelo de regreso. Está sufriendo porque no podéis estar juntos. Todo fue demasiado para ella. Lo cual es bueno. ¡Se supone que debes casarte con la princesa en un mes!

—No me lo recuerdes.

La voz de Rob se volvió más comprensiva.

—¿Al menos ya le has propuesto matrimonio?

La vacilación de Kilian fue respuesta suficiente, y por alguna razón, eso complació a Ava, por alguna razón su corazón se aferraba a aquella admisión, se aferraba a la esperanza, aunque no había absolutamente ningún motivo para ello.

Rob gruñó, pero volvió a adoptar un tono amistoso. ¿Era todo teatro, o realmente lo sentía?

—El rey se está impacientando. Tienes que hacerlo, Kilian. No olvides que el destino de nuestro mundo y la supervivencia de todos los dragones descansan únicamente sobre tus hombros.

Eso sonaba a chantaje emocional en toda regla. Ava habría resoplado si hubiera podido. ¡Kilian necesitaba descubrir qué había sucedido realmente, y de qué era capaz Rob! Cómo incluso podría estar manipulándolo. ¡Quizás estaba trabajando en secreto para el rey!

—Sé lo que se espera de mí —respondió Kilian. Su voz sonaba distinta. Más profunda, más áspera, pero con una determinación que no dejaba espacio para la compasión. Dio unos pasos. Si no se equivocaba, venía hacia ella.

— ¿Qué es ese olor? ¿Bacon?

Los ojos de Ava se abrieron de golpe. ¿Estaba el destino de su lado? Obstinadamente, luchó con sus ataduras, aunque parecía inútil, dejó escapar los gritos ahogados más fuertes posibles, no se detuvo y siguió luchando. Rascó las cuerdas contra la piedra del pilar, pero el ruido amortiguado no salía de la habitación.

La voz satisfecha de Rob ahogó sin esfuerzo los sonidos.

—Debe ser de la niña. La pequeña tiene algunos trucos bajo la manga. Le di nuestras provisiones para que pudiera poner algo de carne en sus huesos. Probablemente se comió la mayor parte antes

de que se marcharan. —Rob se rió. Sonaba tan despreocupado que era imposible reconciliarlo con el hombre que estaba amenazando su vida. Que estaba haciendo todo lo posible para evitar que ella y Kilian se reencontraran

—Buena decisión. Y no te preocupes, no defraudaré a los dragones ni a nuestro reino. Sabes eso mejor que nadie.

A juzgar por el sonido, los hombres intercambiaron un breve abrazo.

—Gracias, tío. Sé lo que pesa sobre tus hombros. Pero al menos la princesa es la mujer más hermosa del país.

Kilian no respondió.

—Vuela hacia Belmonde y relájate antes del baile. Sé que odias esos eventos, así que antes date un baño en las aguas termales antes. Yo me encargaré de la cueva.

¡NO! Ava quería gritar, pero Rob conocía su oficio. Por más que lo intentara, no podía lograr captar la atención de Kilian ni aflojar sus ataduras. Incluso los sonidos amortiguados eran tan silenciosos que ni siquiera habría asustado a un ratón con ellos.

—Gracias. Hasta luego. —Sus pasos se alejaron, y cada paso resonaba en Ava como los tambores de la muerte. Su muerte…

CAPÍTULO 6



Después de que Kilian se hubiese marchado volando, Rob no regresó inmediatamente por ella, sino que la dejó allí, atada a la columna, durante un buen rato. Probablemente esperaría hasta la noche antes de liberarla de la columna para llevársela. En la oscuridad, nadie le vería, sin importar adónde la llevase, sin importar lo que planeara hacer con ella.

Con la mordaza en la boca, era incapaz de preguntar qué estaba planeando, pero él había dicho que no profanaría aquella cueva. Aparentemente, la llevaría a otro lugar y la mataría allí.

El pensamiento la hizo sentir náuseas.

No se le había oído por un tiempo, pero no se dejaba engañar. No dejaría su carga desatendida.

En algún momento, sintió unos dedos cálidos en sus manos, detrás de la columna y se sobresaltó. ¿Había venido sin que ella lo viera o lo oyera? Él y los luchadores de dragones probablemente habían recibido entrenamiento ninja.

¡Lo que no daría por estar entrenada en combate! Aprender todos los trucos que le darían la capacidad de no simplemente esperar indefensa en tales situaciones, sino de actuar. ¡Defenderse, liberarse y luchar contra la injusticia!

Eso no sucedería ahora.

¿Era ingenuo seguir esperando un rescate?

Volvió su atención a la realidad e inevitablemente contuvo la respiración. Las ataduras se estaban aflojando. Pero no eran solo las cuerdas que la habían atado a la columna las que se deslizaban hacia abajo: también los cordeles que aprisionaban su cuerpo caían silenciosamente al suelo.

¡¿Estaba libre?!

Atónita, se dio la vuelta y tuvo que mirar hacia abajo. Detrás de la columna no estaba el brutal luchador de dragones. Era Lilly, con un dedo sobre sus labios y una sonrisa traviesa en su rostro.

Abrió la boca, atrajo a la niña hacia sí y sintió cómo las lágrimas le ardían en los ojos. Durante un instante, Lilly le devolvió el abrazo antes de apartarse, señalando hacia la cueva principal y, de nuevo, llevándose el dedo a los labios.

Sin palabras, Ava la miró. ¿Cómo había logrado la pequeña acercarse a ella sin ser vista ni oída? ¿Cómo podía ponerse en semejante peligro?

Pero, por supuesto, a Lilly eso no le preocupaba. En silencio, le hizo señas a Ava para que la siguiera y se arrastró tan silenciosamente como un gato detrás de la columna rumbo a un pequeño nicho.

Aunque las extremidades de Ava dolían y había perdido sensibilidad en sus piernas y brazos, la siguió de cerca. La niña la condujo hasta una estrecha grieta, se deslizó a través de ella y le indicó a Ava que la siguiera.

Ava contuvo el estómago y se apretó tras ella, pero incluso girando la parte superior del cuerpo de lado, seguía raspándose contra la pared rocosa. Finas proyecciones de roca arañaron la piel de sus mejillas, aunque apenas lo sintió y siguió adelante con determinación. Más y más lejos, hasta que llegaron a otra habitación que también estaba en la parte trasera de la cueva. Ava la conocía. En la sala contigua, se habían sentado juntos en la larga mesa y habían cenado la tarde anterior.

Junto con Rob.

¿Ya había planeado deshacerse de ella mientras se reía en su cara durante la cena?

Lilly avanzó sigilosa, Ava la siguió. No se oía ningún sonido de Rob. La pequeña se dirigió hacia un estrecho pasaje cubierto por una cortina. La apartó en silencio y, una vez más, apareció una grieta en la roca. Pero esta parecía tan estrecha que Ava dudaba que pudiera pasar.

La niña ya se había deslizado dentro y esperaba mientras Ava se estiraba, giraba los hombros, las caderas y la cabeza, intentando todo para meterse en la abertura. Pero no funcionaba. Era una mujer adulta, ¿cómo iba a caber por ese estrecho hueco?

Dio un paso atrás, negando con la cabeza, pero Lilly le hizo señas insistentemente para que lo intentara de nuevo. Ava no creía que funcionara, pero no quería rendirse tan rápido, en especial porque la alternativa podría significar su muerte. Se agachó, retorció la parte superior de su cuerpo y se contorsionó para cambiar el ángulo. Finalmente, logró entrar en la grieta de la roca, pero no podía avanzar. Era demasiado grande y ancha. Si se empujaba un centímetro más hacia delante, se quedaría atascada.

Retrocedió hacia la habitación, se sacudió el polvo de los brazos y negó silenciosamente con la cabeza cuando se oyeron pasos fuertes.

Horrorizadas, Lilly y ella abrieron mucho los ojos.

Rob.

¿Estaba viniendo a la cocina?

Lilly se apresuró hacia ella y la arrastró hacia la grieta en la roca. Ava le hizo el favor de intentarlo de nuevo, pero no lograba pasar a través, sin importar lo desesperadamente que Lilly tirase de su muñeca.

—Soy demasiado grande —articuló en silencio, pero la niña no lo aceptaba y seguía tirando y tirando.

—¡AVAAAA!

El grito retumbó por toda la cueva e hizo temblar el suelo.

Rob había notado su desaparición.

—¡Ven aquí inmediatamente, o me olvidaré de mis principios y deshonraré la cueva del dragón en este mismo instante! —Gritaba su nombre mientras corría por las bóvedas. Y se dirigía directamente hacia ella, como si supiera dónde había desaparecido. ¡Pero si ni

siquiera había desaparecido aún! Estaba de pie en la despensa, casi atascada en una grieta de la roca, y no podía avanzar.

Lilly tiraba sin descanso de su mano, pero era inútil. Ava le hizo señas para que huyera. No debía arriesgar su vida. Pero la niña negó tercamente con la cabeza.

¿Qué le haría Rob a Lilly si descubría que había intentado ayudar a Ava a escapar? ¿No tendría piedad ni siquiera con una niña?

Ante ese pensamiento, Ava palideció, queriendo soltar la mano de Lilly y volver al comedor antes de que el luchador de dragones descubriera a la niña. Pero Lilly la sujetaba con fuerza, así que no llegó lejos. Rápidamente, la pequeña se deslizó a su lado, la empujó hacia la grieta lo máximo posible y se colocó delante de ella.

Ava no podía creerlo. ¿En serio quería contar con la compasión de Rob? ¡Eso jamás funcionaría!

Inmediatamente, se adelantó para proteger a la niña, pero la pequeña negó con la cabeza, se llevó un dedo a los labios, levantó las manos y cerró los ojos con fuerza. Un delicado resplandor color lila apareció, elevándose como un muro frente a ellas y ocultando la grieta de la roca como si no hubiera ningún pasaje en la pared.

Los pasos de Rob se acercaron, y al momento siguiente entró corriendo por la esquina. Miró directamente al lugar donde Ava y Lilly estaban escondidas, pero no vio sus rostros. Su mirada pasó sobre ellas como si no pudiera verlas en absoluto.

Furioso, apretó sus manos en puños antes de que su voz adoptara un tono persuasivo.

—Entiendo, Ava, fui demasiado duro contigo. Ven aquí y encontraremos una solución juntos.

Cuando ella no respondió, inmediatamente abandonó la falsa amabilidad y cambió a un tono hostil.

—Si de verdad estás intentando huir, ¡te juro que habrás dado uno de tus últimos alientos!

Como si no lo hubiera hecho ya, si fuera por él… ¿Realmente pensaba que era tan crédula?

Se quedó completamente inmóvil detrás de Lilly, apenas atreviéndose a respirar o moverse para no romper su concentración. Lilly mantenía las manos levantadas continuamente y los ojos

fuertemente cerrados, mientras el resplandor púrpura flotaba constantemente frente a ellas.

Ava sabía exactamente lo que la niña estaba haciendo, aunque nunca había visto nada parecido. Y sabía lo que Lilly estaba arriesgando.

Todo.

Lentamente, colocó sus manos sobre los hombros de Lilly para darle fuerzas, para mostrarle lo agradecida que estaba. Para demostrarle que no la juzgaba.

Rob salió corriendo y registró la siguiente habitación. Inspeccionó cada rincón, pasó junto a ellas más de cinco veces sin verlas, hasta que maldijo en voz alta y abandonó la cueva con pasos decididos.

No obstante, ellas esperaron, sin palabras, inmóviles, casi congeladas. Como el luchador de dragones no regresó, Lilly finalmente dejó escapar un suspiro infinitamente profundo, bajó las manos y se desplomó sobre sí misma. Ava la sujetó.

—Increíble. Gracias, Lilly, pero no deberías haber hecho eso. ¡Nunca debes ponerte en peligro por mí!

La pequeña se dio la vuelta. Estaba mortalmente pálida y exhausta.

—Haría cualquier cosa por ti. —Sonrió agotada, lo que hizo que Ava la abrazara con fuerza contra su pecho.

—Gracias.

—Tenemos que irnos.

Tenía razón.

—¿Hay alguna ruta de escape por la que pueda pasar?

Lilly asintió.

—Al otro lado de la cueva. Por ahí iba a entrar originalmente, pero Rob estaba en medio. Te lo mostraré. —Rápida como un rayo, como si no acabara de gastar toda su energía, salió corriendo.

Cuánto había echado de menos a esta niña.

Ava la siguió, y llegaron a un estrecho pasaje entre las rocas. Era lo suficientemente ancho para que ella pudiera pasar. Aun así, dudó.

—¿Estás segura de que Rob no nos está esperando en algún lugar ahí dentro? —Con incertidumbre, miró hacia el pasaje y luego de vuelta a la cueva principal, que seguía desierta. No lo habían

visto salir. Podría estar escondido en cualquier parte. O podría estar buscando frenéticamente por la zona.

—Él nunca cabría por aquí. Además… —Se mordió el labio y miró brevemente por encima de su hombro a Ava, con una profunda admisión de culpa en sus ojos—… no puedo verlo.

Así que la niña ya había usado su magia antes para salvar a Ava, y había seguido un plan condenadamente sofisticado.

Su admiración por la pequeña creció.

Lilly se apresuró, y Ava dejó a un lado sus pensamientos para correr con ella hacia la oscuridad. Dos veces había escapado por poco de la muerte. La próxima vez, se juró, no dependería de que alguien más la ayudara a escapar.

¡La próxima vez, estaría preparada!

CAPÍTULO 7



Como una guía turística, Lilly la condujo por las profundidades de la montaña. Claramente había interiorizado que Ava era más corpulenta, ya que eligió solo pasajes y aberturas por los que una mujer adulta pudiera pasar. Aunque Ava se raspó el hombro contra las rocas varias veces y se golpeó la cabeza dos veces, teniendo que girar ocasionalmente la parte superior del cuerpo para pasar por puntos estrechos, ningún pasaje resultó demasiado angosto ni le obligó a dar media vuelta.

Cuando salieron de las montañas, el sol ya se había ocultado tras los picos y el cielo lucía un azul profundo. El denso bosque que se extendía hasta la cordillera amortiguaba la luz del atardecer. Lilly hizo ademán de correr inmediatamente hacia los árboles, pero Ava la retuvo por la muñeca.

—Espera un momento.

Con los hombros levantados, Lilly se volvió hacia ella.

—¿Qué?

Ava dudó, buscando las palabras adecuadas.

—Quiero que sepas que siempre tuve intención de volver. Rob simplemente despegó sin mí.

Lilly lo descartó con un gesto, aparentando total serenidad.

—Ya lo sé.

—¿Cómo?

—Me lo prometiste. Y te creo. —Se encogió de hombros como si no fuera gran cosa.

Ava sabía que no era así. Era tan significativo para Lilly como para ella. La confianza era un nuevo terreno que estaban pisando juntas. Pero ni ella ni la niña necesitaban decir más al respecto.

Lilly señaló hacia las montañas, cuyos picos superaban los dos mil metros de altura.

—Tenemos que irnos. No sé dónde te está buscando Rob, pero ahora mismo estamos a la vista, y él tiene un dragón de apoyo. Nosotras no.

Inevitablemente, ambas dirigieron la mirada hacia el cielo. Nubes desgarradas flotaban, algunas aferradas a los picos montañosos. No había ningún dragón a la vista, pero eso podía cambiar en cualquier momento.

Rápidamente abandonaron la ladera de la montaña en dirección a los árboles. Continuaron su viaje velozmente y se sumergieron en el denso bosque, que al menos ofrecía protección frente a Rob. Escondidas bajo el dosel arbóreo, él no podría detectarlas desde el lomo de su dragón de aire.

No había senderos marcados, pero Lilly la guiaba con seguridad entre arbustos y helechos, aparentemente con un destino en mente, por lo que Ava le cedió la iniciativa. Con cada minuto que pasaban juntas, la tensión que Ava sentía se disipaba poco a poco. En algún momento, alcanzó a Lilly.

—Por cierto, ¿adónde se llevaron al pequeño dragón?

Lilly la miró con vacilación.

—Kilian y su dragón de fuego se lo llevaron. No dijeron dónde. —Parecía triste, igual que Ava. Ya echaba de menos al pequeño. Extrañamente, sentía como si se hubiera llevado un trozo de su corazón.

—Estoy segura de que lo volveremos a ver —dijo, sin saber si hablaba para Lilly o para sí misma— ¿Qué ha…?

Lilly la agarró por la manga.

—¡Chss! —La arrastró hasta agacharse y gatearon a cuatro patas detrás de un grueso tronco de árbol.

Ava no había oído nada. Sin embargo, si alguien tenía práctica en detectar el peligro con antelación, esa era Lilly. Con suerte, no iban a toparse precisamente con Rob.

Al abrigo del nudoso tronco, escuchó atentamente pero no oyó ningún sonido sospechoso. Con los hombros encogidos, miró a Lilly, pero la chica permaneció inmóvil. Pasaron minutos sin que apareciera un alma ni se oyera crujido o chasquido alguno.

Finalmente, Ava negó con la cabeza.

—No hay nada —susurró.

Con cuidado, Lilly se asomó por detrás del tronco… justo cuando una sombra cayó sobre ellas desde atrás.

—¡Ava!

Se dieron la vuelta a la velocidad del rayo y se pusieron de pie de un salto, con los puños levantados en posición defensiva… solo para bajarlos inmediatamente. Ella abrió los ojos con incredulidad.

—¿Marcus?

Llevaba un arco y una flecha colgados al hombro, y tenía los ojos tan incrédulamente abiertos como los de ella. Tenía la cara enrojecida, probablemente por haber corrido durante mucho tiempo; sus rizos castaños se erizaban salvajemente, y su cuerpo estaba tenso en estado de alerta. La miraba como si fuera un fantasma.

—Rob dijo que no volverías. —Su voz sonaba débil, como si temiera que ella desapareciera como una ilusión si hablaba demasiado alto.

Ella resopló.

—Eso fue una mentira. ¡Simplemente se marchó sin mí!

Con una sonrisa incrédula en los labios, Marcus abrió los ojos de par en par, su mirada recorriendo el cuerpo de ella como si aún no pudiera creerlo… hasta que Lilly le dio un codazo en el costado.

—Te dije que no nos había abandonado. ¡Y ahora deja de mirarla embobado como si fuera una diosa. Es vergonzoso!

Ava sonrió con suficiencia, mientras Marcus rápidamente se aclaraba la garganta y parpadeaba.

—¡Te lo dije, no se puede confiar en los luchadores de dragones!

Con una seriedad poco habitual, se volvió hacia Lilly, frunciendo las cejas con fuerza.

— ¡No puedes simplemente marcharte mientras yo recojo leña! ¡Temía que los magos de Elora te hubieran atrapado y matado, como hacen con todos los que no tienen dones mágicos!

Lilly lanzó una mirada rápida a Ava, con una súplica silenciosa en sus ojos. Marcus no sabía nada de sus poderes sobrenaturales, y no debía enterarse. Oficialmente, ni siquiera Ava lo sabía, ya que ella y Lilly nunca habían hablado del tema. Los que poseían habilidades mágicas eran considerados enemigos mortales del Reino de los Dragones.

Varios comentarios que Marcus había hecho sobre los magos vinieron a la mente de Ava, por lo que asintió discretamente. Pero se propuso hablar con la chica en un momento tranquilo.

Tan pronto como Lilly se aseguró de que podía confiar en Ava, se enfrentó a Marcus y poniendo sus delgados puños apoyados en las caderas.

—¡Te dije que Rob mintió! ¡Te dije que teníamos que ayudar a Ava! ¡Si no hubiera vuelto, la habría matado!

Marcus palideció.

—¿Qué?

Ava asintió.

—Lo intentó todo y quería evitar a toda costa que yo volviera. Cuando de todos modos llegué a la cueva, me ató… y quiso acabar conmigo rápidamente.

Marcus tensó todos los músculos con ira. Una vena se destacaba prominentemente en su cuello, algo poco característico en el apacible habitante del bosque.

—Si le pongo las manos encima… Y luego dicen que los luchadores de dragones son sagrados y la cúspide de nuestra sociedad. ¡Son traidores! ¡Cobardes puñaleros que ya no pueden distinguir entre el bien y el mal! Él debería…

Ava colocó una mano tranquilizadora en su brazo antes de que pudiera alertar a todo el bosque con sus gritos.

—Créeme, estoy tan enfadada con él como tú, pero ahora debemos guardar silencio y desaparecer. Me está buscando… porque me considera la mayor amenaza para este país.

Y ambos sabían por qué.

—Kilian.

Una expresión de dolor cruzó su rostro antes de asentir y empujar suavemente a Lilly en el costado.

—Todo el mérito para tu misión de rescate, pero la próxima vez iré contigo.

La niña resopló.

—Fui más rápida sola. Después de todo, soy un lobo solitario. Yo…

Él la miró con una severidad inconfundible.

—¡La próxima vez iré contigo!

Lilly asintió con vacilación, ante lo cual él le dirigió una mirada oscura, indicando que debía empezar a correr, como si fuera su padre.

—Me quedaré detrás de ti. Tú conoces el camino, Lilly, y ahora… ni un sonido más.

—Mira quién habla… —murmuró la pequeña, pero tan bajo que sólo Ava la oyó.

—¿Adónde vamos?

Marcus señaló hacia el denso bosque.

—Necesitamos refugio para la noche, así que primero volveremos a la cueva que ya he abastecido con abundante leña… hasta que me di cuenta de que alguien me había burlado.

Lilly recibió otra mirada de reproche, pero la pequeña simplemente sonrió. En su opinión, lo había hecho todo bien.

Ava estaba agradecida de que hubiera actuado por su cuenta. Prefería apartar de su mente lo que podría haberle ocurrido en manos de Rob sin la ayuda de Lilly. Después de todo, no quería alimentar innecesariamente su miedo hacia el luchador de dragones. Era peligroso, sin duda, pero no se enfrentaría a él con las rodillas temblorosas en su próximo encuentro.

En silencio, marcharon a través del bosque sin encontrarse con nadie. Marcus, un experto del bosque como sacado de un libro, conocía bien el terreno y sabía dónde el suelo se volvía demasiado fangoso y dónde estaba seco, para que sus huellas no destacaran.

La noche fue cayendo gradualmente y la oscuridad se asentó entre los árboles, dificultándoles mantener la vigilancia de los

alrededores. No obstante, el nivel de adrenalina en el torrente sanguíneo de Ava disminuyó. Se sentía agotada, rendida, e incluso consideró simplemente tumbarse en el suelo y dormir, pues cada paso le resultaba muy pesado.

¿Cuán protegida había sido su antigua vida? Aun así, no la cambiaría por su nueva existencia.

Después de horas, llegaron a su destino. La cueva estaba oculta tras unos arbustos de denso follaje y no era reconocible como tal a primera vista. No era especialmente grande, pero estaba resguardada del viento y era cálida. Había espacio suficiente para que dos de ellos pudieran tumbarse. Uno tenía que hacer guardia de todos modos.

Marcus se ofreció a ir primero.

—¿Estás seguro? —Ava miró a su alrededor con suspicacia. En la oscuridad, apenas se podía distinguir un tronco de un humano. Los tenues contornos de los árboles se mezclaban con los de los arbustos y helechos, creando una imagen de máximo peligro. Por supuesto, confiaba en él. Pero no sabía si podría dormir tranquila después de las últimas horas y con Rob declarado como un enemigo que la estaba buscando.

Marcus pareció adivinar sus pensamientos. Le sonrió con encanto.

—No tengo a mis espaldas una huida de la guarida de un dragón y, si interpreto correctamente las sombras bajo tus ojos, soy el único de nosotros que durmió anoche.

—¡Mentiroso! —exclamó Lilly desde la cueva. Ya se estaba acomodando sobre las hojas y el musgo que Marcus había recogido. —Te pasaste al menos la mitad de la noche mirando las estrellas y pensando en Ava.

Él sonrió.

—Entonces soy el único que durmió la mitad de la noche pasada.

Tuvo que darle la razón, sobre todo porque apenas había dormido las noches anteriores. Desde que había llegado a este reino de dragones, ni un solo día se había sentido normal. Por otro lado, había movilizado fuerzas que ni siquiera sabía que tenía hasta ahora.

Distraídamente, se frotó los brazos. Tenía frío, su cuerpo estaba al borde del agotamiento, pero no quería acabar en otra situación de peligro mortal. Así que seguía escudriñando la maleza sin pausa, pero no veía ni un par de ojos brillantes ni oía pasos o el crujir de las hojas.

—No es que no confíe en ti, pero las últimas horas han sido condenadamente intensas.

Comprensivamente, él le tendió la mano.

—¿Qué te parece esto? Nos sentamos juntos a la entrada de la cueva y, en cuanto te apetezca, te tumbas y duermes.

Eso le vendría bien, pero aun así se encogió de hombros con expresión interrogante.

—¿Y cuándo dormirás tú?

Él lo desestimó con un gesto.

—Puedo pasar días sin dormir si sé que estás a salvo.

Ella sonrió. Después de todas las penurias, se sentía bien tener a alguien con ella que la apreciaba, que estaba de su lado y que la ayudaría.

—Vale, de acuerdo. Y si los dos nos cansamos demasiado, dejemos que Lilly se encargue de un turno.

Se volvió hacia la cueva donde la chica estaba inclinada sobre una mochila, con las mejillas llenas de comida.

—Por supuesto. —Sonriendo, le ofreció una cantimplora a Ava— ¿Tienes sed?

Ava la aceptó agradecida y bebió. Luego cogió un trozo de pan y un pedazo de queso antes de que Lilly pudiera devorar todas las provisiones.

Marcus ya estaba sentado en la entrada de la cueva cuando Ava se sentó a su lado. Partió el trozo de pan por la mitad y le ofreció una parte.

—¿Hambriento?

Él negó con la cabeza.

—¿Hace cuánto que fue tu última comida?

—Tuve suerte y me encontré con un comerciante amable que compartió su desayuno conmigo.

Marcus observaba, fascinado, cómo ella comía como si fuera un acto extraordinario.

—Al menos alguien te está demostrando que hay buenas personas en este país. Además de mí, por supuesto.

—Sonrió con picardía y dejó que su mirada se detuviera en sus ojos un instante más. Poco a poco, ella empezó a sentirse incómoda. No debería hacerse una idea equivocada, así que señaló los árboles.

—Si sigues mirándome todo el tiempo, no te darás cuenta si alguien nos espía.

—¡No tienes ni idea! Crecí en el bosque. Percibo todos los movimientos con todos mis sentidos.

Ava arqueó las cejas, con una leve sonrisa asomando en sus labios.

—¿Ah, sí?

Sonriendo, él asintió, tomó su mano derecha y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Cierra los ojos y te enseñaré cómo.

Intentó retirar la mano, pero él la sujetó con suavidad.

—Relájate, Ava, solo estoy agarrando tu mano. Al menos inténtalo.

—Está bien, entonces. —Cerró los ojos. Sería mentira decir que se sentía cómoda, pero seguramente Rob u otro enemigo no aprovecharía este segundo de desatención para atacar, aunque sería el momento perfecto. No obstante, siguió la corriente.

—¿Sientes esa suave vibración en el aire?

Negó con la cabeza.

—Deja de pensar en Rob o en cualquier luchador de dragones. Quédate conmigo mentalmente en el bosque. Escucha y siente. Ahora inténtalo de nuevo. ¿Sientes la oscilación que el viento transporta por el bosque?

Estaba a punto de negar con la cabeza otra vez, pero dudó. ¿No había un temblor apenas perceptible en el aire? Lentamente, asintió.

—Siento algo. Parece un aliento, pero de alguna manera… diferente.

—Es un búho. Está sentado a unos quince metros, en el abeto, observándonos. Ahora toca el suelo. —Guió las manos de ambos

hacia la tierra y colocó la suya encima.— Siente lo que está sucediendo. ¿Qué percibes?

—Tu calor.

—Me alegro, pero no es en lo que deberías centrarte ahora mismo. —Aun así, no retiró sus manos de las suyas. Estaba a punto de abrir los ojos (después de todo, él estaba aprovechándose descaradamente de la situación para acercarse más a ella), cuando de repente sintió una vibración apenas perceptible que viajaba a través del suelo.

—Esto es más fuerte que el búho, de alguna manera poderoso, pero aun así muy silencioso y delicado. ¿Qué es?

—Un lobo. Nos observa.

Los ojos de Ava se abrieron de golpe, pero Marcus inmediatamente tomó sus manos de nuevo y captó su mirada.

—No se acercará. Está buscando a su manada. Escucha la oscilación, y sentirás que se debilita. Se está alejando de nosotros.

Con el pulso todavía a un nivel poco saludable, colocó las manos en el suelo nuevamente y se concentró en la vibración. En cuanto la percibió, escuchó y sintió hasta que notó que se alejaba. Aliviada, soltó el aliento que había estado conteniendo.

—Tienes razón.

—Siempre la tengo. —Tomó su mano, la besó y la colocó sobre su corazón.— ¿Puedes sentir esto también?

—Marcus, no puedo…

Sonrió, con un atisbo de melancolía en sus ojos.

—Esto no se trata de tus sentimientos hacia mí. Siente mi latido.

Le habría gustado apartarse para evitar darle falsas esperanzas, pero su curiosidad pudo más, así que dejó la mano sobre su pecho, cubierta por la mano derecha de él. Al principio, sintió el latido constante de su corazón, pero después de unas respiraciones, creyó percibir algo más. ¿No había una suave vibración, un pulso, un…?

—¿Qué estáis haciendo vosotros dos? —Lilly apareció en la entrada de la cueva y se metió entre ellos, obligando a Marcus a soltar la mano de Ava.— Pensaba que te gustaba Kilian, Ava.

Ava abrió la boca, aunque no sabía qué decir, pero Lilly la interrumpió con un gesto.

—No sirve de nada negarlo. Sé de buena tinta que os besasteis.

La mirada de Ava se dirigió a Marcus, quien hizo una mueca de resignación.

—Eso no significa que su corazón no pueda elegir a otro.

No lo haría, quiso decir Ava, pero ni era del tipo que habla de sentimientos ni había necesidad de justificarse.

—Marcus me estaba enseñando cómo percibe lo que ocurre en el bosque sin tener que mirar.

Los ojos de Lilly se agrandaron.

—¡Eso es genial! ¡Enséñame a mí también!

El hombre del bosque sonrió.

—Claro, pero tendrás que estar callada.

—De todos modos, deberíamos estarlo. —Lilly escudriñó la noche —. Nuestros enemigos seguramente no están lejos.

Ava temía lo mismo, pero no quería asustar a la pequeña. Recordó la conversación entre los luchadores de dragones que había escuchado mientras estaba atada al pilar en la habitación trasera.

—Kilian está en algún baile en Belmonde esta noche y espera encontrarse con Rob allí. Claro que no sé si seguirá volando hasta allí a pesar de mi fuga.

—Cierto, Kilian tiene que mantener contenta a la princesa para que se case con él. Aunque sería tonta si no lo hiciera. —Lilly suspiró teatralmente— Es tan guapo y fuerte, y está vinculado al dragón más grande. ¿Puede haber un mejor partido?

Ava sonrió mientras Marcus ponía los ojos en blanco.

—Hay otras cualidades con las que los hombres pueden ganar puntos, jovencita.

—No soy una jovencita, deberías saberlo a estas alturas. Rob y Kilian no son nuestro único problema, Ava.

Se enderezó.

—¿A qué te refieres?

Lilly miró a Marcus, que se retorcía las manos buscando las palabras.

—Escuchamos algo… —Se pasó la mano por la cara.

La pequeña se impacientó con sus titubeos. Se volvió hacia Ava, su mirada directa como si estuvieran hablando del tiempo.

—Elora ha enviado exploradores para buscarte. Al parecer, su objetivo ya no es principalmente luchar contra el rey. Su prioridad ahora es matar a la guardiana de dragones. Hay una alta recompensa por tu cabeza.

CAPÍTULO 8



Los ojos de Ava se abrieron de golpe. Apenas podía reprimir el temblor que se apoderó de su cuerpo al oír la noticia.

—¿Cómo lo sabes?

La chica se encogió de hombros como si fuera un detalle más.

—Mientras buscábamos la cueva, nos encontramos con una horda de magos. No te preocupes, conseguimos escondernos a tiempo. No nos vieron, así que los espiamos. Por suerte, porque lo dijeron varias veces. Elora quiere que estés muerta lo antes posible.

Aunque un escalofrío recorrió la columna vertebral de Ava, asintió para sí misma. Tenía sentido, aunque no mejoraba la situación.

—Es por esa profecía. Rob me habló de ella. Al parecer, como primera guardiana de dragones que viene de otro mundo en cientos de años, puedo derrotar al mago más fuerte… o algo así.

—¡Exactamente! —Lilly sonrió radiante como si fuera motivo de celebración.

Para Elora, desde luego no lo era. Y para Ava tampoco. El mero pensamiento de encontrarse de nuevo con la hechicera o con uno de sus guerreros le provocaba náuseas. Apenas había escapado de la sentencia de muerte de Elora. Si Kilian hubiera aparecido unos minutos más tarde…

Marcus le tomó la mano, con una lealtad en los ojos que iba mucho más allá de la amistad. —Estás temblando. No te preocupes, te protegeremos.

Desanimada, negó con la cabeza.

—¿Un hombre del bosque que aborrece la violencia y una niña pequeña?

—¡Eh! —Lilly, indignada, puso los puños en las caderas.

—Y yo estoy bien equipado. —Marcus señaló su arco y flechas como si hasta ahora ella solo se hubiera imaginado su talante pacífico.

—¡Puede que tú sí, pero yo no! —Se pasó las manos por el pelo, de nuevo presa de esa maldita impotencia. Nada había cambiado. Aunque estaba libre por el momento, si aparecía uno de sus adversarios, seguiría sin poder defenderse.

Marcus extendió su mano hacia ella.

—¿Qué quieres decir?

Lilly ya estaba sonriendo, con los puños delante del cuerpo.

—¡Quieres aprender a luchar!

Ava asintió, y Lilly golpeó el aire exuberantemente, con un brillo en los ojos.

—¡Por fin! ¡La guardiana de dragones acepta su destino y cambiará el rumbo de las cosas! ¡Sabía que lo tenías dentro de ti, Ava! —Saltó y extendió sus manos hacia el cielo como un superhéroe a punto de emprender el vuelo.

Mientras tanto, los ojos de Marcus se ensancharon, inusualmente pálido alrededor de la nariz.

—¿Quieres aprender a luchar? ¿Para qué? Yo te protegeré.

Ella sabía que lo decía en serio, pero irradiaba tal dulzura que no habría aceptado su oferta ni aunque no hubiera querido tomar cartas en el asunto. Él no debería renunciar a sus convicciones por ella.

—Es muy amable de tu parte, pero necesito aprender a luchar por mí misma. En las últimas veinticuatro horas, me he sentido indefensa varias veces porque no sabía cómo defenderme. ¡Eso no volverá a ocurrirme jamás!

—Fueron casualidades. Estabas sola. Ahora estamos juntos. Te llevaré con mi gente, nuestra gente, Ava. ¡Sabes que desciendes del Pueblo Antiguo como yo! —Volvió a extenderle la mano, pero ella cruzó los brazos delante de su cuerpo antes de que pudiera agarrarla.

—No sé de quién desciendo, pero lo averiguaré. Sin embargo, lo primero que debo hacer es aprender a luchar. Mi plan está fijado y no me haréis cambiar de opinión.

—¿Cómo piensas hacerlo? —Marcus se pasó las manos por sus rizos castaños, aparentemente al límite de su paciencia.

Lilly le sonrió ampliamente a Ava.

—Yo sé quién puede ayudarnos.

Con la pequeña siempre se podía contar.

—¿Conoces a alguien que me entrenaría?

La niña alzó las manos como para aclarar un punto importante.

—No conozco a cualquiera, Ava. ¡Conozco al mejor!

Agitado, Marcus levantó el dedo como si fuera el único en su sano juicio.

—No empieces otra vez con tu héroe personal. Si buscamos a Kilian, Rob nos encontrará también inevitablemente.

—No estoy hablando de Kilian.

Divertida, Ava arqueó una ceja.

—¿No era Kilian el luchador de dragones más fuerte?

Una sonrisa dulce como el azúcar se extendió por los finos labios de Lilly.

—Lo es, pero sigo sin hablar de él. No revelaré nada más. Mañana lo veréis. Te llevaré al entrenador perfecto, Ava.

Marcus negó categóricamente con la cabeza.

—No creo que sea buena idea. ¡Debemos ir con mi gente, nuestra gente! Allí puedo protegerte, Ava. Y tú también puedes quedarte, Lilly. Somos muy hospitalarios.

—Siempre que no haya ningún luchador de dragones en la puerta compitiendo por tu gran amor, quieres decir. —La chica sonrió sin ningún pudor.

Ava no se dejaría apartar de su plan.

—Me voy con Lilly, y ahora me voy a dormir un rato. Te relevaré en la guardia dentro de cinco horas. Buenas noches.

Con estas palabras, se retiró a la cueva, sin voluntad de continuar la discusión.

Marcus le había demostrado lo bien que podía vigilar el bosque con todos sus sentidos. Confiaba en él, no solo porque priorizaba su

protección por encima de todo. Pero quería estar en forma para el día siguiente, descansada y fuerte. Necesitaba sus fuerzas.

Cuán realmente exhausta estaba se hizo evidente menos de diez segundos después, cuando se tumbó en la parte trasera de la cueva. Porque aunque sentía curiosidad por saber a quién la llevaría Lilly al otro día, y el miedo a sus oponentes mantenía su corazón firmemente agarrado, se quedó dormida al instante.

Un sonido crujiente la hizo sobresaltarse. Escuchó tensamente en la oscuridad. Ahí estaba otra vez. Una ramita se partió. Alarmada, se levantó de un salto.

Lilly yacía acurrucada como un gato en el lecho de musgo y dormía, mientras Marcus custodiaba la cueva. Estaba sentado tranquilamente con las piernas cruzadas en el suelo desnudo, contemplando pensativo el bosque.

Ella se agachó, vigilante, a su lado y escrutó el bosque.

—¿Qué ha sido eso?

—Un ciervo que se ha levantado especialmente temprano. —Lo dijo con tal convicción que Ava no lo dudó ni un segundo.

—He dormido más tiempo del que acordamos. —Se frotó los ojos — Ahora puedes acostarte tú.

Se sentó con las piernas cruzadas y miró hacia las estrellas. Entre las copas de los árboles, aquí y allá relucían parches de cielo nocturno. Inevitablemente, la invadió el recuerdo de volar a través de la noche con Kilian. Su calor, su cercanía, su voz bajo el dosel interminable de estrellas. Solo pensarlo le provocaba escalofríos por la espalda.

Marcus carraspeó, sacándola de sueños que no debería estar teniendo de todas formas.

La miró intensamente.

—Me alegro de que podamos hablar en privado.

Ella lo había esperado.

—Si estás intentando disuadirme de mi plan, ahórrate las energías. No lo conseguirás.

Él negó con la cabeza.

—Lo entiendo, Ava. Aun así, quiero que pienses bien si al menos deberíamos visitar brevemente a nuestra gente primero.

—¡Ni siquiera sé si son mi gente!

—Tienen que serlo. Todos los guardianes de dragones proceden del Pueblo Antiguo.

Ella levantó un dedo.

—Procedían. El último vivió hace más de doscientos años. Muchas cosas podrían haber cambiado desde entonces.

Sonriendo, él negó con la cabeza, con la habitual ligereza en cada movimiento.

—Pero no los linajes. El don reside en nuestro pueblo. Al menos uno de tus antepasados debió pertenecer a nosotros, por lo tanto tú también.

Ella lo desestimó con un gesto.

—No me importan demasiado los lazos de sangre. Y ahora callemos. No quiero atraer la atención de los magos hacia nosotros.

O de cualquier otra persona…

La advertencia dio en el clavo, pues Marcus no respondió nada, simplemente asintió levemente. La estudió antes de tomar su mano y llevarla a sus labios. Le plantó un beso antes de que ella pudiera retirarla.

—Sea cual sea el camino que elijas, Ava, estaré a tu lado. —Con estas palabras, le soltó la mano pero mantuvo su mirada fija en ella.

Mentiría si dijera que no disfrutaba de su atención, pero jamás jugaría con el corazón de otra persona. Preferiría renunciar al amor por completo. Así que inclinó la cabeza en señal de disculpa.

—No estoy disponible, Marcus.

Una sonrisa traviesa se dibujó en su rostro.

—Eso ya lo veremos.

Ella no pudo evitar sonreír. Quería decir algo más, pero se quedó callada cuando él miró hacia el bosque y pareció relajarse.

Se sentaron juntos en silenciosa compañía, vigilando a Lilly, que yacía en la cueva roncando suavemente. En estas horas tempranas de la mañana, se desarrolló entre ellos una familiaridad que Marcus ciertamente acogía con agrado, pero Ava no sabía adónde debía ir. No quería romperle el corazón al hombre del bosque, pero si seguía presentándoselo en bandeja de plata, eso ocurriría tarde o temprano.

Antes de que saliera el sol, Lilly se removió y salió gateando de la cueva. Estaba desaliñada, su coleta colgaba torcida en la parte posterior de su cabeza, y bostezó con ganas.

—¿Tenemos tiempo para desayunar?

Marcus señaló hacia el equipaje.

—¿Acaso dejaste algo?

Ella se encogió de hombros.

—Medio pan, algo de queso y peras. Podéis quedaros con la fruta. —Tiró de la mochila hacia sí y sacó la comida.

Ava cogió una pera.

—No me digas que no te gustan, Lilly.

—Nop. Nunca me han gustado.

Marcus le guiñó un ojo a Ava.

—Entonces ya sabemos qué empacar cuando las provisiones tengan que durar unos días.

—También tomó una pieza de fruta y partió un trozo de pan, dándole a Ava la porción más grande. Lilly devoró el resto. No quedó nada de las provisiones, así que tendrían que pensar durante el día en qué comer por la noche. Todas las reservas de agua también se habían agotado. Pero después del desayuno, Marcus los condujo a un arroyo donde se lavaron y saciaron su sed.

Ava se echó agua en la cara, Lilly se enjuagó la boca y Marcus llenó las cantimploras. Mientras Lilly tomaba la delantera, Marcus desaparecía de vez en cuando durante unos minutos y regresaba con un puñado de bayas o frutos de árboles, que metía en una bolsa antes de que Lilly advirtiera la comida.

—¿Cuánto falta? —preguntó Ava después de que llevaran en movimiento lo que parecían horas.

La chica se dio la vuelta, con un brillo de emoción en los ojos.

—Me alegra que preguntes, Ava, ¡porque por fin hemos llegado!

Con estas palabras, apartó una rama de denso follaje. Detrás se desplegaba un vasto paisaje, bordeado por una cadena montañosa al este. Prados y campos vírgenes, colinas individuales y arroyos se extendían hasta el horizonte.

Pero no era eso lo que Lilly señalaba. Se encontraban al borde de un acantilado, y al pie de las rocas se extendía un gran campo de

competición.

CAPÍTULO 9



Edificios de piedra, en los que probablemente la mayoría de la gente no se habría mudado voluntariamente debido al riesgo de derrumbe, se habían erigido en forma de rectángulo. Su color arenoso se mezclaba con los alrededores, distinguiéndose únicamente por los árboles dispersos que crecían aquí y allá en los terrenos. Una atmósfera nostálgica se aferraba al lugar, como si este sitio hubiera desempeñado alguna vez un papel importante en la historia y ahora lamentara aquel tiempo.

En el centro se extendía una vasta explanada de arena, utilizada como terreno de competición o entrenamiento. El recuerdo de la arena de los magos amenazaba con paralizar a Ava, pero los dos enormes dragones entronizados en el centro mostraban claramente que no se podía esperar la presencia de magos en este lugar.

Los dragones eran de un tono marrón, y sus escamas absorbían la luz del sol. Aunque eran más grandes que todos los edificios, la diferencia de tamaño en comparación con el dragón de fuego de Kilian era evidente. Además, eran más anchos y corpulentos que los dragones de fuego y aire que Ava había visto hasta ahora. No obstante, emanaban una majestuosidad admirable que atraía la atención hacia ellos.

Sobre el lomo de cada uno de ellos iba sentado un luchador armado con dagas y espadas. Había gradas para espectadores que seguramente abarcaban más de cincuenta filas, pero nadie se

sentaba allí, y en la amplia zona fuera de la arena tampoco se veía un alma, aunque podrían haber encontrado espacio cientos de carromatos y tiendas.

—¿Qué clase de lugar es este?

Marcus estaba junto a ella, con un bufido de desaprobación en los labios.

—El antiguo campo de entrenamiento de los luchadores de dragones. ¡No es un lugar donde debas estar!

Ava levantó las cejas.

—¿Antiguo? Entonces, ¿por qué están esos dos luchando allí?

Sonriendo, Lilly observaba los impresionantes dragones.

—Porque aquí es donde entrenan aquellos que todavía tienen que ganarse su lugar.

En efecto, no era un mal lugar para adquirir conocimientos básicos de autodefensa. Ava dejó vagar su mirada inquisitiva por las instalaciones.

—¿Quién los entrena?

Mientras Marcus negaba con la cabeza despectivamente y cruzaba los brazos sobre el pecho, Lilly ya estaba señalando a una figura que se encontraba en las sombras. La pequeña persona daba una impresión poco importante, por lo que podría pasar fácilmente desapercibida. Además, les daba la espalda.

—¡Maestro Boom! —Los ojos de Lilly brillaban de emoción.

Ava se rió.

—Ese no es su verdadero nombre, ¿verdad?

La chica observaba al discreto entrenador, con una admiración similar a la que sentía por su gran héroe.

—Por supuesto que no, pero es legendario porque ha entrenado a los mejores luchadores de dragones durante décadas.

—Déjame adivinar, Kilian también fue entrenado por él.

—¡Por supuesto!

—¿Por qué entonces el Maestro Boom enseña aquí y no en las instalaciones oficiales de entrenamiento?

Marcus resopló con disgusto.

—¡Porque lo pillaron utilizando magia!

Ava levantó las cejas, mientras Lilly se encogía de hombros.

—Nunca se demostró, pero el rumor fue suficiente para el rey. Apuesto a que fue su coentrenador quien difundió la acusación, ya que desde entonces ha estado entrenando a los aspirantes a luchadores de dragones. Y ni siquiera es la mitad de bueno que el Maestro Boom. Ahora vamos, ¡vamos! Tú quieres aprender a luchar, ¿no es así, Ava?

Ella dudó, y Marcus la retuvo por el brazo, con el dedo levantado en señal de advertencia.

—No creo que alguien extendiera un rumor tan devastador sin motivo. Si hay algo de verdad en ello, podría traicionarte y entregarte a Elora. Dudo que merezca la pena el riesgo. No podemos confiar en él.

Pensativa, Ava miró de él a Lilly y luego a la arena. Sabía lo que tenía que hacer. Necesitaba aprender a luchar si no quería seguir siendo un peón de otros. Y dado que solo unos pocos estudiantes entrenaban con el maestro, al menos permanecería sin ser detectada durante un tiempo. Con determinación, cuadró los hombros.

—Solo hay una manera de averiguarlo.

Los ojos de Marcus se abrieron con horror.

—¿Quieres ir a verle?

—Sí, porque sobre mí también se difunden falsos rumores. Pero entiendo si no quieres acompañarme.

Su mandíbula se tensó. Sin embargo, no pasó más de un suspiro antes de que tensara su cuerpo y asintiera.

—Por supuesto que voy contigo y vigilaré al entrenador y las instalaciones. Prometí protegerte y acompañarte dondequiera que te lleve tu camino, y lo haré.

Lilly dio una palmada con las manos.

—Bueno, entonces ya está decidido. ¡Ahora vamos! Si tenemos suerte, nos invitarán a comer.

Un sendero conducía montaña abajo. Tardaron menos de diez minutos en llegar frente a la gigantesca puerta, a través de la cual podría haber cabido incluso un dragón, no el enorme dragón de fuego de Kilian, pero sí los más pequeños.

Inevitablemente, Ava no pudo evitar pensar en su dragón recién nacido. Seguramente le estaba yendo bien. Estaba a salvo, y con suerte, creciendo lejos de cualquier lucha por el poder. Era sensato que sus caminos se hubieran separado. Aun así, su corazón se sentía pesado.

Rápidamente apartó ese sentimiento.

Lilly levantó el puño y golpeó contra las hojas de la puerta, haciéndolas retumbar. El sonido resonó por toda la zona, acompañado de gemidos ocasionales y choques de espadas desde la arena. El tiempo se hizo eterno hasta que, finalmente, la puerta se abrió. En el estrecho hueco entre las hojas de la puerta apareció una mujer de la edad de Ava con el pelo negro y corto. Sonreía amablemente y parecía demasiado delicada y dulce para ser alguien a quien se esperaría encontrar en una arena de combate.

—Buenos días, ¿qué deseáis?

Ava señaló hacia la arena.

—Queremos hablar con el maestro.

La desconocida los examinó atentamente antes de asentir y abrir la puerta de par en par para dejarlos entrar.

—Está entrenando ahora mismo, pero tendrá un descanso dentro de media hora. Podéis mirar hasta entonces.

—¡Genial! —Lilly saltó inmediatamente a la arena.

La mujer cerró la puerta con llave tras ellos —lo que Ava observó con cierta inquietud— y se volvió hacia ellos sonriendo.

—Por cierto, soy Lynn.

—Ava. Y estos son Marcus y Lilly.

Siguieron a Lilly, que ya había llegado a las gradas y se había asegurado el sitio con mejor vista de la arena.

—¿Es vuestra hija?

Marcus sonrió e intentó entrelazar su brazo con el de Ava, pero ella cruzó los brazos sobre su cuerpo.

—Somos compañeros de viaje.

—Compañeros de viaje, ya veo. —Lynn sonrió con picardía mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja. Un mechón era demasiado corto y volvió a caerle inmediatamente sobre la frente—.

Dejadme adivinar, los dos queréis convertiros en luchadores de dragones.

—¡Por los cielos, no! —Marcus negó con la cabeza horrorizado— Aborrezco la violencia.

Lynn lo miró con curiosidad.

—Y eso en estos tiempos. Extremadamente interesante. —Lo observó como si ya lo hubiera calado, antes de centrar su atención en Ava— Pero tú eres diferente.

—¿Es tan evidente?

Lynn asintió.

—Tienes ese fuego en los ojos. Lo veo en la mayoría de las personas que vienen aquí.

Esperaba que eso fuera algo bueno…

Lynn caminaba tranquilamente con ellos hacia la arena, lo que inevitablemente tranquilizó un poco a Ava también. No parecía representar ninguna amenaza, al menos esa era la primera impresión de Ava. Su figura era delgada, no musculosa, y su mirada amable en lugar de evaluadora. Su nariz puntiaguda hablaba más de curiosidad que de disposición para el combate, y sus ojos azules tenían una expresión romántica. Además, sus pómulos altos le daban una apariencia élfica, subrayando su aspecto inocente.

Llegaron a las gradas y se sentaron junto a Lilly, que observaba el combate con la parte superior del cuerpo inclinada hacia delante. Lynn se sentó rápidamente al lado de Ava, dándole la oportunidad de continuar la conversación.

—¿Tú también eres entrenada por el maestro?

Lynn se rió abiertamente.

—¿No se nota?

Con vacilación, Ava negó con la cabeza.

—Para ser sincera, pareces más bien una maestra de primaria.

Se le había escapado antes de pensarlo, pero el rostro de Lynn se iluminó aún más y sonrió ampliamente.

—¡Qué perspicaz eres!

—¿En serio?

Con el ceño fruncido, Ava dejó que su mirada vagara por la instalación, mientras Marcus también se inclinaba hacia delante, sus

ojos moviéndose entre la arena y Lynn.

—Pero aquí no hay niños.

Lynn dejó escapar un suspiro profundo y nostálgico.

—Ya no. Sin embargo, en el pasado, esta era la instalación principal de entrenamiento y muchos enviaban a sus hijos aquí desde los ocho años. Era una época hermosa, especialmente las semanas de proyectos. Mis estudiantes siempre estaban más felices cuando podían crear dragones.

Sonrió con nostalgia.

Con la mayor naturalidad posible, Ava asintió hacia el maestro, que seguía de pie en las sombras, por lo que solo podía ver su capa que le llegaba hasta el suelo.

—¿Hay algo de verdad en las acusaciones?

Lynn adelantó la barbilla indignada.

—El Maestro Clark es el entrenador más honorable y talentoso que el reino jamás ha visto. Si habéis venido a causarle problemas, ¡podéis marcharos ahora mismo!

Marcus resopló, pero Ava levantó las manos en señal de apaciguamiento.

—No es por eso que estamos aquí, te lo prometo. Solo quería oír tu opinión.

Lilly se inclinó hacia delante.

—Te lo dije: es el mejor entrenador. ¡Solo míralo, Ava! Si alguien puede enseñarte a luchar, es él.

Más actividad se agitó en la arena. Como si fuera una señal, los luchadores saltaron de los dragones y se rodearon mutuamente con las armas desenvainadas. Ambos vestían cuero negro de combate, el más pequeño además llevaba un gorro negro. Era más delgado que el otro pero se movía con no menos potencia y gracia, y ambos luchadores estaban armados con dagas y espadas, decididos a ganar el duelo. Se acechaban el uno al otro, y de repente el más grande atacó al más pequeño. Pero este esquivó con habilidad, asestó un golpe en el costado del más grande, saltó de inmediato sobre él antes de que el otro pudiera alcanzarle con el filo de su espada.

Fascinada, Ava se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en sus muslos. Era impresionante cómo el estudiante de combate

más pequeño provocaba, y así cansaba al más grande, mientras él mismo se mantenía fresco como una rosa, saltando por todo el lugar. Pero el más grande tenía mucha más fuerza. Balanceó su arma y casi alcanzó al más pequeño en la espalda, quien se agachó en el último segundo y derribó al más grande con un golpe dirigido al pecho. El más pequeño saltó inmediatamente sobre él y lo puso en jaque con golpes sistemáticos, y su antebrazo en la garganta.

El Maestro Clark permaneció en las sombras, sin aplaudir, sin comentar, pero observando atentamente. Hizo una señal a los luchadores para que se acercaran y les habló en voz baja. Después, habló con cada uno de ellos individualmente, y los cadetes regresaron a sus dragones para comenzar la siguiente ronda.

Esta vez, el guerrero grande solo reaccionaba a los golpes que podían ser peligrosos para él, y más de una vez puso al más pequeño en apuros. Pero el más pequeño era tan rápido y enérgico como un gato salvaje, razón por la cual ganó también esta ronda.

Tras el duelo, saltaron sobre sus dragones y se lanzaron al aire. Giraron lateralmente y realizaron maniobras de vuelo tan rápidas que a Ava le pareció un milagro que los jinetes se mantuvieran sobre sus lomos. Volaban sobre los dragones de montaña como si estuvieran fusionados, y continuaron la lucha en el aire. Esta vez, dominó el cadete más grande. Varias veces su dragón atrapó al otro por la cola y golpeó su costado con su cola similar a una maza, hasta que sonó un silbido penetrante y los dragones planearon de vuelta a la arena.

El viento que provocaron rozó las mejillas de Ava y tiró de su pelo. Solo cuando los dragones aterrizaron se dio cuenta de que había estado observando la lucha boquiabierta.

Lynn la miró con las mejillas sonrojadas.

—Impresionante, ¿verdad?

Ava asintió, mientras Lilly saltaba y levantaba los puños.

—¡Yo también seré una luchadora de dragones! ¡Y solo aprenderé del Maestro Boom!

Riendo, Lynn se levantó.

—Hace mucho tiempo que no oía ese apodo. Venid, ahora tiene tiempo para vosotros. —Los guió desde las gradas hasta la zona de

arena, donde los jinetes se bajaron de los dragones y se dieron la mano. Con admiración, Ava miró a los dos. Parecían templados, experimentados en la batalla y decididos. Seguramente conocían muchos trucos y sabrían defenderse si Rob o cualquier guardia fronterizo intentara capturarlos.

El luchador más pequeño pasó junto a ellos. Daba una impresión tan fuerte y ágil, como si no hubiera hecho otra cosa que entrenar durante décadas. ¿Cómo podía alguien así no haber sido aceptado entre los luchadores de dragones hace mucho tiempo? Se quitó la gorra negra y reveló una cascada de cabello rubio que le llegaba hasta la cadera.

Ava la miró incrédula.

—¿Es… una mujer?

La luchadora entrecerró los ojos y le lanzó una mirada fría mientras salía pavoneándose de la arena. La pura rabia se notaba en cada uno de sus pasos.

Lynn asintió.

—Es Magg. Es la mejor.

Con la boca abierta, Ava la vio marcharse.

—¿Por qué no está ya luchando junto a los luchadores de dragones?

Una voz tranquila y profunda respondió.

—Porque su entrenamiento... aún no ha terminado.

El Maestro Clark se había acercado a ellos sin que se dieran cuenta y los estaba examinando detenidamente. Apenas le llegaba al pecho de Ava y se apoyaba en un bastón nudoso. Si interpretaba correctamente su piel arrugada y los pocos cabellos blancos, tenía más de noventa años. Su cabeza era grande y parecía demasiado pesada para su estrecho cuello, y su cuerpo parecía frágil y exhausto.

Lo miró con incredulidad. ¿Se suponía que este entrenador iba a ayudarla a enfrentarse a Rob y los magos?

CAPÍTULO 10



El Maestro Clark le sonrió como si hubiera venido a tomar el té en lugar de aprender a luchar del supuesto mejor entrenador de todo el reino.

—Veo que estás decepcionada porque soy viejo y pequeño. Todavía estás en los inicios si permites que tales superficialidades te engañen.

Ava se aclaró la garganta. Negarlo le parecía más irrespetuoso que ceñirse a la verdad.

—No pretendía ser grosera, pero esperaba a otra persona.

Él sonrió con la misma serenidad, como si tal cosa no pudiera ofenderle, todo lo contrario. La observó también, aunque no su cuerpo, sino exclusivamente sus ojos. Con suerte, encontraría la mordacidad que Lynn había descubierto de inmediato.

Lilly dio un paso adelante impetuosamente y lo miró con adoración, como si Kilian estuviera ante ella.

—He oído todo sobre usted, Maestro Boom. Es una leyenda. ¿Puedo aprender a luchar con usted también? ¡Soy rápida e inteligente, y nunca me dejo engañar por las superficialidades!

Le dio una palmadita en su cabeza rubia.

—Llegarás lejos algún día.

Luego se volvió hacia Ava y Marcus, los examinó de nuevo y esperó. Algo le dijo a Ava que sus próximas frases determinarían si él la aceptaba como alumna o no.

Aunque había dudado momentos antes, curiosamente, la perspectiva de ser rechazada le hizo querer recibir lecciones de él a toda costa. ¿O habían sido las convincentes maniobras de combate de Magg las que la habían persuadido?

Ava habló con firmeza.

—Necesito aprender a luchar, no tengo otra opción.

Él entrecerró los ojos casi imperceptiblemente, como si intentara leerle el alma.

—Siempre hay alternativas.

—No para mí. Estoy dispuesta a aceptar mi destino. Pero hay personas poderosas que quieren detenerme.

El Maestro Clark asintió lentamente, como si ella no le estuviera contando nada nuevo.

—La más poderosa de todas eres tú.

Confundida, frunció el ceño, pero no se rendiría. A juzgar por su expresión, él no quería enseñarle. Probablemente había hecho todo mal hasta ahora.

Su ritmo cardíaco se aceleró en busca de una solución hasta que miró a Lilly y se le ocurrió una idea.

—Soy la guardiana de dragones profetizada.

Él se apoyó en su bastón nudoso y la miró expectante. Seguía sin decir palabra.

—Estoy dispuesta a aceptar mi destino.

Seguía esperando. Lilly le dio un codazo en el costado como si fuera algo obvio que ella no había entendido. Cielos, no tenía ni idea de lo que él quería oír o de lo que la chica quería decir. Levantó las manos al aire.

—¡Acepto mi destino y lucho contra aquellos que amenazan este reino y a los dragones. Por eso quiero ser su alumna!

Se había puesto más ruidosa, lo que sin duda no ayudaba. Ahora el maestro podría añadir el temperamento descontrolado a la superficialidad, lo que ciertamente no era un rasgo de carácter deseable para un guerrero.

Pero el entrenador asintió lentamente.

—La verdadera lucha no tiene lugar ahí fuera, sino aquí dentro. —Señaló su pecho—. Gana esta lucha, y el mundo se inclinará ante

ti. Nos encontraremos al atardecer en la puerta.

Con esas palabras, volvió a darle una palmadita en la cabeza a Lilly y se marchó.

Incrédula, Ava lo vio alejarse, mientras Lilly la agarraba por la cintura y la abrazaba. Estaba dando saltos de arriba abajo.

—¡Sabía que podías hacerlo! ¡Estás lista!

—¿Me ha aceptado?

—¡Claro que sí!

—¿Qué he dicho?

Lynn sonrió misteriosamente.

—¿No te has dado cuenta?

Ava negó con la cabeza.

—¿Ha sido porque me he puesto ruidosa?

Con una sonrisa contenida en los labios, Lynn se encogió de hombros.

—Ya lo descubrirás tú misma.

Lilly le dio un golpe exuberante en el costado.

—¡Brillante, luchadora Ava, guardiana de dragones y portadora del destino! Tienes que enseñarme todos los trucos. Pero primero, comamos algo. ¿Hay un comedor?

Marcus apartó a la pequeña por los hombros.

—No olvides que nosotros dos no seremos entrenados en este campo de combate. La educación es una virtud importante. —Hizo una reverencia a Lynn y sonrió con encanto.— ¿Sería posible quedarnos con Ava mientras recibe su entrenamiento? Estaríamos encantados de hacernos útiles para ganarnos el alojamiento y la comida.

Lynn hizo un gesto desdeñoso como si aquello ya estuviera decidido hace tiempo.

—Por supuesto. Hay mucho trabajo, y gracias a los antiguos alumnos del maestro que nos apoyan, más que suficiente para comer. Venid.

Empezó a caminar y los demás la siguieron, con Lilly a la cabeza.

Aunque Ava deseaba desesperadamente saber cómo había logrado convencer al Maestro Clark, acompañó a sus amigos al comedor.

Tenía tiempo hasta la noche, y seguramente conseguiría que Lynn le revelara cómo había persuadido al entrenador.

Por la noche, Ava estaba en la puerta con un farol en la mano, esperando.

Lynn no había revelado nada, pero les había mostrado las habitaciones y les había dado un recorrido por las instalaciones de entrenamiento. Por eso Ava había salido antes, para estar sola y usar el tiempo para pensar.

Lilly estaba demasiado emocionada para mantener una conversación tranquila, y Marcus no tenía ningún interés en que ella se convirtiera en alumna del Maestro Clark.

Por lo tanto, ninguno de los dos había podido ayudarla con respecto a la próxima reunión.

Repasó la conversación con el maestro palabra por palabra en su mente y seguía llegando a la conclusión de que debía haber sido la formulación lo que había marcado la diferencia.

O su voz alta, que había mostrado lo seria que era. Probablemente había sonado convincente y decidida.

—¡Cielos, no tengo ni idea! —murmuró para sí.

Si él le preguntaba por los motivos de inmediato, seguro que fracasaría.

Alisó nerviosamente las mangas de su túnica.

Lynn les había dado ropa limpia y había equipado a Ava con el uniforme de estudiante: pantalones de cuero reforzados, botas de cuero, una túnica blanca y amarilla, y un chaleco de cuero similar a un corsé. También había recibido una capa con cuello ribeteado de piel.

Afortunadamente, el atuendo la mantenía caliente, ya que el frío se había instalado con la puesta del sol y cortaba las mejillas de Ava como cuchillas.

Se había recogido el cabello castaño firmemente para que no le cayera sobre los ojos durante el entrenamiento, aunque se preguntaba si realmente empezarían a luchar de inmediato.

Después de todo, ya estaba oscuro.

Observó la zona con atención.

El choque amortiguado de espadas resonaba en la oscuridad desde la arena, mezclado con jadeos agotados. Alguien todavía estaba entrenando.

En los aposentos, había luces encendidas detrás de algunas ventanas, pero no había mucha actividad. Aparte de los dos cadetes del mediodía, Ava había visto a otros tres durante la comida, pero se habían mantenido a distancia.

Los otros estudiantes eran más jóvenes que ella, pero no dejaría que eso la detuviera.

Había venido aquí por una razón específica, y en eso se centraba.

Esto ayudaba a reducir su nerviosismo, al menos un poco, porque seguía preguntándose sin parar por qué el maestro la esperaba en la puerta a oscuras. Esperaba que no fuera para echarla después de todo.

El tiempo pasaba, la noche había caído hacía mucho, y aún el Maestro Clark no aparecía. Ava paseaba lentamente de un lado a otro, iluminando con el farol en todas direcciones, pero no veía a nadie.

¿Había cambiado de opinión? ¿O se referían a otra puerta? Pero durante la visita con Lynn, no había visto ninguna otra.

Miró alrededor desamparada cuando de repente su luz se apagó y se quedó en absoluta oscuridad. El miedo recorrió sus extremidades. Dejó caer el farol, levantó las manos y se quedó inmóvil. No podía ver nada. Ni siquiera los contornos más tenues. Y no oía nada.

—¿Maestro Clark?

Su voz sonaba demasiado débil, así que se aclaró la garganta.

—¿Maestro Clark?

Nadie respondió.

Maldición, ¿la habría encontrado Rob? ¿O los magos? Alarmada, giró en círculo cuando de repente algo afilado le pinchó en el costado y perdió el equilibrio. Agitó los brazos y dio un paso largo hasta que volvió a estabilizarse.

—¿Quién está ahí?

De nuevo, una punta la golpeó en la cintura. La empujaron, pero se sostuvo antes de caer al suelo y giró rápidamente. Lista para

defenderse, rebotó sobre sus rodillas y mantuvo los brazos frente a ella. Rob o los magos no jugarían con ella, sino que inmediatamente la alejarían de aquí antes de que alguien lo notara. ¿Estaban los otros estudiantes divirtiéndose a su costa? ¿Era esto algún tipo de ritual de iniciación?

Escuchó en la oscuridad, tratando de distinguir algo, hasta que finalmente sus ojos se adaptaron a la penumbra y vio al viejo maestro de pie frente a ella. Estaba apoyado en su bastón, observándola tranquilamente y esperando.

—Maestro Clark. ¿Ha sido usted?

—Dime qué has hecho mal.

Desconcertada, parpadeó, mirando rápidamente por encima de su hombro para ver si alguien más se había acercado sigilosamente, pero estaban solos.

Negando con la cabeza, frunció el ceño.

—¿No traje un arma y no pude defenderme?

—¿Fue realmente por eso que no pudiste defenderte?

Ella dudó. ¿A qué quería llegar? ¿Era esta ya la primera lección?

—No estaba preparada.

Él asintió.

—El error más grave. ¿Y?

Confundida, se encogió de hombros.

—¿Debería haber esperado un ataque en cualquier momento?

—¿Por qué trajiste el farol?

—Para poder ver algo. Está completamente oscuro.

—Ahora está apagado. ¿No puedes ver nada en este momento?

—Sí puedo. —Comprendió— Revelé mi posición con la luz, así que podía verme fácilmente. Por el contrario, mis ojos estaban acostumbrados al brillo, por eso no podía reconocer nada fuera del cono de luz. Me basé exclusivamente en mi sentido de la vista.

Mientras él asentía, ella se frotó los ojos.

—¿No podemos empezar con un entrenamiento normal de esgrima a la luz del día? Soy una completa principiante.

Él la miró pensativo.

—No me diste la impresión de que tuviéramos mucho tiempo para tu entrenamiento.

Tenía razón…

—Realmente quiero aprender a luchar. Gracias por enseñarme.

—Eso está por verse. Quiero ver por qué estás haciendo esto.

—Porque quiero salvar a los dragones, a Lilly y a toda la demás gente.

—¿Y qué hay de ti? ¿Tu familia?

Se mordió el labio al surgir el tema que tanto odiaba.

—Para vencer a los demonios del exterior, primero debes superar los de tu interior.

Con estas palabras, él se dio la vuelta, pero Ava lo alcanzó en dos grandes zancadas.

—¿Qué debo hacer ahora?

—¡Corre!

Ella frunció el ceño.

—¿Correr?

—Corre hasta que los hayas derrotado. Entonces nos volveremos a encontrar.

Como si eso fuera literal, desapareció de un momento a otro, de modo que no tenía ni idea de si se había marchado caminando o se había teletransportado por algún medio mágico. Tal vez había algo de cierto en la acusación de magia después de todo.

En cualquier caso, se había ido, y ella estaba sola de nuevo.

Pensativa, miró hacia las rocas en dirección al bosque del que habían salido, y dejó que su mirada recorriera la arena y la zona tenuemente iluminada por las estrellas. Luego se centró en el camino de arena donde estaba parada. Este camino la llevaría de vuelta a su entrenamiento como luchadora… o hacia la incertidumbre.

Se suponía que debía correr y derrotar a sus demonios internos. Apretó la mandíbula. No sabía si lo lograría, pero podía intentarlo.

CAPÍTULO II



Alguien saltó sobre su cama y le sacudió el brazo. Ava se incorporó inmediatamente y agarró a la persona por los hombros. Solo era Lilly. Dejó escapar un fuerte suspiro.

—¡Caramba, no me asustes así!

—¡Como luchadora, debes estar siempre preparada!

Cansada, se frotó los ojos.

—¿Estuviste espiando anoche?

Lilly permaneció en silencio, lo que llevó a Ava a quitar las manos de sus ojos y mirarla. El sol brillaba en la habitación, permitiéndole ver claramente la sonrisa culpable.

—¿Estuviste en la puerta? ¿En plena noche?

—¿Dónde crees que he estado en mitad de la noche durante los últimos años? ¿Bajo supervisión adulta? —resopló— Además, solo era el final de la tarde. ¡Ahora cuéntame! ¿Cómo fue?

Se masajeó las sienes, pues no había dormido bien. No era por la cama o la habitación: el colchón era cómodo y el entorno tranquilo. Después de los últimos días, debería haber dormido como un tronco, pero eso era imposible por ahora después de la traición de Rob.

—Si observaste y espiaste la reunión, ya sabes todo.

Lilly se ajustó la coleta en la que había recogido su fino pelo rubio.

—Desgraciadamente, no pude escuchar el final porque Lynn me pilló y me arrastró dentro del edificio.

Ava arqueó las cejas.

—No hubiera pensado que tuviera tanta autoridad.

Se deslizó fuera de la cama y cogió su ropa. Había dormido con un camisón blanco sencillo que Lynn le había prestado amablemente y que no era en absoluto su estilo. Acentuaba su vulnerabilidad, de la cual finalmente quería deshacerse.

—Incluso exigió que fuera a la escuela hoy. ¡Bah! —Lilly resopló indignada y se deslizó hasta el borde de la cama— Ahora dime. ¿Qué aprendiste ayer? ¿Luchasteis? ¿Te enseñó algún truco brillante?

—Necesito prepararme mejor. Eso es todo.

Ava fue al baño contiguo, se aseó y salió vestida. Lilly estaba sentada en la cama con los brazos cruzados y las cejas levantadas.

—¡Ni tú misma te crees eso! ¿Qué te dijo?

—Estrictamente hablando, apenas dijo nada, pero hizo preguntas.

Lilly asintió con conocimiento.

—Apuesto a que eran preguntas brillantes. ¿Cuáles, por ejemplo?

—Qué hice mal.

La chica se rascó el mentón puntiagudo.

—Cogiste una linterna y no estabas preparada. ¿Verdad?

Cuando Ava asintió, ella cerró el puño.

—Seré la mejor alumna que el Maestro Boom haya visto jamás.

Divertida, Ava puso los ojos en blanco. Probablemente debería tomar nota del entusiasmo de Lilly.

—¿De dónde ha sacado ese apodo tan inapropiado, por cierto?

—¿Inapropiado? —Lilly hizo un gesto despectivo— Ya lo verás. ¿Qué haremos hoy? ¿Cómo nos entrenarán?

Con las cejas levantadas, Ava puso las manos en las caderas.

—¿Me preguntas esto antes de que hayamos desayunado? ¿Quién eres tú y qué has hecho con la siempre hambrienta Lilly?

La chica saltó de la cama.

—¿Quién dice que no he desayunado ya?

—¿Sin mí?

—Podemos desayunar de nuevo. Mejor cogemos unos panecillos y vamos directamente a la arena. Después de todo, no deberías perderte tu lección.

Esto se ponía cada vez mejor. Lilly se estaba convirtiendo en su capataz personal.

—¿Y qué pasa con los demás?

Se encogió de hombros, pero Ava vio exactamente cómo se acariciaba casualmente el cuello. Había observado este gesto antes y sabía lo que significaba. Rápidamente ató cabos.

—Déjame adivinar: estás intentando evitar a Lynn para que no te arrastre al aula.

Lilly miró al suelo y pasó la punta del zapato por las tablas del suelo.

—Tonterías. Yo no. ¡Nadie me hace hacer algo que no quiero hacer!

—Entonces puedes acompañarme al comedor sin ningún problema. Seguro que no tienes nada en contra de una segunda ración, y será más grande si no llevamos nuestros platos a la arena

—Por supuesto. —Se acarició el cuello otra vez.

Vamos a ver si realmente venía con ella o encontraba una razón para desaparecer antes. Divertida, Ava negó con la cabeza.

Salieron de la habitación justo cuando Marcus estaba frente a ella con la mano levantada para llamar.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien? —Le sonrió radiante como si ella fuera su sol personal.

Él también había recibido ropa nueva y vestía una túnica blanca y un chaleco de cuero. Debajo llevaba pantalones de cuero reforzados en las rodillas y los muslos, igual que los de ella. Solo las botas parecían haber escapado a su entusiasmo, ya que sus pies descalzos estaban metidos en las viejas sandalias de cuero que siempre había usado.

Divertida, arqueó las cejas.

—¿Tú con cuero de combate?

—Solo por hoy. Aunque tengo que admitir que el chaleco es práctico. Y parece que después de todo te gusta la ropa de cuero. —Alzó las cejas con picardía.

Lilly puso los ojos en blanco de forma demostrativa y se apretujó entre ellos.

—Íbamos a desayunar. ¿Vienes?

—Claro, os acompaño durante todo el día.

Ava señaló sus sandalias.

—Entonces necesitarás mejor calzado, porque según el Maestro Clark, mi primera tarea es correr.

Marcus arqueó las cejas con escepticismo. Cuando Ava no añadió nada más, negó con la cabeza.

—Sinceramente, podemos hacer ese entrenamiento igual de bien en un lugar más seguro.

¿Iba a cuestionar cada instrucción del entrenador? Aunque, hablando estrictamente, Ava tampoco entendía el propósito. Sin embargo, quería quedarse, quería aprender a luchar, así que por ahora, haría lo que el Maestro Clark le pidiera.

—Eres libre de hacer eso, pero yo me quedo. ¿Dónde está el desayuno, Lilly?

—En realidad, solo tienes que cerrar los ojos y seguir tu nariz. ¿No puedes oler la canela y la mantequilla caliente?

Caminaron por el pasillo y llegaron a la escalera de caracol que conducía a la planta baja. El desayuno se servía en una pequeña sala que resultaba más acogedora que el gran comedor neutral donde habían cenado. Quizás se debía a los jarrones con arreglos florales que adornaban las estrechas ventanas, los cuales parecían tan fuera de lugar en una instalación de entrenamiento de combate.

Pequeñas mesas redondas con sillas a juego y cojines florales estaban dispersas por todas partes, listas para ser utilizadas. A un lado, una mesa larga sostenía cuencos limpios, platos y cubiertos junto a cuatro ollas cuyo contenido se mantenía caliente con la ayuda de velas.

No había nadie en la sala, pero las bandejas de platos usados junto a la puerta de la cocina dejaban claro que Lilly no era la única que había desayunado esa mañana.

Había avena con mantequilla y canela, junto con fruta cocida a elegir. Lilly pasó de las peras, mientras que Ava se sirvió doble ración. Por alguna razón, las frutas le daban una sensación de confort.

Apenas se habían sentado cuando Lynn apareció en la puerta, sonriendo a la chica.

—¡Aquí está mi nueva alumna!

Lilly sacó la barbilla.

—¡No he sobrevivido los últimos tres años para acabar en un aula!

—Sí que lo has hecho. ¡Ahora vamos! —Lynn se dirigió enérgicamente a la mesa y extendió su mano, aunque eso no disminuyó su comportamiento amable y encantador de maestra de primaria.

—¡Estoy desayunando!

—Ya has comido, y bastante. Haremos un descanso en dos horas, entonces podrás volver aquí. ¡Ahora arriba!

Ava apenas podía creerlo. Ocurrió lo increíble: Lilly se levantó refunfuñando, dio una patada a la pata de la silla y salió arrastrando los pies junto a Lynn. Negando con la cabeza, Ava la vio marcharse, acordándose justo a tiempo de gritar:

—¡Que te diviertas!

A juzgar por la mirada venenosa que Lilly le lanzó por encima del hombro, debería haberse guardado ese comentario. Tan pronto como las dos estuvieron fuera y fuera de vista, se le escapó una risa.

Marcus le sonrió como si la risa fuera para él.

—¿Qué haremos hoy?

—Ya te lo he dicho, se supone que tengo que correr.

Frunció el ceño con incredulidad.

—¡Pero seguro que no todo el día!

—Si lo entendí correctamente, hasta que haya vencido a mis demonios internos.

Intrigado, se inclinó hacia delante y alcanzó su mano izquierda.

—¿Que son? —Su voz sonaba cálida y persuasiva, y en sus ojos marrones había una compasión que Ava no quería en absoluto.

Inmediatamente comprobó que su muro interior estaba alzado al máximo y retiró la mano.

—Eso no es asunto de nadie.

La expresión compasiva que apareció en su rostro le quitó el apetito, así que apartó el cuenco y se levantó.

—No te lo tomes a mal, pero quiero correr sola. Tú vigila a Lilly. Conociéndola, aprovechará la primera oportunidad para escaparse.

No queremos que salga del recinto por ansiedad escolar y se tope con Rob. Hasta luego. —Con esas palabras, se marchó.

—¡Pero si apenas has comido nada!

Probablemente era lo mejor.

CAPÍTULO 12



Ava salió corriendo en cuanto cruzó la puerta. Sin saber si había una pista separada para principiantes, se dirigió rápidamente hacia la arena. Quizás los otros luchadores también estaban haciendo sus vueltas allí, y podría entablar una conversación con ellos. Idealmente, le dirían qué necesitaba hacer para terminar con la carrera. Además, estaría en el lugar cuando el Maestro Clark apareciera, y podría convencerle de que estaba en paz consigo misma.

Lo cual más o menos era cierto.

Vale, estaba enfadada con sus padres, vale, se había sentido abandonada, pero así eran las cosas. No se podía cambiar nada ahora. Y para evitar que eso la retuviera, simplemente no pensaba en ello. Listo. Problema resuelto.

Los cinco estudiantes que Ava había encontrado hasta ahora estaban en la arena. A juzgar por sus uniformes y rostros empapados en sudor, no llevaban solo unos minutos entrenando.

Mañana ella también se levantaría más temprano.

Ava los saludó con la cabeza, gesto que le devolvió un chico de pelo rubio corto. Los otros cadetes no le prestaron ninguna atención, concentrados en golpear estructuras de madera con sus armas. Así que simplemente comenzó a dar sus vueltas. El maestro aparecería eventualmente.

Las dimensiones de la arena eran mayores de lo que parecían a primera vista. Para la segunda vuelta, su pulso estaba tan alto que se preguntó cuánto tiempo podría aguantar así. Pero si corría más despacio, ni siquiera el querido Marcus podría afirmar que estaba corriendo.

Su pulso se disparó a niveles poco saludables, su corazón golpeaba con vehemencia contra sus costillas, y gotas de sudor se acumulaban en sus sienes, deslizándose en torrentes. Por necesidad, redujo un poco su ritmo.

Inevitablemente, su mirada se desvió hacia el centro de la arena, donde estaban sus compañeros. Magg llevaba un gorro de nuevo, ocultando su pelo rubio. Ava reconocería su expresión dura como el acero desde un kilómetro de distancia. Aunque tenía labios rojos y redondeados y una cara estrecha, su expresión tenía algo masculino debido a su aspecto severo. Esta impresión se acentuaba por sus movimientos controlados y rápidos. Si Ava pudiera aprender a luchar la mitad de bien, se sentiría satisfecha. ¿Qué más tendría que aprender Magg antes de ser aceptada entre los luchadores de dragones?

—¡Deja de mirarme! —gritó Magg de repente, sin mirar a Ava.

—¡No te estoy mirando!

—Entonces, ¿cómo sabes que te estoy hablando a ti, polluela?

Era tan amable. Definitivamente no ganaría el premio a la compañera más simpática.

—¿Cuándo viene el Maestro Clark?

—Desde luego que no por ti. No estás lista todavía. Cualquiera puede verlo a primera vista. —Con esas palabras, escupió en la arena frente a ella y golpeó con sus puños vendados el muñeco de paja que servía como su oponente. Viendo esos golpes duros, Ava pensó que sería mejor no enemistarse con Magg. Aun así, no iba a dejar que le hablaran de esa manera.

—¡Apuesto a que tú también tuviste que empezar en algún sitio!

El estudiante rubio que la había saludado con la cabeza se acercó trotando. Aunque corría más rápido que Ava y llevaba horas entrenando, no parecía agotado. Al contrario, el esfuerzo físico parecía realzar su aura enérgica. Como no llevaba túnica, su torso

musculoso se veía bajo su chaleco de cuero, subrayando su afinidad por el deporte. Probablemente estaba a mediados de sus veinte años y emanaba encanto.

—Hola, soy Ralph.

¡El momento perfecto! Ahora podía tomarse un pequeño descanso. Aprovechó la oportunidad y se detuvo.

—Ava.

Señaló con la cabeza hacia Magg.

—Simplemente ignórala, pero te aconsejo que hagas tus vueltas en otro sitio. De lo contrario, tardarás demasiado.

Jadeando por aire, Ava se puso las manos en los costados. Resoplando, se inclinó y volvió a enderezarse.

—¿Por qué? Vosotros también estáis entrenando aquí.

—Por eso mismo. —Le guiñó un ojo, retrocedió trotando y señaló hacia el bosque— Ve fuera, corre más rápido, hazlo sola. Solo un consejo amistoso.

Se dio la vuelta, regresó con su compañero de combate y pronto estaban luchando como jóvenes dioses. Y si un joven dios del combate te daba un consejo, tal vez deberías hacerle caso…

Sin mucho entusiasmo, se puso en movimiento de nuevo y salió corriendo de la arena. No iba a la carrera, pero al menos trotaba. Seguramente los demás no podían hablar en serio sobre correr. ¿Quién corría durante más de unos minutos seguidos?

Dio varias vueltas alrededor del recinto, pero no había ni rastro del Maestro Clark. En su lugar, se cruzó con un hombre de pelo negro que parecía rondar los cuarenta y tantos. Tenía buen aspecto físico, también vestía ropa de combate, pero estaba barriendo el suelo de piedra detrás de las gradas. Le hizo un breve gesto con la cabeza antes de volver a su trabajo.

¿Sería un castigo?

Ava dio dos vueltas más cerca de él y lo observó, pero no volvió a levantar la vista, absorto en su tarea de Sísifo. Quizás solo era un empleado normal.

Trotó de nuevo junto a la arena. Oía los gritos y el chocar de las espadas de sus compañeros, pero el Maestro Clark seguía sin

aparecer. Ralph la vio y señaló hacia el bosque. Cierto: el dios del combate le había dado un consejo.

Suspirando, se dirigió a la puerta y salió del recinto.

Hacía calor. Un calor sofocante. Pronto necesitaría hacer una pausa para beber agua. Y ropa limpia. Siguió corriendo cuando de repente el cielo se oscureció y dos grandes sombras se precipitaron hacia ella.

Sobresaltada, Ava se detuvo y levantó las manos. Inevitablemente, esperaba encontrarse con Rob y su dragón. Su cuerpo se tensó y entró en estado de alerta mientras mantenía la mirada fija en las enormes sombras.

¿O sería Kilian? ¿Habría descubierto que estaba aquí? Una alegría inapropiada aceleró su corazón, mientras mantenía la mirada firmemente fija en el cielo.

Pero no era el luchador de dragones ni ninguno de los hombres de Kilian, sino los mismos dos dragones que habían entrenado con Magg y su compañero en la arena el día anterior. Se dirigieron hacia la arena, levantando un auténtico huracán al aterrizar, esparciendo arena y polvo por todas partes, y retumbaron en medio de los estudiantes, haciendo temblar la tierra como si fuera un terremoto de magnitud nueve.

Era un milagro que los edificios no se derrumbaran.

Ava se detuvo. Aunque estaba fuera de los muros, podía ver las cabezas de los dragones de montaña y sus grandes escamas brillando opacas bajo el sol de media mañana. Eran pequeños y rechonchos, pero había algo majestuoso en ellos.

¿Cómo estaría el pequeño dragón? El corazón de Ava se encogió al pensar en él. Había sido tan pequeño, tan adorable, tan necesitado de protección. Una añoranza la invadió, pasando sobre ella como una ola y amenazando con arrastrarla. Pero rápidamente apartó ese sentimiento y continuó su carrera, rodeando la arena por fuera de los muros una y otra vez, escuchando constantemente los bufidos y pisotones de los dragones, así como el chocar de las espadas y los gritos de sus compañeros.

Corrió hasta que el sol alcanzó su cénit. Finalmente, debía ser la hora de comer. De inmediato notó que los sonidos de combate de la

arena se desvanecían, y lo tomó como una confirmación. Sedienta, se dirigió hacia la puerta, satisfecha consigo misma por haber perseverado durante tanto tiempo. Fuera lo que fuese lo que tenía que demostrarle al Maestro Clark, ya lo había hecho.

Había un pozo junto a la puerta. Caminó decidida hacia él, subió el cubo y recogió agua con las manos desnudas. Bebió ávidamente hasta saciar su sed. Después, se lavó la cara, pues no quería presentarse a la comida chorreando sudor, aunque eso era imposible dado lo empapada que estaba su ropa.

Una vez más, vio al hombre que había estado barriendo detrás de las gradas. No dejó a un lado su escoba para ir al comedor; parecía más bien perdido en su propio mundo mientras barría y barría, aunque apenas marcaba la diferencia. Quizás era una persona confundida a la que el Maestro Clark cuidaba.

Al entrar en el comedor, le dolían las piernas. Cansada, miró alrededor. Sus compañeros no la llamaron, sino que mantuvieron la cabeza agachada sobre sus cuencos, lo que le venía bien. Esto le permitió sentarse en el otro extremo con su estofado y comer en paz. Cada vez que alguien pasaba, levantaba la mirada, pero ni Lilly ni Marcus aparecieron. Quizás ya habían comido comerían más tarde.

Hambrienta, se metió las verduras y la carne en la boca, y se sirvió una segunda ración. Cuando estuvo llena, estiró las piernas y apoyó los brazos en la mesa. No volvería a correr hoy. Estaba exhausta. Cansada, se frotó la cara… hasta que sonaron unos pasos.

Cuando levantó la vista, Ralph estaba de pie junto a su asiento. Su sonrisa era una mezcla de amabilidad y diversión.

—Hola Ava, ¿cómo te ha ido?

¿Se suponía que eso era un juego de palabras?

—Estoy cansada. ¿Tienes alguna idea de dónde está el Maestro?

—La tengo, pero no te servirá de nada. No volverás a verlo hasta que él quiera que lo hagas.

Gimiendo, se quitó la goma del pelo, dejando que los mechones cayeran sobre sus hombros.

—¿No puedes enseñarme algunos trucos hasta que él empiece a entrenarme? Tengo prisa, por así decirlo.

Ralph se rio.

—El Maestro Clark ya ha empezado a entrenarte.

Ella negó con la cabeza, sin entender.

—No lo ha hecho. Solo me dio una lección anoche y me dijo que tenía que correr.

—¿Para hacer qué?

Desde luego no iba a discutir eso con él.

—Se supone que debes conquistar tus demonios internos, ¿verdad?

Entrecerró los ojos con sospecha.

—¿Es este un programa estándar para nuevos estudiantes?

—Por supuesto. El proceso es crucial para que alcances tu máximo potencial. Sigue corriendo, no pares; día y noche si es necesario.

—Pero… ya he hecho las paces con mis demonios.

Él se inclinó hacia delante.

—No se supone que hagas las paces con ellos; se supone que debes superarlos. — Le guiñó un ojo y se marchó con aire despreocupado como si acabara de invitarla a una cita.

Lo observó con la boca abierta. Vio cómo salía del comedor, a pesar de haber llegado después que ella, y probablemente se dirigía directamente de vuelta a la arena. Los demás estudiantes también se levantaban y lo seguían, incluida Magg, cuyos pasos eran tan firmes que parecía como si las tablas del suelo fueran sus acérrimos enemigos.

Ava era una solitaria, así que la presión de grupo no funcionaba con ella. Normalmente. Pero esto no se trataba de hacer algo solo porque todos lo estuvieran haciendo. Se trataba de aprender a luchar. De reconocer la determinación y el impulso con que los otros estudiantes de combate abordaban su entrenamiento. Inevitablemente, sentía la necesidad de tomarse el entrenamiento con la misma seriedad.

Ella era la guardiana. La mujer profetizada de otro mundo que tenía lo necesario para derrotar al mago vivo más poderoso. El simple pensamiento de enfrentarse a Elora de nuevo le provocaba un sudor frío. La mera idea de encontrarse con Rob otra vez y no

estar preparada le hacía flaquear las rodillas. Y el simple pensamiento de tener que luchar por su vida de nuevo la abrumaba con una debilidad que dejaba demasiado claro por qué había querido aprender a pelear.

Lilly confiaba en el Maestro Clark. Estos cinco estudiantes de combate —muy en forma, muy fuertes y muy ambiciosos— también confiaban en él, y él había entrenado a los luchadores de dragones en el pasado. Lynn también lo tenía en alta estima, aunque ella no luchaba sino que prefería el entrenamiento mental.

Suspiró profundamente, empujó los platos hacia la bandeja y la puso en el estante junto a la cocina. Miró alrededor de la habitación una última vez, esperando —solo un poquito— que Marcus, Lilly o cualquier otra persona apareciera y le impidiera salir de nuevo al calor para correr. Así que hizo aquello para lo que había venido. Dejó que el Maestro Clark la entrenara, aunque aparentemente eso significara correr sin rumbo por la zona.

CAPÍTULO 13



El tiempo pasó, y Ava se levantaba a diario justo antes del amanecer.

Regularmente se recordaba a sí misma por qué había empezado a entrenar con el Maestro Clark y, en consecuencia, se lo tomaba en serio. Aunque no lo había vuelto a ver, esto no disminuyó su determinación.

Desayunaba con los otros estudiantes de combate —excepto Magg, quien era la primera en llegar al campo de entrenamiento por la mañana y la última en marcharse por la noche, ya que entrenaba hasta altas horas— y se mantenía distante de ellos durante el resto del día para correr.

Durante el desayuno hablaba brevemente con Ralph, ya que él constantemente la animaba a centrarse en sí misma. En la comida, simplemente le hacía un gesto con la cabeza y se sentaba con los demás. Disfrutaba de la cena con Lilly y Marcus, y atendía sus heridas. Las ampollas en sus pies tenían ampollas, y sus músculos de las piernas estaban tan agarrotados que tenía que masajearlos a diario solo para poder levantarse después de comer.

Todo le dolía.

Lynn se unía a ellos para cenar, lo que a Lilly no le gustaba en absoluto. Pero las lecciones parecían sentarle bien, ya que se veía feliz y animada. Sus mejillas se estaban volviendo más redondas gracias al sueño regular y la comida abundante, y la expresión

acorralada en sus ojos iba desapareciendo visiblemente con cada día que pasaba.

—¿Cuánto tiempo planeas seguir corriendo por ahí? —preguntó Marcus sobre su plato de verduras al vapor y arroz—. ¿Qué pasará si se corre la voz de que estás aquí? ¿Si los magos te descubren?

—Me quedo —respondió Ava, sin añadir más, ya que no era la primera vez que tenían esta conversación. De alguna manera, él le recordaba a la tía Helen. Para cambiar de tema, dio un codazo a Lilly en el costado

— ¿Y bien? ¿Cómo van las lecciones?

Ella refunfuñó.

—¡Abuuuurridas!

Lynn resopló divertida.

—Tonterías, solo tiene que guardar las apariencias. En realidad, estamos trabajando en un proyecto extremadamente interesante, y Lilly viene voluntariamente a la biblioteca durante dos horas extra después de comer.

La niña se llevó el dedo a los labios, a lo que Lynn le guiñó un ojo y se volvió hacia Ava.

—Pero volviendo a ti… ¿Has conquistado ya tus demonios internos?

¿Realmente todo el mundo conocía su tarea?

Ava se masajeó las pantorrillas agarrotadas.

—Salgo a correr todos los días y sé por qué lo hago. Probablemente no pasará mucho tiempo antes de que el Maestro Clark reconozca mi determinación. Al menos eso espero, porque el tiempo se está agotando.

Lilly asintió seriamente.

—Porque Kilian tiene que casarse pronto con la princesa. ¡Necesitamos la solución antes de eso!

Inevitablemente, a Ava le dolió el estómago, pero lo disimuló apartándose el pelo de la frente y alzando la barbilla.

—Me preocupan principalmente los dragones.

—Por supuesto — poniendo los ojos en blanco de forma exagerada, mientras Marcus sonreía a Ava.

—Me alegra que ya no pienses en el luchador de dragones. Tu destino está con los dragones, y tan pronto como estés lista, iremos a nuestra gente y....

Lilly gruñó, pero fue Lynn quien lo interrumpió.

—Ava no pertenece a tu gente, Marcus. Se nota a simple vista.

Él entornó los ojos con suspicacia, manteniendo la travesura en su rostro solo a medias. Ava nunca lo había visto tan desdeñoso.

—¿Qué sabes tú de mi gente, Lynn?

Sonrió con calma.

—Todo. Por eso también sé que está en tus genes no luchar. Eres pacífico y de buen carácter, por eso todos los guardianes solían proceder de tu pueblo. Pero los tiempos han cambiado. Hoy en día, un guardián necesita habilidades diferentes. Solo tienes que mirar a los ojos de Ava y verás que está hecha de una tela completamente distinta a la tuya.

Su mirada se deslizó con admiración sobre Ava.

—Como si no lo hubiera reconocido desde el primer momento. Fue amor a primera vista.

—Eso ha sido exagerar un poco —dijo Ava riendo mientras le daba una palmadita en la mano para quitarle seriedad al momento, aunque ella entendía perfectamente que lo decía en serio. Pero no estaba preparada para tener una relación, para confiar en alguien y dejar que se acercara a ella. Probablemente nunca lo estaría. Además, solo sentía por Marcus lo que se siente por un buen amigo.

Se volvió rápidamente hacia Lynn antes de que Marcus pudiera hablar de nuevo sobre ese tema tan pesado.

—¿Tienes alguna idea de quién puedo ser descendiente?

—¿Qué sabes sobre tus padres?

El nudo que normalmente se le formaba en la garganta con este tema de conversación no apareció mientras lo desestimaba con compostura. El correr parecía estar funcionando.

—Nada. Te lo dije ayer… — con toda brevedad, porque los demás habían seguido preguntando y ella finalmente había querido zanjar el asunto.

Marcus le acarició la mano. De forma decidida, ella la retiró y cogió la bandeja con sus platos.

—Debería irme pronto a la cama.

Los ojos de Lilly se abrieron con incredulidad.

—¿Ya? ¡Pero si el sol acaba de ponerse!

Ava le guiñó un ojo.

—Cierto, pero a diferencia de ti, yo me levanto antes del amanecer.

—Y corre varios kilómetros a diario —añadió Marcus.

Asintiendo cansada, se puso de pie.

—Exacto. Os veré mañana. Buenas noches.

Marcus se levantó inmediatamente de su silla.

—Te acompañaré a tu habitación.

—No es necesario.

—¡Sí que lo es! Necesito comentarte algo a solas.

Lilly puso los ojos en blanco de forma exagerada.

—¡Todos sabemos que estás enamorado de ella!

Incluso Lynn soltó una carcajada, pero Marcus no sentía ninguna vergüenza al respecto. Le guiñó un ojo traviesamente a Lilly.

—Bueno, y sin embargo nunca me ha besado. Así que no puedo rendirme todavía, ¿no crees?

La chica simplemente se encogió de hombros y se inclinó hacia Lynn. Las dos parecían contentas de hablar a solas, ya que inmediatamente se sumergieron en un tema. Ava observó esto con aprobación. Era bueno que Lilly tuviera otra persona con quien relacionarse. Quizás incluso tendría sentido dejar a la chica aquí una vez que su entrenamiento estuviera completo, para mantenerla fuera de peligro.

En cuanto hubieron recogido sus platos sucios, Marcus la tomó del brazo y la condujo fuera de la habitación como si estuvieran de camino a una cita. Como el día realmente la había agotado (vale, no solo este día, sino todos los días pasados juntos) permitió que su brazo permaneciera a su lado mientras salían del comedor.

Una vez que habían subido las escaleras hacia los dormitorios y estaban en el pasillo donde se encontraban las habitaciones suya y de Lilly, él se detuvo.

—Ava, he oído algo por casualidad y necesito hablarte de ello.

Parecía serio, sin ningún encanto, lo que hizo que Ava prestara atención.

—¿De qué se trata?

Con miradas furtivas a los lados, se aseguró de que estuvieran solos, la alejó unos pasos más de las escaleras y bajó la voz.

—Probablemente recuerdes lo que te conté sobre por qué el Maestro Clark ya no entrena a los luchadores de dragones del rey.

—Se supone que puede usar magia.

Asintiendo, miró de nuevo en ambas direcciones del pasillo antes de continuar.

—Esta tarde, observé a una de las cocineras haciendo algo… inusual. —Buscó las palabras torpemente. Normalmente no se quedaba sin palabras.

—¿Qué hizo?

La agarró por los hombros y la miró intensamente. —Esparció un polvo de un frasquito en la olla sucia, y después de eso, solo tuvo que enjuagarla una vez con agua, y quedó limpia.

De alguna manera, esperaba un tema más preocupante que las tareas domésticas. Frunció el ceño confundida.

—¿Qué intentas decir?

—¡Usó magia! —Se tapó la boca, sobresaltado por sus propias palabras, y bajó la voz de nuevo—. ¿No lo ves, Ava? ¡Aquí no ven la magia por lo que es: peligrosa!

—Pero quizás no era magia en absoluto, solo un producto de limpieza. Bicarbonato, por ejemplo. La tía Helen lo usa todo el tiempo para limpiar.

Negó con la cabeza.

—Estoy cien por cien seguro.

La pesadez en sus extremidades regresó, haciendo que cambiara el peso de una pierna a otra. Se encogió de hombros con despreocupación.

—¿Y?

—¡Esto es un asunto serio!

Estaba a punto de responder que no lo veía tan así, hasta que de repente recordó que Kilian le había advertido que tuviera cuidado al hablar de magia con otros.

—¿Qué insinúas?

Su agarre en sus hombros se intensificó. No había pensado que tuviera tanta fuerza.

—¿No lo ves? ¡Si una persona en esta zona utiliza la magia como herramienta, los demás ciertamente tampoco se oponen a ella! Quizás comercian con los magos, quizás son sus aliados, quizás el Maestro Clark te está entreteniendo hasta que estés al límite de tus fuerzas… solo para luego entregarte a los magos.

Sus consideraciones no eran completamente descabelladas. Incómoda, se frotó los brazos, aún sin saber qué pensar de la magia en sí. Lilly tenía dones mágicos, lo había notado, pero la chica lo mantenía en secreto. Y no era malvada. ¿No era un poder siempre tan bueno o malo como quien lo manejaba?

—¿Es posible que estés exagerando un poco? No todo el que usa magia tiene que ser malicioso.

La miró boquiabierto, horrorizado, como si ella hubiera sugerido que se enfrentara a Magg en la arena, pero luego negó con la cabeza.

—Tú no creciste aquí y no lo entiendes. Es solo por la magia que los dragones fueron casi completamente exterminados. Es solo por la magia que nuestro mundo está al borde del abismo. Cualquiera que pueda usarla o la utilice como herramienta se está aliando con los enemigos mortales de nuestro reino. Con aquellos que amenazan la paz, que son responsables de estos hermosos dragones. Es solo por culpa de los dotados con magia que los dragones ya no se reproducen. ¿No lo ves? ¡La magia es fundamentalmente malvada!

Si no hubiera conocido a Lilly, tal vez habría podido compartir su punto de vista, pero conocía a la chica y sabía que tenía buen carácter. Sin embargo, no podía mencionar este argumento, ya que no sabía cómo la trataría después. Además, nunca revelaría imprudentemente su secreto. Necesitaba otra razón para evitar que él reaccionara de forma exagerada. Estaba exagerando, ¿verdad?

—Si la magia destruyó a los dragones, ¿por qué dos dragones de montaña vuelan desde las montañas todos los días para practicar con los estudiantes del Maestro Clark?

Marcus apretó los labios y se pasó la mano por los rizos. Maravilloso, el argumento no erró su objetivo. Pero de repente chasqueó los dedos.

—Probablemente no saben lo que ocurre dentro de los edificios. —Se frotó rápidamente la nuca, lo que solo podía significar que él mismo sabía lo endeble que sonaba su respuesta. Razón suficiente para que Ava insistiera en ello. Al fin y al cabo, tenía que evitar que saltara a conclusiones precipitadas.

—Pero ¿no lo sentirían? ¿No lo percibirían de alguna manera?

La miró seriamente, sin rastro de incertidumbre.

—En aquel entonces, cuando Thalgor destruyó a los dragones, tampoco lo percibieron.

Maldita sea, ¿cómo discutes sobre magia cuando no entiendes nada de ella?

—Desde entonces, sin embargo, los dragones se han vuelto más inteligentes… o más bien, más desconfiados.

Él negó enfáticamente con la cabeza.

—Ava, no, no lo entiendes.

—Sí, lo entiendo. Tienes buenas intenciones y quieres llevarme con tu gente porque crees que allí podrás protegerme. Pero no es esa la razón por la que vine a este reino.

Su mirada revelaba el dolor que sentía.

—Ava, necesitas darte tiempo. Conoce primero nuestro mundo, haz el entrenamiento de combate más tarde, cuando entiendas lo que está pasando. Te prometo que siempre estaré a tu lado para ayudarte. Ava, por favor… —Tomó su mano y la miró implorante, pero ella negó con la cabeza.

—No volví para esconderme. Buenas noches.

Le sonrió alentadoramente antes de soltar su mano de la suya y correr hacia su habitación. Antes de que él pudiera seguirla, cerró la puerta tras de sí, apoyó la espalda contra ella y respiró hondo.

Se mantenía firme en lo que le había dicho a Marcus, pero la pregunta de si estaba abordándolo correctamente seguía atormentando su mente. Si ese entrenamiento monótono y extraño alguna vez daría algún resultado. Y si alguna vez sería lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a Rob o a Elora.

CAPÍTULO 14



Ava se aseó, se puso el camisón y se metió en la cama. Las horas de ejercicio la habían dejado acalorada, lo que le hizo apreciar el camisón de tirantes finos. Aunque por la noche refrescaba y el viento entraba por las ventanas, no estaba congelada, a pesar de usar tan solo una sábana para cubrirse.

Cruzó los brazos detrás de la cabeza y fijó la mirada en el techo de piedra. Durante las últimas noches, había estado demasiado cansada para pensar, quedándose dormida en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada, pero gradualmente su cuerpo se estaba acostumbrando al ejercicio. Incluso sus pies: pues no le habían salido ampollas nuevas en varios días.

Esa noche, sin embargo, sus pensamientos la mantenían despierta.

¿Realmente había usado magia el cocinero? ¿Y qué significaba eso para los demás empleados? ¿Qué hay del Maestro Clark? La magia no podía ser fundamentalmente mala, pero en cuanto pensaba en los magos de la arena de Elora, en Arthur y en la propia líder, estaría mintiendo si dijera que se sentía tranquila con todo esto.

Sin embargo, los dragones venían aquí a diario. Y el corazón de Lilly también estaba en el lugar correcto. Estos eran dos argumentos de peso que aliviaban un poco la inquietud de Ava.

Cruzó una pierna sobre la otra, se estiró y estaba a punto de coger la sábana cuando de repente un latido recorrió su pulso. Una oleada de calor la inundó junto con la sensación de que dos corazones se alojaban de pronto en su pecho.

No podía ser…

Completamente despierta, saltó y abrió la ventana. Miró hacia fuera pero no vio nada excepto la tenue luz de la luna y las estrellas. Desde lejos, en la arena, le llegaban golpes y gemidos. Magg seguía entrenando. ¿Qué motivo podría tener esa mujer para estar tan obsesionada con aprender a luchar?

Por lo demás, todo estaba en silencio, no se veía nada en ninguna parte, no se oía nada, y su ritmo cardíaco volvió a calmarse. Probablemente solo había sido una reacción de su cuerpo a la inusual actividad física.

El aire gélido entraba, y se le puso la piel de gallina en los brazos. Estaba a punto de cerrar la ventana antes de convertirse en un cubito de hielo cuando, de repente, volvió a inundarla una sensación de calor.

Conocía esta sensación, supo inmediatamente lo que era… pero, ¿podría ser eso realmente?

Incluso mientras se preguntaba esto, una voz aguda resonó en su cabeza:

—¡Ya voy!

Atónita, se quedó boquiabierta mirando hacia la oscuridad. ¿Era quien ella pensaba…? ¿Venía realmente…?

—¿Eres tú?

—¡Sí, sí, sí!

Escuchó su risa e inevitablemente se unió a ella. Un destello púrpura apenas perceptible atravesó el aire, una fuerte ráfaga de viento lo acompañó, y al momento siguiente un dragón se precipitó dentro, habiendo alcanzado el tamaño de un adolescente rechoncho.

Ava saltó hacia un lado, el pequeño dragón aterrizó directamente en su cama, que crujió peligrosamente, y la miró con ojos grandes y acuosos.

—Ava, has vuelto. Por fin.

No esperó ni un segundo, corrió hacia él con dos largas zancadas y lo abrazó.

—Nunca quise marcharme. Rob me dejó atrás. Jamás me habría ido sin despedirme.

—Lo sabía. Por eso solo estaba esperando encontrarte de nuevo.

Sus escamas irradiaban un calor constante y agradable, por lo que no notó que la ventana seguía abierta y entraba un viento helado. Sonriendo, lo soltó y lo miró.

—Has crecido mucho. ¿Es eso normal?

Él se rió.

—Claro. En dos meses estaré completamente desarrollado. Me necesitas, por eso estoy creciendo más rápido.

Sus escamas eran firmes y duras, las púas de su espalda fuertes y puntiagudas, y su cabeza ya más grande que la de Ava. Además, la envergadura de sus alas había adquirido dimensiones considerables, por lo que la excursión a su habitación probablemente sería algo puntual. ¿Cómo había entrado por la ventana?

—¿Cómo me has encontrado?

—Los dos dragones de montaña que vienen aquí a diario para entrenar estaban hablando de ti. Supe de inmediato que debías ser tú, Ava. ¡Así que salí volando inmediatamente!

Con naturalidad, se secó una lágrima del rabillo del ojo.

—Me alegro de que estés aquí. ¿Estás bien?

Él asintió.

—Por decir poco, fantástico y más que listo para que me des un nombre.

Sorprendida, lo miró, sin estar segura de haber oído correctamente.

—¿Se supone que yo debo darte un nombre?

—¡Por supuesto! Entonces, ¿cómo quieres llamarme?

Qué honor…

Sonriendo, se apartó un mechón de pelo de la frente. Él parecía divertido y feliz, igual que ella.

—¿Cuál te gustaría?

Él negó enfáticamente con la cabeza, con una risa en su rostro que mostraba sus ahora grandes dientes puntiagudos.

—Tú tienes que darme el nombre, Ava. Y con eso sellaremos nuestro vínculo.

Eso sonaba solemne. La piel de gallina le recorrió los brazos.

—¿Qué tal…? —Pensó. *—… ¿Draco?*

El pequeño dragón resopló con placer.

—Me gusta.

Bocanadas de humo salieron de sus fosas nasales, acercándose peligrosamente a las cortinas.

Ava le dio unas palmaditas en el hocico y lo alejó de la pared.

—¿Ya puedes exhalar fuego?

Él negó con la cabeza.

—Pero aprenderé, te lo prometo.

Ella sonrió con picardía.

—Te creo de inmediato. ¿Has sabido algo de...?

Se mordió el labio y se frotó los dedos. Quería cambiar de tema rápidamente, ni siquiera había querido empezar con eso, pero Draco escuchaba sus pensamientos, así que ya sabía lo que pasaba por su mente.

—No he visto a Kilian y Thalara desde que me llevaron volando a las montañas con los dragones de montaña. Querían protegerme, por eso me llevaron allí.

Asintiendo, hizo un gesto para dejarlo pasar. Realmente no deberían profundizar más en ese tema. Prefería aprender todo sobre el pequeño dragón.

—¿Fueron amables contigo los otros dragones? ¿Vives con ellos ahora?

Sonrió, escapando dos pequeñas bocanadas más de humo de sus fauces.

—A partir de ahora viviré contigo, Ava.

Con estas palabras, frotó con cuidado su cabeza contra la de ella, como si todavía fuera la diminuta cría que cabía en su mano.

Agradecida, Ava permitió la cercanía, e inmediatamente la excitación que se había apoderado de ella desde el regreso de Draco se calmó. Por eso, también sintió de nuevo su agotamiento, pero extrañamente se sentía el doble de pesado. Comprendiendo, se rió.

—Dime, ¿estás tan cansado como yo?

—Mhmmmm. Nunca he volado tan lejos como para llegar hasta ti antes.

Su voz sonaba débil, como si ya estuviera quedándose dormido. Así que Ava se tumbó a su lado en la cama, que probablemente no podría sostenerlos a ambos por mucho más tiempo, y disfrutó de la sensación de estar acostada junto a su dragón. Draco había vuelto, y eso significaba que todo mejoraría a partir de ahora.

CAPÍTULO 15



Ava no había dormido tan bien en mucho tiempo. Tal vez nunca. Y lo emocionante era que: cuando salió del baño antes del amanecer, no solo Draco estaba sentado en su cama, sino que Lilly también estaba allí, charlando con él.

—Sabía que nos encontrarías. Ava está entrenando aquí ahora porque ha aceptado su destino. El Maestro Boom es el mejor de los mejores, por si no lo sabías. Hasta ahora solo está corriendo todos los días, pero estoy segura de que pronto aprenderá a luchar muy bien. Y yo también voy a aprender a luchar. Quiero aprender todo lo que el Maestro Boom pueda enseñarme.

El dragón soltó juguetonas pequeñas nubes de humo, lo que recordó a Ava que necesitaba vigilar de cerca su desarrollo. Después de todo, no debería incendiar accidentalmente toda la casa.

—Te has levantado temprano, Lilly.

—Por supuesto, oí al dragón. Supe al instante que era él.

Sonriendo, acarició sus escamas, lo que Draco pareció disfrutar. Se rió mirando a Ava.

—*Me cae muy bien.*

—*Es una pena que no podáis hablar entre vosotros.*

—*Eso no importa. Nos entendemos de todos modos.*

Se rió de nuevo mirando a Lilly y la niña acarició la punta de su cola.

—Vaya, también te están saliendo púas, ¿o qué son esas partes endurecidas? En fin, te ves increíble. Me recuerdas un poco al dragón de Kilian. Pero quizás tú crezcas aún más.

—*¿Eres un dragón de fuego?* —quiso saber Ava.

—*Cuando llegue el momento, lo descubriremos.*— Le sonrió misteriosamente, haciéndola sonreír.

—¿Qué ha dicho?

Lilly realmente no se perdía nada.

—Que descubriremos si es un dragón de fuego cuando llegue el momento adecuado.

—Impresionante, pero apuesto a que lo es. Solo hay que mirar esas escamas tan bonitas. Y estoy segura de que ese color púrpura se volverá rojo fuego cuando esté completamente desarrollado.

—Podría ser. ¿Qué tal si desayunamos?

—*¿No tienes que entrenar enseguida?*

—*No sin desayunar. Y volveré para comer.*

—*Pero ¿no te dijo el maestro que te enfrentaras a tus demonios internos?*

—*¿Cómo sabes eso?*

—*Lilly me lo contó.*

Ava puso los ojos en blanco. ¿Tenía todo el mundo que conspirar contra ella?

—Sin desayuno, no llegaré ni a dos metros. Así que vamos, mientras aún puedas pasar por los pasillos y las puertas. —Le guiñó un ojo al dragón y Lilly saltó de la cama.

—Es genial que aún podáis hablar entre vosotros a través del pensamiento. Yo también quiero poder hacer eso.

Sonrió al dragón, que también saltó de la cama y corrió afuera con ella.

Realmente no quedaban muchos centímetros antes de que ya no pudiera pasar por los marcos de las puertas o entrar en el edificio. Considerando cuánto había crecido en una semana, no era imposible que eso sucediera mañana.

Después del desayuno, Draco la acompañó a la arena, donde los dos dragones de montaña acababan de aterrizar y sus compañeros ya estaban entrenando. Sí, se había entretenido un poco esta

mañana, pero ¿quién recibe una visita de su dragón y sigue inmediatamente con su día como si nada?

—¿Por fin despierta? —se burló Magg, aunque lanzó una mirada de admiración a Draco.

Ralph corrió hacia ella y sonrió a Draco.

—Vaya, no sabía que ya te habías vinculado con un dragón. Increíble. Pero es tan pequeño. No puede ser lo suficientemente grande para… —Sus ojos se abrieron al darse cuenta—. ¿Es una cría?

—Tiene poco más de una semana.— Ava asintió.

—¿Y ya es tan grande? —Su mirada de admiración pasó de Draco a Ava, abriendo los ojos aún más— ¿Entonces es verdad? ¿Tú eres la guardiana de dragones profetizada?

Ella se encogió de hombros incómoda. Era extraño recibir reconocimiento por algo para lo que realmente no había hecho nada.

—Supuestamente, sí. Volvió a mí anoche.

—Impresionante. Bueno, será mejor que empieces a correr para que finalmente puedas aprender a combatir sobre él. Si yo fuera tú, apenas podría esperar.

Ella tampoco podía, por eso estaba buscando al maestro. Si él veía que ya se había vinculado con un dragón, seguramente reconocería que podían pasar al siguiente nivel de entrenamiento. Aunque probablemente no se había vinculado con el dragón en el sentido tradicional, como un luchador de dragones, seguramente la presencia de Draco convencería al entrenador de todos modos.

Pero no fue el Maestro Clark quien de repente apareció, sino una sombra gigantesca en el cielo que se extendió sobre la arena como una nave espacial.

¿Otro dragón de montaña?

Venía volando tan rápido, como si se moviera a la velocidad de la luz. Era enorme y rojo, y antes de que Ava hubiera unido cabos, el dragón aterrizó justo en medio de la arena. La tierra tembló, los dragones de montaña se apartaron, y el luchador de dragones más fuerte del reino saltó de su lomo.

Kilian.

Con los ojos muy abiertos, la miró, corrió hacia ella y extendió sus manos. Parecía no menos perplejo de lo que ella se sentía.

—¿Has vuelto?

El corazón de Ava dejó de latir. Tragó saliva, tragó otra vez, pero el nudo en su garganta no desaparecía. Sus rodillas se volvieron de cera y amenazaron con ceder bajo ella, pero por algún milagro, se mantuvo en pie.

—Sí.

Eso fue todo lo que pudo decir, mirando a Kilian, sin poder ni siquiera parpadear. Se veía condenadamente bien. Su pelo oscuro, las facciones cinceladas, la barba incipiente que enmarcaba sus labios y que le había raspado la piel cuando la besó.

Se acercaba a ella, mientras ella permanecía inmóvil, incapaz de moverse o hablar.

Pero lo que más la desequilibraba no era su apariencia y su impresionante presencia. Eran sus ojos oscuros, posados en ella como si no pudiera creerlo. Como si todas las barreras estuvieran cayendo. Como si no hubiera nadie más, solo ellos dos.

Las emociones amenazaban con abrumarla, derribando su cuidadosamente construido muro altísimo y asaltándola como un huracán.

Solo ahora se dio cuenta de dónde estaba. Estaban de pie en medio de la arena, los otros estudiantes mirándola fijamente. Incluso Magg había dejado de entrenar y observaba al líder de los luchadores de dragones con interés indisimulado. Ralph incluso había comenzado una leve reverencia, con sincera admiración en sus ojos.

Pero Kilian no veía a ninguno de ellos, teniendo ojos solo para Ava mientras se acercaba peligrosamente. Tomó su mano. El simple contacto envió electricidad por todo su cuerpo. El calor se precipitó por sus venas y amenazó con apagar todo pensamiento.

Su mirada se posó en sus labios, y ella sintió aún más calor. Recordó el beso. El beso robado y prohibido. Porque no les estaba permitido. Kilian debía casarse con la princesa…, o los dragones morirían.

Y con ellos, su querido Draco.

—Necesito entrenar. —Retiró su mano, se dio la vuelta y corrió.

Y esta vez corrió de verdad. Corrió tan rápido como una velocista que quiere ganar la medalla de oro, corrió como una posesa, corrió y corrió, alejándose de la arena, alejándose de Kilian, alejándose de sus sentimientos.

Pero todo seguía demasiado presente, el contacto, su mirada, todo la acompañaba, aunque desesperadamente hubiera querido dejarlo atrás. La abrumaba como una fuerza imparable y no tenía nada con que contrarrestarla.

No podían estar juntos. Sus padres la habían abandonado. Sus padres no la habían querido. No había sido lo suficientemente valiosa. No había sido suficiente.

Tampoco era suficiente para Kilian.

Y cada vez que dejaba entrar a los demás, cuando se atrevía a confiar, acababa en el mismo lugar. En medio de un montón de fragmentos, sola, destrozada.

Sus padres la habían dejado. La habían abandonado como un juguete del que se habían cansado.

Rob la había abandonado, solo porque creía que ella ponía en peligro el mundo de los dragones. Quizás lo hacía, porque era evidente que Kilian sentía lo mismo por ella que ella por él.

Sin embargo, estaba aquí. Porque los dragones la necesitaban. Draco la necesitaba, Lilly la necesitaba. Y ella también se necesitaba a sí misma. Su verdadero yo. Su yo sin inhibiciones. Su yo en toda su autenticidad, con todos sus sentimientos, fortalezas y debilidades.

Corrió y corrió, atravesó el bosque y subió rocas, saltó sobre arroyos, palos, piedras. Vadeó ríos, venció troncos caídos y se abrió paso entre arbustos espinosos. Nada podía detenerla. Corrió y corrió, el sudor brillaba en su frente, mientras pensaba incesantemente: No soy suficiente. Cuando dejo entrar a los demás, siempre salgo herida.

Por eso era una solitaria. Por eso había querido mantenerse alejada de todo. Por eso no había podido aceptar su destino. Porque no podía ser cierto.

¡No ella! ¡Ella no era una elegida! ¡Solo era Ava!

Las lágrimas corrían por sus mejillas, mezclándose con el sudor que constantemente perlaba su frente. Pero no lo sentía, dejaba salir todo, gritaba, lloraba, gritaba aún más fuerte y corría, corría, corría.

En algún momento, sintió a Draco llamándola. Llevaba un rato llamando, pero solo ahora lo notaba. Redujo la velocidad y miró a su alrededor. Estaba en un claro del bosque, las estrellas brillaban sobre ella. Era medianoche.

¿Cuánto tiempo había estado corriendo?

—Ava, ¿estás bien?

No estaba lista para contestarle aún, así que solo le envió un cálido sentimiento como un abrazo, para que no se preocupara. Luego simplemente se sentó en el prado y miró hacia el firmamento.

El paseo en el dragón de Kilian le vino a la mente como cada vez que miraba las estrellas. La cercanía que habían compartido, la sensación de libertad sin límites, el calor. En aquel entonces, aún no sabía que no podían estar juntos, pero tampoco se había dado cuenta conscientemente de que lo habría querido.

Suspiró. Cuánto había perdido por haber sido demasiado cobarde. Por haber escondido todos los sentimientos, reprimirlos, enterrarlos en lo más profundo para ser fuerte.

Pero nunca había sido fuerte. Solo débil.

Junto con los sentimientos por Kilian, las emociones que había sentido de niña —y que finalmente había reprimido— anidaban en su corazón. La sensación de no ser suficiente, y por eso ser abandonada por sus padres. De no ser digna de amor.

Giró la cabeza.

¿Y si sus padres venían de este mundo? ¿Si algo había sucedido y habían querido salvar a Ava y por eso la habían llevado lejos? ¿Y si no habían tenido otra opción que dejarla para proteger su vida?

No podía descartarlo. Especialmente ahora que sabía que este mundo existía, que ella desempeñaba un papel especial y, en consecuencia, sus antepasados debían venir de este mundo. Y solo podía asumir este papel especial porque sus padres la habían alejado.

Ella no sabía qué había pasado en aquel entonces. Pero, ¿no era concebible que sus padres no hubieran tenido otra opción?

Quizás no la habían abandonado arbitrariamente en el bosque, sino que habían elegido a la tía Helen de antemano como su madre adoptiva. Quizás por eso la habían dejado en ese lugar exacto, ese día exacto, cuando Helen paseaba por allí. Para que Ava fuera encontrada. Para que no estuviera sola.

No lo sabía, pero era posible.

Y quizás… quizás sus padres habían hecho exactamente eso porque, después de todo, sí la querían. Tanto que incluso habían aceptado dejarla atrás para proteger su vida.

La vida era mucho más compleja, con múltiples capas, entrelazada en lo que parecía a primera vista. ¿Cómo podía ella contemplarlo todo, entender los motivos de sus padres, cuando no sabía nada sobre ellos, apenas nada sobre la profecía, y solo un poco sobre este mundo de dragones?

Y esta comprensión le dio la paz que tanto anhelaba.

Lentamente se puso de pie, con la mirada aún fija en las estrellas.

—Acepto mi destino.

Solo después de que las palabras salieran de sus labios se dio cuenta de que las había pronunciado en voz alta. Se adentraron en el bosque, el viento las llevó y las proclamó en todas direcciones. Mientras esto sucedía, una última lágrima rodó por su mejilla y, al mismo tiempo, una sonrisa se dibujó en sus labios.

Cuando lentamente apartó la mirada de las estrellas y observó el claro, el Maestro Clark estaba frente a ella. Se apoyaba en su bastón, la observaba atentamente y asentía con satisfacción.

—Nos veremos mañana antes del amanecer en la arena.

CAPÍTULO 16



Aunque estaba oscuro, avanzaba con brío por el bosque, sin sentir miedo, sin que la asaltaran dudas. Sabía lo que debía hacer. Sabía por qué había regresado. Y sabía qué tarea le había asignado el destino.

Estaba preparada.

Se había alejado más de la arena de lo que creía, pero la caminata le sentó bien. Cada paso solidificaba lo que había comprendido. Cada paso le ayudaba a entender en su interior que las circunstancias por las que sus padres la habían abandonado eran más complejas, que había razones que aún no entendía, y que todo ello la había convertido en quien era ahora: la Elegida.

La que podía traer la ansiada paz.

Al salir del bosque y llegar a los acantilados, se detuvo un momento, contemplando la inmensidad que se extendía bajo el cielo estrellado, la infinitud de este mundo mágico. Qué hermoso debió de haber sido cuando innumerables dragones surcaban el cielo. Cuando desplegaban sus fuertes alas y, junto con las esponjosas nubes que flotaban por el cielo, proyectaban sombras.

Esos tiempos deberían volver.

Sin esfuerzo, descendió por el estrecho sendero hasta llegar a la gran puerta. Apenas había pasado una semana desde que llamaron a ella, y sin embargo, tanto había cambiado desde entonces. Ella había cambiado.

Respiró hondo, cuadró los hombros y empujó la puerta cuando, de repente, una figura emergió de las sombras.

Supo quién era antes de verlo. Lo sintió.

Kilian.

Llevaba su cuero de montar, espadas y dagas, como si fuera a la guerra. Caminó hacia ella sin apartar los ojos, pero esta vez no extendió la mano, sino que se detuvo a dos pasos de ella.

Ava se tensó, mientras su corazón marcaba su propio ritmo. Ya no había pensado en él. ¿Por qué seguía aquí? ¿No debería haber vuelto hace tiempo a su deber como líder de los dragones?

—¿Qué haces aquí? — preguntó.

Su voz sonó firme, aunque su estómago se contrajo. Probablemente nunca sería capaz de hablar con normalidad con este hombre.

—Te estaba esperando. El Maestro Clark me dijo que necesitabas tiempo, y te lo he dado. Ahora quiero hablar contigo.

Su mirada se volvió ardiente al posarse en sus labios, pero arrancó su atención de allí y la miró a los ojos. Era inconfundible lo serio que estaba.

Sin embargo, no había nada de qué hablar.

—¿Ya le has propuesto matrimonio a la princesa?

Él la miró penetrantemente.

—¿Por qué has vuelto?

Ava dejó escapar un resoplido. Al parecer, él aún no sabía lo que había ocurrido en la frontera.

—Tengo una misión.

—Rob me dijo que tú…

—¡Mintió! —La ira se apoderó de ella antes de que pudiera considerar si era sensato o no—. Se largó mientras yo estaba con mi tía. Incluso dijo a los guardias fronterizos que yo planeaba un intento de asesinato contra el rey, por eso intentaron deshacerse de mí. Cuando logré llegar a la cueva, Rob ya me estaba esperando. ¡Quería terminar lo que los soldados no habían conseguido hacer!

Los ojos de Kilian se abrieron de par en par.

—¿Qué?

Respiró hondo. Esto no les estaba llevando a ninguna parte. Pero era importante que Kilian supiera la verdad. No solo para que pudiera evaluar correctamente a su "amigo", sino también para que no le dijera dónde estaba ella.

—Espero que no sepa que estoy aquí, porque mi entrenamiento con el Maestro Clark apenas ha comenzado. La lucha no sería muy justa todavía.

Intentó sonreír, pero fracasó miserablemente, no menos por la expresión de conmoción de Kilian.

Se acercó a ella y la agarró por los hombros.

—¿Te hizo daño?

Sí, lo había hecho, pero eso no importaba. Evitó su mirada.

—¿Te hizo daño?

Negó con la cabeza.

—Estoy bien. — Gracias a Lilly.

Pensándolo bien, la pequeña se había ganado un pastel, considerando la cantidad de veces que le había salvado la vida.

Kilian le acarició los brazos, subió hasta sus hombros y le acunó el rostro como si quisiera convencerse de algo. Al hacerlo, se acercó peligrosamente. Su calor corporal se irradiaba hacia ella, la encendía y la atraía como si el luchador de dragones fuera un maldito imán.

Sus cabezas se acercaron.

Sus bocas se aproximaron.

sus labios se entreabrieron.

Pero no debían.

Ava sintió el latido de su pequeño dragón como si fuera el suyo. Su vida estaba en juego tanto como la de todos los demás dragones.

—No podemos.

Con estas palabras, se liberó de su agarre y dio un paso atrás. Sentía frío. Un frío glacial, por lo que se frotó los antebrazos, dándose apoyo, porque no iba a lanzarse imprudentemente a los brazos de Kilian.

El luchador de dragones la miró, prácticamente paralizado, hasta que parpadeó y apartó la vista de ella. Se pasó la mano por la cara antes de inclinar la cabeza de forma apenas perceptible, como si indicara una reverencia.

—Te aseguro que no tienes nada que temer de Rob.

Con estas palabras, se retiró hacia las sombras.

Su estómago se contrajo dolorosamente ante la mera perspectiva de que él se marchara. Pero era lo correcto. Él tenía que irse, porque ella no era capaz de alejarse ni un metro más de él.

—¿Qué vas a hacer?

Su rostro brilló sombrío, con los ojos entrecerrados. Por primera vez, ella entendió por qué él era el líder de los luchadores de dragones. Parecía peligroso, despiadado e inescrutable.

—¡Tú céntrate en tu entrenamiento. Déjame el resto a mí!

Se marchó.

Se marchó, y Ava se quedó sola. Pero eso era bueno. No habría podido soportar otro beso. No quería una cercanía que de todos modos no podía tener. Y necesitaba centrarse en su entrenamiento de combate y no distraerse con un apuesto luchador de dragones, que estaba prometido a otra y que debía salvar el mundo.

Cerró la puerta tras ella y entró en el recinto oscuro. No se oía a nadie, no se veía nada. Ni siquiera Magg seguía entrenando. Ava escuchó en su interior y se puso en contacto con Draco.

—¿Dónde estás?

—Estoy durmiendo en la habitación de Lilly.

Una sonrisa cruzó sus labios. Qué maravilloso que los dos se llevaran bien.

—Excelente idea. Que duermas bien.

—Lo has conseguido, Ava, ¿verdad? ¿Empezarás a entrenar mañana?

Aunque sus palabras pretendían sonar alentadoras, había un trasfondo de preocupación. No era sorprendente, al fin y al cabo, él sentía lo que ella sentía, y ahora mismo había un gran agujero en su pecho. Parecía que Kilian se había llevado su corazón con él.

—Sí, mañana empiezo a entrenar.

Eso era lo importante. De eso se trataba. Y la perspectiva la satisfacía. Draco lo notó, porque hizo su típico *"Mhmmmmm"*, que solo podía significar que se estaba quedando dormido.

Una última vez, su mirada se dirigió por encima del hombro hacia la puerta. Kilian ya no estaba allí. Aun así, se quedó mirando el lugar donde había estado con él hacía apenas unos momentos. Podía sentir sus manos en sus brazos, en sus mejillas, como si su tacto se hubiera grabado a fuego en su piel.

Después de una profunda respiración, se dio la vuelta y se dirigió a su habitación. Aunque no estaba cansada, quedarse fuera suspirando por un hombre que no debería poseer su corazón solo agotaría su fuerza recién adquirida. Así que centró sus pensamientos en Lilly y Draco, que dormían pacíficamente, y en su entrenamiento de mañana, que por fin podría comenzar.

Y con estas importantes razones para ser optimista, se encaminó a su habitación.

CAPÍTULO 17



Ava entró en la arena antes del amanecer. Por supuesto, Magg ya estaba allí, golpeando un saco de boxeo con sus puños vendados.

—¿Qué haces tú aquí? —Como de costumbre, logró soltar su mordaz comentario sin interrumpir su entrenamiento.

—Buenos días a ti también. ¿Has tenido dulces sueños? —Ava la saludó con calma, sin querer renunciar tan fácilmente a su buen humor, mientras miraba alrededor.

El Maestro Clark aún no estaba allí, así que decidió dar unas cuantas vueltas. No solo para calentar. De alguna manera, correr se había convertido en algo natural para ella, y le proporcionaba una sensación de satisfacción.

Magg resopló y trabajó sin piedad el saco de boxeo como si la cara de Ava estuviera pegada a él. No pudo evitar admirar su determinación sin límites.

—¡Te he dicho que no me mires fijo!

¿Acaso tenía ojos en la nuca? Ava negó con la cabeza con una sonrisa burlona y siguió corriendo.

Aumentó el ritmo hasta alcanzar su máxima velocidad. Su pulso se disparó, su cuerpo despertó, y se inundó de hormonas de la felicidad.

¿Quién hubiera pensado que algún día consideraría el deporte como el comienzo perfecto para su día?

Cuando comenzaba su décima vuelta, el Maestro Clark entró en la arena. Apoyándose en su bastón, caminó tranquilamente hacia Magg y habló en voz baja con ella. Ava terminó la vuelta y se acercó corriendo.

Magg la miró enfadada pero se contuvo de hacer algún comentario. El Maestro Clark, por su parte, inclinó amablemente la cabeza.

—Vosotras dos lucharéis hoy la una contra la otra, hasta que yo diga que podéis parar.

A Ava se le cayó la mandíbula. Iban a darle una paliza. Pero antes de que pudiera expresar su objeción, volvió a cerrar la boca. Seguro que el maestro sabía lo que hacía. ¿Y no se mejoraba más rápido cuando te enfrentabas a oponentes fuertes?

Definitivamente, había mejorado en el departamento de motivación desde que llegó al centro de entrenamiento.

Aun así, miró inquieta desde Magg, —que llevaba dos dagas y una espada en el costado— hasta el Maestro Clark, y se aclaró la garganta para disipar su incomodidad.

—¿Con qué lucharemos?

—Con vuestras fortalezas.

Cielos, ¿no podía hablar con claridad solo por una vez?

Magg sonrió satisfecha.

—¿Podemos empezar?

¡Uf, no! Nerviosa, Ava se miró a sí misma. No tenía ningún arma y, para ser sincera, correr era su nueva fortaleza. ¿Eso significaba que debería huir todo el día?

—No tengo espada ni daga.

El maestro la estudió con atención.

—¿Crees que necesitas tales ayudas?

¿Era eso una pregunta capciosa?

—Antes de comenzar a luchar, debéis entender una cosa: cada arma es solo una extensión de vosotras mismas. No elijáis la más afilada, sino la que se sienta como una parte de vosotras. Porque en el momento decisivo, sois vosotras quienes lucháis, no vuestra espada.

Pensaba que no quería que eligiera un arma después de todo, cuando él asintió hacia el borde de la arena.

—Hay algunas para elegir allí. Escoge una y prueba si alguna de ellas te conviene.

Ava siguió su mirada hacia las sombras. Debajo de las gradas había un gran armario metálico. Estaba abierto, aunque Ava podría haber jurado que no lo estaba un minuto antes. El hombre que siempre barría detrás de las gradas pasó junto a él con su escoba. Quizás era una especie de conserje y lo había abierto.

—Vale. —Fue trotando hasta el armario, aunque habría preferido escabullirse para retrasar la pelea. Pero ella había querido este entrenamiento, y ahora lo obtendría. Además, el Maestro Clark seguramente se quedaría cerca, así que Magg no se atrevería a herirla seriamente.

¿O sí lo haría?

En un estante se amontonaban cuchillos, dagas, espadas cortas y largas, hachas, arcos y flechas, ballestas y mazas. Perdida, dejó vagar su mirada por los objetos. Ninguno le atraía, pero tenía que elegir algo para enfrentarse a Magg. Además, quería aprender a luchar, y eso incluía el manejo de armas.

Con vacilación, cogió una maza. Con ella, no heriría gravemente a nadie, pero podría desviar los golpes de Magg y mantener a raya a esa máquina de combate. Al menos en su imaginación.

Cuando regresó, el Maestro Clark se había marchado, pero Magg tenía dos dagas en las manos y una sonrisa diabólica en los labios.

—Qué bonito que tenga la oportunidad de darte una lección tan rápidamente. —Se inclinó hacia delante, dobló las rodillas y comenzó a rodear a Ava.

Ava no le quitó los ojos de encima.

—¿Qué tienes contra mí, de todos modos?

—¿Quieres cotillear o luchar?

Preferiría cotillear, pero eso no la llevaría a ninguna parte. Y cuando se enfrentara a Elora, ella tampoco mostraría ninguna piedad. Quizás Magg era exactamente la compañera de entrenamiento que necesitaba.

—¡Entonces empieza!

Magg bailó dos pasos hacia un lado y se abalanzó hacia delante. Golpeó a Ava con la daga en el hombro. Sorprendida, Ava saltó hacia atrás y rotó el hombro. Por suerte llevaba el chaleco de cuero; de lo contrario habría sufrido su primer corte antes del amanecer.

Como si fuera una señal, los primeros rayos de sol asomaron por las montañas circundantes y bañaron la llanura con una luz cálida y rojiza. Los rayos cegaron a Ava, que levantó la mano para protegerse los ojos, y Magg asestó su siguiente golpe. Esta vez la alcanzó en el antebrazo, donde su cuerpo solo estaba cubierto por la fina túnica. La hoja cortó la tela y rozó su piel.

—¡Maldita sea! —Miró el corte, que no era particularmente profundo pero ardía como el infierno.

Antes de ser atacada de nuevo, apretó los dientes y centró su atención en Magg. Ella quería esto, así que daría lo mejor de sí, aunque probablemente no fuera suficiente frente a esta amazona.

Decidida, saltó hacia delante y blandió la maza, pero Magg se agachó y asestó otro golpe en el muslo de Ava. Afortunadamente, los pantalones estaban reforzados. El cuero la salvó. Veloz como un rayo, se apartó y volvió a blandir la maza, pero su oponente fue más rápida una vez más. Rodeó a Ava como un depredador y le clavó la daga en el omóplato desde atrás.

Ava gritó, pero el dolor ardiente no llegó. Cuando se dio la vuelta, vio que Magg solo la había golpeado con el mango. Al parecer, sí tenía corazón, al menos uno pequeño.

Lucharon hasta que el sudor goteó de la frente de Ava y apenas podía levantar la maza. Magg había asestado tantos golpes que Ava había perdido la cuenta. Su cuerpo probablemente estaría lleno de moretones esta noche. Ella, por su parte, había lanzado algunos ataques mediocres pero no había acertado a Magg ni una sola vez.

Para entonces, los otros estudiantes también habían llegado a la arena, haciendo sus rondas o luchando entre ellos. Ava solo los notó cuando miró hacia arriba porque el cielo se oscureció, grandes sombras volaron y se posaron con un temblor en medio del campo de entrenamiento.

Saltó a un lado para evitar ser derribada por el ala de un dragón de montaña, lo que Magg aprovechó para otro golpe, directo contra

su pecho. Se quedó sin aire y cayó de rodillas, provocando un resoplido despectivo de su compañera de entrenamiento.

En cuanto recuperó el aliento, miró enfadada a Magg.

—¿No podías esperar un momento?

—¿También le vas a preguntar eso a Elora cuando lleguen volando los dragones?

Ava se levantó, llevándose la mano al pecho, que dolía como si una excavadora le hubiera pasado por encima.

—¿Cómo sabes que lucharé contra Elora?

—Eres la guardiana profetizada —lo dijo con rabia, como si Ava le hubiera arrebatado algo.

¡Se estaba hartando!

—¿Qué tienes contra mí?

Magg resopló con desdén, como si fuera obvio.

Antes de que Ava pudiera acorralarla para obtener una respuesta, el maestro las llamó. Estaba bajo la sombra de las gradas y había estado observando el combate. Hizo un gesto para que Magg se acercara primero, dándole a Ava la oportunidad de calmarse. Ella esperó a unos pasos de distancia y respiró profundamente para controlar su enfado.

El entrenamiento era importante, pero cielos… lo que no daría por tener una compañera de entrenamiento diferente.

No podía oír lo que los dos estaban discutiendo, hablaban muy bajo, así que volvió a mirar a los dragones de montaña. Eran ejemplares hermosos, orgullosos, majestuosos. Aunque sus escamas no brillaban como las de Draco o Thalara, seguían siendo impresionantes. Púas de color verde amarronado recorrían sus espaldas hasta las puntas de sus colas, y sus patas eran grandes y poderosas. Sus cuerpos eran más masivos, algo más torpes que los de los dragones de fuego y aire, pero aun así se movían con gracia y fluidez. Era un placer contemplarlos.

Sus ojos eran profundos y para nada agresivos. Los dragones de montaña eran una especie pacífica que probablemente habría renunciado a la lucha si hubiera más dragones. Pero eso volvería a ser así. Ava se aseguraría de ello.

—¿No son hermosos? —El Maestro Clark había llegado hasta ella sin que se diera cuenta. Se apoyaba en su bastón y miraba a los dragones de montaña con una sonrisa soñadora.

Ava se giró rápidamente hacia él, con las manos levantadas lista para pelear, antes de que pudiera apuñalarla en el costado con una daga o su bastón por atreverse a distraerse. Pero mientras se apoyaba en su bastón, no parecía en absoluto agresivo, sino más bien como un anciano admirando la belleza de la creación.

Suspiró aliviada y volvió a mirar a los dragones. El breve descanso sin duda venía bien.

—Yo también estaba admirando a los dragones de montaña.

—Un hermoso objetivo por el que luchar, ¿no crees?

Ella asintió.

—¿Cuándo se unirá tu dragón a nosotros?

Desconcertada, se encogió de hombros.

—Durmió con Lilly anoche. Probablemente no quiere que ella despierte sola.

Y seguramente estarían desayunando juntos, y Lilly lo arrastraría hasta Lynn para amenizar la lección, conociendo a la chica.

—Me refiero a cuándo estará completamente desarrollado, para que pueda transportarte.

Sorprendida, miró al entrenador.

—¿De verdad cree que hará eso algún día?

Ella había abrigado la misma esperanza, pero le sorprendía que el Maestro Clark hablara de ello con tanta naturalidad.

Él la miró con calma, su cabeza redonda ligeramente inclinada. Que el delgado cuello pudiera sostenerla la asombraba cada vez.

—¿Por qué lo dudas?

Se encogió de hombros, lo que no parecía tan casual como había esperado.

—Solo soy una guardiana, no una luchadora de dragones.

El maestro sonrió sutilmente.

—No te estanques en la terminología. Y no te centres en las fortalezas de tus oponentes, sino en las tuyas propias.

¿Se refería al combate de entrenamiento?

—¿Puede decirme cómo debo posicionarme y cómo manejar las armas? Esperaba que me enseñara eso también, porque nunca he combatido antes… —…lo cual él probablemente ya había deducido.

—Hablaremos de cómo manejar tu arma una vez que hayas encontrado la adecuada.

Su mirada cayó sobre el garrote que tenía en las manos.

—Entonces supongo que probaré… ¿con las dagas? —Lo miró interrogante, pero él ya se había retirado a las sombras y llamaba a Ralph. El gigante rubio fue trotando hacia él, saludó a Ava con una sonrisa y habló en voz baja con el Maestro Clark. Si estas eran las pistas que podía esperar del entrenador hoy, le esperaban miles de moratones y rasguños más.

Suspirando, observó a los otros estudiantes que aparentemente adoraban luchar. Aunque estaban sudando y jadeando, sus rostros mostraban una severa satisfacción, y aunque se movían sin parar, parecían disfrutar llevando sus cuerpos más allá de sus límites una y otra vez. Giraban por la arena, blandían espadas, lanzaban dagas y disparaban con arcos y flechas. Parecía un juego de niños.

Enderezó los hombros y la espalda, recordando por qué había comenzado a entrenar en primer lugar. Nunca más quería sentirse indefensa. Y necesitaba prepararse para la lucha contra Elora.

Aun así, sus pasos eran pesados mientras caminaba hacia el armario de armas. Devolvió la maza y cogió dos dagas en su lugar. Había observado a Magg con las armas punzantes y quizás lograría asestar un golpe o dos, aunque si era sincera, dudaba que fuera capaz de levantar los brazos muchas más veces. Se sentían como plomo.

Era una suerte que sus piernas estuvieran fortalecidas de tanto correr. Al menos así podía esquivar hasta que sonara la campana del descanso… aunque su instinto le decía que hoy no solo sería el desayuno lo que se cancelaría.

CAPÍTULO 18



Entrenó hasta el anochecer. Sin descanso, sin comida, constantemente con armas nuevas y continuamente contra Magg. Con cada hora, la cadete se volvía más rápida y agresiva. Quizás el ardiente sol del mediodía la había espoleado aún más.

La lengua de Ava estaba pegada al paladar. A veces, había tenido la tentación de simplemente tumbarse sobre la arena, pero la mirada mordaz de Magg la impulsó a seguir. Probablemente también tenía un poco de miedo de lo que su compañera podría hacerle si se tomaba un descanso no autorizado.

Los demás también entrenaban, pero Ava apenas tenía tiempo para observarlos. El Maestro no volvió a llamarla, así que quedó a su suerte. Por lo tanto, estudió las maniobras de Magg y memorizó secuencias de pasos y tácticas de ataque. De lo contrario, probablemente habría sufrido muchos más moretones y abrasiones.

Al ponerse el sol, sonó una campana, ante lo cual Magg inmediatamente se apartó de ella y Ava, jadeante, se apoyó sobre sus rodillas. Los cadetes restantes guardaron sus armas en el armario y abandonaron la arena. Todos excepto Magg. Comprobó los vendajes de sus manos y agarró un saco de arena.

Ava la observó con incredulidad y se esforzó por ponerse en pie.

—¿No quieres comer algo primero, o al menos beber?

—¡En el campo de batalla tampoco hay descansos! —Golpeaba enérgicamente el saco de boxeo. Sus golpes eran duros, precisos e

implacables, como si no llevara ya horas entrenando. ¿De dónde sacaba su energía aparentemente ilimitada?

Ya pensaría en eso en otro momento. Ahora necesitaba un plan sobre cómo llegar al comedor. La distancia le parecía interminable. Ni siquiera quería pensar en abrirse paso escaleras arriba hasta su habitación y quitarse la túnica para ducharse. ¿Quién habría pensado que los días de correr no habían sido suficientes para prepararla físicamente para el entrenamiento de combate?

Pero la perspectiva de dormir en el duro suelo arenoso y no conseguir ni comida ni bebida no era en absoluto deseable. Fue pura fuerza de voluntad lo que la puso en movimiento: una pierna delante de la otra, arrastrándose lentamente hacia la salida.

Draco y Lilly estaban sentados en las gradas. La saludaron con entusiasmo. Mientras Lilly agitaba la mano, Draco meneaba su enorme cola, barriendo los asientos de madera. Era una suerte que no se rompieran. Las escamas púrpuras del dragón brillaban en la oscuridad, desprendiendo un suave destello de luz. Lilly también había traído una linterna; de lo contrario no se podría ver a la chica en absoluto.

Solo en una segunda mirada Ava descubrió a Marcus. Estaba sentado junto a la chica y observaba a Ava con preocupación. Una oleada de calidez inundó su estómago mientras corría hacia los tres con una sonrisa dibujándose en sus labios.

—Eh, Ava, parece que todavía necesitas algo de práctica, ¿eh? —dijo Lilly, riéndose mientras señalaba la túnica rasgada y las abrasiones en las manos y brazos de Ava. Si interpretaba correctamente la sensación de ardor en su mejilla, otra herida se estaba abriendo allí.

—Te invito a un asalto contra mí. Entonces veremos quién necesita práctica.

—¡Estoy lista! —De un salto, Lilly brincó por encima de la fila más baja de asientos y aterrizó en la arena. Levantó los puños y comenzó a boxear a Ava, quien se rió, sujetándose el estómago.

—Para, para, has ganado. Necesito urgentemente un descanso.

Cielos, las agujetas iban a ser terribles.

—Y algo de beber. —Marcus le tendió una cantimplora, que ella aceptó agradecida y de la que bebió. Después de bajar la botella, se secó los labios resecos.

—Llevo horas soñando con esto.

—Es inhumano cómo os están enseñando. Deberías entrenar mejor tu mente. Y si hay un ataque esta noche… —Señaló con aire de advertencia la postura agotada de Ava, apoyada en las gradas para mantenerse erguida— Tal vez recuerdes qué sospecha expresé…

Sí, lo recordaba, pero no le creía.

—Confío en el Maestro.

—Espero que no sea un error…

Lilly saltó hacia Marcus y le dio un golpe en el estómago.

—Deja de insultar al Maestro Boom, ¡o tendrás que vértelas con la aspirante a luchadora de dragones más temida de todo el imperio!

Marcus sonrió mientras desviaba sus golpes, y Draco soltó unas cuantas nubes de humo.

—*Esa sería más bien Magg.*

—*Tienes razón en eso…* —Ava echó un vistazo por encima del hombro antes de volverse hacia su dragón. —*¿Has estado con Lilly todo el día?*

—*Sí, me llevó a clase con ella. Lynn es una profesora estupenda.*

—¡Eh! —Lilly se plantó entre ellos, con las piernas separadas y las manos en las caderas—. Nada de conversaciones secretas. ¿Dónde está Kilian?

Ava olvidó respirar por un momento. La pregunta pesaba al menos tanto como diez golpes de Magg. Inevitablemente, dejó que su mirada recorriera la arena, pero no había señal del luchador de dragones.

—Ni idea. Supongo que se ha marchado.

—¡Lo cual es bueno! —Marcus le dio una palmada en el hombro como si estuviera orgulloso de ella, mientras Lilly negaba con la cabeza, y fruncía el ceño.

—¿Por qué se iría tan rápido? ¡Está enamorado de ti!

Esa chica siempre tenía que decir lo que pensaba…

Aunque sentía opresión en el pecho, intentó encogerse de hombros con naturalidad.

—Después de todo, es el líder de los luchadores de dragones. Difícilmente puede estar aquí día y noche. Además, tiene otras obligaciones y absolutamente ningún asunto en este centro de entrenamiento. Y le conté lo que hizo Rob.

—Oh-oh. La que le espera… —Lilly agitó una mano antes de agarrarse dramáticamente el pecho— Ah, cómo me habría encantado conquistar su corazón.

—Yo no he conquistado su corazón.

—Sí, claro, y yo soy la futura princesa. —Lilly le hizo una mueca y la arrastró decididamente hacia el comedor— ¡Hora de cenar!

—Hoy no hace falta que me convenzas. —Se dejó llevar sin protestar y echó una última mirada fugaz a Magg. La estudiante había hecho una pausa en su combate y los observaba. Pero en cuanto sintió la atención de Ava, volvió al saco de boxeo y continuó obstinadamente con su entrenamiento. Los sonidos del combate seguramente se escucharían hasta la medianoche.

Como cada noche, Lynn se unió a ellos para cenar. Puesto que Draco todavía cabía en el comedor y causaba bastante revuelo, los otros estudiantes de combate también se sentaron con ellos. Era un grupo divertido que Ava disfrutaba, aunque estaba físicamente agotada. Pero la conversación alegre, las risas y el ambiente relajado le sentaban bien.

Ralph no podía dejar de alabar a Draco. Cada vez que lo miraba, sus ojos brillaban como zafiros pulidos.

—Tu dragón es increíble. Unas escamas tan hermosas, un color asombroso… ¡Es una locura que hayas establecido un vínculo tan rápidamente! Normalmente, eso ocurre solo en la última etapa del entrenamiento, si es que ocurre.

En sus palabras sonaba una melancolía inusual, lo que impulsó a Ava a inclinarse hacia delante y bajar la voz.

—¿Es por eso que estás entrenando aquí?

La miró sorprendido, pero inmediatamente siguió un guiño divertido, que disipó al instante su melancolía.

—Tan cansada y aún así perspicaz… Hay que tener cuidado contigo, ¿eh?

Marcus estaba sentado junto a ella y puso una mano sobre la suya.

—Con ella y con su equipo. —Se acercó más a ella, como si quisiera dejar algo claro. Ava hizo lo mismo, por lo que retiró su mano de la de él y pescó un trozo de carne de su estofado con la cuchara.

—¿Es más duro el entrenamiento oficial?

—Diferente, pero el Maestro Boom es y sigue siendo el mejor. —Le guiñó un ojo y volvió a admirar a su dragón. Draco se había acomodado en una piel en el suelo. Aunque parecía relajado y contento, sus ojos se movían atentamente de un lado a otro. Ava no lo pasó por alto.

—¿Todo bien, pequeño?

—Claro, solo estoy cumpliendo con mi deber de protegerte.

Resopló con amargura. *—¿Por qué todo el mundo cree que necesita protegerme?*

—¿Me lo preguntas tú? Eres la guardiana de dragones profetizada, los magos y los soldados del rey te están buscando, y además eres una de las mejores luchadoras de dragones. Y ya has establecido un vínculo con un dragón, algo que todos los estudiantes de esta sala quieren conseguir.

Discretamente, dejó que su mirada recorriera a los cadetes. La idea de que los estudiantes en formación pudieran tener algo siniestro en mente no encajaba con la imagen que se había formado de ellos. Ralph era demasiado amable, los otros tres chicos demasiado jóvenes. Tenían dieciséis años y estaban en medio de su formación, como había descubierto durante la velada. A diferencia de Ralph, no se habían entrenado antes con los luchadores de dragones, sino que se preparaban para los exámenes de ingreso con la ayuda del Maestro Clark.

—Confío en ellos.

—Eres libre de hacerlo, yo los vigilaré de todos modos. —Exhaló una nube de humo con satisfacción, como si solo hubieran compartido pensamientos inofensivos.

Se oyeron pasos firmes fuera en el pasillo, y momentos después Magg entró en el comedor. Se detuvo apenas un segundo y los miró antes de tomar una porción de estofado y retirarse sola a su lugar habitual.

—*¿También confías en ella?* —quiso saber Draco.

—*Ella es otra historia.* —Se inclinó hacia Ralph, bajando la voz. —¿Qué hay de Magg? ¿Estaba contigo en los luchadores de dragones?

Por la edad, podría encajar. Ava calculaba que tendría entre veintitantos y treinta y pocos años. Especialmente porque su técnica de combate era sobresaliente y ciertamente basada en muchos años de entrenamiento.

Ralph no miró por encima de su hombro, pero respiró profundamente. Cuando levantó la mirada, parecía serio.

—Ha pasado por muchas cosas. Créeme, es una de las buenas, aunque no lo parezca.

Ava se animó. No esperaba tal respuesta, aunque ya había sospechado que algo importante motivaba a su compañera. Dejó vagar su mirada hacia Magg, que se había sentado de espaldas a ellos. Su pelo rubio fluía por su espalda como si ella fuera la mismísima princesa. Prácticamente brillaba como el oro.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

Ralph se encogió de hombros.

—Yo solo llevo tres meses entrenando con el Maestro Boom.

—Llegó hace dos años —intervino Marcus.

Cuando ella lo miró con las cejas levantadas, él lo desestimó con naturalidad

—Tú entrenas, yo recopilo información. —Se inclinó hacia ella— ¿Puedo hablar contigo en privado un momento?

—Claro, de todos modos tengo que ir a dormir. Si quiero levantarme de alguna manera mañana, debería irme a la cama ya. —Se volvió hacia el dragón, que exhalaba contentamente una pequeña nube de humo—. *¿Te quedarás otra vez con Lilly esta noche?*

—*No, esta noche me quedo contigo.* —Miró por la ventana hacia el cielo oscuro, con los ojos casi imperceptiblemente entrecerrados.

Inevitablemente, a Ava se le puso la piel de gallina, por lo que ella también escudriñó la noche. Pero no podía ver nada fuera.

—¿Percibes algún peligro?

—Siempre percibo peligros que te conciernen. Esta noche están particularmente cerca.

Genial, con esa declaración dormiría muy relajada. Pero mejor saberlo. Quizás no debería haber dejado todas las dagas en la arena, sino haber cogido una para ponerla bajo su almohada.

Cielos, cómo había cambiado su vida…

—Buenas noches. —Lo dijo lo bastante alto para que Magg también lo oyera, pero la cadete no se dio la vuelta.

Lynn, sin embargo, se puso de pie.

—Yo también me voy a dormir, y tú, Lilly, deberías hacer lo mismo, porque mañana continuamos con las lecciones.

Lilly señaló detrás de ella.

—Pero el dragón…

Lynn negó con la cabeza enfáticamente.

—Se quedará donde esté Ava de todos modos. Así que, manos a la obra.

Refunfuñando y murmurando, la chica se levantó y caminó con ellos hacia el pasillo. Draco también se levantó. Mientras los seguía, el suelo temblaba, y al salir del comedor, sus escamas rasparon el marco de la puerta. Tuvo que plegar sus brillantes alas púrpuras con fuerza; de lo contrario podría haberse lastimado.

Sin embargo, seguía siendo adorable y confiado, especialmente con esa mirada de sus húmedos ojos redondos. Quizás fue porque Lynn le acarició la cabeza antes de despedirse. Su habitación estaba en un pasillo diferente.

Cansados, se arrastraron escaleras arriba, y Lilly bostezó cubriéndose con la mano. Llevaron a la niña a su habitación, y luego Marcus acompañó a Ava a la suya. Draco saltó directamente sobre su cama, que crujió peligrosamente, mientras Ava permanecía de pie junto a la puerta.

—¿De qué querías hablarme, Marcus?

Él bajó la voz y la miró implorante.

—El luchador de dragones se ha marchado otra vez.

Su corazón se encogió, pero se encogió de hombros como si no significara nada. Después de todo, ella ya lo había supuesto. Cuanto menos se vieran, mejor. Aunque, estrictamente hablando, se alegraba de que Marcus se lo hubiera dicho. Él estaba por cumplir con su parte, y ella lo apreciaba.

—Es bueno saberlo.

Pero Marcus no había terminado.

—Se ha ido, y va a enfrentarse a Rob. Eso significa que Rob sabe que estás aquí.

¡Maldición! No había pensado en eso hasta ahora. ¿Vendría de él el peligro que Draco percibía? Pero tenía que confiar en Kilian. Él sabría qué hacer.

—Kilian no permitirá que venga aquí a matarme.

Su amigo levantó un dedo en señal de advertencia.

—¿También podrá evitar que Rob diga a los magos dónde estás?

—¡Por supuesto! —respondió, aunque su convicción se debilitó al recordar la inquietud de Draco.

¿Habría Rob informado ya a los magos, aunque eso pondría a los otros estudiantes en riesgo de resultar heridos en una pelea? ¿Hasta dónde llegaría para deshacerse de ella? Hasta el extremo, ya lo había demostrado. Temblando, se frotó los brazos. No estaba preparada para enfrentarse a él de nuevo. El entrenamiento acababa de comenzar.

Marcus notó su nerviosismo y juntó las manos frente a su pecho.

—Déjame dormir en tu habitación. Incluso me tumbaré en el suelo, te lo prometo, sin insinuaciones ni flirteos, pero nunca me perdonaría si algo te pasara.

—¿Puedes hacer eso? —Intentó mostrar una sonrisa inocente, aunque su preocupación le conmovía el corazón.

—Haría cualquier cosa por ti, Ava. Lo sabes.

Sí, lo sabía, pero aun así le hizo un gesto para que se marchara. No quería que se preocupara. Por fin necesitaba tener su propia vida, sus propios objetivos, no debería centrarse en ella.

—El dragón está conmigo. Él vigilará. —Señaló a Draco, que en ese mismo momento miraba al exterior con los ojos entrecerrados.

Marcus se tensó.

—¿Eso significa que ya te ha advertido?

A Ava le hubiera gustado negarlo, pero Marcus reconoció fácilmente la verdad en su rostro. Ya estaba cuadrando los hombros antes de que ella hubiera decidido cómo responder.

—¡Voy a dormir en tu habitación!

Ella negó con la cabeza firmemente. Como si eso fuera a ocurrir…

—¡No, no lo harás! Puedo cuidarme sola.

—¡Pero necesitas descansar, y yo no podré pegar ojo de todas formas!

—El dragón vigilará, y te prometo llamarte si ocurre algo.

Él hizo una mueca de dolor, con una mano sobre su corazón.

—Por favor, entiéndelo, no podría vivir conmigo mismo si algo te pasara. Especialmente si hubiera podido evitarlo.

Leyó el afecto en sus ojos, y por eso mismo debía mantenerse firme. Tenía que establecer límites, porque él nunca sería el hombre que estaba destinado a caminar a su lado. Él debía tener la oportunidad de prestar su atención a otra mujer. Además, no sabía pelear. No estaba hecho para proteger a nadie. Solo estaría en peligro si los magos realmente planeaban un ataque.

—Gracias, pero dormiré sola. Buenas noches. —Le dio una palmadita amistosa en la mano y cerró la puerta antes de que pudiera poner el pie en la rendija. Cuando se dio la vuelta, Draco estaba tumbado frente a la ventana, mirando hacia fuera. La inquietud que emanaba de él se había intensificado. No dejaba de golpear el suelo con la cola.

—¿Podremos dormir esta noche?

—Durante unas horas, Ava, y deberías aprovecharlas. Te despertaré a tiempo.

Era dudoso que pudiera conciliar el sueño con esa perspectiva.

—¿No sería mejor avisar a los demás y prepararnos?

—¿Cómo vamos a hacerlo cuando no sabemos para qué?

Ella tampoco tenía una respuesta para eso, pero su estómago se contrajo y se colocó junto al dragón en la ventana. Seguía sin ver nada. Pero probablemente eso cambiaría pronto.

CAPÍTULO 19



Kilian golpeó la mesa con el puño.

—¿Cómo te atreves a tomar una decisión así a mis espaldas?

Rob levantó las manos en señal de defensa.

—Tranquilízate, tío. Sé que cometí un error.

—¿Un error? ¡Querías matar a Ava para que yo no estuviera distraído!

—¡No! No quería eso y nunca lo hubiera hecho. Me conoces, Kilian. —Lo miró suplicante, pero Kilian negó con la cabeza.

—Por lo visto no. La llevaste al otro mundo y la dejaste allí. Me dijiste que ella no querría volver. ¿Y luego incluso intentas matarla cuando lucha por regresar?

—Solo dije eso para asustarla.

Una vena palpitaba en la frente de Kilian y su pulso se aceleraba. Quería abalanzarse sobre su antiguo mejor amigo, pero se controló, como había aprendido años atrás del Maestro Clark.

—¡Has ido demasiado lejos!

Rob bajó los hombros.

—Lo sé —y también lo parecía, pero Kilian estaba demasiado alterado, y las acciones de Rob eran demasiado inescrupulosas. Se sentía traicionado. Traicionado por su mejor amigo.

Se levantó, su silla se tambaleó peligrosamente y cayó hacia atrás con estrépito contra la mesa mientras Kilian caminaba furiosamente de un lado a otro.

—¡Por tu traición, debería arrojarte a un calabozo! —Miró a Rob a los ojos y ambos sabían que no lo haría. Que no podía arriesgarse.

Pero Rob no jugó su carta de triunfo, en su lugar, levantó las manos en gesto apaciguador.

—Lo siento mucho, tío.

—Eso ya lo has dicho. ¡Deberías alegrarte de que no esté herida! —Los ojos de Kilian brillaron peligrosamente cuando Rob se levantó y se acercó a él.

—¿Qué puedo decir para que vuelvas a confiar en mí?

—¿Confiar en ti? —Kilian resopló.

—¿Nunca has cometido un error?

La mandíbula de Kilian se tensó. Su amigo acababa de jugar su carta de triunfo, o al menos había insinuado que la tenía en reserva. Pero, contrario a lo que Kilian esperaba, una expresión comprensiva apareció en el rostro de Rob, mientras le daba una palmada amistosa en la parte superior del brazo.

—De verdad lo siento. Me excedí, pero estamos tan cerca de nuestra meta. Piensa en los dragones. Piensa en lo que hemos estado trabajando durante años. Quería hacerlo por ellos, pero ahora me doy cuenta de que nunca debí haber interferido.

Kilian cerró los ojos, porque sabía que Rob tenía razón. Que lo necesitaba.

¿Podría volver a confiar en él?

—Veo lo mucho que ella significa para ti. Y realmente lamento, tío, que no puedas permitirte tu felicidad personal. De verdad. Te la deseo, lo sabes. Pero no arriesgues lo que hemos logrado en los últimos años por ella. Piensa en tu familia. Piensa en Thalara.

Kilian apretó los puños, con las venas de sus antebrazos sobresaliendo. Para desahogar finalmente su ira, sacó rápidamente una daga y la lanzó, rozó por un pelo a Rob y se clavó en la madera de la pared opuesta. Rob ni siquiera se inmutó. Lo miró con comprensión.

—Todavía puedes confiar en mí. Lo he demostrado al contarte que Elora descubrió dónde se alojaba. ¿Por qué habría hecho eso si no me hubiera dado cuenta de mi error?

Kilian resopló, aunque Rob tenía un buen argumento. Por eso continuó escuchándolo.

—Ya sabes lo que siento por ella, pero no tomaré más decisiones en tu nombre. Te lo prometo. —Rob levantó su mano y le extendió el antebrazo, donde tenía grabado un pequeño dragón en la piel— Una vez juramos algo, ¿recuerdas? Por los dragones.

Kilian se pasó la mano por el pelo, pero luego dejó escapar un ruidoso suspiro. Miró a Rob una vez más antes de girar su propio antebrazo, donde tenía grabado el pequeño dragón en la piel.

—Por los dragones.

CAPÍTULO 20



Draco instó a Ava a descansar, lo que hizo después de meter la piedra Isip en su bolsillo, manteniéndola a su alcance. Después de todo, la piedra mágica ya la había ayudado en la lucha contra los seguidores de Elora.

Aunque el duelo con el brutal mago Arthur seguía repitiéndose en su mente como si lo estuviera reviviendo, finalmente se quedó dormida, pero sintió que solo fue durante unos minutos. En algún momento, se despertó sobresaltada y miró a Draco, que entrecerró sus ojos brillantes.

—Están aquí.

Su pulso se disparó a ciento ochenta.

—¿Quién?

—Los magos.

Ava saltó de la cama y se agachó junto a él. Con cautela, miró por encima del alféizar hacia el exterior, pero no pudo ver a nadie. Los contornos de los edificios circundantes y la tribuna eran vagamente visibles. Nada más.

—¿Está Elora con ellos?

—No.

—¡Tenemos que avisar a los demás!

No podía dejar que sus amigos y los demás habitantes siguieran durmiendo. ¿Quién sabía lo que planeaban los magos? Corrió hacia la puerta y la abrió de golpe, haciendo que Marcus cayera dentro de

la habitación. Había estado sentado en el suelo desnudo, apoyado contra la puerta. Sorprendido, se puso de pie de un salto.

—¿Qué está pasando?

—¿Estabas durmiendo frente a mi habitación?

—Vigilando, no durmiendo. Entonces, ¿qué ocurre?

—Los magos están aquí.

—Lo sabía. —Apretó los puños con rabia y tomó una decisión en milisegundos—. ¡Tenemos que sacarte de aquí! Conozco bien el bosque. Draco puede llevarnos volando hasta allí y nos esconderemos. Nadie nos encontrará.

Ava negó con la cabeza.

—¡Tenemos que avisar a los demás!

Pero antes de que pudiera correr hacia el pasillo, Marcus la retuvo por el brazo.

—¡No! Quizás estén aliados con ellos.

—No creo eso. Al menos tengo que decírselo a Lilly y a Lynn. Los cadetes pueden defenderse, pero ellas dos no. Deberían atrincherarse.

Lilly irrumpió en el pasillo, sin estar desaliñada en absoluto, como si, al igual que Marcus, hubiera esperado un ataque. Llevaba ropa de combate. Dónde la había encontrado era la gran pregunta. Con seguridad, puso las manos en las caderas.

—¿Yo, esconderme? Vas a esperar mucho tiempo para eso.

Ava miró a Marcus.

—¡Ponla a salvo!

Él apretó la mandíbula.

—Pero tengo que…

Ava lo agarró por el cuello y lo miró fijamente.

—¡Llévalas a ella y a Lynn a un lugar seguro! ¡Rápido!

Él exhaló, asintió y agarró a Lilly. Ella se resistió con manos y pies.

—¡Eh, suéltame! ¡Quiero luchar!

—¡Nos ayudarás más si permaneces a salvo!

La pequeña no podía escapar de Marcus, por más que se retorciera. Miró suplicante a Ava.

—¡Sabes que puedo ayudar!

Sabía a lo que Lilly se refería, pero sus poderes mágicos eran impredecibles, y la niña era demasiado joven para verse arrastrada a los combates. Ava tenía que asegurarse de que no se colara entre las líneas de todos modos. Así que juntó las manos en señal de súplica.

—Ayúdame protegiendo a Marcus y a Lynn. Ellos no pueden defenderse.

Lilly apretó los puños, todo su cuerpo se tensó, pero luego asintió y se marchó corriendo con Marcus. Ava volvió corriendo a su habitación, donde Draco estaba listo para volar junto a la ventana.

—Tenemos que salir inmediatamente.

Intentó abrir la ventana, pero no lo conseguía con sus enormes patas.

—¡Pero los magos están fuera!

—Sí, pero me necesitas, así que estoy creciendo. Rápidamente.

Su cuerpo se tensó como si su piel fuera a reventar en cualquier momento, y su cabeza se hinchó mientras su cola se expandía en anchura y longitud.

Ava abrió la ventana de golpe, tras lo cual él saltó y desplegó sus alas. Conteniendo la respiración, ella se asomó al borde y miró hacia abajo, donde él aterrizó a medio camino de la arena y siguió creciendo. Rápidamente se dio la vuelta y corrió por el pasillo bajando las escaleras hacia el exterior. Cuando llegó hasta él, se detuvo bruscamente. Y se quedó boquiabierta.

Su pequeño dragón, que no tenía ni dos semanas y que hace apenas tres minutos estaba tumbado en su cama, era más grande que todos los edificios de alrededor. ¿Cómo había podido Lynn acariciarle la cabeza hace apenas unas horas?

Sus patas eran enormes, su cuerpo más grande que una casa unifamiliar, y sus escamas brillaban en púrpura, resplandeciendo como si un fuego ardiera en su interior que destruiría a cualquiera que se interpusiera en su camino. Tenía que enroscar su larga cola cubierta de púas para evitar derribar toda la tribuna.

¡La tribuna!

Ava corrió al armario de armas y cogió dos dagas. No sabía si las hojas le ayudarían contra los magos, pero eran mejor que nada.

Envolvió la piedra Isip alrededor del mango de una daga para poder desviar ataques mágicos.

Armada, corrió de vuelta hacia Draco, que se había erguido en toda su altura y observaba la zona. Todos los rasgos infantiles y adorables habían desaparecido de su rostro, sus patas ya no eran torpes, sus ojos ya no estaban húmedos sino que brillaban peligrosamente. Si lo hubiera encontrado por primera vez en esa forma, habría estado aterrorizada. Pero no había sido así; su corazón seguía latiendo junto al de ella en su pecho, por lo que se mantuvo firme a su lado.

Con tensión, vigilaba la zona de competición. Nadie debía acercarse a ellos sin ser detectado; nadie debía herir a sus amigos. Por ello, se preparó para el combate. Decidida, permaneció junto a Draco, dispuesta a detener a cualquiera que entrara en la arena sin autorización.

Pero la zona permanecía tranquila. No aparecía nadie, nadie gritaba "¡Atacad!" y ni un solo rayo mágico les disparaba desde la oscuridad. No obstante, sentía la tensión, el peligro, como si viera a una horda de magos esperando simplemente el momento adecuado para destruirlos a todos.

Ralph y Magg entraron corriendo en la arena, miraron a Draco con incredulidad y se apresuraron hacia Ava.

—¿Qué ha pasado?

—Los magos están cerca.

Magg escupió al suelo.

—¡Estaba claro que tu presencia nos iba a causar problemas!

Probablemente podría haberlo deducido ella misma, pero el entrenamiento de combate era importante. Sin embargo, no podía permitirse poner en peligro a los demás. Un sentimiento de culpa la invadió. En cuanto los magos se marcharan, tendría que encontrar una solución. Hasta entonces, se colocó junto a Draco y agarró sus dagas con determinación.

—Haré todo lo que pueda para protegeros.

Magg se rió con desdén, pero Ralph le dio un codazo en el costado y señaló a Draco, que los miraba enfurecido. Tenía los ojos entrecerrados, y de sus fosas nasales salían nubes de humo, como si

apenas pudiera contenerse. Magg se calló de inmediato, pero continuó mirando con rabia alrededor.

Hasta que, de repente, una gigantesca sombra negra se extendió por el horizonte, acercándose a toda velocidad.

Ava supo inmediatamente quién era. Lo sentía. Y aunque no debería ser así, se alegró de que viniera.

Kilian.

Con un temblor violento, el enorme dragón de fuego aterrizó junto a Draco. Era un milagro que ambos dragones cupieran en la arena. Ahora tenían el mismo tamaño, y si Ava no supiera más, habría estimado que tenían la misma edad.

Kilian saltó del lomo de Thalara con la espada desenvainada.

—¡Los magos vienen de camino!

—Lo sé, mi dragón me lo ha dicho. ¿Cómo saben que estoy aquí? —En sus palabras flotaba una acusación, pues solo tenía a una persona en mente que podría haber revelado su ubicación.

Pero Kilian negó con la cabeza.

—No puede haber sido Rob. Me he ocupado de él. Ya buscaremos al responsable más tarde. Primero debemos proteger la instalación. Hay demasiados inocentes. —Señaló a Magg y Ralph—. ¡Vosotros ocupaos de la puerta, nosotros sobrevolaremos los muros!

Los dos salieron corriendo, sin cuestionar la orden de Kilian ni por un segundo, mientras el luchador de dragones señalaba impaciente a Draco.

—¿Puedes montarlo?

Su estómago se hundió aún más. ¿Volar? ¿Tan rápido? Miró a Draco, quien asintió con gravedad. Por necesidad, apartó todas sus preocupaciones. No había lugar para el miedo. Simplemente tendría que hacerlo.

—Estamos listos.

—Entonces sube. Allá arriba, los magos no pueden alcanzarte.

Lo miró decepcionada.

—¿Por eso vamos a sobrevolar los muros en vez de estar frente a ellos luchando? —Los otros serían escudos vivientes mientras ella estaría a salvo en el cielo.

Kilian negó con la cabeza, apretando la mandíbula.

—Si tuviera elección, te dejaría con Lilly, pero sé que eso no tiene sentido. Así que nos quedamos juntos.

Tragó saliva, apartando rápidamente la mirada, metió las dagas en su cinturón y colocó las manos sobre las escamas de Draco.

—¿Hay algo que deba saber antes de subirme a tu lomo?

—¡Date prisa! ¡Tenemos que alzar el vuelo!

El dragón de Kilian pareció llegar a la misma conclusión y darle un mensaje similar, porque sin más preámbulos, Kilian la agarró por las piernas y la empujó hacia arriba.

—¡Rápido!

Como una montañista, se abrió paso hacia arriba y trepó sobre el dragón gigante. Apenas había colocado las piernas a ambos lados de su lomo cuando Draco se impulsó desde el suelo, extendió sus alas y los catapultó hacia el cielo. La arena se hizo más pequeña a un ritmo vertiginoso; incluso el dragón de fuego de Kilian parecía diminuto, hasta que el luchador de dragones también se impulsó y los siguió.

Ava clavó sus manos alrededor de las escamas y se inclinó hacia delante. Era condenadamente inestable, y esta vez Kilian no estaba sentado detrás de ella para sujetarla. Pero ya no lo necesitaba. Estaba aprendiendo a luchar. Estaba aprendiendo a lanzar dagas. ¡Y aprendería a montar un dragón, maldita sea!

—Mantente a gran altura para que los magos no puedan alcanzarte. Vamos a dar una vuelta. ¡Sígueme! —La voz de Kilian estaba acostumbrada a luchar contra los fuertes vientos. Ava lo escuchó, aunque una fuerte ráfaga de viento silbaba alrededor de sus oídos.

Draco siguió al dragón de fuego como un profesional y sobrevoló a una distancia segura por encima de la arena.

O era una falsa alarma o los magos sabían cómo ocultarse, porque no vieron a nadie. También permaneció tranquilo en la puerta, y finalmente Ava sintió que los músculos del cuello de Draco se relajaban.

—¿Se han ido?

Él asintió.

—Vamos a bajar. Agárrate fuerte.

No necesitó que se lo dijeran dos veces. Se aferró a sus escamas, se inclinó hacia adelante y apretó sus piernas contra su lomo hasta que tocaron suavemente el suelo arenoso. Kilian y Thalara aterrizaron a su lado.

Ava levantó una pierna sobre la otra y se deslizó de Draco al estilo de Lilly. Kilian se balanceó sin esfuerzo hacia el suelo, pero claro, él había hecho esto mil veces antes.

—Se han ido.

Ava asintió, pero en lugar de sentir alivio, la tensión a su lado aumentó. ¿Cómo había podido llegar tan rápido? Los magos probablemente esperaban atrapar a Ava sola, y la presencia de Kilian había evitado un ataque. ¿Cómo habría resultado si no hubiera llegado a tiempo?

—¿Cómo sabías que los magos estaban de camino?

—Tu dragón se lo dijo a Thalara.

Ava arqueó las cejas y se volvió hacia su gigantesco y extremadamente comunicativo espécimen. Eso explicaba bastante.

—¿También le dijiste que he vuelto al reino?

—Por supuesto. Sé lo que necesitas, Ava. —Guiñó suavemente ambos ojos, como si no fuera capaz de hacer daño ni a una mosca.

Sin embargo, la expresión infantil ya no funcionaba. Ella resopló, indignada, pero lo dejó estar.

Cuando se volvió hacia Kilian, él la observaba con una mirada hambrienta. Una cálida atracción recorrió su cuerpo, pero ella la ignoró.

—Gracias por tu ayuda, pero creo que es mejor que nos mantengamos alejados el uno del otro. —Bajó la mirada, sin querer ser desagradecida, sin querer enviarlo lejos en absoluto, pero ¿qué otra opción tenían?

Cuando levantó la vista, él asintió lentamente.

—Lo sé. —Sin embargo, no se marchó, sino que se pasó la mano por la cara. Antes de que pudiera decir más, el Maestro Clark apareció en la arena. ¿Había estado esperando simplemente el momento adecuado?

—Los has ahuyentado por esta noche, pero seguirán volviendo hasta que te tengan, Ava.

La miró intensamente, como si intentara leer sus pensamientos.

Ella estaba convencida de que él había sido capaz de hacerlo desde hacía tiempo.

El mero pensamiento de caer en manos de los magos otra vez le provocaba náuseas.

—¿Conoce usted la profecía?

Él asintió.

—Elora también la conoce, aunque aún no la ha entendido. No descansará hasta tenerte en su poder.

—¡Lo evitaremos! —Kilian cruzó los brazos sobre el pecho y dejó que su mirada recorriera la instalación—. Actualmente, hay cinco cadetes en entrenamiento además de Ava, ¿verdad?

—Seis.

Ava se irguió sorprendida. Aparte de Ralph y Magg, solo había visto a los tres adolescentes.

—¿Quién es el sexto?

Pero el Maestro no le dio una respuesta, lo cual no era realmente sorprendente. Al fin y al cabo, él prefería hacer las preguntas.

Kilian señaló con autoridad hacia el portal donde Magg y Ralph habían tomado posición.

—A partir de ahora, estableceréis guardias día y noche. El entrenamiento de Ava tiene máxima prioridad, porque la confrontación con la hechicera es inminente.

Sus palabras le revolvieron el estómago a Ava, aunque ya lo veía venir. Estaba en este centro de entrenamiento porque, algún día, tendría que enfrentarse a Elora. Sin embargo, se preguntaba cómo se suponía que iba a conseguirlo cuando ni siquiera podía vencer a Magg. El pensamiento de sus compañeros la sacó de su estado de shock.

—Debería abandonar las instalaciones. No quiero poner en peligro a los demás. —Debería haber pensado en eso desde el principio.

Pero el Maestro negó tranquilamente con la cabeza.

—Te quedarás. Todo está como debe estar. Supongo que tú también te quedarás, líder de los dragones, para garantizar su protección.

Cuando Kilian se volvió hacia él, asintió decisivamente.

—Por supuesto. La apoyaré en su lucha.

El mero pensamiento de verlo día y noche le aceleró el pulso. Pero al menos ella entrenaría con el Maestro Clark y Magg casi todo el tiempo. En consecuencia, rara vez lo vería.

Pero el Maestro tenía otros planes.

—Entonces… —Miró de Ava a Kilian con una mirada inescrutable —, ...tú la entrenarás a partir de mañana.

CAPÍTULO 21



Ava no pegó ojo aquella noche, pero aun así estaba completamente despejada cuando entró en la arena antes del amanecer. Magg ya estaba allí, aporreando el saco de boxeo, pero se abstuvo de hacer comentarios mordaces. Ava la miró brevemente antes de empezar a correr.

Habría preferido correr toda la noche, ya que le ayudaba a pensar. Las piezas del rompecabezas encajaban, las conexiones se volvían claras y la sensación de impotencia frente al curso de los acontecimientos se disipaba. Al fin y al cabo, estaba haciendo algo: correr.

No contó las vueltas que dio, completamente perdida en sus pensamientos, y solo levantó la mirada cuando dejó de oír a Magg peleando. La cadete estaba mirando hacia el armario de armas, bajo las gradas, donde el Maestro Clark y Kilian estaban de pie, hablando entre ellos. Kilian vestía su cuero de combate y no parecía, en absoluto, alguien que apenas hubiera dormido. Superaba al entrenador por más de medio metro de altura, pero se comportaba respetuosamente con él.

No podía culpar a Magg por quedarse mirando a Kilian. Ella misma no solía hacer otra cosa.

Deliberadamente, centró su mirada en la pista y aumentó el ritmo en un intento de dejar atrás sus sentimientos. Pero no funcionó. El hecho de que Kilian estuviera a su alcance, y supiera

que él no la rechazaría si quisiera acercarse, no ayudaba realmente. Aunque no estaba cien por cien segura de eso. Él se tomaba su trabajo en serio; lo había dejado claro varias veces.

Draco asomó por encima del muro. Se había posicionado fuera de la arena frente al acantilado y vigilaba los alrededores. Thalara estaba al otro lado, y se turnaban para sobrevolar la zona. Ningún mago podría acercarse sin ser detectado.

—*Todo irá bien, Ava, ten fe.*

Por supuesto, Draco había percibido cómo se le había encogido el corazón al ver a Kilian. Y probablemente escuchaba cada uno de sus pensamientos, por lo que quizá sería mejor buscar un deporte donde tuviera que dejar de pensar.

—*Lo principal es que tú y los otros dragones sobreviváis. Eso es lo más importante para mí.*

Draco expulsó unas cuantas nubes que ascendieron como señales de humo hacia el cielo, pero no dijo nada.

Lilly saltó a la arena junto a Marcus y la saludó con la mano. Si no se equivocaba, la chica llevaba dos bollos en la mano. Por supuesto, Lilly no perdería la oportunidad de ver a Kilian durante el entrenamiento de combate, y simplemente había trasladado el desayuno al exterior. Probablemente no tardaría mucho en aparecer Lynn para arrastrarla al aula.

Marcus la observaba atentamente, irradiando una calma y serenidad que no encajaba con este recinto de entrenamiento. Levantó la mano para saludarla y le guiñó un ojo con naturalidad. De algún modo, su actitud relajada y despreocupada la hacía sentir bien. Ella les devolvió el saludo y corrió hacia ellos, momento en el que Lilly le tendió un bollo.

—Te traemos el desayuno.

Ava miró con incredulidad el bollo de pasas, que ni siquiera tenía un mordisco.

—¿Compartes comida voluntariamente?

—Claro, ya me he comido cinco y hay más dentro. Lynn puede ser una auténtica negrera con las lecciones, pero me da dos descansos adicionales para desayunar, y creo que ha convencido a

los cocineros para que horneen más. Definitivamente tiene sus ventajas parecer famélica. —Sonrió.

Sonriendo, Ava cogió el bollo y partió un trozo.

—Gracias, no necesito más que esto.

—Se metió el bocado en la boca, tomó la cantimplora de Marcus y dio un buen trago.

Entonces, la voz de Kilian resonó por toda la arena.

—¡Ava!

Sorprendida, se volvió hacia él. Ya no sonaba como el hombre que tenía que contenerse para no acercarse a ella, sino como un duro entrenador que no toleraría ninguna excusa.

Lilly se inclinó hacia ella.

—Mejor no lo hagas esperar, o tendrás que hacer cien flexiones.

—¡No se atrevería!

Aunque una mirada al luchador de dragones bastó para confirmar que se enfrentaba al líder del ejército real, y no al misterioso hombre que corría a salvar su vida y se sentaba con ella bajo el cielo estrellado por la noche para conversar.

Se despidió de sus amigos y fue trotando hacia él.

Él se hallaba en el centro del foso de arena, con las piernas separadas, sus musculosos brazos cruzados sobre el pecho, y asintió hacia las dagas que llevaba en el cinturón.

—¿Son esas tus armas preferidas?

Si al menos lo supiera…

Se encogió de hombros, todavía sintiéndose incómoda con el tema de las armas.

—Son pequeñas y manejables. Hasta ahora, con ellas me he desenvuelto mejor.

—Entonces muéstrame lo que has aprendido.

Le hizo un gesto para que se acercara, una clara invitación a que lo atacara.

Genial.

Desenvainó las dagas y comenzó a rodearlo, pero dudó. Difícilmente podía atacarlo con las afiladas hojas. Había sido más fácil con Magg porque la cadete no ocultaba su odio hacia Ava, pero con Kilian era diferente…

Lo pensó y se aventuró a un pequeño ataque desde un lado, que él desvió con un simple golpe contra su antebrazo. Retrocedió e intentó de nuevo, pero él la rechazó sin esfuerzo una vez más. Cuando lanzó el tercer ataque, él le arrebató ambas dagas de las manos, la agarró por la cintura y la hizo girar para que su espalda golpeara contra su pecho. Le sujetó las muñecas con fuerza, impidiéndole liberarse. ¿O simplemente no quería hacerlo?

Su respiración cambió, su aroma la envolvió, su calor se transfirió a ella, y cuando él se inclinó y rozó su oreja con los labios, un escalofrío recorrió su piel.

—¿Qué quieres, Ava? —Su susurro sonaba áspero.

Su respiración se volvió entrecortada mientras era consumida por todo su ser, incapaz de responder.

—¿Quieres estar indefensa, impotente, a merced de los magos? ¿O quieres enfrentarte a ellos y salvar el mundo de los dragones? —Su voz sonaba seductora, pero sus palabras tuvieron el efecto contrario.

Decidida, apartó sus brazos y se liberó de su agarre. Giró velozmente.

—¡No estoy indefensa! ¡Y salvaré el mundo de los dragones!

Una sonrisa asomó en sus labios. ¿Estaba jugando con ella? Pero al momento siguiente, su expresión se volvió mortalmente seria.

—¡Entonces deja las maniobras débiles y atácame ya!

Las emociones la desbordaron, dejándola con una sola opción: o lo tocaba ahora mismo o canalizaba sus emociones reprimidas en un ataque. No necesitaba pedir consejo a nadie para tomar la decisión correcta. Levantó la mano, soltó un grito de batalla y se abalanzó sobre él.

Él la bloqueó sin esfuerzo.

Instintivamente, imitó la técnica de Magg: agachándose bajo su mano y lanzando su siguiente asalto. De nuevo, él la desvió con facilidad, lo que solo la espoleó más. Lo rodeó, fingió retirarse, se lanzó inesperadamente contra él y casi lo alcanzó en el hombro. Pero él siempre parecía saber lo que ella planeaba.

¿Habría estudiado todas las técnicas de combate?

Mucho después de que el sol hubiera salido y el sudor perlara la frente de Ava, él la desarmó con dos golpes sin esfuerzo, pero no la atrajo hacia sí de nuevo. Sin estar lo más mínimo sin aliento, sin una sola gota de sudor en las sienes, señaló tranquilamente las dagas en la arena.

—Recógelas.

Ella jadeaba, se limpió la frente con el antebrazo y se inclinó para recuperar las armas. Cuando se enderezó, él se colocó justo a su lado. Retrocedió, esperando un ataque sorpresa que destacara su descuido, pero él simplemente señaló sus armas.

—Quiero mostrarte cómo sujetarlas para que tu oponente no pueda quitártelas de la mano.

—Vale. —Tragó saliva y asintió, sin saber si su voz sonaba entrecortada por su proximidad o por el intenso entrenamiento.

Se colocó demasiado cerca detrás de ella y tomó su mano derecha en la suya, acariciando sus dedos con la otra.

—Necesitas cambiar el ángulo en el que sostienes la daga. Así. —Empujó la empuñadura un poco hacia delante— Cuando apuntes, no debes pensar en tu técnica, sino concentrar toda tu atención en tu objetivo. El arma vuela hacia donde miras.

Ella asintió, plenamente consciente de que aún no había lanzado las dagas.

Él la miró directamente, como si leyera sus pensamientos.

—Cuando apuntas, debes querer acertar.

—Pero no quiero hacerte daño.

—Lo sé, por eso a partir de ahora volverás a luchar contra Magg.

Como si fuera una señal, la rubia amazona vino corriendo. No parecía entusiasmada; probablemente entrenar con alguien más débil no le aportaba nada.

—Hola.

Sorprendida, Ava arqueó una ceja. ¿Era eso un saludo normal?

—Hola —respondió. Al fin y al cabo, no quería obstaculizar una posible amistad. Pero, a juzgar por la expresión distante de Magg, esta noche no estarían haciéndose trenzas la una a la otra.

—¡Combatid limpio! —con esas palabras, Kilian retrocedió dos pasos y cruzó los brazos sobre el pecho.

Ella no estaba segura si era mejor estar constantemente observada por él o luchar directamente contra él. Tenía que ser cuidadosa y centrar su atención en Magg en vez de dejar que su mirada la desconcentrara.

Pero se podía confiar en Magg en este aspecto. Inmediatamente percibió la incomodidad de Ava y se lanzó al ataque, que Ava desvió en el último momento.

—¡Mantén el antebrazo en diagonal frente a tu cara, Ava! —Kilian prácticamente ladró la orden; solo le faltaba un silbato.

Magg ya había iniciado su siguiente avance, bajo el cual Ava se agachó, pero su compañera de entrenamiento lo había anticipado esto y la golpeó con el mango de la daga contra su omóplato. El impacto fue tan fuerte que crujió, y Ava cayó al suelo.

—¡Mantente limpia, Magg!

Ella levantó las manos con inocencia.

—Pensaba que tenía que vencer a Elora.

Ava apretó los dientes y saltó sobre sus pies. No había llegado tan lejos, no había cruzado la frontera y soportado la carrera y la batalla contra sus demonios internos, para arrastrarse por el suelo ante Magg. Y ya no estaría indefensa. Ya no necesitaría protección. ¡Sino independencia! ¡Fortaleza! ¡Lista para luchar!

Con un grito, cargó contra Magg y la obligó a caer de rodillas, pero Magg rápidamente rodó hacia un lado y lanzó su daga hacia las costillas de Ava. Ella saltó hacia atrás, evitando que el golpe impactara por completo, y golpeó la muñeca de Magg con el canto de la mano, provocando que la daga se le resbalara. Pero Magg la atrapó hábilmente antes de que cayera en la arena.

—Qué interesante. Así que necesitas un espectador cargado de testosterona para superarte a ti misma. Pero, ¿qué harás cuando el poderoso líder de los dragones no esté al margen desnudándote con la mirada?

Lo dijo en voz baja, para que Kilian no la oyera.

Ava se puso roja de ira, pero no entró en la discusión. En lugar de eso, otro grito de batalla escapó de ella y saltó sobre la cadete.

El entrenamiento duró hasta la noche. Kilian la había observado, dado miles de consejos e instrucciones, y se había acercado

demasiado a ella más de una vez, de modo que había sentido su calor sin filtros. La frustración por la desesperanza había dado a Ava una energía aparentemente interminable, por lo que miró sorprendida cuando él declaró finalizado el entrenamiento de combate. El sol ya se había puesto, y la arena estaba iluminada por numerosos cuencos de fuego.

—Continuaremos mañana.

Magg resopló y se dirigió al saco de boxeo. Ava quería guardar sus dagas y caminar hacia la salida de las instalaciones de entrenamiento, pero Kilian la llamó de nuevo.

—El entrenamiento de combate ha terminado, pero la lección de hoy no ha acabado aún.

Sorprendida, se dio la vuelta. Sus brazos se sentían como plomo, lo que le dificultaría sostener una cuchara durante la cena, y todo su cuerpo estaba cubierto de moretones y abrasiones.

—¿Qué lección me queda por aprender antes de poder tomarme un descanso?

Él señaló el saco de boxeo junto al de Magg.

—Vas a boxear durante otra hora.

—¿Qué?

Tenía que ser una broma pesada. Pero no vio misericordia en sus ojos, como si hubiera superado sus sentimientos por ella a lo largo del día. Más le valdría explicarle cómo se hacía eso, porque ella también quería llegar a ese punto.

—Boxearás durante una hora y luego darás vueltas en la arena hasta que te diga que tu entrenamiento de hoy ha terminado.

Ella negó con la cabeza incrédula. ¿Era esta su forma de lidiar con la energía sexual reprimida? ¡Entonces debería trabajar él mismo en el saco de boxeo! Enfadada, lo miró con furia, se volvió hacia el saco de boxeo y comenzó a golpearlo.

Tenía que reprimir un grito de dolor con cada golpe. Las palmas de sus manos estaban en carne viva, desacostumbradas a empuñar dagas durante todo el día. Al cerrar los puños para golpear, las zonas irritadas ardían como fuego. Pero apretó los dientes, sin querer hacer el papel de mujer débil delante de Magg ni pedir un trato

especial a Kilian. Cuanto más aprendiera cada día, antes terminaría su entrenamiento de combate.

Golpeó una y otra vez hasta que la piel de sus nudillos se abrió.

De repente, sintió una mano en su antebrazo. Alarmada, se giró rápidamente, lista para defenderse. Era Magg quien la sujetaba, pero extrañamente, no parecía enfadada ni la atacó con su daga. En su lugar, señaló con un gesto sus heridas abiertas.

—Necesitas vendarte las manos.

¿Era esto otro truco para mostrarle lo incapaz que era? Mientras el pecho de Ava subía y bajaba pesadamente por el esfuerzo, observó a la cadete con desconfianza. Pero Magg no comenzó un ataque verbal; en su lugar, le tendió un rollo de vendas, y su voz no sonaba arrogante, sino más bien… ¿neutral?

—Hoy es el primer día de entrenamiento con el líder de los dragones. Si quieres sobrevivir a la sesión de mañana, necesitas vendarte las manos.

Con vacilación, Ava tomó el vendaje, tras lo cual Magg inmediatamente reanudó su propio entrenamiento. Los golpes contra el saco sonaban secos y eran tan potentes que Ava no pudo evitar admirarlos.

—¿Dónde aprendiste a luchar así?

—No quieres saberlo. ¡Y eso no fue una invitación para charlar!

Ava se rio. Habría sido extraño si Magg hubiera reaccionado de manera diferente. Probablemente habría tenido que preocuparse en ese caso. Se envolvió las manos con el vendaje y examinó su trabajo antes de cerrar el puño de forma experimental. El dolor era soportable.

—Gracias. —golpeó el saco de boxeo y asintió con satisfacción. Esto estaba definitivamente mejor.

Trabajó en el saco de boxeo al unísono con Magg, en el suyo hasta que sonó un fuerte silbido, señalando que había pasado una hora. Inmediatamente comenzó sus vueltas corriendo.

Aunque había estado haciendo deporte todo el día, encontró la energía para correr cada vez más rápido. Mientras tanto, imágenes pasaron por su mente de Kilian abrazándola, las sensaciones cuando la tocaba o incluso cuando simplemente estaba cerca de ella, y el

anhelo que crecía peor con cada encuentro. Un fuego se encendió en su estómago y se extendió por su cuerpo, uno que no tenía idea de cómo controlar. Tal vez debería pedir consejos a Draco.

No sabía cuánto tiempo había corrido, pero en algún momento Kilian apareció, de pie en la entrada de la arena. Tan pronto como pasó junto a él, le hizo un gesto distante con la cabeza. Su expresión era fría, como si ella fuera cualquiera.

—Te veré mañana antes del amanecer. —dijo, y con esas palabras, desapareció.

Al parecer, él también había llegado a la conclusión de que cada minuto juntos era uno de más.

CAPÍTULO 22



Ava se dio una larga ducha antes de ir a cenar. Allí, esperó un momento oportuno cuando sus amigos reían a carcajadas por uno de los chistes de Ralph. Sin ser observada, se escabulló hasta las ollas, cogió un trozo de pan y un cuenco de estofado, y desapareció sin ser vista. Aunque Kilian aún no estaba allí, seguramente se uniría a los demás pronto.

Draco la esperaba en la salida de la arena. Había leído sus pensamientos y sabía su destino.

—Te acompañaré hasta las rocas.

Ava negó con la cabeza.

—Necesito estar sola.

—Pero los magos…

Ella puso una mano sobre sus escamas de brillo púrpura.

—Los dos sabemos que no están cerca en este momento. Pero si aparecen, puedes venir a mí inmediatamente.

Él suspiró, sonando por primera vez desde su transformación como el dragón bebé que técnicamente era con dos semanas de edad.

—No me gusta cuando estás triste.

—Pero necesito afrontarlo y aprender a luchar, de lo contrario no tendré ninguna oportunidad contra Elora. Nos vemos luego.

Le dio una palmadita en el vientre —ya que no podía alcanzar su cabeza— antes de comenzar a escalar. Sin esfuerzo, como si no

hubiera pasado dos días consecutivos en un duro entrenamiento de combate, ascendió los acantilados y se sentó en el borde. Con las piernas colgando sobre el abismo, tomó el cuenco de sopa y comenzó a comer. El suave tintineo de la cuchara resonaba en la noche. El sonido la acompañaba como un amigo.

Kilian era un buen entrenador, al igual que el Maestro Clark, así que no iba a eludir los ejercicios. Pero al menos en su tiempo libre quería evitarlo, aunque ese tiempo apenas sumara una hora, dado el entrenamiento de varias horas, excluyendo el tiempo para dormir.

Se sentía bien mirar hacia la noche, observar la inmensidad de la tierra y contemplar las estrellas. Sin embargo, como mirar al firmamento inmediatamente le hacía pensar en el luchador de dragones, desvió la mirada y mordió su pan.

Sonaron pasos, lo que la hizo girarse rápidamente y quedarse paralizada. Kilian estaba detrás de ella, también con un cuenco de sopa y una rebanada de pan.

—Parece que hemos tenido la misma idea —dijo sonriendo mientras se sentaba a su lado.

—¿Por qué no buscas otro acantilado entonces?

Cuando sus miradas se encontraron, ambos tuvieron que sonreír, lo cual no era nada bueno. Ella volvió a prestar atención a su estofado.

—Porque aquí la vista es más hermosa.

Sus mejillas se sonrojaron, pero levantó la mirada. Había un hambre en sus ojos a la que la parte inferior de su cuerpo respondió de inmediato. Mejor cambiar de tema antes de que hicieran algo precipitado. Inclinó la cabeza hacia los acantilados.

—Los dragones de montaña viven ahí arriba, ¿verdad?

Él asintió.

—Es uno de los últimos refugios porque ningún humano puede llegar hasta allí. Por eso escondimos a Draco con ellos.

Sorprendida, Ava arqueó una ceja.

—¿Te dijo su nombre? —Pero luego lo desestimó con un gesto—. ¿Por qué me sigo sorprendiendo? Al fin y al cabo, te comunicó inmediatamente que yo había regresado tan pronto como se enteró. Nunca pensé que los dragones fueran tan cotillas.

Los labios de Kilian se curvaron ligeramente.

—Está preocupado por ti.

—Eso no es de extrañar, porque yo no estoy menos preocupada por él.

—No tienes por qué estarlo. Todo saldrá bien.

Ella lo miró con despreocupación.

—¿Porque pronto te casarás con la princesa y salvarás al mundo de los dragones?

Él asintió serio y sereno.

—Haré todo lo que esté en mi poder para garantizar un futuro seguro para todos vosotros.

Ella le creyó.

—¿Por qué te sacrificas por todos los demás?

Kilian dio un mordisco a su pan, ¿quizás para evitar responder? Pero ella no cambió de tema, lo miró expectante hasta que él hubo tragado el bocado.

—Es mi deber.

—Ya veo. Y en este mundo, la vida individual no cuenta nada comparada con el bien mayor. —Inevitablemente, pensó en Rob, quien había intentado matarla por un entendimiento similar, pero apartó el pensamiento sobre él. No quería que la conversación se diluyera, ni tampoco descargar su frustración en Kilian. Su sacrificio era mucho mayor que el de ella, pues ella no tenía que casarse con alguien a quien no amaba.

—¿De dónde eres, de todas formas?

Una expresión relajada se extendió por su rostro, una que nunca había visto antes.

—Del sur, al sur de Talus. Allí, los días son más largos, el aire más cálido y la gente más feliz. Mis padres eran dueños de interminables campos de lavanda y olivos. Producían el mejor aceite e incluso lo vendían en la corte real. Aquellos fueron tiempos buenos y despreocupados.

Respiró profundamente, como si oliese el aroma de su infancia. Al mismo tiempo, una expresión melancólica apareció en su rostro. Ava no podía culparlo. La descripción sonaba tan idílica que deseaba haber podido experimentar también esa época.

—¿Qué hace un niño en una tierra llena de dragones y magia? ¿Ibas al colegio o tuviste que trabajar pronto?

Una sonrisa pasó fugaz por sus labios mientras tomaba una cucharada de sopa.

—Iba al colegio, hacía travesuras con mis amigos e intentaba encontrar dragones.

—¿Fue tu sueño desde la infancia ser un luchador de dragones?

—Es un gran honor, y todos los niños lo saben. Pero no, nunca fue mi sueño. Siempre quise ser como mi padre. Él silbaba todo el día, volvía su rostro hacia el sol y me contaba muchas historias maravillosas. Él y mi madre se amaban, bailaban en las fiestas del pueblo y pasaban las noches juntos bajo el cielo estrellado. Cuando terminaba la cosecha, conducía su carro hasta la corte real y volvía con las cosas más fascinantes. A mis ojos, era el hombre más feliz del mundo.

Ella sonrió.

—Parece que te vendrían bien unas vacaciones para visitar a tu familia.

Él negó con la cabeza, desvaneciéndose la sonrisa de sus labios.

—Hoy esa zona pertenece a los magos.

Ella le miró consternada.

—¿Tu familia está a salvo?

—Todo el pueblo… al menos casi todo.

—Miró a lo lejos, con sus pensamientos en otra parte, parpadeó y se llevó una cucharada de sopa a la boca. Después de tragar, no continuó su historia, y Ava no quiso presionarlo.

Algo debió de haber ocurrido que transformó al soñador chico del campo en un endurecido luchador de dragones. Quizás el conflicto con los magos, la pérdida de las tierras…

—¿Dónde vive tu familia ahora?

—Mi madre se mudó al norte para vivir con mi hermana, mi padre no sobrevivió a aquellos tiempos.

—Lo siento. —tocó brevemente su mano, pero retiró los dedos rápidamente, aunque el impulso de animarle permaneció. Miró a lo lejos, donde montañas y campos eran apenas visibles en la oscuridad— Imagino que todo el reino es de una belleza

impresionante. Me encantaría verlo todo algún día: el norte, el sur… todo.

—Te lo enseñaré. —agarró su mano pero inmediatamente la soltó, como si no hubiera pretendido tocarla y como si las palabras se le hubieran escapado sin querer.

No obstante, ella le devolvió la sonrisa. Se sentía bien hablar con él a solas, lejos de peligros, profecías y obligaciones. Como si bajo este cielo estrellado, solo estuvieran ellos dos y todo fuera posible. Pero no quería dejar pasar la oportunidad de hacer preguntas.

—¿No te echarán pronto de menos como líder de las fuerzas reales?

Él asintió.

—Volaré mañana a la base en Talus y lo organizaré todo para mi ausencia. Después volveré. Allan me acompañará y ayudará a asegurar la zona para que tú y los otros cadetes podáis concentraros en el entrenamiento.

Él quería irse… ¿significaba eso que los magos aprovecharían la oportunidad para atacar? Involuntariamente, su mirada se dirigió hacia la arena y las oscuras sombras que rodeaban los campos de entrenamiento. No quería compartir sus miedos con él; él tenía su propia vida y no era responsable de que ella cumpliera su destino. Así que no lo miró y guardó sus preocupaciones para sí misma.

Inesperadamente gentil, le acarició la mano.

—Me quedaré contigo, lo quieras o no, Ava

Incluso cuando ella no lo miraba, él podía leerla como un libro abierto.

—Estoy segura de que el rey no aprobaría eso.

La miró intensamente.

—Eso no importa. Te prepararé para la lucha contra Elora. Si pudiera, lucharía en tu lugar, pero por alguna razón, el destino te ha asignado esta tarea a ti.

Sí, porque sus padres la habían traído al mundo de los humanos. Involuntariamente, su mano se dirigió al colgante con forma de corazón partido. Siempre había creído que era un símbolo de que no era digna de ser amada, pero ahora se preguntaba si más bien simbolizaba lo difícil que había sido para sus padres dejarla atrás.

Kilian siguió sus movimientos con la mirada.

—¿Quién te dio el collar?

Ella sonrió con picardía.

—¿Celoso?

—¡Sí!

Se rió, Ava se unió a su risa, aunque ambos sentían que no era una broma.

—Creo que me lo dieron mis padres —lo dijo sin dolor, sin frustración, sino con la sensación de que sus padres la habían querido. Solo por eso, el tiempo con el Maestro Clark había sido útil. Y se dio cuenta de que era la primera vez que mostraba el collar a alguien. Excepto la tía Helen, nadie lo había visto nunca.

—¿Cómo fue tu infancia?

Ava respiró hondo. Extrañamente, se sentía preparada para hablarle de ello. Confiaba en él y, además, él también le había contado sobre su infancia.

—Mis recuerdos solo se remontan al día en que la tía Helen me encontró en el bosque. Al principio no fue fácil, pero ella es increíblemente amable. Cuidó de mí como si realmente fuera… familia.

Intercambiaron una breve sonrisa antes de que Ava continuara.

—Tan pronto como se supo que me habían abandonado, hizo todo lo humanamente posible para quedarse conmigo. Yo estaba conmocionada en aquel momento, pero ella me sacó de ese estado. Me dejaba decorar el escaparate de su tienda de decoración, a pesar de que no tengo absolutamente ningún talento para ello. Quedaba horrible, pero aun así lo dejaba tal cual —se rió para sí misma.

—Suena como una gran mujer.

Ella asintió, llena de profunda gratitud hacia su tía.

—En el colegio, era una solitaria y soportaba el tiempo por necesidad, pero después de las clases, siempre iba a su tienda. Me enseñó a arreglar ramos, algo que todavía no se me da bien, pero era divertido. Después del cierre, normalmente paseábamos juntas por el río. Ya entonces disfrutaba coleccionando piedras. Por eso íbamos allí a diario, y no importaba cuántas piedras llevara a casa, ella nunca se quejaba ni me pedía que las devolviera.

Jugaba con el corazón roto de su collar, dejándolo deslizar entre sus dedos, lo que atrajo de nuevo la mirada de Kilian hacia la joya.

—El colgante es una pieza rara, no es oro normal, por lo que parece. ¿Puedo verlo?—Extendió la mano, ella se inclinó hacia delante y colocó la joya en su palma. Tuvo cuidado de no tocar accidentalmente su mano y no levantó la mirada, pues su rostro estaba demasiado cerca. La conversación íntima había creado una familiaridad entre ellos que le hacía aún más difícil resistirse a él. Su aroma la envolvía y la atraía como un imán, haciendo que su ritmo cardíaco perdiera el compás.

Para evitar que notara su inquietud, fijó la vista en el colgante que yacía en su mano. Suavemente, él acarició el medio corazón con el pulgar, como si para él también fuera un tesoro inimaginablemente precioso.

—Precioso.

No pudo evitarlo. Tuvo que levantar la mirada y se encontró justo frente a su rostro. Sus ojos brillaban oscuramente bajo la luz de las estrellas, antes de que él mirara sus labios. Inevitablemente, ella también miró los suyos, que se entreabrieron ligeramente. Pero Ava se echó hacia atrás y tomó el colgante de su mano, sus dedos rozando los de él. El único contacto que se permitiría.

—Es tarde. Debería dormir, porque mi despiadado entrenador me ha citado en la arena antes del amanecer.

Él se aclaró la garganta, una vez más el frío líder de los dragones que el mundo conocía. —Si te da problemas, házmelo saber, y tendré una charla seria con él.

Sonriendo, ella levantó la mirada y descubrió una sonrisa contenida formándose tras su barba incipiente.

—Lo haré. Buenas noches, oh poderoso luchador de dragones.

—Buenas noches, oh fascinante guardiana.

Había admiración en sus ojos, lo que le hacía más difícil despedirse, pero él rápidamente la ocultó de nuevo tras una máscara impenetrable. La máscara del líder de los dragones que conocía su responsabilidad.

Con un breve gesto de despedida, se puso de pie y comenzó su descenso. Al llegar al pie de las rocas, todo en su interior le instaba

a darse la vuelta y mirarlo. No quería hacerlo, pero no pudo resistirse. Necesitaba verlo una última vez esta noche. Aunque fuera desde la distancia.

Cuando se dio la vuelta e inclinó la cabeza hacia atrás, vio su silueta erguida en lo alto del acantilado. Y aunque estaban separados por metros de distancia, sintió su penetrante mirada posada sobre ella sin ningún reparo.

CAPÍTULO 23



Al día siguiente, Ava combatió contra Magg desde el amanecer hasta el ocaso. Kilian les había dado breves instrucciones por la mañana antes de montar a Thalara y elevarse hacia el cielo. Ava tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no mirarlo mientras se alejaba, pero Magg habría aprovechado despiadadamente ese momento de distracción, y su oponente ya estaba asestando suficientes golpes tal y como estaban las cosas.

Era frustrante luchar contra ella. Sin importar cómo Ava atacara o se defendiera, no hacía ningún progreso. Intentaba imitar los trucos, memorizaba y reproducía movimientos y golpes, pero independientemente de cómo sujetara las dagas, Magg siempre se las arrebataba de las manos y asestaba un golpe tras otro. Ava probablemente no tenía ya ni un solo centímetro de piel que no estuviera azul o morado.

Por la tarde, Kilian regresó con Allan, y sobrevolaron la arena y los alrededores. Magg los miró furtivamente, con admiración en sus ojos, algo que Ava intentó aprovechar. Su ego hubiera agradecido asestar aunque fuera un golpe. Pero incluso este ataque fracasó. En su lugar, Magg la esquivó hábilmente y le propinó un golpe tan potente que Ava cayó de bruces al suelo. El polvo y la arena le llenaron la boca, y se limpió la cara.

Solo el miedo a que Magg pudiera abalanzarse inmediatamente sobre ella hizo que Ava se pusiera rápidamente de pie cuando, de

repente, el Maestro Clark apareció entre ellas.

—Camina conmigo un momento, Ava.

Pillada por sorpresa, se pasó el antebrazo por la frente para limpiarse el sudor y la suciedad. Mientras tanto, Magg ya estaba trabajando con el saco de boxeo como si hasta ahora solo hubiera estado calentando.

¡Era frustrante!

Se limpió el polvo de la cara y se esforzó por recuperar el aliento.

—¿No puede enseñarme de una vez algunos trucos? No siento que esté aprendiendo nada.

El Maestro se apoyó en su bastón y la miró con la cabeza inclinada hacia un lado antes de empezar a caminar lentamente.

—Te estás centrando en Magg. Eso es un error.

Frunciendo el ceño, lo miró. ¿Cómo iba a ganar si no?

—¿En qué debería centrarme entonces?

—En ti misma. En tu progreso, tus fortalezas, tus sentimientos.

—¿Mis sentimientos? —No podía hablar en serio. Sus emociones eran un caos absoluto. El latido del corazón de Draco conectado al suyo, la rabia por su falta de progreso, el miedo a enfrentarse a Elora, la frustración por los golpes y puñaladas de Magg… y para colmo, como la guinda del pastel, sus sentimientos por Kilian que no debería tener.

El Maestro Clark sonrió divertido, como si supiera exactamente lo que ocurría en su interior. —¿Por qué crees que te hice luchar contra el luchador de dragones?

Pillada, bajó la mirada. No debería pensar mal de ella.

—Sé que tiene que casarse con la princesa y sé lo que está en juego. De verdad estoy tratando de mantenerme alejada de su camino.

—No, Ava, error, debes ir hacia él. Debes enfrentar tus sentimientos, porque son tu arma más poderosa.

¿Esto tenía algo que ver con sus demonios internos otra vez?

—Pero también se lo pongo más difícil a él, y no quiero eso. —Ya tenía suficientes cargas sobre sus hombros. ¿Cuánto podía soportar una persona?

—No se trata de él, ni de Magg, Elora o los dragones. Si quieres seguir tu destino, debes enfrentar tus sentimientos.

—Porque son mi arma más poderosa.

Él asintió.

Ella prefería reprimir los sentimientos… Pero si él estaba tan seguro, probablemente debería confiar en él. Levantó las manos, en las que sostenía las dagas.

—¿Entonces podré manejar mejor mis armas?

—Eso está por verse.

Típica respuesta críptica. ¡Madre mía, necesitaba más información!

—¿Qué consejo puede darme para vencer a Elora? —Señaló a Magg, que golpeaba el saco de boxeo sin descanso— O primero a Magg. Es tan buena que me pregunto si no sería más adecuada para cumplir la profecía.

El Maestro no siguió su gesto, sino que la miró a ella.

—No dirijas tus pensamientos hacia los demás, quédate contigo misma. Encuentra tu centro y lucha contra ti misma.

Sin comprender, arqueó las cejas.

—No entiendo.

Él se detuvo, se apoyó en su bastón y la miró con una sonrisa relajada.

—Si te propones ser mejor mañana que hoy, y mejor pasado mañana que mañana, crecerás más fuerte cada día. Debes competir contra ti misma para lograr el mayor éxito. — Le indicó con un gesto de cabeza y se dirigió hacia Magg como si fuera un viejo monje y no un notorio entrenador de combate.

Perdida en sus pensamientos, lo observó alejarse, sus palabras resonando en su mente. Probablemente tenía razón. Mientras se comparara constantemente con Magg, nunca estaría satisfecha, pues era imposible alcanzarla. Además, Magg perseguía un objetivo diferente al de Ava.

Si, por otro lado, se comparaba consigo misma, por ejemplo, cómo había tropezado sin querer con el mundo de los dragones y había cargado a Draco en su huevo, y quién era hoy, encontraba algo de lo que estar orgullosa. Estaba aprendiendo a luchar, tenía un

objetivo en mente y un dragón a su lado. El progreso era claro y evidente, aunque aún no fuera suficiente para enfrentarse a los magos. Pero tenía que hacerlo y quería, porque cuanto más tiempo permaneciera en este centro de entrenamiento, más ponía a otros en peligro. Sobre todo a Lilly, que no dudaría en luchar en primera línea.

Durante el resto de la tarde, trabajó en el saco de boxeo y corrió sus vueltas hasta que Kilian silbó desde el aire, indicando que su entrenamiento del día había terminado. Levantó la mirada hacia él mientras sobrevolaba la zona en su enorme dragón de fuego. Magg de repente estaba a su lado, con la cabeza también inclinada hacia atrás.

—Debe ser una sensación increíble volar en un dragón tan grande.

Sorprendida, Ava la miró. ¿La cadete estaba realmente iniciando una conversación por su cuenta?

—Si quieres, puedes volar en Draco alguna vez.

Magg frunció el ceño.

—No pienses que somos amigas solo porque entrenamos juntas todos los días.

—No pienso eso, te lo ofrezco de todas formas.

Su mirada se dirigió hacia Draco, quien en ese preciso momento las observaba desde lo alto de los muros de la arena. Había crecido tanto que ya no cabía en el área de combate junto con los dragones de montaña.

—*No sé si quiero llevarla. No es precisamente amable contigo.* — Sus ojos se estrecharon agresivamente.

—*Pero se está abriendo.*

—*Antes eras más desconfiada, Ava.*

Eso era cierto.

—Quizá mañana. —Magg la miró con altivez, como si le estuviera haciendo un favor y no al revés, antes de volver al saco de boxeo y reanudar su entrenamiento.

Ava estuvo tentada de preguntarle si quería hacer un descanso y acompañarla a cenar, pero no tenía sentido de todos modos. Así que decidió marcharse.

—Hasta mañana.

Justo antes de llegar a la salida, apenas oyó la respuesta de Magg:

—Hasta mañana.

CAPÍTULO 24



Entró precipitadamente en el comedor, incluso planeando sentarse con sus amigos para no encontrarse a solas con Kilian de nuevo. Pero lo encontró allí comiendo con Allan, rodeados por Lilly y los estudiantes de combate. Aparentemente, elegían los mismos sitios cada día para evitarse mutuamente.

Dudó en unirse a ellos, pero ¿cómo se vería si comiera en otra mesa? Lilly nunca se lo perdonaría, especialmente porque quería saber cómo le iba a la chica.

Para posponer la decisión, caminó hacia las ollas y se tomó su tiempo sirviéndose una porción. Sentía la mirada de Kilian en su espalda. Inevitablemente, los finos pelos de su nuca se erizaron. Solo pensar en sentarse a su lado le aceleraba el corazón, mirar sus ojos y sentir su calor que despiadadamente la atraía hacia él.

Lynn se acercó a ella, con una sonrisa en sus bonitos labios. ¿Se había puesto más maquillaje? Llevaba un vestido que acentuaba su esbelta cintura. A su lado, Ava parecía la Cenicienta con un atuendo de cuero.

—Ava, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro. —Añadió arroz a su guiso antes de que se sentaran juntas en el otro extremo del comedor. En la mesa donde Magg solía sentarse sola, pero la amazona todavía estaba en entrenamiento de todos modos.

—¿Qué pasa? —Se metió la primera cucharada en la boca. Solo ahora se dio cuenta de lo hambrienta que estaba, lo que podría haber sido porque estaba sentada de espaldas a Kilian y así podía bloquearlo mejor.

—Solo quería darte una oportunidad de quedarte aquí para que no acabes comiendo sola en algún rincón otra vez. Puedo ver lo que está pasando entre tú y el líder de los dragones. —Lanzó una mirada de complicidad hacia Kilian.

Un sentimiento de culpa invadió a Ava, haciendo que se concentrara en su sopa. Era incómodo para ella que todos los presentes fueran conscientes de sus sentimientos prohibidos el uno por el otro. Inevitablemente, se sentía como si estuviera siendo juzgada. —Sé lo que está en juego. No te preocupes, me mantengo alejada de su camino.

Lynn inclinó la cabeza comprensivamente hasta que Ava la miró. Sus labios se curvaron con diversión.

—De alguna manera no me da la impresión de que él quiera mantenerse alejado de tu camino.

Volvió a mirar su sopa.

—No podemos. El destino de los dragones está en juego.

Lynn suspiró.

—Sí, desgraciadamente. Me alegra que lo reconozcas, porque solo te traería tristeza involucrarte con él. No lo conozco mucho, pero he leído los informes sobre los luchadores de dragones y las batallas. Apenas hay alguien que se tome su trabajo tan en serio como él. Eso significa que se casará con la princesa Amelia en las próximas semanas, sin importar por quién late realmente su corazón. No querrás ser solo una amante que permanece para siempre a su sombra, ¿verdad?

Sus extremidades de repente se sintieron como si todavía no hubiera terminado el entrenamiento. Pero ya sabía esto. Lynn no le había dicho nada nuevo. Aun así, no fue capaz de responder.

Lynn puso una mano en su antebrazo, su voz empática.

—Lo siento mucho. Especialmente porque veo que él siente lo mismo que tú.

Por eso no ayudaba hablar de ello. Y por eso el consejo del Maestro Clark de enfrentar sus sentimientos era absolutamente estúpido. ¿A dónde conduciría eso?

Ava se encogió de hombros con una indiferencia forzada.

—No te preocupes por eso. —Quería cambiar de tema, ya que hablar de sentimientos no era su fuerte de todos modos.

—Pero Ava… —Lynn se inclinó hacia adelante, sin querer dejar el asunto, cuando Marcus se acercó con una taza de té y se sentó junto a Ava en el banco con un ademán elegante.

—Aquí está mi luchadora favorita. Te ves muy guapa con esas manchas de tierra en la cara. Podría enamorarme de ti otra vez. —Le guiñó un ojo traviesamente, a lo que Ava sonrió cansada. Lynn lo notó con aprobación.

—Os dejaré a solas. —Estaba a punto de levantarse, pero Ava negó con la cabeza.

—No tienes que hacerlo. Cuéntame mejor sobre las clases con Lilly. ¿Va bien?

—No te preocupes. Sé cómo hacer que la pequeña rebelde estudie. —Lynn levantó las manos tranquilizadoramente y se puso de pie— Estoy agotada, me voy a la cama. Nos vemos mañana. Buenas noches. —Le guiñó un ojo a Ava con complicidad, lo que Marcus notó. Inevitablemente, se le iluminó la cara con una sonrisa aún más grande.

—¡Qué encantador! Hace tiempo que no tengo la oportunidad de estar a solas contigo. ¿Te apetece dar un paseo? Podríamos mirar juntos el cielo estrellado. Te gusta eso, ¿verdad?

Se apartó un mechón suelto de la cara que se había escapado de su trenza. No le gustaba ser responsable de hacer sentir mal a los demás. Y no quería rechazar a Marcus de nuevo, pero al intentarlo una y otra vez, no le dejaba otra opción. Era como si se presentara ante ella cada día, con los brazos extendidos y el corazón abierto, sin importarle el hecho de que lo lastimaría. Era tan diferente a ella, intrépido cuando se trataba de sentimientos. Levantó la mirada, pero antes de que abriera la boca, él le sonrió con calma.

—Sé lo que vas a decir, Ava, pero no me rendiré. Créeme, tu corazón late por mí, solo que aún no lo sabes porque este toro de

hombre sigue apareciendo. —Rió contagiosamente y levantó la taza de té para dar un sorbo.

Ella no sabía si sonreír irónicamente o poner los ojos en blanco, así que se llevó el último bocado a la boca y recogió los platos.

—Necesito una ducha y luego me voy directamente a la cama.

—Suena genial, me apunto. —Le dio una sonrisa pícara, pero ella solo negó con la cabeza, a lo que él asintió comprensivamente. Cuando ella quiso llevar su bandeja a la cocina, él se la quitó y adoptó un tono conciliador— Déjame hacer eso. Descansa. Nos vemos mañana.

Sus palabras sonaron como las de un buen amigo de verdad, lo que hizo que ella le sonriera agradecida.

En ese momento, Magg entró en el comedor, sus pesados pasos interrumpiendo todas las conversaciones. Cuando vio a Ava y Marcus juntos, le lanzó a Ava una mirada despectiva y se dirigió hacia las ollas.

¿Qué le había hecho esta vez?

Pero Ava estaba demasiado cansada para intentar analizar a la cadete. Aprovechó el momento de distracción, mientras Kilian hablaba con Ralph, y quiso escabullirse de la habitación, pero Allan la vio.

—¡Eh, Ava, vieja guardiana de dragones! ¿Cómo estás? Parece que has tenido un día de entrenamiento exitoso y has recibido dos horas extra como recompensa. —Riendo, se levantó de la mesa, con los brazos extendidos como si quisiera abrazar al mundo entero. Ava no pudo evitar acercarse a él.

La abrazó como si hubieran sido amigos durante años, lo que ella correspondió con la misma calidez. El luchador de dragones le había caído bien desde el primer momento, y no solo porque había conseguido muchos suministros para ella y Lilly cuando se escondían con el huevo de dragón en la vieja cueva del bosque.

—Cansada. Discúlpame, solo quiero ducharme y dormir.

Él le quitó importancia con un gesto.

—Claro, el entrenamiento de combate es duro. Como nuestra salvadora profetizada, te has ganado excepcionalmente tu descanso. Mañana podrás demostrar de nuevo que eres incluso más legendaria

de lo que dice la profecía. —Le guiñó un ojo traviesamente y se sentó con los demás.

Mientras le sonreía al despedirse, su mirada cayó automáticamente sobre Kilian. Él le hizo un breve gesto con la cabeza pero no dijo nada, volviéndose de inmediato hacia Ralph. Y eso probablemente era lo mejor.

CAPÍTULO 25



En los días siguientes de entrenamiento, Ava siguió el consejo del maestro y se centró en sí misma. En lugar de intentar luchar como Magg, se desafió a diario y finalmente vio progresos. Aunque todavía era inferior a la cadete, logró acertar golpes con más frecuencia y esquivar ataques sin quedar arrinconada o acabar constantemente en la arena.

Por las tardes, Lynn se sentaba con ella, curándole las heridas y entablando conversación, permitiéndole así evitar a Kilian. Después, Ava se retiraba a su habitación. No veía al líder de los dragones siempre que no mirase en su dirección, y podía concentrarse en su entrenamiento. Esto le ayudó a controlar mejor tanto sus emociones como sus dagas, que ahora se sentían naturales en sus manos. Al final de la semana, estaba convencida de que había encontrado las armas adecuadas.

El maestro rara vez se dejaba ver, lo que solo podía significar que también estaba satisfecho con ella.

Magg continuaba manteniendo las distancias, pero dejó de hacer comentarios despectivos y ya no gruñía cuando Ava entraba en la arena o cuando luchaban entre sí, lo que definitivamente era un progreso.

Mientras tanto, Ava montaba regularmente a lomos de Draco, ya que debía evitar el combate cuerpo a cuerpo con los magos. Por lo

tanto, el entrenamiento de vuelo jugaba un papel importante en su educación.

Siempre llevaba consigo la piedra Isip que le había dado el mago desconocido durante el cautiverio de Elora. En caso de encontrarse con un mago y tener que enfrentarse a él sola, necesitaba ser capaz de defenderse.

Por órdenes de Kilian, debía practicar saltos desde el lomo de Draco durante vuelos a baja altura. Pero estaba malditamente alto, y Draco volaba increíblemente rápido incluso cuando intentaba planear lo más lentamente posible.

—*Ahora.*

Ava no podía hacerlo.

—*¡Vuela más despacio!*

—*¡Si vuelo más despacio, nos caeremos!*

Era frustrante hasta el punto de arrancarse los pelos. Ava simplemente no tenía el valor.

Para ayudarla, Allan lo demostró varias veces, pero ni siquiera sus acrobacias consiguieron convencer a Ava para que intentara el salto. Parecía un juego de niños cuando él lo hacía, pero ella sabía que no lo era. Había una razón por la que los luchadores de dragones solo practicaban el salto en su segundo año de entrenamiento, según informaba regularmente Lilly.

Esa tarde, una vez más dejó pasar todas las oportunidades de saltar de Draco, en lugar de eso, se agachó en su lomo y admiró a Allan, quien acababa de hacer su décima demostración de salto desde su dragón de fuego. Cuando ella volvió a fallar en imitarlo, él voló hacia Draco e hizo un gesto alentador.

—¡Vamos, Ava! Los dragones son como trampolines, solo que con escamas y aliento de azufre.

Ella negó con la cabeza, sintiéndose paralizada en cuanto miraba hacia abajo.

—Está demasiado alto. ¡Jamás sobreviviría a eso!

—Sí lo harás, confía en mí. Los dragones usan su magia para ralentizar nuestra caída, haciéndola más lenta que un caracol subiendo una cuesta.

—*¡Eso es lo que llevo diciendo todo el tiempo!* —resopló Draco.

Pero Ava no podía decidirse a hacerlo.

—Parece tan fácil cuando tú lo haces.

—Bueno, soy el inigualable prodigio del salto de dragón. Pero no te preocupes, incluso leyendas como yo empezamos poco a poco, aunque nunca temblé tanto como tú. —Guiñó un ojo con una sonrisa y señaló a Magg, que estaba entrenando en la arena pero lanzándole miradas furtivas regularmente— Magg ya se habría atrevido a estas alturas.

Riéndose, Ava negó con la cabeza.

—Eso no funciona. Me di cuenta cuando llegué por primera vez de que es una luchadora excepcional.

Allan se inclinó hacia delante, con un destello divertido en sus ojos marrones.

—¿Quién dice que tú no puedes serlo también? —Con esas palabras, le guiñó un ojo y voló hacia Kilian, que estaba dando vueltas sobre la arena.

—Ya lo has oído. Frenaré tu caída.

—Pero nunca has hecho esto antes. Si sale mal, no puedo intentarlo otra vez. ¡Estaré muerta!

—No vas a morir solo porque no funcione a la primera.

—Oh sí, moriré. ¿Tienes idea de lo frágil que es un cuerpo humano? No tengo una gruesa capa de escamas protegiéndome. Aunque Elora probablemente estaría encantada con eso. Ya puedo ver el titular en los periódicos: La guardiana de dragones profetizada muere al caer de un dragón antes de poder desafiar a la hechicera.

Draco simplemente resopló y comenzó sin previo aviso otro descenso. Cuando el suelo arenoso se acercaba amenazadoramente, gritó:

—¡Ahora! —pero Ava se aferró a su espalda.

—¡No puedo hacer esto!

Y era cierto. Su miedo era demasiado grande, por eso no se arriesgaba. Se había acostumbrado a la sensación de volar sobre Draco, incluso disfrutándolo en momentos particularmente idílicos, pero en cuanto él se lanzaba en picado, quedaba paralizada. Y eso no cambiaba, sin importar cuántas veces él la animara o con qué frecuencia Allan demostrara el salto con gran energía.

—No te presiones —le había dicho Allan inesperadamente en serio hace días.—Simplemente vuela tanto y durante tanto tiempo como sea posible en tu dragón, eso fortalece vuestro vínculo y eventualmente llegará el momento en que te atreverás.

Eso había sido finalmente un consejo a su gusto. Y se refería a él cada vez que Draco quería animarla a saltar de su espalda de nuevo. En su lugar, extendieron sus vuelos, permitiendo a Ava ver cada día más y más de los alrededores.

Para fortalecer el vínculo, por supuesto.

No había pueblos ni ciudades en la zona, sino vastos campos y prados, bosques vírgenes, ríos y pequeños lagos. El paisaje parecía ilimitado. Lo único que faltaba eran los numerosos dragones volando por el cielo. Desde la distancia, podían ver las montañas donde se escondían los dragones de montaña, pero rara vez divisaban alguno. Eran maestros del camuflaje.

Ava disfrutaba más de los largos vuelos con cada paseo, sintiendo cómo la conexión entre Draco y ella se estrechaba cada vez más, aunque apenas había podido imaginarlo.

Una tarde, regresaron de un recorrido especialmente largo por los terrenos. Sus piernas temblaban tras horas de vuelo, y sus dedos estaban agarrotados alrededor de sus escamas, por no haberlos movido durante mucho tiempo. Por eso se alegró de aterrizar.

—¡Pensaba que ya te encantaba montarme!

Sonriendo, acarició las escamas púrpuras de Draco. Todavía no eran rojas como el fuego como las de los dragones de Kilian y Allan, lo que según los demás se debía a su edad.

—Me encanta volar contigo, pero todavía tengo que acostumbrarme a estar sentada quieta durante horas. Además, hace un frío terrible ahí arriba.

—¿Debería darte más calor?

—¿Es posible?

—Claro. Simplemente no estaba seguro de si lo querías porque podría recordarte al calor del jinete de dragones.

Le dio un codazo en el costado.

—No empieces tú también con Kilian.

Todo el mundo le daba consejos que no había pedido, y todos coincidían en que debía mantenerse alejada de él. ¡Y eso hacía! ¡Los dioses dragones eran testigos! Incluso durante los entrenamientos, apenas se veían.

Draco se tensó, lo que la hizo suspirar.

—Sé que tienes buenas intenciones, pero…

—No es eso, Ava.

De repente, sintió que su corazón se aceleraba.

—¿Qué ocurre?

—Magos.

Inmediatamente, su mirada recorrió la zona.

—¿Se están acercando a escondidas?

Draco permaneció callado un momento antes de que su inequívoca respuesta vagara por los pensamientos de ella.

—No, ya están aquí.

En alerta máxima, sus ojos escudriñaron el recinto, pero no vio a ningún intruso.

—¿Cómo es posible? ¡Tú y los otros dragones deberíais haberlos sentido hace tiempo!

—Están usando un potente hechizo de protección. No estoy seguro de si alguien lo ha notado aún.

Horrorizada, miró hacia la arena de competición. La escena ante ella era como cualquier otra tarde: Magg estaba trabajando con el saco de boxeo, Ralph y un cadete custodiaban la puerta, los otros dos alumnos de combate entrenaban sobre los lomos de los dragones de montaña, y detrás de las gradas, el hombre que nunca le había dirigido la palabra estaba barriendo. No había señal de los luchadores de dragones ni de sus dragones.

—¿Dónde están Kilian y Allan?

—De camino. Lo saben, pero no podemos esperar a que vuelvan.

Cielos, ahora la cosa se ponía seria.

—¿Dónde están los magos? No puedo verlos.

—En las gradas.

Atónita, abrió mucho los ojos.

—¿Por qué no puedo verlos?

—Hechizo de protección. Y se están preparando para atacar.

—Pero me quieren a mí, y ni siquiera estoy allí.

—Quizá estén tomando rehenes para usarlos como moneda de cambio.

¡No podía permitir eso!

—¿Qué sugieres? Difícilmente puedes llevar a todos los estudiantes sobre tu espalda. Sin mencionar que Lilly, Lynn y Marcus seguirían en peligro.

—Están en el aula, y los magos no les prestan atención. El Maestro Clark la ha protegido.

Ava no preguntó cómo lo había conseguido. En cambio, notó un movimiento borroso, como si algo parecido a agua transparente se deslizara sobre las gradas. Esos debían de ser sus oponentes.

—¡Puedo verlos!

—¡Bien, entonces puedes ayudarme a apuntar!

Draco lanzó un grito mental de batalla, al que Ava se unió. Veloz como un rayo, se lanzó hacia las gradas y golpeó la masa transparente con su cola.

Los magos se hicieron visibles, pero estaban ilesos.

—¡Cuidado, magos! —gritó Ava desde el lomo de su dragón, que volvió a elevarse en el aire para evitar dañar sus amplias alas contra las estructuras.

Los dos dragones de montaña rápidamente arrojaron a los estudiantes de combate de sus lomos y huyeron hacia las montañas.

—¿Por qué huyen?

—Temen a la magia.

Los cadetes, por otro lado, no mostraban miedo. Magg la miró interrogante. Ava señaló hacia las gradas, tras lo cual todos los estudiantes se reunieron y desenvainaron sus armas. Sin duda, había ventajas en estar en un centro de entrenamiento para futuros luchadores de dragones.

Pero los magos no esperaron a que los cadetes se enfrentaran a ellos. Ya estaban formando relámpagos sibilantes entre sus manos y lanzándolos contra Magg y los demás. Los ataques alcanzaron a los estudiantes sin impedimento, provocando que el primero cayera al suelo y quedara inmóvil.

—¿No tienen piedras Isip?

—Son tan escasas que tienes suerte de tener una. Los magos han destruido casi todas.

No necesitaba preguntar por qué. Rápidamente, sacó la piedra de su bolsillo y la envolvió alrededor de la empuñadura de una daga.

—¡Necesito bajar con ellos!

—¡No! Los magos vinieron por ti. Tu protección es lo más importante.

—¡Pero los demás no pueden defenderse!

—¡Tú eres la guardiana profetizada!

—¡Bájame o saltaré!

—¿Quieres intentar tu primer salto desde esta altura?

—¡Si es necesario!

Draco rugió, haciendo que todas las miradas se dirigieran hacia él. Una vez más, golpeó a sus oponentes con su cola, pero dos de ellos formaron rápidamente un escudo del que rebotó. Una vibración recorrió su cuerpo que casi arrojó a Ava de su lomo, pero ella se equilibró en el último momento.

Mientras tanto, los magos restantes estaban formando sus siguientes ataques y lanzándolos contra los estudiantes de combate. Magg y Ralph saltaron a un lado en el último momento, provocando que el rayo golpeara la arena. Pero el siguiente siguió de inmediato y alcanzó a un cadete antes de que pudiera agacharse.

—¡Vuela más bajo!

—¡No puedo arriesgarme a perderte, Ava!

—¡No podemos dejar que mueran!

Draco rugió de nuevo, pero comenzó a descender. Inclinó un ala hacia un lado para que Ava pudiera deslizarse por ella en lugar de saltar. Voló más bajo que durante sus maniobras de práctica, haciéndoselo tan fácil como fuera posible, y Ava miró hacia abajo. Tenía que hacerlo.

Cielos, todavía estaba terriblemente alto. ¿En qué había estado pensando al querer saltar desde Draco?

Cuando el siguiente cadete gritó, bloqueó su miedo. Rápidamente, pasó una pierna hacia el otro lado y se deslizó por el ala de Draco. No fue un salto apropiado, pero logró llegar hasta sus compañeros, y eso era lo que importaba. Draco inmediatamente

volvió a elevarse antes de que pudiera lastimar sus alas con los edificios.

Ava aterrizó en la arena, inmediatamente se giró para enfrentar a los magos y levantó sus dagas, lista para el combate. La piedra Isip estaba unida a una de ellas. Esto le permitía desviar los ataques de los magos.

Sus oponentes ya estaban lanzando la siguiente andanada. Había diez figuras encapuchadas. Tres atacaron a Draco, quien inmediatamente contraatacó a los intrusos con su cola, mientras el resto lanzaba una esfera mágica tras otra contra los cadetes.

Ava los desviaba con su daga. Altamente concentrada, hacía girar la hoja frente a sus compañeros. Pero los conjuros silbaban cada vez más cerca, cada vez más rápido, hasta que falló un rayo mágico. Pasó a muy pocos centímetros de Magg. Mientras Ava lo seguía con los ojos, los magos la bombardearon con incontables proyectiles más. Eran demasiados para desviarlos con solo un arma y una piedra Isip.

El Maestro Clark apareció como de la nada, haciendo girar su bastón y saltando por la arena como si no tuviera noventa años, y fuera un joven luchador en su mejor momento. Arrojó un polvo que brillaba dorado y se extendió como una capa protectora sobre el campo de batalla. Las partículas doradas formaron un hemisferio que se expandió y empujó hacia atrás a los magos. Al mismo tiempo, sus ataques rebotaban en la cúpula.

—¡El jinete de dragones está regresando! —gritó Ralph.

El cielo se oscureció cuando Kilian y Allan volaron con sus enormes dragones. Junto con Draco, los dragones barrieron a los magos con sus colas, que inmediatamente se centraron en los ataques aéreos. Aunque lanzaron poderosos rayos hacia el cielo, Draco apartó un ataque mágico tras otro con su cola púrpura.

Metro a metro, los oponentes fueron empujados hacia atrás por los dragones y la cúpula dorada del Maestro Clark, hasta que Kilian dejó caer una red sobre ellos. En el último momento, saltaron a un lado, desaparecieron bajo otro escudo y ya no fueron visibles.

—¿Adónde se fueron? —gritó Ava. Había estado lista en caso de que algún ataque atravesara la cúpula dorada, pero el hechizo

protector del Maestro Clark resistió los ataques hasta que de repente cesaron.

Nadie respondió.

Permaneció vigilante, de pie frente a los demás, sosteniendo la daga con la piedra Isip delante de ella, mientras Kilian, Allan y los dragones prácticamente barrían las gradas para asegurarse de que los magos no se acercaban por una puerta trasera.

—*Se han ido.*

Como si el Maestro Clark también hubiera oído las palabras de Draco, bajó las manos y la cúpula dorada resplandeciente desapareció. Su mirada se dirigió detrás de Ava, donde no solo estaban los cadetes, sino también Marcus. Estaba como petrificado, pero no a causa del ataque de los magos, pues no miraba hacia las gradas. Estaba mirando al Maestro Clark y lo observaba con los ojos muy abiertos.

Ava miró a su amigo con el ceño fruncido. Los otros estudiantes de combate tampoco estaban mirando a las gradas de espectadores donde el enemigo acababa de desaparecer, sino como Marcus, al anciano. Inevitablemente, Ava siguió sus miradas hacia su entrenador, y entonces lo entendió.

El rumor era cierto.

El Maestro Clark era un mago.

Y sin embargo, acababa de salvarles la vida.

CAPÍTULO 26



—¡Quédate detrás de mí! —Marcus se colocó protectoramente delante de Ava—. ¡Lo sabía! ¡Te lo dije! Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

—¡Pero hemos ahuyentado a los magos! El Maestro Clark nos ayudó, ¿no lo viste?

—¿De verdad lo hizo? —Marcus se mantuvo firmemente delante de ella, pero Ava lo apartó y miró al Maestro. Él observaba tranquilamente a los estudiantes restantes, que lo miraban no menos horrorizados.

Allan y Kilian aterrizaron con sus dragones en medio de la arena, bloqueando la vista del Maestro, y saltaron de ellos.

—¡Rápido, todos a los dragones! —Allan hizo gestos a los cadetes para que se acercaran a su dragón de fuego, mientras Kilian corría hacia Ava. Con una mirada, se aseguró de que estaba bien antes de apresurarse hacia los estudiantes heridos sin decir palabra. Ava quiso seguirlo, pero Marcus la empujó hacia atrás y Magg también se interpuso en su camino.

—Quédate aquí, Ava. ¡Tenemos que escapar juntos!

—¡Desde luego no voy a dejar a esos dos heridos aquí! ¡Dejadme pasar! —Se escabulló entre ellos y llegó hasta los cadetes, que estaban recuperando la consciencia. Kilian estaba sosteniendo a uno de ellos.

—¿Están gravemente heridos?

Kilian negó con la cabeza y se puso en pie. Con expresión seria, observó el caos que se había desatado, el estudiante que trepaba al dragón de Allan, así como a Magg y Marcus, que protegían a todos como si la propia Elora estuviera en la arena. Los cadetes heridos también se levantaron y se dirigieron hacia el dragón de Allan.

—¡SILENCIO! —gritó Kilian, haciendo que todos se quedaran paralizados— ¡Tenemos que mantener la calma!

Allan llegó corriendo con la espada desenvainada.

—¿Adónde llevamos a los estudiantes?

Ava negó con la cabeza, confundida. ¿Por qué querían llevárselos? Los magos se habían marchado.

—¿Creéis que nuestros adversarios volverán tan rápido?

Kilian le tocó brevemente el brazo como si quisiera decirle algo. Asintió casi imperceptiblemente hacia los estudiantes, Magg y Marcus. Sin excepción, todos estaban horrorizados. Ava comprendió. No era por el ataque de los magos, sino porque el Maestro Clark había usado magia.

Kilian le había advertido sobre discutir el tema delicado en público, pero ¿no habían visto los demás que el Maestro los había protegido? Si no, necesitaba aclararlo.

—No podemos simplemente…

El líder de los dragones asintió discretamente detrás de Ava, donde Magg y Marcus permanecían de pie, escuchando cada palabra. El hombre del bosque no la dejó terminar.

—Iré a buscar a Lilly y Lynn. Os llevaré a mi aldea. —Estaba fuera de sí, e incluso Magg se unió al caos general como si nunca hubiera mantenido las distancias.

Kilian negó con la cabeza de manera decisiva.

—La Ciudad Antigua no es lugar para aspirantes a luchadores de dragones. Los llevaremos a Moonville.

Allan asintió oficiosamente.

—Allí podrán continuar entrenando sin interrupciones.

Marcus miró a Kilian con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres llevar a Ava al centro oficial de entrenamiento para luchadores de dragones? ¿Has olvidado que los soldados del rey la están buscando? ¡Y Elora tiene a su gente por todas partes!

Allan se plantó delante de él, con el pecho hinchado.

—¡Cálmate, hombre!

Pero Marcus no tenía intención de hacerlo. Negaba continuamente con la cabeza.

—¡Esto es una locura!

Extrañamente, Magg permaneció en silencio, mientras Ava no sabía qué pensar. Los argumentos de Marcus tenían cierta validez.

—Es un lugar seguro para los estudiantes, pero yo no iré allí.

Kilian la miró implorante.

—Has establecido un vínculo con un dragón, así que el rey te respetará y ningún soldado puede tocarte. ¡Como luchadora de dragones, estás por encima de ellos!

Pensativa, Ava miró alrededor de la arena. Los cadetes estaban sentados listos para despegar en el dragón de Allan, incluso Ralph estaba entre ellos. Solo Magg no se había movido de su sitio, permaneciendo al lado de Marcus. No sabía qué era lo correcto, pero esta partida apresurada le parecía equivocada. Casualmente, contó a los estudiantes de combate y sus ojos se abrieron de par en par.

—El Maestro Clark dijo que tenía seis estudiantes. ¿Dónde está el sexto?

Antes de que pudiera salir corriendo imprudentemente, Kilian la detuvo.

—Yo me encargaré de él.

—¡Pero ni siquiera sabemos quién es!

—Yo sí. Siempre barre detrás de las gradas.

Sorprendida, su mirada se dirigió al lugar donde a menudo había visto al hombre callado barriendo, pero no estaba allí. ¿Él era el sexto estudiante?

Kilian ya estaba hablando con Allan, quien inmediatamente partió en busca del cadete desaparecido, alias el conserje. Ava podría pensar sobre la sensatez de su entrenamiento más tarde. Señaló el edificio.

—Buscaré a Lilly y Lynn. Y quiero hablar con el Maestro Clark.

Marcus se puso pálido como un papel.

—¡No lo harás! ¡Te matará o te teletransportará directamente a Elora!

Ava estaba perdiendo la paciencia poco a poco.

—Podría haberlo hecho en cualquier momento durante los últimos días.

Kilian le tocó el codo a modo de advertencia, haciendo que respirara profundamente antes de decir algo imprudente.

—Buscaré a Lilly y Lynn, luego veremos qué sigue.

Marcus intentó detenerla, pero Magg se interpuso entre ellos y negó con la cabeza de manera tranquilizadora.

—Tú quédate aquí, yo iré con Ava. Te prometo que la protegeré con mi vida.

¿Era esto una trampa? Incrédula, observó a su compañera, quien mantenía su expresión fría y controlada como siempre, apenas mirando a Ava.

—¿Vamos?

Ava asintió. Miró brevemente a Kilian, que estaba hablando con Allan, antes de darse la vuelta para correr hacia el edificio con Magg.

—Deben estar en el aula —gritó Ava mientras trotaban por el pasillo.

—No conoces muy bien a tus amigas. Llevan tres días sentadas en la biblioteca. ¡Por aquí!

—¿Cómo lo sabes? Tú entrenas más tiempo que yo.

Magg no dijo nada, quizás porque llegaron a una pesada puerta de roble, que la cadete inmediatamente intentó abrir. En vano.

—El Maestro Clark la ha cerrado.

Ava agarró el tirador y lo sacudió, pero la puerta no cedió.

—¿Tú también desconfías de él?

Con gesto tenso, Magg levantó las manos y golpeó con fuerza la puerta de la biblioteca.

—¡Lynn, abre! ¡Somos nosotras!

Se oyeron pasos, un clic, y la amable profesora abrió la puerta.

—¿Qué está pasando? —Cuando vio a Magg y Ava juntas, frunció el ceño—. ¿Por qué habéis venido juntas, y durante el tiempo de entrenamiento?

Lilly saltó junto a ella y abrió la puerta de par en par.

—¿Qué me he perdido?

—Fuimos atacados por magos y el Maestro Clark usó magia. Por eso todo el mundo quiere irse ahora, aunque él nos salvó.

Lilly resopló, pero Lynn negó con la cabeza.

—No podemos irnos. Estamos seguras aquí.

—Me temo que no tenemos elección, porque todos los demás cadetes están siendo llevados a Moonville.

Los ojos de Lilly se iluminaron.

—¿En serio? ¡Genial! Pero, ¿dejar al Maestro Boom? —hizo un puchero— No es malvado.

Ava bajó rápidamente la voz, ya que no sabía cómo se sentía Magg respecto a la historia, y Lilly no podía delatarse.

—Tenemos que tener cuidado. —Le lanzó una mirada de advertencia, ante la cual la chica asintió a regañadientes.

—Pero primero necesito coger mis libros.

A Ava se le cayó la mandíbula.

—¿Tus qué?

Pero Lilly ya había corrido hacia la biblioteca. Lynn la observó con una sonrisa.

—Es una gran estudiante.

—¿Lilly? —¿Estaban hablando de la misma niña que pensaba que la escuela era algo inferior a ella?

—¿Necesitas empacar también, Lynn? —La voz de Magg sonaba inusualmente amable. Al parecer, solo tenía algo contra Ava.

—No quiero irme en absoluto. —Suspiró profundamente— El Maestro Clark iba a enseñarme mañana un pergamino antiguo sobre las Guerras Mágicas.

Magg se quitó el gorro y se apartó el largo cabello rubio de la cara.

—Te entiendo, pero el Maestro también dejará este lugar. Tiene que hacerlo, porque los soldados lo estarán buscando. Me temo que ni siquiera Kilian podrá evitar que los estudiantes hablen.

Ava se puso rígida. En consecuencia, ella tampoco tendría elección. Lynn se iría, todos los demás se irían, y el Maestro Clark probablemente hacía tiempo que se había marchado.

Lilly llegó a la puerta dando saltos, cargando tres gruesos tomos.

—Todavía necesito ir a mi habitación y coger mi mochila, pero siempre está preparada, así que podemos irnos enseguida.

—Yo también necesito recoger algo de mi habitación. —Lynn miró a Ava, quien asintió.

—Iré con Lilly, y Magg te acompañará a ti. Nos encontraremos con los demás en la arena en cinco minutos como máximo.

Nadie puso objeciones, así que se pusieron en marcha. Lilly se adelantó impaciente. Ava, en cambio, se sentía melancólica. Había aprendido mucho en este lugar y había esperado prepararse adecuadamente para la lucha contra Elora. ¿Y ahora?

También sería entrenada en Moonville, pero al mismo tiempo, estaría bajo la supervisión del rey. ¿No la convertía eso inevitablemente en su subordinada? ¿Y qué pasaría con Lilly si alguien descubría accidentalmente de qué era capaz? Los soldados la matarían inmediatamente. No podía exponer a la niña a tal peligro.

Pero si huían al bosque, hacia la gente de Marcus u otro escondite, los magos las encontrarían tarde o temprano, y Ava todavía no podía defender a la niña. Necesitaba ayuda y tenía que prepararse para la lucha.

Cielos, ¿no podía aparecer alguien y decirle qué decisión era la correcta?

Llegaron al pasillo de la primera planta, y Lilly saltó a su habitación. Ava se apresuró a la suya, empujó la puerta y se quedó paralizada en el acto

El Maestro Clark estaba de pie junto a la ventana.

Cerró rápidamente la puerta antes de que alguien lo notara. Lilly estaba a solo dos puertas de distancia y tenía el oído demasiado fino. Pero no sabía qué decir. Innumerables preguntas competían por su atención, de modo que no podía pronunciar ni una sola. Así que simplemente lo miró mientras él se volvía hacia ella. Llevaba su habitual sonrisa serena, como si nada malo hubiera ocurrido.

—Quería hablar brevemente contigo antes de que te marches, Ava.

—Preferiría quedarme. No creo que la magia sea malvada.

—Eso es muy sabio por tu parte. Otra razón por la que puedes estar agradecida de que tu madre te llevara lejos.

Ava se quedó petrificada.

—¿Qué sabe usted sobre mis padres?

Sonrió levemente.

—Lo suficiente para reconocer que te hicieron un gran servicio.

Ella lo miró fijamente.

—Usted sabe algo sobre mi pasado, ¿verdad? Por favor, dígamelo.

—Debes entender una cosa, Ava. Nuestro pasado nos moldea, pero no nos define. Es el punto de partida de tu viaje, no el destino. Pero no se trata de eso ahora. Aún no. Debes seguir concentrándote en tus fortalezas. Ya no debes luchar contra tus sentimientos para prepararte para la batalla final.

—Lo estoy intentando, de verdad, pero…

—No, nada de peros. Debes enfrentarte a ellos. Solo cuando tengas el valor de sentir todo lo que hay dentro de ti, cuando encuentres el coraje de explorar tu corazón en toda su fuerza y vulnerabilidad, encontrarás el poder necesario para cambiar todos nuestros destinos para mejor.

Ella negó con la cabeza.

—Pero no soy valiente cuando se trata de sentimientos. Ya debería haberlo notado. Les tengo un miedo terrible.

—El valor no es la ausencia de miedo, sino la comprensión de que algo es más importante que el miedo.

—¡Deje de hablar con acertijos! ¿A dónde quiere llegar?

El Maestro sonrió.

—Mantente cerca del líder de los dragones. Él te ayudará.

—Pero no se nos permite…

La puerta se abrió de golpe y chocó contra la pared. Marcus y Lilly estaban en el umbral, la chica con los ojos muy abiertos.

—¿Está el Maestro Boom contigo? ¡Os he oído hablar!

—¡Y yo lo he visto desde el patio! ¿Dónde se esconde? —Marcus saltó a través de la habitación y cerró los puños como si fuera él quien hubiera recibido entrenamiento de combate durante los últimos días.

Ava se dio la vuelta rápidamente. Estaba agitada, pero no permitiría que atacara al maestro. Sin embargo, tan pronto como volvió a mirar hacia la ventana, no había rastro de él.

CAPÍTULO 27



Menos de media hora después, ya volaban hacia el oeste a lomos de los dragones. Ava había llevado consigo a Lilly, Lynn y Marcus, Magg y Ralph iban montados con Kilian, y Allan se había hecho cargo de los otros tres cadetes. No habían podido encontrar al estudiante que había estado barriendo, pero Kilian estaba convencido de que el Maestro Clark se había encargado de él.

Nadie decía nada, así que Ava se perdió en sus pensamientos. Durante horas, había estado preguntándose qué les esperaba en las instalaciones oficiales de entrenamiento. La idea de estar bajo la supervisión del rey la llenaba de miedo.

—*No me siento cómoda yendo a Moonville.*

Draco resopló suavemente, como si ella estuviera preocupándose por nimiedades. —*Podrás continuar tu entrenamiento allí.*

—*Pero…* —No sabía cómo abordar el tema de Lilly, ya que él era un dragón después de todo, y ella había presenciado la reacción de los dragones de la montaña ante los magos. Los dragones consideraban la magia como algo maligno.

—*Cuidaré de ella.*

Con vacilación, acarició sus escamas.

—*¿No te da miedo, aunque sabes lo que puede hacer?*

Él se rió en sus pensamientos.

—*¿Cómo podría temerle? Es la chica más asombrosa que he conocido.*

—Es la única chica que conoces.

—¿Y qué? El juicio de un dragón está más allá de toda duda.

Sonriendo, acarició sus escamas, tocando la pierna de Lilly, que estaba sentada delante de ella. Sujetaba su mochila como si estuviera llena de galletas crujientes de mantequilla. Pero no estaba acaparando comida en ella, sino tres libros.

—Mira, Ava, ahí adelante está la instalación de entrenamiento. La mejor de todo el reino.— Lilly señaló hacia el horizonte, donde una alta torre atravesaba las nubes.

Ava se inclinó hacia delante para que Lynn y Marcus no pudieran oír sus palabras.

—¿Estás segura de que estaremos a salvo en Moonville?

La pequeña simplemente asintió. O no entendía a qué se refería Ava, o no quería entenderlo. Aunque, por otro lado, el riesgo nunca había sido algo que impidiera a Lilly hacer lo que le gustaba.

El área era al menos cuatro veces más grande que la del Maestro Clark, y cuatro arenas estaban repartidas por los terrenos. La más grande era casi el doble del tamaño de aquella en la que Ava había entrenado durante los últimos días. Estaba enmarcada por gigantescas gradas para espectadores. En la zona este se alzaban numerosos edificios que parecían sencillos barracones, y hacia el sur se extendía un vasto bosque que llegaba hasta a pocos metros del alto muro que rodeaba el recinto.

—¿Cuántos estudiantes entrenan aquí? —le preguntó a Lilly.

—Más de los que hay dragones disponibles. Pero hay aún más entrenadores y soldados.

Mentalmente, se dirigió a Draco.

—¿Y aún estás seguro de que queremos ir allí?

—No te preocupes, Ava. Si ocurre algo, nos iremos de inmediato.

El recuerdo de un rostro se le vino a la mente. El soldado que se había declarado su archienemigo personal y había amenazado repetidamente su vida. ¿Qué probabilidades había de que estuviera allí? La última vez que lo había visto fue en Belmonde, en la frontera.

—¡Estamos aterrizando! —La voz de Kilian retumbó en el cielo. Los dragones descendieron en sincronía y se dirigieron hacia una

amplia pradera que estaba dentro de las murallas pero alejada de las arenas.

Ava apretó las piernas contra Draco, Lynn se aferró a ella gritando, mientras Lilly reía encantada. Marcus permaneció en silencio, pero cuando aterrizaron y desmontaron poco después, su rostro tenía un ligero tinte verdoso.

—Realmente no estoy hecho para este tipo de cosas. —Se sujetó la cabeza, que no dejaba de darle vueltas.

Lynn pasó las manos por sus mejillas sonrojadas.

—Te entiendo perfectamente. —Se rió, pero rápidamente se arregló el pelo hasta que sus cortos mechones negros quedaron como deseaba.

Dos sombras se cernieron sobre ellos desde atrás. Kilian y Allan se acercaron corriendo, con los cadetes formando ordenadamente detrás de ellos, con sonrisas satisfechas en sus rostros.

—¡Permanecemos juntos! —Kilian señaló el lugar a su lado, sin quitar los ojos de Ava— Y tú quédate a mi lado por ahora.

—¿Y qué pasa con Lilly y Lynn?

Kilian asintió, aparentemente ya tenía un plan. Pero antes de que pudiera responder, Allan se inclinó hacia delante y susurró:

—¿Crees que es una buena idea, Kilian? No olvides que el rey será informado de todo. ¿O debería enterarse de que has empezado a escribir cartas de amor?

El líder de los dragones apretó los dientes. Su mirada se posó en Ava antes de apartarse y gritar:

—¡Seguidme, cadetes!

Los ojos de Lilly se iluminaron.

—Un sueño hecho realidad.

Inmediatamente se puso en fila detrás de Kilian, Ava y Lynn se pegaron a sus talones, y Marcus las alcanzó rápidamente. Detrás de ellos, los demás cadetes se pusieron en fila y siguieron a Kilian como pollitos siguiendo a su madre.

La pradera, probablemente la pista de aterrizaje oficial, estaba custodiada por varios soldados que inmediatamente se acercaron a Kilian y lo saludaron con entusiasmo.

—Bienvenido, líder de los dragones. ¡No sabíamos que vendría!

—Traigo un grupo de nuevos cadetes. Su entrenamiento es de máxima prioridad.

Lynn se inclinó hacia Ava.

—¿Eso significa que ahora yo también tengo que aprender a luchar? —Había pánico en su voz.

El soldado parecía igualmente escéptico, ya que observó al grupo con recelo, deteniendo su mirada un momento más en Lilly. Pero no contradijo a Kilian, sino que saludó con seriedad.

—Muy bien. Haré que preparen los alojamientos inmediatamente.

Marcus se inclinó hacia ella, con voz baja.

—Que quede claro, ¡dormiré contigo, Ava!

—Entonces déjame dejarte aún más claro que ¡eso no va a suceder!

—Pero prometí protegerte.

Se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Llevo semanas entrenando y me he vinculado con un dragón, maldita sea!

Fue solo cuando las miradas de los soldados cayeron sobre ella cuando se dio cuenta de que había alzado la voz. Kilian apretó la mandíbula mientras los soldados inevitablemente miraban a Draco.

—Si me permite preguntar, líder de los dragones, ¿es cierto? ¿Vinculó ella a este impresionante ejemplar?

Impresionante no era una descripción adecuada para Draco, desde la batalla contra los magos, ya rivalizaba incluso con el enorme dragón de fuego de Kilian.

—¿Quién es ella? —susurró otro soldado.

La mirada que Kilian le dirigió era inconfundible.

Sí, debería haber permanecido discreta, pero, ¡cielos, solo era humana! Y tenía los nervios a flor de piel. De todos modos no quería quedarse aquí.

—Preparad los alojamientos y esperad nuevas instrucciones. Mañana seréis informados sobre el nuevo dragón. ¡Romped filas! —Kilian volvió a ponerse en marcha y ellos lo siguieron.

—Esperaré a una distancia desde la que puedas llamarme. Avísame si me necesitas.

—De acuerdo. Cuídate.

Draco se alejó volando y todos los presentes se quedaron mirándolo. Definitivamente ya no estaban fuera del radar del rey a partir de ahora.

Kilian los condujo a un edificio donde un escribano anotó sus nombres en unas listas y les entregó equipamiento. Para Lilly y Lynn, Kilian le susurró algo, lo que hizo que el escribano asintiera y añadiera una nota a sus registros.

Lilly se cogió del brazo de Kilian y le sonrió con picardía.

—Espero que supervises personalmente mi entrenamiento.

Él le guiñó un ojo con naturalidad.

—Te colocarán en clases con los otros niños, y Lynn asistirá como profesora.

La niña lo miró atónita.

—¡No puedes hacerme esto!

Lynn, por otro lado, aplaudió entusiasmada.

—Una clase de verdad. Eso es maravilloso. —Sus ojos brillaban, pero de repente bajó la cabeza y se alisó el pelo de nuevo. ¿Quizá porque Allan la había estado observando atentamente?

Tan pronto como los equiparon con uniformes, dos soldados se adelantaron para escoltarlos a sus alojamientos. Ava, Lilly, Lynn y Magg compartirían habitación, mientras que Marcus sería alojado con los otros cadetes. Cuando oyó esto, apartó a Kilian a un lado.

—¿No solo me inscribes en el entrenamiento de combate, sino que ahora también me separas de ella? ¿Cómo se supone que voy a ayudarla así?

—No puedes estar más cerca de ella en este edificio. Así que guarda tu enfado para el entrenamiento de mañana.

Con esas palabras, se dio la vuelta sin despedirse. Ni siquiera le dirigió otra mirada a Ava, pero considerando con qué curiosidad la observaban el escribano y los soldados, aquello era ciertamente sensato.

Permaneció despierta durante mucho tiempo aquella noche. La cama le resultaba extraña, Lynn dormía inquieta y Lilly roncaba. Pero no era esa la razón; más bien, sentía una tensión dentro de sí misma. No quería estar en este campamento real de entrenamiento,

intuía que era un error. Sin embargo, no sabía qué más hacer, ya que lo más razonable era continuar con su formación.

La batalla contra los magos había demostrado claramente que necesitaba aprender mucho más y volverse más rápida. Que aún no sería capaz de derrotar a Elora.

¿Podría algún día? ¿Cómo se suponía que iba a derrotar a un mago? No tenía nada más que la piedra Isip para desviar los hechizos. Pero simplemente defenderse y esquivar no la llevaría a ninguna parte. Necesitaba urgentemente un plan.

Finalmente, se levantó y quiso escabullirse al exterior para contemplar el cielo nocturno, pero Magg apareció a su lado de la nada. Su larga melena rubia caía suelta sobre sus hombros y brillaba bajo la pálida luz de la luna que se filtraba por las estrechas ventanas.

—¿Adónde vas?

—Necesito un poco de aire fresco.

—Entonces te acompañaré. —Su tono indicaba claramente que en realidad tenía otra cosa en mente.

—¿Quién te ha asignado para protegerme? ¿Marcus?

—Salvaste mi vida, así como la de los otros cadetes, así que te lo debo. ¡Y no te burles de tus amigos! Se preocupan por ti porque les importas.

—No era mi intención, pero no he estado entrenando como una loca estos últimos días solo para que no se me permita dar ni un solo paso sola.

—No has estado entrenando como una loca, esa he sido yo. Y ya no estamos en la casa del Maestro Clark, sino en una instalación oficial de entrenamiento del rey. Aquí, además de soldados, hay un montón de cadetes acechando por los pasillos que estarían encantados si un dragón perdiera a su jinete.

Ava soltó el aire que había estado conteniendo. Odiaba sentirse atrapada.

—Tiene razón, Ava. Es mejor que te quedes en la habitación. Así Lilly tampoco estará sola.

¿Se habían confabulado los dos contra ella? Respiró hondo.

—De acuerdo, me quedaré, pero solo si me contestas a una pregunta.

La expresión de Magg se oscureció inmediatamente, y sus músculos se tensaron. Ava no quería molestarla, pero necesitaba entenderla mejor.

—¿Estás de mi lado o no?

—Estoy del lado de los dragones.

Ava asintió.

—Entonces supongo que somos amigas.

—No, si impides que el líder de los dragones forme el vínculo necesario para que todos sobrevivamos.

Así que de eso se trataba.

Podía entender las objeciones de Magg. Quizás había sido bueno que hubieran venido aquí después de todo, porque bajo la mirada de los soldados, ella y Kilian estarían obligados a mantener una estricta distancia. Cada mirada oculta desaparecería, cada encuentro sería observado por miles de pares de ojos.

—Entiendo. —Se estiró en su cama y cruzó los brazos detrás de la cabeza. Magg también se recostó, pero su respiración no cambió. Ella también miraba fijamente al techo.

—En lugar de mirar al que no puedes tener, deberías apreciar a quien pone su corazón a tus pies. Ahora duérmete para que por fin pueda tener algo de paz. —Se dio la vuelta demostrándoselo.

Ava quería discutir, pero las palabras la hicieron reflexionar. No por lo que Magg había dicho, sino por cómo lo había dicho. Una cosa era cierta: bajo su dura coraza, tenía un núcleo tierno.

CAPÍTULO 28



Todos los cadetes y soldados se reunieron para el pase de lista matutino en el vasto patio que conducía a las arenas. El sol se estaba alzando, bañando el área con una luz suave. Sin embargo, los cálidos colores no podían ocultar el hecho de que dentro de estos muros, no había lugar para la calidez humana.

Kilian caminaba entre las filas, acompañado por Allan. Ni siquiera se acercaron a ellos, quizá porque Ava y los demás se habían colocado en la esquina más alejada. Ava miraba a los líderes de los luchadores de dragones con la misma frecuencia que los otros cadetes, lo que significaba que permanecía mirando al frente.

Draco ya había aterrizado y los estaba esperando. Había estado tan inquieto toda la mañana que Ava apenas había podido comer nada durante el desayuno. Lilly tampoco lo había hecho. Constantemente había discutido con Lynn que no asistiría a clase, lo que finalmente hizo bajo el estricto régimen de Lynn.

—¿Qué está pasando, Draco?

—Tenemos visitantes importantes.

Frunciendo el ceño, Ava miró hacia adelante pero no pudo ver nada.

—¿Quién?

Draco no respondió, pero su pulso se aceleró. Además, el desasosiego en la plaza aumentó, cada vez más estudiantes

susurraban hasta que Kilian silbó con sus dedos y se hizo el silencio. Sin embargo, no era el tipo de silencio que prometía relajación.

Ava se puso de puntillas pero aún no podía ver qué estaba sucediendo.

—¿Puedes ver algo, Marcus? —Después de todo, él era más alto que ella.

Él asintió, repentinamente pálido como la tiza.

—Mantén la cabeza agachada.

—¿Por qué?

Pero no fue Marcus quien proporcionó la razón, sino un cadete más adelante que jadeó por aire.

—¡El Rey!

Toda la sangre se drenó de su rostro. Inmediatamente intentó desaparecer entre la multitud de los presentes. El Rey no podía haber venido aquí por casualidad precisamente esta mañana.

Los susurros se hicieron más fuertes, la inquietud aumentó, hasta que ocurrió exactamente lo que Ava había querido evitar a toda costa. La multitud que estaba delante de ella se apartó, los soldados alineados en filas se hicieron a un lado para que el hombre con la túnica dorada y una magnífica corona en su cabeza pudiera avanzar hacia ella.

Directamente frente a ella.

El rey Eldric la examinó con la barbilla en alto. No era particularmente alto ni particularmente musculoso. A decir verdad, no daba la impresión de ser nada especial. Pero cuando levantó la mano, se dio cuenta de que una vez más había sido engañada por las apariencias, pues nadie se atrevió a hablar o darle la espalda. Era poderoso y peligroso, y eso lo convertía en su mayor amenaza.

—Ven aquí, líder de los dragones.

Con pasos firmes, Kilian se colocó junto a él y le dio a Ava una mirada casual.

—¿Es esta la mujer que ocultó el huevo de Nuestra vista?

Ava abrió la boca, pero Kilian se aclaró la garganta ruidosamente, haciendo que se detuviera.

—Esta es la mujer que logró que un dragón eclosionara.

El rey entrecerró los ojos y miró a Kilian, a pesar de ser al menos una cabeza más bajo. Adelantó el mentón y arrugó la nariz.

—Esa no era nuestra pregunta.

La expresión de Kilian permaneció inescrutable, pero no respondió. ¿Cuánto tiempo toleraría el monarca su desafío a la orden?

No debería ponerse en peligro por ella.

—Oculté el huevo porque como guardiana, sabía que no eclosionaría de otra manera. Desde el primer momento, estuve tan fuertemente conectada al dragón que sabía lo que necesitaba.

El rey levantó su barbilla aún más alto.

—Al hacer eso, te colocaste por encima de Nuestra sabiduría y Nuestro conocimiento, lo que se castiga con la muerte. —Hizo un gesto a los soldados que lo acompañaban, quienes inmediatamente sacaron cuerdas.

Se sintió helada.

Kilian quiso decir algo, pero Ava habló primero.

—Soy la primera guardiana en más de doscientos años. Con todo respeto, hice lo que el dragón necesitaba porque él me lo dijo. Pensé que la supervivencia de los dragones era de suma importancia.

—Incorrecto, nosotros somos de suma importancia. ¡Guardias!

Los soldados se adelantaron y ataron las manos de Ava a su espalda. No sabía si era prudente resistirse o no. ¿Habría aún un juicio o era esta su última oportunidad para objetar?

—¡El dragón me necesita!

Pero el rey simplemente hizo un gesto despectivo, como si su caso ya estuviera resuelto. Sin embargo, antes de que pudiera continuar su camino entre las filas, Kilian se interpuso frente a él, apenas insinuando una reverencia.

—Permítame una palabra, Su Majestad, pero el dragón ya ha establecido un vínculo con ella.

—¡Tendrá que elegir otro jinete!

Se oyó el rugido furioso de Draco, y una ráfaga de fuego pasó rozando sobre sus cabezas. Incluso el rey hizo una pausa ante eso, y Kilian aprovechó la oportunidad para seguir persuadiéndolo.

—Como puede oír, él de ninguna manera acepta eso. Es un dragón muy poderoso que necesitamos de nuestro lado. Elora se está volviendo más fuerte y ha conquistado más territorios en el sur.

—¿Por qué no sabemos nada de esto?

Ava quería decir algo más, pero antes de abrir la boca, las palabras de Draco resonaron en su cabeza

—*Deja hablar al líder de los dragones.*

Kilian ya se estaba irguiendo en toda su estatura, como si la dinámica de poder se hubiera invertido.

—Si no quiere enfadar a los dragones, Su Majestad, debe aceptar la elección del nuevo dragón. Créame cuando le digo que necesitamos a todos y cada uno en la batalla.

Draco rugió ensordecedoramente, como para enfatizar las palabras de Kilian. Ava miró hacia el prado donde él se encontraba. Su cabeza se alzaba muy por encima de los presentes, y sus ojos peligrosamente relucientes estaban dirigidos directamente hacia el rey.

¿Lo incineraría si se llevaban a Ava?

Las voces se alzaron, lo que provocó que uno de los soldados golpeara el suelo con un bastón hasta que volvió el silencio.

Ava seguía rodeada por los hombres del rey, con las manos atadas a la espalda. Quería decir algo, pero una mirada casual de Kilian le advirtió que permaneciera en silencio.

El regente la examinó minuciosamente antes de entrecerrar los ojos.

—Lo toleramos, pero no te permitimos hacer nada sin nuestra orden expresa. ¿Lo entiendes, guardiana?

Prácticamente escupió la última palabra.

Quería rebelarse, pero no sería prudente. No quería volver a estar a merced de otro, especialmente no del rey. Apretó la mandíbula, posando su mirada en Magg, quien la miraba implorante, como si supiera lo que pasaba por su mente. Con docilidad, Ava solo agachó la cabeza, insegura de si podría ocultar la ira en su voz.

Solo cuando el rey y su séquito se marcharon, volvió a levantar la mirada. Marcus agarró sus brazos, con el rostro blanco como la tiza.

—Tenemos que desaparecer lo antes posible.

Magg se interpuso entre ellos y le siseó una advertencia.

—Calla, aquí hay ojos y oídos por todas partes. Además, Ava ya no puede simplemente huir. Es una cadete matriculada y está bajo la observación especial del rey. Si abandona los terrenos, cualquiera tiene derecho a matarla.

Vaya, maravilloso.

—¿Eso significa que ni siquiera puedo volar con Draco?

—Solo si un comandante lo permite explícitamente.

Inevitablemente, Ava miró a lo largo de las filas, pero no había señal del único comandante que estaba de su lado.

El entrenamiento comenzó, y ella se entregó de lleno, ya que era la mejor manera de liberar su frustración sin meterse en problemas ni meter en líos a sus amigos. Pero estaba claro que necesitaban un plan, y no solo porque los entrenadores no estaban a la altura de las lecciones del Maestro Clark.

En el almuerzo, se metió la comida sin ganas en la boca, sin fijarse en lo que comía. Marcus y Magg se sentaron con ella, junto con cientos de otros. Aunque el comedor estaba abarrotado, el nivel de ruido se mantenía moderado. Conversaciones privadas: inexistentes.

En algún momento, apareció Lynn. Ava se acercó más a Marcus para que pudiera sentarse con ellos.

—Eh, ¿cómo fue tu clase?

Pero Lynn lo descartó con un gesto, inusualmente pálida.

—¿Habéis visto a Lilly?

—Pensé que estaba en clase contigo.

—Lo estaba, pero yo supervisaba un grupo de estudio diferente por la mañana, y cuando fui a recogerla para comer, había desaparecido.

—¿Qué dicen los otros profesores sobre dónde está?

—Hay tantos niños entusiastas aquí que nadie presta atención a una chica que no quiere estar en la escuela.

Marcus simplemente sonrió.

—Conociéndola, se habrá escabullido para hacer lo suyo. No tenemos que preocuparnos. Yo preferiría saber dónde está y esconderme con ella.

—Pero no puede tomarse su entrenamiento a la ligera.

—Lynn dejó que su mirada recorriera el enorme comedor. La chica no se veía por ninguna parte entre el bullicio.

Ava se puso de pie y buscó entre la multitud con ella, cuando Kilian y Allan entraron en la sala. Fue como un imán, la atención de Ava se dirigió inmediatamente hacia él y la de él hacia ella. Durante un respiro, se miraron antes de que Kilian desviara su atención como si ella fuera cualquiera. Ava reprimió el nudo en su garganta, en cambio siguió escaneando la sala en busca de Lilly.

—Te ayudaré a encontrarla. —Quería salir rápidamente del comedor con Lynn, pero Magg negó con la cabeza.

—Yo la ayudaré a buscar, tú mejor quédate aquí. —Señaló sutilmente a un grupo de cadetes que aparentemente estaban merodeando casualmente junto a la puerta. Probablemente solo esperaban una oportunidad para atrapar a Ava a solas.

Realmente había ido de Guatemala a Guatepeor.

De mala gana, volvió a sentarse en el banco y asintió a Magg.

—Gracias. Y si la encuentras, dile que estoy trabajando en ello.

—¿En qué? —quiso saber Marcus, pero Magg simplemente asintió y acompañó a Lynn fuera del comedor.

Si ella fuera Lilly, también habría desaparecido. La chica probablemente había cogido a sus nuevos mejores amigos, es decir, los tres libros gordos, encontrado un rincón acogedor, y estaba haciendo lo que le daba la gana. Definitivamente envidiable. Pero tan pronto como Ava tuviera un plan para salir de aquí, volvería a tener el control de su vida diaria.

La tarde fue tan agotadora como la mañana, hasta que Ava fue directamente a su habitación después de la cena. Magg la acompañó, se ducharon una después de la otra y se desplomaron en sus colchones. En silencioso acuerdo, mantuvieron sus uniformes puestos. En este campo de entrenamiento, tenían que estar listas para el combate día y noche.

Solo cuando se acostaron, la mirada de Ava recayó en las camas de Lynn y Lilly. Ambas estaban vacías. Inmediatamente se incorporó.

—¿Dónde están esas dos?

Magg había seguido su mirada y también se levantó de un salto. Antes de que pudiera responder, alguien irrumpió por la puerta. Lynn entró corriendo, con un miedo en sus ojos, que hizo temblar a Ava. Jadeando, luchaba por respirar.

Ava corrió hacia ella.

—¿Dónde está Lilly?

—Desaparecida.

—¿Qué quieres decir con desaparecida?

—Que no he podido encontrarla en ninguna parte.

—Seguramente se ha escondido bien.

La chica había vivido en las calles durante años sin ser atrapada por los soldados. Si alguien sabía cómo pasar desapercibida, era Lilly.

—No lo creo. Nadie la ha visto desde esta mañana. Ava, algo no va bien.

Ava miró pensativamente a Magg, quien se encogió de hombros, pareciendo abrumada y tensa.

—Tú la conoces mejor que yo.

Ava concentró sus pensamientos en Draco.

—¿Sabes dónde está?

—Tengo una idea.

—Dímelo.

Draco soltó un gruñido profundo y animal.

—Acabo de encontrar su rastro. Lleva hacia el bosque.

—Draco dice que está en el bosque. —Quería correr hacia la puerta, pero tanto Magg como Lynn le bloquearon el paso. La cadete cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Olvídalo! No puedes abandonar los terrenos.

Lynn asintió en señal de acuerdo, pero Ava miró a las dos con desafío.

—Voy a salir ahora a buscar a Lilly. Os quedáis aquí o me ayudáis, ¡pero no me vais a detener!

Las dos intercambiaron una breve mirada antes de mirarla firmemente a los ojos.

—Vamos contigo.

CAPÍTULO 29



Magg resultó ser una excelente guía mientras se escabullían del edificio sin ser vistas. Una vez fuera, se deslizaron sigilosamente para pasar desapercibidas ante los oficiales de guardia y llegaron a la sección del muro donde Draco las esperaba.

Él quería simplemente derribar el muro de piedra con su enorme pata, pero Magg levantó las manos para detenerlo.

—No podemos llamar la atención.

Lynn señaló una puerta discreta en el muro.

—Simplemente saldremos por ahí. —Inmediatamente comenzó a trabajar en la cerradura.

La cadete puso los ojos en blanco.

—Nunca saldremos por ahí, seguro que está…

Clic.

Ava se rió suavemente.

—¿Te enseñó Lilly algunos trucos?

Lynn solo soltó una risita antes de que se apresuraran a salir y se dirigieran directamente hacia el bosque. Draco permaneció en su sitio, aunque quería acompañarlas. Pero era demasiado llamativo y, además, las protegía de la vista de los guardias que patrullaban regularmente las murallas con su gigantesco cuerpo y sus amplias alas.

Tan pronto como llegaron al bosque, comenzaron a buscar a la chica.

—¿Lilly? ¿Lilly?

No emitió ningún sonido.

Tiritando, Lynn se frotó los brazos.

—Espero que no haya huido demasiado lejos. ¿Lilly?

Mientras Magg buscaba su rastro, lo que resultaba difícil en el suelo seco, Ava permanecía pensativa. El comportamiento de Lilly no tenía sentido. ¿Por qué no salía de su escondite? ¿Por qué se mantenía alejada tanto tiempo? Con el ceño fruncido, miró a las otras.

—¿Por qué está arriesgándose a que noten su ausencia?

—¿Qué quieres decir con eso? —Lynn negó con la cabeza sin comprender, todavía frotándose los brazos. Debía de tener un frío terrible con su blusa fina. Ava se quitó la capa que había cogido antes de salir y se la entregó. Distraídamente, se subió las mangas de la túnica. Aunque la fresca brisa nocturna le rozaba los brazos, no sentía nada de frío, absorta en un pensamiento que le preocupaba.

—Lilly es astuta e inteligente. No nos abandonaría sin más, pero tampoco quiere asistir a la escuela. Sería más lógico que se escapara durante las horas de clase y se sentara discretamente en su sitio durante las comidas. Para que no sospecháramos nada, ¿entiendes? ¡Sobre todo porque nunca se saltaría una comida voluntariamente!

Lynn se envolvió en la capa, con los ojos muy abiertos.

—Tienes razón. Eso no es propio de ella. Lilly siempre piensa dos pasos por delante.

Revolviéndose el pelo, Ava caminó de un lado a otro hasta que de repente se detuvo y puso las manos en las caderas. Un pensamiento terrible la invadió

—El rey sabe que estamos aquí.

—Sí, ¿y?

—Dijiste que Elora tiene espías por todas partes. ¿Qué probabilidad hay de que también se haya enterado de nuestra presencia?

Magg salió de detrás de un arbusto, con sus ojos azules centelleando peligrosamente.

—¡Muy alta! ¡Mirad esto! —Les hizo señas para que se acercaran y señaló la tierra removida— Aquí tuvo lugar una pelea.

—¿Una pelea? —Alarmada, Ava miró a su alrededor, pero no encontró nada más que ramitas, hojas y tierra.

—Mirad, se ve claramente ahí y ahí. —Magg señaló las huellas que mostraban un par de pisadas pequeñas y tres grandes. Continuaban unos dos o tres metros más allá antes de difuminarse y desaparecer como por arte de magia. Cuando Magg levantó la mirada, su expresión estaba petrificada. No necesitaba decir nada, Ava lo entendió de todos modos.

—Los magos tienen a Lilly.

La cadete asintió en silencio, mientras Lynn se pasaba las manos por el pelo y Ava buscaba más huellas en el suelo.

—¿Adónde se la han llevado? ¿Puedes encontrar alguna pista? ¡No pueden haber desaparecido sin dejar rastro!

—Detente. Da dos pasos atrás, ¡o lo borrarás todo!

—Estoy a tres pasos de todas las huellas, y ahora deja los juegos de poder y responde a esta pregunta: ¿adónde se la han llevado los magos?

Magg se agachó y examinó el suelo. Aunque Ava apenas podía soportar la incertidumbre, se quedó quieta y esperó. Lynn se rodeó el cuerpo con los brazos y negó con la cabeza.

—No puede ser verdad. ¡Qué terrible!

—¿Adónde se la han llevado? —repitió Ava con impaciencia.

Finalmente, Magg se puso de pie y la miró sin expresión.

—No tengo ni idea.

—¡Tiene que haber alguna pista! —Ava se agachó y buscó en el suelo ella misma. Pero era como Magg había dicho, ni siquiera pudo encontrar el más mínimo trozo de tela de la ropa de Lilly. Al levantarse, llamó a Draco.

—Los magos estuvieron aquí y tienen a Lilly.

—Ya se lo he dicho a Thalara.

—Deben haberla llevado al castillo donde me tuvieron cautiva. Me encontraste en aquella ocasión. ¿Puedes encontrar el lugar de nuevo?

—Quizás con la ayuda del guía de dragones. Lo encontraremos tras el bosque para que los soldados del campo de entrenamiento no se den cuenta.

—*Entonces vamos.*

Estaba a punto de correr hacia Draco, pero Magg se interpuso en su camino.

—¿Qué vamos a hacer?

—Voy a recuperarla. —Ava intentó pasar corriendo junto a ella, pero Magg la agarró por el hombro.

—Incorrecto. ¡Vamos a recuperarla!

Con un giro, Ava se liberó de su agarre y levantó las manos a la defensiva. ¡No tenía tiempo para esto!

—No tengo ni idea a qué nos enfrentamos, ¡pero no puedo tener a una persona pendenciera a mi lado!

—¿Qué tal una amiga entonces? —Magg le tendió la mano.

Ava dudó. Definitivamente sería ventajoso si la acompañaba, pero ¿podía realmente confiar en ella? Estudió a Magg, que no parecía especialmente amistosa pero sí decidida.

—No sé si saldremos de allí con vida.

—¿Desde cuándo eres tan pesimista, oh bella guardiana de dragones? ¡Tienes a la mejor joven luchadora en décadas a tu lado!

Una sonrisa fugaz cruzó los labios de Ava, pero el apodo le recordó a Marcus. Miró suplicante a Lynn, quien se había encogido de hombros, pálida e insegura.

—Tienes que ir a ver a Marcus y contarle lo que está pasando.

—No, yo también voy. No voy a fallarle a Lilly.

Ava sintió una calidez en su corazón. No hace mucho, Lilly vivía sola en las calles, y ahora tantas personas se preocupaban por ella. Y Lilly debería sentirlo, verlo, saberlo. ¡Debería llevar una vida sin preocupaciones! La niña merecía encontrar paz, sentirse segura y cuidada. Tenían que darse prisa para que los magos no pudieran hacerle daño.

Ava negó con la cabeza decididamente.

—Te necesito al lado de Marcus. No puedo volver y avisarle, pero tú sí. No sería correcto dejarlo a oscuras.

Lynn apretó los labios, dividida entre lo que era correcto y lo que era incorrecto. Pero ¿cómo podría ayudarlas contra los magos de todas formas?

De repente, Magg las agarró a ella y a Ava por el brazo y las sacó del bosque.

—No podemos perder el tiempo. Tú ve con Marcus, Lynn, e intenta encubrir nuestra ausencia. Así es como más puedes ayudarnos.

Aunque Ava dudaba que Marcus se quedara quieto una vez que supiera lo sucedido, no discutió. Después de todo, Magg no se equivocaba. Tan pronto como el rey se enterara de su ausencia no autorizada, sería presa fácil.

Como si no hubiera ya suficientes personas que quisieran verla muerta…

Llegaron hasta Draco, y Lynn se despidió dudosa. Envuelta en la capa de Ava, se encogió de hombros.

—Me siento culpable. Condenada a no hacer nada.

—¿Culpable, tú? —Ava negó con la cabeza— Te diste cuenta inmediatamente de que algo iba mal. Si te hubiera escuchado antes, probablemente los magos no habrían atrapado a Lilly.

De repente, Magg se interpuso entre ellas y extendió los brazos.

—Culpa para repartir hay de sobra, y no nos lleva a ninguna parte. Ya conoces el plan. Ahora vete, Lynn, antes de que noten que nos hemos ido.

Lynn asintió cautelosamente y les hizo un gesto de despedida. Mientras Ava y Magg se montaban en el dragón y salían disparadas hacia el cielo, ella se escabulló de vuelta hacia la discreta puerta que llevaba a los terrenos.

Ava temía por ella y temía por Marcus. ¿Y si notaban su ausencia y los dos eran castigados por ser sus amigos?

Magg había seguido su mirada.

—Se las arreglará.

—¿Cómo lo sabes?

—La conozco desde hace algunos años y, aunque parezca inocente, tiene más trucos bajo la manga de lo que podrías pensar. Ten un poco de fe y ahora insta a tu dragón a volar más rápido. Tenemos que darnos prisa.

Ni Draco ni Ava necesitaron que se lo dijeran dos veces.

Capítulo 30



Volaron a toda velocidad sobre el denso bosque de pinos y aterrizaron detrás de los árboles, donde Kilian y Allan ya las esperaban sobre sus dragones. Draco aterrizó entre ambos, y Ava no dudó ni un segundo. —Los magos han secuestrado a Lilly. Tenemos que ir al antiguo castillo donde me tuvieron capturada.

El rostro de Kilian apenas se distinguía en la oscuridad, pero su tensión era palpable.

—¿Estás segura de que la han llevado allí?

No entendía por qué seguía discutiendo esto, pero si no despegaban pronto, se volvería loca. Sus pensamientos amenazaban con descontrolarse, y su miedo por Lilly alimentaba su pánico.

—¿Dónde si no?

La voz del líder de los dragones, sin embargo, sonaba tranquila.

—Los magos tienen numerosos escondites, de los cuales solo conocemos unos pocos. Además, atacaron Talus por la tarde. Hubo innumerables heridos.

Allan se inclinó hacia delante sobre su dragón para sumarse mejor a la conversación.

—Por eso te repito, Kilian, que debes volar allí sin falta. Yo ayudaré a Ava a rescatar a la niña.

—No, ¡no arriesgaré su vida! —No miró a Ava, así que ella no sabía si se refería a ella o a Lilly— Tú debes volar a Talus por mí y tomar el alto mando.

Abrumado, Allan negó con la cabeza.

—Pero ese era normalmente el trabajo de Rob. Soy un rastreador legendario, ¿pero en el puesto de estratega? El rey hará preguntas.

¿Qué le había pasado a Rob? Dado que no estaba tomando el alto mando, probablemente estaba sentado en una celda oscura. Ava apartó inmediatamente el pensamiento sobre él cuando Kilian se negó a escuchar cualquiera de las objeciones de Allan.

—Me ocuparé del rey Eldric en cuanto regresemos.

—Kilian, sabes que se ha vuelto suspicaz. ¡Alguien ha hablado! — Allan miró a Ava con demasiada casualidad para que fuera una mirada coincidente. Pero ella entendió de todos modos.

—¡Eso no ha sido una pregunta, ha sido una orden!

Allan resopló ruidosamente pero asintió. Cuando Kilian miró entonces a Ava, su expresión era impenetrable. Pero ella no se dejó impresionar por eso.

—No me preguntes cómo, pero estoy segura de que Lilly está en el castillo. Elora la tiene a su lado para atraerme hacia ella porque, después de todo, quiere matarme. —Si la maga supiera de lo que Lilly era capaz, quizá no le haría daño en absoluto. Sin embargo, Ava tenía que recuperar a la niña lo más rápido posible—. Dime cómo llegar al castillo, y luego vuela a Talus para hacer tu trabajo. Soy la última persona que quiere que los dragones mueran. Así que iré por Lilly con la ayuda de Magg y desapareceré.

La última palabra quedó suspendida entre ellos, y su eco resonó con el añadido: "No volveremos a vernos".

Kilian negó con la cabeza.

—No te dejaré volar sola hacia los magos. ¡No me importa lo que diga el rey, eso no es importante para mí!

—Pero los dragones… —Allan intervino una vez más— Todo nuestro reino… —Tomó aire y dejó caer los hombros. La culpa estaba escrita en todo su rostro, y la picardía desapareció de sus ojos— Me parece terrible la responsabilidad que tienes que soportar, amigo, y te la quitaría de las manos en un abrir y cerrar de ojos, pero desgraciadamente, eso no es posible.

Magg resopló, haciendo que todos la miraran.

—¿No podéis resolver esto más tarde? ¡Una niña está en peligro!

Kilian se pasó la mano por el pelo, con todos sus músculos tensos. Cuando levantó la mirada, una determinación salvaje estaba grabada en su rostro.

—Tú vuela a Talus, Allan, y toma el alto mando. Iré contigo en cuanto hayamos liberado a Lilly. Me ocuparé del rey después.

Como un rayo, su dragón salió disparado hacia el cielo, Draco le siguió inmediatamente, y Allan se quedó solo atrás. En la oscuridad, rápidamente se fundió con el bosque, pero Ava creyó ver que sacudía la cabeza una vez más.

Apartó la mirada de él, se inclinó hacia delante para contrarrestar el fuerte viento de frente, y dio una palmadita en el muslo a Magg.

—Gracias.

—No creas que apruebo vuestro romance.

—No tenemos ningún romance.

—Pero lo tendréis pronto si no tienes cuidado. Y entonces vivirás eternamente a su sombra, porque su sentido del deber es más pronunciado que el de cualquier otro luchador de dragones. Se casará con la princesa, sin importar lo que sienta por ti.

Lynn había usado palabras similares. Ava quería apartar la advertencia; de todas formas no iniciaría una relación con Kilian, pero el vuelo era largo y Magg guardaba silencio, así que los pensamientos la bombardeaban incesantemente.

Los magos se estaban haciendo más fuertes, el rey sospechaba algo, y todo el mundo parecía saberlo. La vergüenza le sonrojó las mejillas mientras miraba fijamente al frente. Draco seguía a Thalara, que volaba en una ligera curva, sus músculos trabajando bajo las piernas de Ava, haciéndola agudamente consciente de su presencia. Estaba poniendo en peligro su existencia y la de su especie, anteponiendo su felicidad a su vida… ¿cómo podía ser tan egoísta? Apretó los muslos contra sus escamas y se frotó la cara, que ardía.

Magg golpeó el pie de Ava con el suyo.

—No te juzgues, después de todo, está condenadamente bueno y no ha dejado de mirarte.

Una sonrisa cruzó involuntariamente sus labios, aunque la sensación de haber asumido una pesada carga no desapareció. Pero agradeció la distracción.

—¿Cómo es que de repente te tengo como amiga?

—Nos hemos aliado por una causa mayor.

Ava asintió.

—Misión Salvar a Lilly.

—Es una niña estupenda, ¡y no soporto que alguien arrastre a los niños a las guerras!

Había amargura en su voz que hizo que Ava aguzara el oído.

—¿Te ocurrió eso a ti de niña?

Magg no respondió, pero quizás el silencio era respuesta suficiente.

Siguieron volando hasta que Magg finalmente habló.

—Mi madre quería convertirme en princesa, tenía grandes objetivos y lo consiguió. Yo era la mejor amiga de la princesa Amelia, la futura esposa de Kilian. Así llamé la atención de los poderosos. Como mi pelo se parece mucho al de la reina, los magos me confundieron con ella y me secuestraron. Querían chantajear al rey.

Ava tragó saliva. Ningún niño debería experimentar algo así.

—Suena terrible. ¿Cedió el rey?

Magg resopló.

—No movió un dedo. Durante semanas estuve sentada en un calabozo, y mi fino vestido de seda, las joyas y el maquillaje no me sirvieron de nada. Estaba indefensa. Fue entonces cuando juré no volver a sentirme así jamás.

Ava podía identificarse con ese sentimiento, y la idea de estar encerrada en una prisión siendo niña despertaba su compasión. Pero sabía que Magg no buscaba lástima. Probablemente le estaba contando esto sobre el lomo de Draco para que Ava no pudiera mirarla con compasión.

—¿Cómo escapaste?

—Los luchadores de dragones me rescataron, sin órdenes del rey. Asaltaron un escondite de magos y me encontraron. Fue pura casualidad, de lo contrario seguiría allí o ya estaría muerta.

—Por eso quieres ser luchadora de dragones. Pero ¿por qué no lo eres ya? Luchas mejor que todos los otros cadetes juntos.

Magg resopló.

—En cuanto el rey me mira, se siente como un fracasado. Amelia supuestamente todavía se lo reprocha a día de hoy, pero él solo quiere olvidar esta desagradable historia, algo que no puede hacer si me convierto en una luchadora de dragones exitosa. ¡Y lo seré!

Ava no dudó ni por un segundo de ello.

—¿Sigues siendo amiga de la princesa?

—No. —Esa única palabra sonaba tan definitiva que Ava no insistió más. Además, tampoco tenía muchas ganas de hablar sobre la princesa.

—¿Has intentado vincularte con un dragón?

Magg negó con la cabeza.

—El rey controla los vínculos. Todas las vinculaciones solo se realizan con su consentimiento y en los campamentos oficiales.

Ava comprendió.

—Por eso estaba tan alterado esta mañana, porque no solo le oculté el huevo de dragón, sino que Draco se vinculó conmigo sin su permiso.

—Nunca me has caído mejor que en este momento.

Con una sonrisa maliciosa, Ava se giró hacia ella y descubrió una sonrisa apenas visible en el rostro de la cadete. Pero desapareció cuando esta centró su atención hacia delante.

—Estamos entrando en el ámbito de poder de los magos.

Ava siguió su gesto y contuvo la respiración. El aire brillaba con un resplandor oscuro, como si hubiera una gigantesca burbuja de jabón cuyas paredes brillaban en negro con un toque de rojo.

Thalara realizó un giro y se alineó junto a Draco, mientras Kilian gritaba contra el viento:

—En cuanto atravesemos la barrera, sabrán que estamos aquí.

—¿No hay forma de evitarlo?

Kilian negó con la cabeza, haciendo que Ava se concentrara en el límite mágico.

—Entonces no perdamos ni un minuto. ¡Lilly nos necesita!

Magg levantó un puño al cielo de forma combativa.

—¡Al ataque!

Draco soltó un rugido, al que Thalara se unió, y en un vuelo sincronizado, los dragones apuntaron hacia la película protectora y la

atravesaron simultáneamente. Una sacudida recorrió el cuerpo de Ava, una sensación similar al momento en que había cruzado la frontera del mundo humano al de los dragones.

Magia.

Pero la sensación pasó inmediatamente, dejando atrás un paisaje rocoso y estéril que se elevaba en espiral hasta una cordillera que no habían visto fuera de la barrera. Varios poderosos aleteos después, Ava reconoció el terreno. Reconoció las crestas de las montañas, las cadenas de colinas y… tragó saliva. Como si los dragones quisieran recordarle su mal comportamiento, aterrizaron en la meseta rocosa donde Kilian y ella se habían besado.

Mientras desmontaba de Draco, mantuvo la mirada baja, con el rubor de la vergüenza ardiendo en sus mejillas. Afortunadamente, estaba tan oscuro que los demás no lo notarían. Se oyó un silbido y Thalara encendió la punta de un palo que Kilian sostenía.

Adiós a su esperanza de que su incomodidad pasara desapercibida.

Pero los dos no le prestaron atención, en lugar de eso miraban en dirección al castillo, lo que hizo que Ava volviera a centrarse en su objetivo. Lilly. Aunque la niña actuara con dureza, debía estar terriblemente asustada.

Magg apretó sus manos, que había vendado durante el vuelo.

—¡Yo digo que entremos volando, saquemos a Lilly del calabozo y lo quememos todo hasta los cimientos!

Sin apartar la mirada de la fortaleza, Ava se colocó a su lado.

—Me apuntaría a eso, pero saben que venimos.

—Por eso necesitamos un ataque rápido y despiadado.

El líder de los dragones negó con la cabeza.

—Tenemos que abordar esto con inteligencia. Elora tiene a Lilly, y sabe que Ava viene a liberarla. Además, nos sintió romper el hechizo protector.

—¿Cómo lograste hacer eso, por cierto? —Magg lo miró con interés, pero Kilian simplemente señaló a los dragones—. Ellos son la clave.

La cadete asintió.

—Por supuesto.

Ava se estaba impacientando.

—¿Qué sugieres, Kilian?

—Nos separamos. Vosotras dos iniciáis un ataque con Draco, pero permaneced sobre él y distraedlos. Esperan que vengas, Ava… no saben que yo estoy aquí.

—¡Pero reconocerán a Thalara sin duda desde varios kilómetros de distancia!

Magg asintió.

—Incluso puede que hayan percibido que dos dragones atravesaron la barrera. Recuerda, ningún mago ha sido tan poderoso como Elora desde Thalgor.

—Por eso es perfecto que seamos tres. Dos dragones, dos luchadores. Eso es lo que supondrán, y eso es lo que verán.

Ava entrecerró los ojos con escepticismo.

—¿Qué intentas decir?

Kilian enfatizó su plan con gestos concisos.

—Magg vuela en Thalara, y yo me cuelo en el castillo a pie.

La cadete abrió los labios pero no dijo palabra, mientras los ojos de Ava se abrían como platos.

—¡Jamás! ¡Eso es una locura! Si Elora te atrapa, te matará al instante.

Él sonrió como si fuera un desafío cotidiano.

—Entonces supongo que más vale que no me atrapen.

—No, Kilian. Tú vuela, y yo me infiltraré. Soy su objetivo de todos modos. No quiero que te pongas en peligro.

Él negó con la cabeza; su decisión era inquebrantable, pero estaba volviendo loca a Ava. ¿Cómo se suponía que iba a concentrarse en salvar a Lilly si él estaba poniendo su vida en peligro, quizás para no salir nunca más con vida del castillo de los magos?

Magg miró significativamente de ella a él y cruzó los brazos sobre el pecho. Eso fue todo lo que necesitó Ava para darse la vuelta y mirar hacia la cordillera. No podía dejar que sus sentimientos la controlaran. Se aclaró la garganta y enderezó su cuerpo, aunque sentía ganas de hacer algo completamente distinto.

—¿Cómo sabremos cuándo tienes a Lilly y dónde encontrarnos?

—Me comunicaré con Thalara mediante pensamientos, y ella le puede decir a Draco dónde estoy.

Lógicamente, él tenía la misma conexión mental con su dragón que ella con Draco. Aun así, la idea le revolvía el estómago a Ava. Pero sus sentimientos no tenían cabida ahora mismo.

—Yo estuve cautiva dentro del castillo, no bajo tierra. No había ventanas, y bajamos tres tramos de escaleras para llegar hasta Elora en la sala del trono.

Asintiendo, miró a Magg.

—Mi dragón te acepta siempre que te ciñas al plan.

Ella se tensó casi imperceptiblemente pero asintió, tras lo cual él desapareció en la oscuridad sin otra mirada a Ava.

Ava quería verlo marchar, pero ya ni siquiera podía distinguir su silueta, así que se volvió hacia Magg.

—¿Qué quiso decir con eso?

Su nueva amiga resopló.

—El Maestro Clark me criticaba constantemente por no ser una buena jugadora de equipo.

—No me extraña, entrenabas sola, comías sola y no hacías amigos. Pero ahora perseguimos un objetivo común. Lilly cuenta con nosotras. —Asintió hacia ella y volvió a montar sobre Draco, pero Magg dudó y tomó aire profundamente. Desconcertada, Ava la observó hasta que notó hacia dónde miraba. Estaba contemplando al enorme dragón de fuego de Kilian.

Solo tuvo que recordar su primer paseo sobre la temperamental dragona para imaginarse lo que pasaba por la mente de Magg.

—He oído que no le gusta que le pisen las espinas.

—No me pongas más nerviosa.

—¿Tú, nerviosa? No creía que eso fuera posible.

—¡Cállate ya! —Tomó aire profundamente, cogió carrerilla y saltó sobre el lomo del gigantesco dragón de fuego. Una vez arriba, se acomodó y no se movió. Tensa, miró a Ava— ¿Parece enfadada?

Ava se inclinó hacia delante, pero solo pudo ver los ojos entrecerrados de Thalara y su enorme boca, que al menos estaba cerrada.

—Ni idea. Pero no está echando fuego, así que algo es.

Draco resopló en su mente.

—*Está impaciente, y yo también.*

—*¡Entonces mostremos a los magos lo que dos luchadoras novatas y dos dragones pueden hacer!*

Ava señaló hacia la cordillera de montañas

—¡A por Lilly!

CAPÍTULO 31



El castillo se alzaba como una obra de arte al borde y en lo alto de los acantilados. Estaba iluminado por luces mágicas que titilaban en cada ventana, así como en el patio y a lo largo de las almenas. Como hilos de luz suspendidos en el aire, se alineaban por todo el recinto, haciendo que el complejo fuera fácilmente reconocible: los gruesos muros con sus torres defensivas, la alta torre del homenaje en el centro y los edificios más pequeños dispersos por el amplio patio. A la sombra del castillo, abajo en los acantilados, se podían distinguir los contornos de la arena donde Ava había luchado por su vida durante su última visita.

No había ni rastro de los magos.

—Debemos tener cuidado. —Magg señaló una torre defensiva que se extendía hasta las rocas y descendía profundamente por la ladera de la montaña— ¿Ves esa luz roja apagada que rodea la torre?

Ava la vio.

—¿Qué pasa con ella?

—Ahí es donde se esconden la mayoría de ellos.

Examinó el lugar más de cerca pero no pudo ver a nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Lo has olvidado? Fui su prisionera durante meses.

No, probablemente Ava nunca lo olvidaría.

—¿Ves la torre del homenaje en el centro del complejo? Ahí es donde están las prisiones. Al menos, ahí es donde me retenían. Tenemos que evitar esa zona para no herir a Lilly.

—A menos que la hayan trasladado a otro lugar a estas alturas; por ejemplo, justo al lado de la falda de Elora.

Dado que Lilly era una garantía, tenían que asumir eso. Cielos, ¿dónde se suponía que los dragones debían exhalar su fuego si no sabían a quién podrían estar dañando?

—*Confía en nosotros.* —Draco volvió brevemente la cabeza hacia ella y parpadeó suavemente, como si sonriera.

No tenía otra opción que hacerlo.

—¿Sabes dónde tienen retenida a Lilly?

—Es como dijo tu nueva amiga: la hechicera la tiene a su lado.

—Pero ¿cómo se supone que Kilian va a liberarla entonces?

—Creando mucha distracción y caos, obligando a Elora a intervenir. ¿Lista?

¡No! Sentía como si fuera a la guerra, pero hace menos de tres semanas estaba organizando facturas en la tienda de su tía.

—¡Lista!

—¡Entonces agárrate fuerte!

Draco y Thalara aumentaron su velocidad y se lanzaron en picado. Ava se aferró a él para mantener el equilibrio.

—Recuerda, no podemos descender demasiado o nos atraparán con sus hechizos.

—¡Confiad en nosotros! ¡Sabemos lo que estamos haciendo!

Draco abrió su boca y lanzó una ráfaga de fuego contra la muralla. Apareció un escudo protector, y dos magos saltaron desde detrás de un muro a la altura del pecho. Los estaban esperando. El fuego de Draco atravesó sin esfuerzo su protección, haciendo que los hombres encapuchados tropezaran hacia atrás y se lanzaran al suelo tras el muro.

Thalara disparó hacia la pasarela contigua, pero los magos que se escondían allí levantaron un escudo en grupos de cinco que desvió el fuego. No obstante, Magg animaba a Thalara, inclinándose en sus movimientos y prácticamente fundiéndose con ella, como si hubiera montado dragones toda su vida. Ava la miró varias veces

para asegurarse de que estaba bien. Aparentemente, no tenía que preocuparse por ella. Ella y el dragón de fuego se estaban convirtiendo en uno solo.

Mientras los dragones atacaban una pasarela tras otra, Ava miró alrededor para ver si podía distinguir a Kilian colándose en los terrenos, o a Elora arrastrando a Lilly para detener el ataque. Pero no vio a ninguno de los dos; en cambio, aparecían cada vez más magos, uniendo fuerzas, estableciendo escudos protectores cada vez más fuertes, y algunos incluso se atrevían a aventurarse fuera de ellos para lanzar orbes mágicos de relámpagos contra los dragones.

Draco los desvió con un golpe de su cola, haciendo que se estrellaran contra las rocas. Las piedras se precipitaron al abismo y rodaron hacia la arena. En cuestión de segundos, la estructura fue arrasada.

Hasta ahora iba excelentemente.

—¿Puedes sentir dónde está Lilly?

—Ya no. ¡Pero la encontraremos! ¡Ten fe!

Thalara fue alcanzada por un rayo de magia y se precipitó. Magg se aferró a ella. Cuando el dragón de fuego se recuperó y se elevó rápidamente, la cadete perdió el equilibrio. Quedó colgada torcida sobre su lomo mientras los magos les disparaban. Thalara tenía que esquivar, pero entonces Magg caería.

Draco se precipitó entre ellos y desvió un ataque mágico con su cola. Tiempo suficiente para que Magg volviera a subirse a su lomo. En cuanto estuvo sentada con seguridad, le hizo a Ava un gesto con el pulgar hacia arriba. Su largo cabello rubio ondeaba tras ella como una capa. Señaló hacia una torre fronteriza.

—Hay más magos escondidos allí.

Ava siguió su dedo y distinguió el tenue resplandor rojizo que rodeaba la torre.

—¡Entonces vamos! —Dirigió sus pensamientos hacia Draco—. *¿Sabes dónde está Kilian?*

—El luchador de dragones ha cruzado el muro por el sur. Nadie parece haberlo notado.

Esas eran buenas noticias, pero aceleraron aún más su corazón. Necesitaban atraer toda la atención sobre ellos rápidamente para

que sus oponentes no notaran su presencia.

—¿Tenemos algún otro truco bajo la manga?

—Esperaba que preguntaras eso. —Draco se rió en su cabeza, lo que sonó como un retumbar ominoso, antes de lanzarse en picado. Los ojos de Ava se ensancharon, y se aferró a sus escamas. Un grito escapó de ella y se mezcló con el rugido del viento. Estaban demasiado abajo. Los magos podrían atraparlos fácilmente.

—¡Confía en mí!

—¡Lo intento!

Draco giró y golpeó su cola contra el muro, las piedras se rompieron y la estructura se derrumbó. Innumerables magos corrieron gritando hacia un lado, mientras otros permanecían valientes en pie y les lanzaban orbes mágicos. Draco se apartó justo a tiempo y, como por milagro, no resultó herido.

Ganaron altura de nuevo, mientras Thalara preparaba un ataque similar en otro lugar. Draco se lanzó en picado como una flecha para que el asalto ocurriera simultáneamente.

Los magos reunieron sus fuerzas, erigieron un escudo protector sobre el complejo contra el que rebotó el dragón de fuego, pero Draco logró golpear una sección desprotegida del muro con su cola, provocando que la siguiente parte se derrumbara.

Perseguidos por los encantamientos de los magos, ascendieron en espiral. Una bola de relámpagos pasó silbando junto a Ava, rozándola por un pelo. Sobresaltada, se dio la vuelta con los ojos muy abiertos. En el centro del patio del castillo estaba el mago contra el que había luchado en la arena.

Arthur.

Su rostro demacrado estaba lleno de odio, su cuerpo delgado tenso y sus manos alzadas listas para atacar. Entre sus palmas ya estaba formando la siguiente bola de energía y la lanzó contra Ava. Lanzaba los ataques con tal rapidez que Draco no tuvo más opción que esquivar las esferas mágicas, impidiéndole montar cualquier contraofensiva.

Más de una vez, los ataques fallaron a Ava por milímetros, pero al menos el mago se centraba en ella. Magg permanecía en gran parte ilesa. Ella y Thalara podían intentar más ataques, pero sin

Draco resultaban menos efectivos y ya no lograban penetrar la cúpula protectora.

—¿Está Kilian en el edificio?

—En la torre residencial, sí.

—Entonces vuela más alto para que podamos reagruparnos.

—¡Entendido!

Se elevaron hacia el cielo hasta que los hechizos de Arthur ya no podían alcanzarlos. Magg y el dragón de fuego les siguieron.

—¿Qué sucede?

—Kilian está en el edificio principal.

—Entonces deberíamos concentrar nuestros ataques en el lado sur. Pensarán que estamos atacando la puerta principal.

Ava asintió. Inmediatamente, los dragones se lanzaron en un descenso pronunciado y bombardearon la sección sur del muro. Pero los magos estaban preparados. No solo desviaron todas las salvas de fuego, sino que continuaron sus ataques sin interrupción. Los dragones constantemente tenían que elevarse para evitar ser alcanzados.

—¿Qué debemos hacer ahora? —gritó Ava a Magg mientras nuevamente escapaban por los pelos de un ataque y huían hacia el cielo.

La cadete no se sentía intimidada por nada. Apretó el puño con determinación. Era una pena que no estuviera ya peleando junto a los luchadores de dragones contra los magos.

—¡Seguimos hasta que Kilian y Lilly hayan salido del edificio!

—¿Aunque los magos se estén haciendo más fuertes?

Al menos así lo sentía Ava. Quizás sus oponentes simplemente sabían ya cómo alejarlos. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que golpearan a los dragones con sus bolas de energía mágica, o algunos magos se retiraran porque los demás podían repeler el ataque solos? Cuantos menos necesarios en el patio para la defensa, más magos podrían suponer un peligro para Kilian y Lilly.

Ava apretó los puños.

—¡Necesitamos arriesgarnos con avances más grandes, o no atraeremos suficiente atención!

—Y Elora no saldrá, sino que custodiará a Lilly ella misma.

Solo necesitaban una buena idea. Dejó vagar su mirada por los muros, torres y edificios. La torre residencial en el centro servía como cuartel general de Elora, pero Lilly y Kilian estaban allí, así que tenían que abstenerse de atacarla.

¿Qué alternativa tenían?

Magg señaló un pico montañoso que se elevaba cerca del castillo.

—¿Y si hacemos que las montañas de alrededor se derrumben?

—¡Cielos, no! ¡Kilian y Lilly podrían quedar sepultados bajo los escombros!

La sonrisa que Magg le dirigió a Ava parecía peligrosa.

—¿De verdad crees que Elora permitiría que dos dragones destruyeran su cuartel general? La haremos salir con esta acción, ¡y Kilian tendrá el camino despejado!

—¡Eso suena a locura!

—¿Tienes una idea mejor?

No, maldita sea, no se le ocurría ninguna alternativa.

—¿Qué opinas, Draco?

—Arriesgado, como suele ser con Magg, pero podría funcionar.

—¿Podría?

—¡Podría!

—¿Qué dice Thalara al respecto? ¡Seguro que no querrá poner en peligro a su jinete vinculado!

—Probablemente, pero ahora estamos al mando nosotros.

Porque Kilian no estaba aquí…

—¡De acuerdo, intentémoslo!

Magg le hizo un gesto de aprobación con el pulgar, Draco se lanzó hacia los picos de las montañas y Thalara los siguió rugiendo. Golpearon las rocas con sus colas hasta que las primeras masas de piedra se desprendieron. Los peñascos rodaron montaña abajo y golpearían directamente el castillo.

Los magos reforzaron el escudo protector, lo que por primera vez complació a Ava. De esta manera, Lilly y Kilian no corrían peligro de ser aplastados por las masas de piedra. Una y otra vez, los dragones lanzaban sus colas como mazas contra los picos rocosos, provocando que cada vez más trozos de roca se desprendieran. Comenzó una

verdadera lluvia de peñascos, hasta que de repente la puerta principal del edificio central se abrió de repente y Elora salió.

Se había recogido el largo cabello castaño en una coleta alta que le llegaba más allá de los hombros y acentuaba sus pómulos marcados. Llevaba una larga capa oscura sobre un corsé rojo de cuero de escote pronunciado y unos pantalones ajustados con botas, que resaltaban su figura esbelta. Parecía lista para la batalla. ¿Los estaba esperando? Probablemente, después de todo, no había secuestrado a Lilly sin motivo.

Levantó las manos, miró a Ava con odio y amplió la cúpula protectora que cubría el complejo del castillo.

Ni un solo peñasco penetró el hemisferio de resplandor rojizo, ni uno tocó el patio del castillo o las secciones de muralla. En su lugar, rodaron por la ladera junto al complejo, y una densa nube de polvo se elevó desde el barranco.

La visibilidad empeoró.

Los dragones continuaron golpeando los picos montañosos con sus colas, pero no importaba cuántos peñascos cayeran hacia el castillo, Elora los desviaba todos. Como los magos durante los ataques anteriores, ella parecía fortalecerse bajo la lluvia de piedras, llamó a sus aliados, con Arthur a la cabeza, y les dio instrucciones, tras lo cual sus seguidores pudieron mantener la cúpula sin ella.

Le lanzó a Ava una mirada furiosa, dio media vuelta y se dirigió con paso firme hacia el edificio principal.

Ava sentía un nudo en la garganta. ¿Cómo iba a derrotar alguna vez a esta mujer?

—¿Dónde está Kilian?

—Todavía dentro.

Maldita sea.

—¿Ha encontrado ya a Lilly?

Thalara soltó un rugido aterrador y se lanzó hacia el castillo. Ava observó horrorizada.

—¿Qué ha pasado?

—Los magos lo descubrieron.

No.

Draco persiguió al dragón de fuego, atacando juntos el escudo protector y las secciones sobresalientes del muro, pero sus enemigos eran superiores. Lanzaban un ataque mágico tras otro, obligando a los dragones a zigzaguear por el cielo. En el último momento, Thalara consiguió esquivar una bola de magia, pero giró tan rápido en el aire que Magg perdió el agarre y cayó.

—¡No! —Ava se apresuró tras ella en Draco, pero Magg ya había atravesado el escudo protector, que frenó su caída hasta que golpeó el suelo. Los magos la rodearon como si hubieran anticipado su caída, ocultándola de la vista de Ava.

—¡Necesito bajar ahí!

—¡No, Ava! ¡Tú eres a quien quieren!

—Exactamente. ¡Tengo que salvar a mis amigos!

—¿Cómo piensas hacer eso?

Sacó la daga de su cinturón y enrolló la piedra Isip alrededor del mango.

—¡Voy a saltar!

—¿Quieres hacer tu primer intento desde esta altura precisamente ahora?

—¿Cuándo si no? Además, el salto en casa del Maestro Clark no era mucho más bajo.

—Allí volé tan bajo que pudiste deslizarte por mi ala. Eso no es posible aquí.

—¡Aun así! ¡Tengo que ayudarla!

—Ava…

—¿Lo has olvidado? ¡Es mi destino!

—Pero no puedo ayudarte allí abajo.

—Sí, puedes hacerlo, continuando el ataque a la instalación con Thalara. Cuanto más fuerte ataquéis, más magos necesitarán para defenderse. Déjame bajar ahora.

—¡Ava, no!

—Sí, Draco. Sabes que al final se reduce a esto. Ella o yo. ¡Pero no dejaré que mis amigos mueran primero!

Draco soltó un grito desgarrador, descendió más y, justo antes de llegar a la cúpula protectora, giró hacia un lado como para atacar de

nuevo la instalación. La muralla se acercaba cada vez más, pero aún estaba malditamente alta.

Se le revolvió el estómago.

Ava se prohibió a sí misma prestarle atención. En su lugar, pensó en Magg, en Kilian, en Lilly. Todos estaban allá abajo y la necesitaban.

Saltó desde la espalda de Draco, el dragón frenó su caída con su magia, y Ava aterrizó en la almena. Absorbió el impacto, sostuvo la daga Isip frente a ella y se quedó quieta, conteniendo la respiración.

Que comience la batalla.

CAPÍTULO 32



Draco lanzaba una andanada de ataques contra el complejo del castillo y golpeaba la barrera mágica con su cola, mientras Thalara se unía a los ataques. Lo hicieron con tanta habilidad que los magos no habían notado la llegada de Ava.

Al menos hasta ahora.

Agachada, se arrastró a lo largo de la muralla hasta que descubrió un estrecho hueco en el muro y miró hacia el patio.

Magg estaba rodeada por sus oponentes. Yacía en el suelo inconsciente, pero respiraba. Dos magos susurraron un hechizo, haciendo que flotara desde el suelo y se desplazara detrás de los hombres como una carga llena de helio. Se dirigían hacia el edificio principal, presumiblemente para presentar su captura a Elora.

Con suerte, el choque de Magg al menos había servido para que Kilian llevara a Lilly a un lugar seguro sin ser notado. Sin embargo, ahora había alguien más que necesitaba ser rescatado. El miedo quería apoderarse del corazón de Ava, pero no podía ser débil.

¡Ya no estaba indefensa!

Se arrastró más allá del parapeto, prestando atención a cada sonido, y escuchó a dos magos que bajaban por la fortificación.

—Reforzad el escudo de la puerta solo después de que la guardiana esté dentro.

—Entendido. ¿Realizará Elora la ejecución ella misma?

—No dejará que nadie más lo haga.

Ava se quedó blanca como la tiza. Los magos solo la estaban esperando a ella, y no la dejarían marchar de nuevo. ¿Cómo podía haber esperado otra cosa? Después de todo, según la profecía, ella era la mayor amenaza para Elora.

Sin embargo, su respiración se mantuvo inesperadamente tranquila. Quizás porque en el fondo había anticipado esto. Quizás porque en el fondo sabía que no podía ganar contra Elora. Quizás porque esperaba su propia muerte. Pero no dejaría que sus amigos murieran.

Tenía que permanecer sin ser detectada el mayor tiempo posible. Esa era la mejor oportunidad para que Kilian pusiera a Lilly a salvo. Agachada, avanzó sigilosamente por el parapeto hasta que pasó las escaleras por las que habían bajado los magos. El suelo se estremecía constantemente bajo los ataques de los dragones, y los impactos resonaban por todo el complejo.

Debido a los incesantes ataques, todos los magos permanecían en el patio en lugar de correr hacia las fortificaciones, probablemente para evitar ser golpeados por colas de dragón. Bueno para Ava, porque así podría, con suerte, escabullirse a un rincón sin vigilancia, y luego ya decidiría qué hacer a continuación.

Corrió a lo largo de la muralla sin ser descubierta y llegó a una escalera donde hizo una pausa. Un pequeño edificio utilitario se alzaba a pocos metros en el patio del castillo. Estaba desierto y se ofrecía como escondite o al menos como parada intermedia para entrar al castillo. Si corría lo suficientemente rápido, sus oponentes podrían no descubrirla.

Sin dudarlo, bajó furtivamente las escaleras y alcanzó el patio. Se oyeron pasos. Ágilmente, saltó detrás de un barril, justo a tiempo antes de que dos magos pasaran junto a ella y subieran las escaleras.

—La magistra dijo que necesitamos expandir la protección subiendo a la muralla.

Seguramente se referían a Elora.

—Que así sea.

Varios magos les siguieron. Si fuera de día, seguramente habrían descubierto a Ava, pero tal como estaba, la muralla proyectaba

sombras sobre el barril detrás del cual se agachaba. Esperó en silencio mientras la oscuridad de la noche engullía cada rincón al que no llegaban las luces.

Tan pronto como la tropa había pasado y se había esparcido por la fortaleza, fijó como objetivo la torre residencial. Tenía que entrar allí.

Se deslizó hasta el pequeño edificio, presionó su espalda contra la pared y se escabulló hacia el otro lado, donde permaneció en las sombras. Un sencillo cobertizo de madera se extendía a lo largo del edificio principal, donde había caballos atados. Sin ser descubierta, corrió hacia él y se escondió entre los cuerpos de los caballos. Los animales relinchaban sin cesar, así que avanzó rápidamente y finalmente alcanzó la puerta de entrada de la torre residencial.

¿Cómo iba a entrar sin ser vista? ¿Simplemente abriría la puerta?

Miró por encima del hombro. En ese preciso momento, Draco lanzó un ataque contra la puerta principal, por lo que todos los magos estaban concentrados únicamente en él. Rápidamente, abrió la puerta, se deslizó dentro y se apresuró por el largo y alto corredor.

Dos semanas atrás, había sido arrastrada por este corredor por los guardias hasta la arena. Jamás habría pensado que volvería aquí voluntariamente. Aunque no se podría llamar voluntaria a su venida.

Una alfombra azul oscuro cubría el suelo, amortiguando sus pasos. Armaduras se alzaban a los lados, dando la impresión de que estaba en un castillo antiguo de cuento de hadas, pero sabía que las apariencias engañan. En este edificio gobernaba una hechicera que no conocía la piedad, ni los escrúpulos, ni la compasión. En cuanto pusiera las manos sobre Ava, la mataría al instante.

Llegó al pasillo del que se ramificaba la sala del trono. No se veía a nadie, todos los magos estaban ocupados con la defensa del complejo del castillo. Sin duda, los dragones eran de fiar.

—¡Lo estás haciendo genial! —exclamó Ava a Draco, quien emitió un profundo gruñido.

—¡No dejes que te atrapen!

—Hago lo que puedo. ¿Tiene Elora a Kilian bajo su poder?

—Escapó y encontró a Lilly. Te avisaré en cuanto la chica esté a salvo.

—¡Por fin una buena noticia!

Él retumbó. Su voz ya no sonaba en absoluto como la del pequeño dragón que había eclosionado recientemente. La batalla exigía que creciera más allá de sí mismo; Ava lo necesitaba, y por eso estaba experimentando otro intenso estirón. Y a ella le encantaría presenciarlo. Quería ver a Draco de nuevo y salir viva de este castillo, ¡con sus amigos!

Encontró el pasillo que conducía a las celdas de la prisión y subió las escaleras. Aunque enfrentarse a Elora era su destino, no la desafiaría. Quizás podría escapar de la hechicera antes del sangriento final.

Luces mágicas colgaban en las escaleras, así que se apresuró. Si alguien venía hacia ella, no habría dónde esconderse. Pasó la tercera escalera y llegó al pasillo donde había estado cautiva.

Resonaron pasos de botas.

Maldición.

Rápidamente buscó un escondite, pero las paredes estaban desnudas, el pasillo era estrecho, y no había ni decoración ni muebles. Sin dudarlo, corrió de vuelta a las escaleras y subió hasta quedar fuera de la vista desde el ala de la prisión. Allí permaneció quieta y escuchó.

Las pesadas pisadas llegaron a las escaleras y venían en su dirección.

¡Mierda!

Inmediatamente saltó y siguió avanzando sigilosamente. Al llegar al siguiente pasillo, dudó. Era tan austero y desnudo como el anterior, sin ofrecer ningún lugar para esconderse. Así que rápidamente subió corriendo las escaleras y llegó al piso superior.

Permaneció en el último escalón, conteniendo la respiración, pero el destino no mostró piedad. Los firmes pasos también subían el tramo superior de escaleras. No tuvo más remedio que huir hacia el pasillo sin amueblar.

Corrió sobre la punta de sus pies para que los tacones de sus botas no la delataran, y llegó a una puerta entreabierta.

Rápidamente se deslizó dentro y se encontró en un dormitorio sencillo. No había nadie, las cortinas estaban corridas y la cama hecha. Rezó en silencio para que esta no fuera la habitación de quien, sin saberlo, había estado pisándole los talones. Apresuradamente, se escondió detrás del armazón de la cama y permaneció inmóvil.

Los pasos se acercaron, la persona tosió fuerte y pasó de largo el dormitorio donde ella se escondía. Cuando finalmente se desvanecieron los pasos de las botas, soltó el aire contenido.

Esperó hasta que se abrió una puerta y poco después se cerró de golpe. En silencio, gateó desde detrás de la cama, empujó la puerta de la habitación y escuchó el pasillo. Como todo permanecía en silencio, se puso en marcha. Con suelas silenciosas, se arrastró de vuelta a las escaleras y descendió los peldaños hasta llegar al tercer piso. Antes de entrar en el pasillo, escuchó vigilante.

No se oía nada.

Sujetando con fuerza la daga con la piedra Isip, se deslizó por el pasillo y llegó a la primera puerta con barrotes. Interiormente, se alegró. Había ido por el camino correcto. Estaba en el bloque de celdas.

Pero la primera celda estaba vacía, y tampoco había nadie en la segunda y tercera. Además, no había guardia. ¿Para qué lo habría, cuando los magos conocían formas de mantener a todos los mortales comunes dentro de las celdas?

El final del bloque de celdas no estaba lejos, pero no había señal de Lilly y Kilian. ¿Dónde estaban?

—Kilian la tiene y solo necesita sacarla del castillo.

El mensaje llegó justo a tiempo. Ava levantó el puño en señal de victoria.

—Genial. Dile a Thalara que deben ponerse a salvo. Yo me ocuparé de Magg.

Se oyó un gruñido profundo, remotamente similar a una risa.

—¿De verdad crees que el jinete de dragones se marchará volando cuando sepa que estás en el castillo de Elora?

—Debe hacerlo, así que no se lo digas.

—Demasiado tarde, Thalara ya se lo ha contado.

Malditos vínculos de dragón…

—He oído eso.

—No me refería a ti.

—Hablaremos de esto cuando vuelvas. Ahora presta atención.

Sonaba como un dragón sabio de varios siglos.

Se deslizó por el pasillo hasta la escalera. Tan pronto como llegó allí, oyó pasos de nuevo y a dos hombres hablando.

—¿Para qué necesita a la chica?

—Quiere asegurarse de que no escape.

—De acuerdo, iré a buscarla.

—Te acompañaré. La pequeña es bastante difícil de manejar.

Sin duda los guardias estaban hablando de Lilly. Y subían las escaleras hacia ella.

Que el cielo la ayudase. ¿No debería la suerte estar de su lado?

Ava corrió para llegar a las escaleras antes de que los magos la descubrieran. Subió los escalones a toda prisa antes de que los guardias alcanzaran el tercer piso.

—Pensaba que querías venir. ¿Qué ocurre?

El corazón de Ava se detuvo. ¿La habría visto uno de los hombres después de todo? A juzgar por los sonidos, estaban en las escaleras.

—Me pareció oír pasos.

—Seguro que es Henc. Apuesto a que el perro vago está tumbado en algún rincón durmiendo la resaca. ¡Cómo desprecio a estos del Pueblo Antiguo ¡Sin dignidad, sin autocontrol!

Ava permaneció inmóvil en lo alto de la escalera, apenas atreviéndose a respirar. Finalmente, los hombres continuaron su marcha.

—Probablemente tengas razón.

Las firmes pisadas de botas se acercaban al bloque de celdas. En cualquier momento notarían que Lilly ya no estaba allí. Sería mejor desaparecer de aquí y colarse en la sala del trono antes de que los guardias pusieran patas arriba todo el edificio. Por otro lado, el caos podría ayudarla a liberar a Magg.

Ava se deslizó escaleras abajo, asomándose al pasillo para ver a los magos de espaldas, caminando por el ala de los prisioneros. Bajó los escalones silenciosamente, dejando atrás el tercer piso sin ser

notada por los guardias. Miró hacia arriba una última vez para asegurarse de que sus oponentes no la habían visto cuando sus pies se enredaron y cayó de cabeza por la escalera.

Aterrizó duramente sobre los bordes. Solo con gran esfuerzo logró contener el grito de dolor que quería escapar de su boca. En cambio, el sonido de su caída resonó por todo el complejo del castillo.

Los magos acudieron corriendo de inmediato, mientras Ava intentaba ponerse en pie, pero no lo conseguía. Algo se había enroscado alrededor de sus piernas, impidiéndole levantarse. Y en ese momento, lo comprendió.

No había tropezado; había caído en una trampa mágica.

¡Maldita sea!

El primer guardia se plantó a dos pasos frente a ella y se puso las manos en las caderas, con una risa demasiado satisfecha en los labios. Vestía las oscuras túnicas de los magos, pero llevaba la capucha echada hacia atrás, permitiéndole ver su rostro estrecho.

—¡Qué Henc ni qué Henc! ¡Sabía que te había sentido, guardiana!

Ava lo reconoció inmediatamente. Era uno de los guardias que primero la había llevado ante Elora y luego a la arena durante su última visita.

—¡Déjame ir! No quiero haceros daño, solo quiero liberar a mis amigos.

Él se rió con pereza.

—Puedes contarle tus mentiras a nuestra magistra. Me temo que esta vez no te dará la oportunidad de luchar antes de tu muerte, aunque yo con gusto lo vería. ¡Esta vez, guardiana, estás acabada!

CAPÍTULO 33



Ava yacía indefensa en las escaleras, condenada a observar cómo se acercaban los magos. ¡Basta! Ava ya no estaba indefensa. Había aprendido a luchar. Y, por el amor del cielo, ¡tenía una piedra Isip!

Agarró su daga, a la que había atado la piedra mágica, y cortó a lo largo entre sus piernas. El hechizo invisible se disolvió y quedó libre. Inmediatamente se levantó de un salto y bajó corriendo las escaleras.

—¿Cómo ha conseguido hacer eso? —gritó el mago.

—No importa. ¡A por ella! —Los pasos de los guardias retumbaron escaleras abajo, más fuertes que los dragones golpeando sus colas contra las paredes.

Ava corrió más rápido que nunca en su vida. Bajó las escaleras a toda velocidad, considerando correr hacia el primer piso, pero quizás eso la conduciría a un callejón sin salida como en el tercer piso. Era mejor bajar corriendo, aunque se arriesgase a ir directamente a los brazos de Elora. Si las cosas se ponían peor, podría saltar por la ventana de la planta baja.

Bajando de dos en dos, dejó la escalera atrás y llegó a la planta baja. Dos guardias aparecieron por el pasillo y la vieron. Mientras uno abría los ojos con incredulidad, el otro inmediatamente formó una bola de energía entre sus manos y la lanzó contra Ava. Ella levantó rápidamente su daga, desvió el ataque y corrió en dirección contraria.

—¡Es la guardiana!

Los otros dos guardias bajaron ruidosamente las escaleras y gritaron a los centinelas:

—¿Por qué la habéis dejado escapar?

Los magos maldijeron, uno escupió en el suelo, y cuatro pares de botas la perseguían de cerca. Ava tenía que mirar constantemente por encima del hombro para ver venir sus ataques. Le dispararon un ataque tras otro, obligándola a correr hacia atrás para evitar ser alcanzada. Sus pasos se ralentizaron mientras los peligrosos proyectiles silbaban cada vez más rápido, y sus perseguidores ganaban terreno. Apenas cinco metros les separaban.

Los magos reían con confianza, tres la bombardeaban con rayos, mientras el cuarto murmuraba un encantamiento. Al momento siguiente, una cuerda invisible se envolvió de nuevo alrededor de sus tobillos, y cayó de bruces al suelo. Inmediatamente enderezó la parte superior de su cuerpo para cortar la restricción mágica, pero los guardias ya estaban sobre ella, formando una jaula de luces resplandecientes y colocándola encima. Las ataduras se disolvieron, pero antes de que pudiera huir, los barrotes parpadeantes la rodearon por todos lados.

Sin dudar, embistió con el hombro, gritando. ¡Quizás hubiera una salida! Pero los barrotes eran como metal, aunque se podía ver a través de ellos. Sacó su daga e intentó cortar la rejilla para destruir el constructo. Sin embargo, los magos renovaban cada grieta que conseguía hacer antes de que pudiera crear un agujero lo suficientemente grande para colarse.

—¿Te vas a callar de una vez?

—¡No! ¡Dejadme ir!

Sus oponentes refunfuñaron con desdén, mientras el guardia de cara estrecha sonreía con suficiencia.

—Cuando la llevemos ante ella, nos estará eternamente agradecida.

—¡Absolutamente!

Movió las manos como si recogiera agua. Al momento siguiente, Ava se elevó del suelo junto con la jaula encantada y voló detrás de él y su camarada por el pasillo. Los dos magos enmascarados

esperaron hasta que hubiera pasado volando para correr detrás de la jaula. Reían y bromeaban como si fuera la festividad mágica más importante del año.

—¡Dejadme ir!

Los hombres la ignoraron y rieron triunfalmente, como si su destino estuviera finalmente sellado. ¡Pero eso no podía ser!

Ava no se rendía, golpeando con su daga los barrotes, pero los magos detrás de la jaula renovaban casualmente cada hueco en la rejilla antes de que pudiera golpear los puntos inestables una segunda vez. El esfuerzo que empleaba no era nada comparado con lo que sus oponentes necesitaban para evitar que escapara. Así que se detuvo, jadeando pesadamente y reuniendo fuerzas.

Los hombres la llevaban hacia Elora, y ella la mataría. Quizás la hechicera accedería a un combate previo. Pero independientemente de alguna maldita profecía que le aseguraba una oportunidad, ¿qué tan realista era que venciera a la hechicera más poderosa cuando cuatro simples magos la habían metido sin esfuerzo en esta maldita jaula?

Se pasó las manos por la cara, su mirada cayendo sobre la daga con la piedra Isip. Quizás eso sería suficiente para mantener a Elora a raya y escapar en un momento oportuno.

Probablemente era completamente ingenuo apostar por tales improbabilidades.

Llegaron a las altas puertas dobles que conducían a la sala del trono. Esta vez, los guardias no llamaron sino que abrieron la entrada de un golpe con sus puños y entraron confiadamente en la sala.

—¿Qué significa esto? —La dura voz de Elora resonó por la cavernosa sala.

—Le traemos la captura del día. —Los hombres se inclinaron y se apartaron, permitiendo a Ava y a la hechicera una visión clara la una de la otra.

Elora estaba sentada en su trono pero se levantó y alzó la barbilla. Apenas podía ser mayor que Ava. ¿Cómo había conseguido alcanzar una posición tan poderosa siendo tan joven? Y estaba sonriendo. Era la sonrisa más diabólica que Ava hubiera visto jamás.

Si sus ojos no destellaran con tanta frialdad, se la consideraría hermosa.

—Vaya, vaya. ¿A quién me habéis traído?

Ava no soportaba su arrogancia. La ira se apoderó de ella y golpeó nuevamente los barrotes con su daga.

—¡Dejadme salir!

—¿Por qué deberíamos hacer eso cuando todo está saliendo según lo planeado?

Ava golpeó la jaula con vehemencia, pero ante las palabras de Elora, se detuvo y miró fijamente a la hechicera. ¿Qué quería decir con eso?

La magistra negó lentamente con la cabeza, sin apartar los ojos de Ava.

—¿Realmente crees que te has infiltrado en mi castillo sin ser notada? ¿De verdad crees que no te vi saltar de tu dragón? ¿De verdad crees que no me di cuenta de que tu amante liberaba a la chica? ¿De verdad crees que es una coincidencia que estés aterrizando justo aquí delante de mí ahora? —Echó la cabeza hacia atrás y se rió. El sonido resonó por toda la sala hasta que la hechicera bajó la cabeza y miró a Ava. Una amplia sonrisa se extendió por su rostro y sus ojos oscuros brillaron peligrosamente— ¡Estás exactamente donde quiero que estés!

Ava sintió calor y frío. Había escuchado sus palabras con incredulidad, sintiéndose inferior, impotente, pero ¡no podía rendirse tan fácilmente! Sin saber de dónde encontró la voluntad, apretó las manos en puños. Probablemente la hechicera solo estaba jugando con ella. Quería darle una sensación de impotencia para que se rindiera. Para que aceptara su muerte.

Rápidamente dejó vagar su mirada por la sala, sobre la galería con el trono, el largo pasillo con la alfombra oscura y la gran mesa redonda que estaba junto a la salida en un nicho. Las columnas ricamente decoradas dividían la sala en varias secciones. Unas gruesas cortinas estaban corridas delante de las ventanas, pero las luces mágicas que colgaban distribuidas en el aire iluminaban cada rincón, de modo que podía ver toda la sala.

No había rastro de Magg.

¿Adónde se la habían llevado los magos?

—¿Buscas a la rubia demasiado entusiasta?

Ava devolvió la mirada de Elora con determinación. No se rendiría sin luchar.

—No, estoy buscando una vía de escape.

Una vez más, la hechicera echó la cabeza hacia atrás y se rió de tal manera que el sonido rebotó en las paredes. En cuanto volvió a prestar atención a Ava, no quedaba rastro de su buen humor; en su lugar, su boca se retorció de odio.

—¡Basta de juegos! Sacadla de la jaula para que pueda eliminar por fin a quien supuestamente es nuestra mayor amenaza. ¡Ridículo!

Los barrotes resplandecientes se disolvieron y Ava cayó al suelo. Aterrizó torpemente sobre su tobillo y un dolor punzante le subió por la pierna. Pero Elora ya le estaba lanzando la primera bola mágica, así que rápidamente se puso en pie y sostuvo la daga con la piedra Isip delante de ella.

—¿Por qué estás tan llena de odio, de todos modos?

—¿La indefensa guardiana quiere hablar primero? —Alteró su voz como si hablara con una niña pequeña— ¿Tienes miedo de lo que te tengo preparado?

—Tengo curiosidad. — Ava se encogió de hombros con naturalidad, como si no le importara, aunque Elora tenía razón, por supuesto. Quería ganar tiempo y quería posponer la pelea, preferiblemente de manera indefinida. Porque sabía que no estaba preparada todavía. Sabía que era inferior a la hechicera. No estaba lista para cumplir su destino.

Y Elora también lo sabía.

La magistra entrecerró los ojos.

—Digámoslo así: El rey creó sus propios enemigos. Y ahora basta de charla. ¡No quiero volver a ver tu cara jamás! —Levantó la mano derecha y lanzó un rayo contra Ava, quien rápidamente alzó la daga. Pero el estallido mágico era demasiado fuerte. Penetró a través del arma hasta su mano y subió por su brazo como una descarga eléctrica. Ava se tambaleó hacia atrás pero se mantuvo en pie mientras la hechicera se acercaba a ella, con los ojos fijos en su arma.

—¿Quién te dio la piedra?

—¡Alguien que está de mi lado y no del tuyo! —Rápida como un rayo, Ava sacó la segunda daga de su cinturón y la lanzó contra Elora. Esta levantó la mano perezosamente, haciendo que el arma se detuviera en el aire, girando su punta ciento ochenta grados y volviendo hacia Ava como una flecha.

Saltó a un lado, pero la daga aún le alcanzó el brazo. La afilada hoja cortó la manga de su túnica y le rozó la piel.

—Quizás deberías reconsiderar tus ataques, porque invertiré cada uno de ellos y los dirigiré de vuelta hacia ti.

Una vez más, la hechicera lanzó un rayo, Ava lo desvió, pero el estallido mágico subió siseando por su brazo hasta su corazón. Al mismo tiempo, la magistra disparó más rayos que golpearon a Ava en el estómago, la cadera y el tobillo. Los ataques concentrados eran demasiado fuertes. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, mientras las áreas afectadas ardían como fuego.

El rostro de Lilly apareció ante los ojos de su mente, su sonrisa traviesa, su expresión sabia, y la pequeña le susurraba incesantemente: "No te rindas, Ava. ¡Cuento contigo!"

Ava apretó los dientes y se tambaleó hasta ponerse en pie. En cuanto estuvo de pie, tensó su cuerpo y levantó la daga.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Elora sonrió con malicia.

—No te preocupes. Vas a experimentar mis rasgos más despiadados.

Un golpe sacudió el edificio. Draco. Ava miró hacia el techo. Aunque no podía verlo, sabía que él quería ayudarla.

La voz de la hechicera se tornó fría.

—Encargaos de una vez del dragón. Matadlos a todos. Podemos dejar de fingir que son capaces de derrotarnos. Yo me ocuparé de la guardiana a solas.

Sin cuestionar la orden, los magos se precipitaron hacia el exterior, mientras Ava y Elora permanecían en el enorme salón. Aunque parecía haber tanto espacio y la sala era lo suficientemente grande para miles de personas, Ava sabía que no podía escapar de la hechicera.

CAPÍTULO 34



La Piedra Isip debilitaba los ataques de Elora, pero no era lo suficientemente poderosa para salvar a Ava. Se dio cuenta de esto en los siguientes diez segundos, durante los cuales la hechicera la atacó sin tregua. Los rayos que Ava desviaba con la daga eran menos dolorosos. Sin embargo, simultáneamente recibía otros ataques que convertían su cuerpo en un infierno.

No sabía si estaba sufriendo heridas externas. Si la persona que encontraría su cadáver pensaría que había muerto de alguna dolencia interna irreconocible, ya que su piel parecía impecable. Pero por debajo, en sus venas, sus músculos, en su carne, ardía como si la hechicera hubiera encendido un fuego dentro de ella que la consumía de forma agónica.

Sus movimientos se volvieron más lentos, sus extremidades pesadas, aunque estaba inundada de adrenalina. En circunstancias normales, habría caído al suelo hace tiempo, pero esta era la batalla final. El gran desenlace, del que solo una de ellas saldría con vida.

Aparte de la daga, a cuya empuñadura estaba atada la Piedra Isip, no tenía ninguna arma. Así que exactamente lo que había temido se había cumplido. Podía luchar con la última daga, pero contra un mago, sus horas de entrenamiento eran inútiles. Especialmente contra la reina entre ellos.

Su respiración era laboriosa, su corazón luchaba por cada latido, constantemente atormentado por los rayos mágicos. Elora ni siquiera

tenía una gota de sudor en la frente. Su tez parecía rosada y despreocupada, sus ojos oscuros brillaban con entusiasmo, y sus movimientos eran relajados, por no decir aburridos.

—Considerando la profecía, esperaba más de ti, guardiana. Te das cuenta de que en cuanto yo quiera, estás muerta, ¿verdad?

Por supuesto que lo sabía, pero aun así negó con la cabeza.

—¿Qué dice exactamente esa profecía?

Elora resopló.

—¿Ni siquiera sabes eso?

Sí, lo sabía, aunque solo fragmentos, pero aprovechaba cada respiro que podía conseguir, cada momento adicional en el que podía disfrutar de respirar, ver, oler y oír. De vivir.

¿Cuán precioso era el tiempo que a uno se le concedía? ¿Cuán valioso era ante la muerte? ¿Por qué había desperdiciado todos esos años por miedo, por falso orgullo, por viejas heridas que no había estado dispuesta a perdonar? Debería haber saboreado cada momento. Debería haber respirado, reído y amado conscientemente cada segundo. Todo lo que no había hecho por miedo, nunca podría compensarlo. Estaba perdido, para siempre.

Oh, qué amargo sabía el arrepentimiento. ¡Cuán pesadamente pesaba el conocimiento de no haberlo intentado todo, no haber hecho todo, no haber experimentado todo lo que su corazón deseaba? No había escuchado la voz de su alma. La había ocultado tras su grueso muro, tras el falso orgullo y la arrogancia, tras la ilusión de tener tiempo eterno. Porque si bien se nos da una vida, no se nos da un tiempo infinito.

En este momento, ante la muerte, se dio cuenta: La vida es un regalo. El amor es un regalo, los sentimientos, las personas, las amistades, los vínculos, todo lo que hace latir nuestro corazón, todo lo que nos da la sensación de inmensidad, plenitud y gratitud.

Cómo había pisoteado su vida… Sin ver el regalo que sus padres le habían dado, cegada por la ira que su solitaria infancia había desencadenado.

Una nueva energía la inundó y con ella la voluntad incontrolable de sobrevivir.

—¡Sé que puedo detener al mago vivo más poderoso! Y tú también lo sabes, por eso quieres matarme. ¡Porque me tienes miedo! —Saltó hacia adelante, Elora dudó brevemente, pero el odio volvió a sus facciones y lanzó un rayo a Ava que la incapacitó al instante.

Cayó, la daga se deslizó de su mano, y golpeó con fuerza el suelo de piedra. Quedó boca arriba, inmóvil, paralizada, incapaz siquiera de agarrar la daga que aterrizó con un sonido metálico a un brazo de distancia de ella.

Elora alzó la barbilla y se acercó a ella. Apartó la hoja con sus botas negras hasta que se irguió sobre Ava. Sus ojos oscuros brillaban de odio, de oscuridad, de arrogancia.

—La profecía no cambia nada sobre el hecho de que voy a matarte ahora. Toma tu último aliento, guardiana, y muere sabiendo que no pudiste salvar a ninguno de ellos.

Se echó hacia atrás, formó un rayo azul en sus manos y estaba a punto de lanzárselo a Ava, cuando de repente Elora dudó y abrió mucho los ojos.

El corazón de Ava latía en su garganta. Esperaba el golpe final, esperaba la muerte, por lo tanto tensó todos sus músculos como si de alguna manera pudiera proteger el corsé tan duramente ganado. Los segundos se sentían terribles, solo retrasando la muerte, y no podía soportarlo más.

—¡Hazlo de una vez!

Pero la hechicera mantuvo el rayo azul en su mano y miró fijamente el pecho de Ava. ¿Estaba ocurriendo algo mágico? ¿Se estaba cumpliendo la profecía?

Siguió su mirada y no descubrió nada que explicara la reacción de Elora. El chaleco de cuero similar a un corsé le cubría la parte superior del cuerpo, debajo llevaba la túnica, y de esta había asomado su collar con el colgante.

El corazón roto.

—¿De dónde sacaste eso? —la voz de Elora sonaba extrañamente hueca.

Ava parpadeó. La sensibilidad volvió a su cuerpo y se incorporó con cautela. Mientras tanto, Elora no parpadeaba ni una sola vez,

miraba fijamente el collar y no se movía.

—De mis padres.

La hechicera abrió los ojos de par en par y no se movió. Ava dudó, pero luego aprovechó la oportunidad. Se puso de pie de un salto, corrió hacia su daga y la recogió. Se giró a la velocidad del rayo, esperando el golpe final de muerte, pero Elora simplemente la observaba con la boca abierta.

No entendía qué estaba pasando, pero no iba a esperar para preguntar. Aprovecharía esta oportunidad que se le había concedido por alguna razón.

Lentamente, retrocedió, alcanzó la puerta y dudó por un segundo, echando una última mirada a la magistra. Pero la hechicera seguía sin moverse, sin decir nada, solo mirándola fijamente. El relámpago crepitaba en su mano, pero parecía no darse cuenta.

Con el corazón latiendo frenéticamente, Ava abrió la puerta y salió corriendo.

Fuertes pisadas y gritos resonaban desde la entrada principal a través del alto corredor. Los magos estaban regresando, por lo que Ava no corrió hacia afuera sino que tomó el pasaje hacia el interior del castillo. Apenas podía creer que había escapado de Elora, pero apartó cualquier pensamiento al respecto y se concentró en lo importante. Por qué había venido aquí en primer lugar.

Magg.

Se precipitó por la siguiente puerta y encontró un laboratorio con viales, recipientes, morteros y libros sobre una mesa, e innumerables hierbas colgando de las vigas del techo. Parecía el laboratorio de un alquimista. Magg no estaba allí, ni tampoco nadie más. Rápidamente miró hacia el pasillo, vio a los magos irrumpir en la sala del trono y se escabulló de la habitación para inspeccionar la contigua.

Un fuerte grito de rabia resonó. ¿Era Elora?

No importaba, tenía que seguir adelante. Abrió la siguiente puerta y la que seguía después. En la siguiente, tropezó con un mago. Antes de que se diera cuenta de quién era ella, le clavó la empuñadura de la daga en la sien, haciendo que se desplomara inconsciente.

Saltó por encima de él hacia la habitación donde había estado haciendo guardia y finalmente descubrió a la cadete.

Magg yacía sobre una mesa de madera, con los brazos estirados de manera extraña y el cuerpo torcido de forma inquietante. Solo las gotas de sudor en su frente revelaban que aún estaba viva. Ava se apresuró hacia ella y le acarició la mejilla.

—¿Magg? ¿Magg?

La puerta se abrió de golpe, Ava se giró y levantó la daga en defensa. Pero no era un mago.

—¿Kilian?

—¡Ava!

Lo miró con incredulidad.

—¿Dónde está Lilly?

—Thalara la está poniendo a salvo. ¿Qué pasa con Magg?

—Se cayó de Thalara y está inconsciente. Tenemos que llevarla.

El luchador de dragones ya estaba a su lado, agarró a Magg y se la echó al hombro. Ella gimió pero no se movió.

Golpes atronadores resonaban por todo el complejo del castillo, un muro se derrumbó con gran estruendo y gritos hacían eco por todo el castillo. Ava miró frenéticamente a su alrededor.

—¿Cómo salimos de aquí?

—Por aquí. —Corrió hacia la ventana, cogió un cuadro de la pared y lanzó el marco a través del cristal. Innumerables fragmentos salieron volando. Limpió los pedazos restantes con el marco de madera y le hizo señas a Ava para que le siguiera. Saltó sobre una mesa y esperó hasta que Ava estuviera a su lado—. ¡Salta!

La puerta se abrió de golpe, así que Ava no dudó. Saltó por la ventana hacia el patio del castillo, con Kilian justo detrás de ella. Una bola de magia los siguió, pero antes de que los alcanzara, Ava levantó la daga con la piedra Isip y la desvió.

Él señaló una estrecha escalera que conducía a las almenas.

—¡Por ahí! ¡Y avisa a Draco! Tiene que recogernos.

—¡Vamos hacia la muralla del castillo!

—¡Voy para allá!

Corrieron hacia los escalones, los subieron en un abrir y cerrar de ojos, y avanzaron por la muralla de la fortaleza. Incontables

secciones se habían derrumbado, así que no pudieron llegar muy lejos.

Ava observó rápidamente el complejo del castillo. Draco había dirigido sus ataques a la puerta principal, razón por la cual la mayoría de los magos se habían congregado allí. Mientras volaba hacia ellos, le seguían andanadas completas de esferas mágicas, pero él las desviaba con su cola como si fuera su ejercicio más sencillo. Aterrizó en la almena, provocando que aún más piedras se precipitaran al suelo y que la estructura se tambaleara peligrosamente.

Kilian empujó a Magg sobre el lomo de Draco. Ava lo ayudó, pero de repente fue alcanzada por una bola mágica en la parte de atrás de su hombro. La fuerza y el dolor la hicieron caer de rodillas. El siguiente estallido de energía la siguió, y ella se dobló de agonía. Antes de recuperar el equilibrio, cayó desde el muro hacia el patio del castillo. Aterrizó duramente en el suelo. En el último momento, antes de que su cabeza golpeara firmemente, se sostuvo con las manos.

—¡Ava! —Kilian saltó tras ella y repelió con su espada los ataques de los magos que los habían seguido a través de la ventana. Más venían corriendo por el patio y disparaban no solo a Ava y Kilian sino también a Draco. El aire crepitaba y se volvió abrasadoramente caliente.

—*¡Vuela lejos!* —Ava le gritó mentalmente.

—*¡Nunca te dejaré atrás!*

—*¡Vuela lejos y pon a Magg a salvo!* —Se puso de pie mientras los magos la rodeaban a ella y a Kilian. Se colocaron espalda contra espalda y repelieron los ataques con sus espadas y dagas, pero había demasiados para alcanzar a Draco.

Magg gritó, golpeada por una descarga mágica, haciendo que Ava mirara a Draco conmocionada.

—*¡Llévatela antes de que os maten a los dos!*

—*¡No puedo dejarte!*

—*¡Debes hacerlo!*

Draco rugió y escupió fuego contra sus oponentes, pero los primeros magos ya habían trepado a la almena e intentaban

arrancar a Magg de su lomo. No tuvo más remedio que apartarlos con sus alas y elevarse en el aire.

—*¡Más os vale seguir vivos cuando regrese!*

Ava lo observó durante una fracción de segundo antes de volver su atención a sus enemigos.

Había tantos.

Kilian pasó su mano por la cintura de ella mientras permanecían espalda con espalda frente a los hechiceros. Su contacto la ayudó a superar el peor momento de pánico.

—Permanecemos juntos. ¡Podemos hacerlo!

Ella asintió. Con determinación, agarró la daga y desvió las esferas mágicas, Kilian hizo lo mismo mientras simultáneamente la empujaba a lo largo del muro centímetro a centímetro. Finalmente, llegaron a una sección que se había derrumbado. Paso a paso y espalda contra espalda, lucharon por subir entre los escombros y bajar por el otro lado. Por fin, dejaron atrás los terrenos del castillo y alcanzaron la ladera de la montaña sobre la que se había construido el castillo.

Algunos magos dispersos saltaron tras ellos, pero la mayoría permaneció dentro de los terrenos del castillo. Quizás el área contenía un hechizo protector.

Elora no reapareció. Ava no se dejaba engañar: esta era la única razón por la que pudieron escapar. Metro a metro, aumentaron la distancia con sus oponentes hasta que los ataques cesaron.

¿Lo habían conseguido?

No llegaron más rayos volando, así que inmediatamente comenzaron el ascenso. Con cada metro de elevación ganado, la euforia en el corazón de Ava crecía. La alegría desenfrenada de haber sobrevivido.

Pero justo cuando pensaba que lo habían logrado y se giró brevemente hacia el castillo, Arthur apareció entre los escombros. Les apuntó, y en sus ojos ardía un odio sin disimulo. Formó una bola de energía y la lanzó tras ellos en forma de una salva de fuego al rojo vivo.

Kilian ya se había dado la vuelta para subir la montaña, así que no vio venir el ataque, pero Ava se interpuso. El impacto fue tan

violento que atravesó su cuerpo como fuego. Cayó y quedó inmóvil en la pendiente rocosa.

—¡Ava!

Kilian saltó sobre ella y desvió el siguiente orbe mágico que Arthur les lanzó, con una sonrisa horrible en su rostro demacrado. Y disparó otro y otro y otro más, de modo que Kilian tuvo que hacer girar continuamente su espada en el aire para defenderlos.

La adrenalina inundó a Ava. Se puso de pie tambaleándose, todo le dolía, pero no se rendiría. No en el momento en que casi lo habían conseguido. Levantó la mano con la daga, desvió la siguiente oleada de ataques y dejó escapar un grito ensordecedor. El orbe mágico fue desviado por la piedra Isip, golpeó la ladera de la montaña, y un enorme peñasco se desprendió. Junto con una avalancha de escombros, rodó hacia ellos, retumbando en las rocas como truenos, y nubes de partículas de polvo se arremolinaron.

Rápidamente, Ava y Kilian se lanzaron a un lado y avanzaron a lo largo de la pendiente hasta una grieta donde quedaron protegidos, mientras los magos tenían que defenderse de la avalancha de rocas con fuerzas combinadas. Tan pronto como el polvo desapareció y la visibilidad se despejó, se encontraron fuera del alcance de sus enemigos.

Aunque sus oponentes no lanzaron otra oleada de ataques, no se permitieron un descanso, escalando sin tregua hasta que bordearon la pendiente y el castillo ya no estaba a la vista. Por un momento, Ava se quedó inmóvil y miró hacia atrás. Negó con la cabeza incrédula. Aunque no tenía idea de cómo lo habían logrado, habían hecho posible lo imposible. Habían escapado de los magos.

CAPÍTULO 35



—Vamos. Todavía estamos demasiado cerca del castillo. —Kilian le tocó suavemente el codo, haciendo que volviera a centrar su atención en la pendiente. El guerrero tenía razón. Si se quedaban aquí, los magos verían inmediatamente a los dragones volando y posiblemente los atacarían.

Avanzó con Kilian, piedra a piedra, metro a metro. Cuanto más se alejaban de sus adversarios, mejor se sentía, más podía creer que realmente habían escapado de ellos.

Estaba viva, respiraba, podía ver, oír y oler, especialmente a Kilian, que caminaba delante de ella y se giraba regularmente para asegurarse de que no se quedaba atrás.

Se había equivocado. Las lecciones del Maestro Clark no habían sido en vano. Aunque no había podido utilizar ninguna de las técnicas de ataque en su lucha contra Elora, su velocidad y los músculos recién adquiridos habían sido más que útiles contra los magos. Lo mismo ocurría con su huida. ¿Cuántas veces se había arrastrado en el polvo ante Magg y había tenido que levantarse de nuevo? ¿Y cuántas veces había hecho exactamente eso para sobrevivir?

Seguía viva solo porque se había levantado incansablemente, sin importar cuántas veces hubiese caído.

Ni siquiera sentía el ardor en sus brazos, el dolor en sus piernas o la respiración entrecortada. Su cuerpo estaba lleno de adrenalina

que solo lentamente disminuía. No fue hasta que llevaban un rato en movimiento cuando se dio cuenta de que todavía era de noche. Sin embargo, podía ver el suelo, cada piedra, cada brizna de hierba que se había abierto paso entre las rocas.

El tiempo que marcharon y escalaron pareció horas hasta que llegaron a una meseta que se acurrucaba contra una cresta rocosa y albergaba una pequeña cueva.

Kilian respiró profundamente y examinó la zona. No había rastro del castillo.

—Esperaremos a los dragones aquí.

Ava asintió en silencio. Su garganta ardía de sed y su pecho se agitaba pesadamente. Pero no había agua. No tenían provisiones, nada excepto las armas y la ropa que llevaban directamente sobre sus cuerpos.

Llegaron a la cueva. Kilian tuvo que agacharse para entrar, pero el interior era lo suficientemente alto como para que pudiera permanecer erguido. El suelo estaba cubierto de musgo donde sobresalían rocas lisas, y las áreas restantes estaban cubiertas de arena y piedras pequeñas.

Se volvió lentamente hacia ella. Su pecho subía y bajaba pesadamente mientras la miraba. Ella quería decirle tantas cosas, quería agradecerle, hacer preguntas, pero no podía. Su mirada la cautivaba, el calor de su cuerpo la invitaba, la llamaba, y ella no podía hacer nada contra eso.

Dio dos pasos hacia él, al mismo tiempo que él cerraba la distancia restante, y sus labios chocaron. Abrió la boca con avidez, sintió su lengua empujando contra la suya, sus labios moviéndose sobre los de ella y su barba incipiente rascándole la piel.

Sus manos se movieron por su espalda, se enredaron en su pelo, y ella lo abrazó con entusiasmo. Pasó las manos por su pecho, sintió los duros músculos trabajando bajo su tacto y se aferró a su camisa.

El beso la agitó mientras él acariciaba su cuello y sus labios seguían. Acarició sus brazos, se movió hacia su vientre y empujó la túnica hacia arriba hasta que tocó su piel desnuda. Un hormigueo electrizante siguió, el calor se disparó por la parte inferior de su cuerpo, su corazón latiendo salvajemente. Él acarició su estómago,

sus caderas y la parte baja de su espalda. Escalofríos acompañaban sus caricias, continuando a través de su cuerpo.

Estaba ardiendo, ya no podía pensar, no quería hacerlo. Deslizó las manos bajo su ropa de cuero, le quitó la armadura de los hombros y empujó el chaleco de cuero hacia arriba. En un solo movimiento fluido, él se quitó el chaleco y ya estaba aflojando los cordones de su corsé. Tan pronto como lo desató, lo levantó por encima de su cabeza, quitándole la túnica al mismo tiempo, y su cabello cayó muy por debajo de sus hombros. Él acarició suavemente los mechones, la miró con admiración, antes de conquistar sus labios de nuevo.

Ava no pensaba, solo sentía. Hacía exactamente lo que había lamentado ante la muerte. Sentía, vivía, abría su corazón. Olía, veía y amaba. Presionaba su cuerpo contra el de Kilian, sentía su piel desnuda sobre la suya, sentía sus manos recorriendo incansablemente su cuerpo. Su ritmo cardíaco se aceleró cuando él la besó por el cuello y la tocó en los lugares más sensibles. Y de repente todo fue tan simple. Completamente claro. Se entregó a él. Con toda su alma, con todos sus sentimientos, con todo su ser. No se guardó nada, se sumergió en las emociones y apartó todas las dudas.

Hicieron el amor durante horas, quizás fueron días. No lo sabía. El tiempo y el espacio no importaban. Estaban juntos, se aferraban el uno al otro, y se entregaban con plena confianza, porque eso es exactamente lo que debes hacer cuando estás bendecido con el don del amor verdadero.

En algún momento, el sol salió y proyectó sus rayos en la cueva. Hacían cosquillas en el hombro de Ava y rozaban los brazos de Kilian, con los que la sostenía. La sostenía más fuerte de lo que nunca antes había sido sostenida. Él le daba apoyo, y sin embargo, ella no se sentía débil o indefensa, sino más fuerte que nunca.

Mientras los cálidos colores iluminaban las rocas y la niebla se elevaba, el paisaje rocoso parecía como si estuvieran en una tierra encantada, mágica. Una tierra donde todo era posible, incluso un amor entre ellos dos.

—Tienes frío. —Su voz sonaba áspera y profunda. Vibró en el cuerpo de Ava como si quisiera encender de nuevo su deseo.

—Lo sé, pero quiero sentirte un momento más.

La frase quedó suspendida entre ellos y despertó sus pensamientos, sin que ella lo pretendiera. El abrazo de Kilian alrededor de su cuerpo se intensificó, ella enterró la cara en la curva de su cuello e inspiró conscientemente su aroma. Eran los últimos minutos, pues sus dragones llegarían en cualquier momento.

Ambos lo sintieron.

Ava sintió cómo los latidos de Draco se fundían con los suyos, como un toque de despertar, y ya no pudo escapar al momento. Apartó el brazo de Kilian de su cuerpo, acariciando con ternura el pequeño tatuaje de dragón en su antebrazo mientras lo hacía, y acercó la túnica para ponérsela.

Kilian se sentó a su lado, vistiéndose lentamente, y la miró durante largo rato. Ella sintió su mirada, evitándola hasta que estuvo completamente vestida. Entonces respiró hondo y lo miró. El fuego en sus ojos inmediatamente disparó su pulso a alturas nunca antes alcanzadas, por lo que se inclinó una vez más para besarlo. Una última vez.

Kilian se inclinó hacia ella, acunó su cabeza, pasó los dedos por su pelo y le acarició suavemente la mejilla.

Finalmente, se separaron.

No sabía qué decir. Había tanto, y sin embargo todo estaba dicho. Pero había una cosa que tenía que dejar clara para que él entendiera.

—No seré tu amante.

Él asintió.

—Lo sé. —Respirando profundamente, la miró antes de dirigir su vista hacia el horizonte—. Si tuviera elección, Ava, te elegiría a ti.

Pero no la tenía. Una voz silenciosa al fondo de su mente susurró: "¿Ves? No eres lo suficientemente digna de ser amada". Era la voz que había escuchado durante toda su vida. La voz que quería convencerla de que no era digna de ser amada. Como si los poderes superiores no lo permitieran.

Pero supo lo equivocada que estaba esa voz en cuanto pensó en Draco. Y en Lilly. Y en las horas que acababan de pasar.

—Lo sé. —Y realmente lo sabía.

No se trataba de que él jugara con ella, de que ella fuera una conquista, o de haber cometido un error. No se arrepentía de nada. Lo amaba, y él la amaba. Se les había permitido pasar esta única noche juntos, aunque su amor no tuviera un mañana.

Y lo extraño era que, aunque se había entregado completamente a sus sentimientos y aún los sentía sin disminuir en su corazón, no tenía miedo en absoluto. La fortalecía, la llenaba, y por primera vez en su vida, se sentía completa.

Siguió su mirada hacia el horizonte y tomó su mano. Él acarició con cariño sus dedos con el pulgar antes de aclararse la garganta y mirarla seriamente.

—Para aplacar al rey para que puedas seguir entrenando en la academia y no te mande matar, debo pedirle matrimonio a Amelia en los próximos días.

Y la boda seguiría pronto, pues ella había experimentado de primera mano lo poderosos que eran los magos.

En la distancia en el horizonte, Ava divisó una sombra que se hacía más grande. Draco. En el momento en que lo vio, supo lo que tenía que hacer.

—No volveré a la academia.

Él se volvió bruscamente hacia ella.

—Por favor, Ava. No podré supervisarte, pero estarás segura allí.

—No es mi destino estar segura en un solo lugar. Necesito prepararme. Necesito aprender a luchar mejor. Porque si he aprendido algo, es que estoy lejos de estar lista para derrotar a Elora.

Él suspiró profundamente, pero no dijo nada en contra. Finalmente, asintió y le acarició la mano de nuevo, el único contacto que aún se permitían.

—¿Cómo escapaste de ella?

Ava miró su túnica, bajo la cual se veía levemente su colgante. Era imposible que la vacilación de Elora estuviera relacionada con él, pero no encontraba otra explicación.

—Me perdonó la vida. ¿Por qué?, necesito averiguarlo sin falta.

Kilian la miró frunciendo el ceño.

—¿Hizo qué?

Ava sacó la cadena y jugó con el corazón roto.

—Parece una locura, pero tengo la sensación de que tuvo que ver con este collar. Cuando me caí, el colgante quedó a la vista y Elora se quedó mirándolo fijamente. Claro, podría haber sido una coincidencia, pero no lo creo. Me preguntó de dónde lo había sacado.

Kilian frunció el ceño.

—¿Puedo volver a verlo?

—Por supuesto. —Se inclinó hacia él para que pudiera tomar la baratija en su mano y examinarla por ambos lados. Esta vez, no temía su proximidad. La disfrutaba plenamente.

—Lo recibiste de tus padres, ¿verdad?

Ella asintió.

—La aleación es única. Que yo sepa, solo hay un herrero que combina oro y cobre de esta manera. Lo investigué el día que los magos atacaron. Por eso Allan y yo no estuvimos allí de inmediato. Ha pasado tanto desde entonces que no he tenido la oportunidad de contártelo.

Ava se animó. Quizás esta fuera una pista que la acercaría a sus orígenes.

—¿Dónde vive?

—Tiene una forja en Sanbell. Está en el oeste. Sin duda sería un buen lugar para empezar.

La miró, y ella leyó en sus ojos que quería acompañarla. Que sabía que era un error dejarla ir sola. Pero en ese preciso momento, su dragón también apareció en el horizonte y rompieron el contacto visual.

En silencio, observaron a las majestuosas criaturas hacerse más grandes y dirigirse decididamente hacia ellos. Sus alas se extendían ampliamente, sus escamas brillaban bajo el sol de la mañana y sus poderosas cabezas se erguían sobre sus enormes cuerpos.

Si había algo que mereciera su sacrificio, eran estas hermosas criaturas.

El viento se levantó cuando Draco comenzó a aterrizar. Un temblor recorrió la tierra y se intensificó cuando Thalara aterrizó en la meseta un instante después.

En silencioso acuerdo, se levantaron y caminaron hacia sus dragones. Antes de que sus caminos se separaran, Kilian tomó su mano y acarició sus dedos.

Ella se volvió hacia él mientras su corazón se oprimía. Las lágrimas se formaron en sus ojos, pero las contuvo. No quería hacérselo innecesariamente difícil, porque su sacrificio era mayor que el de ella.

Él miró su mano, acariciando sus dedos con el pulgar, y luego la miró a ella. Sus ojos eran profundos, algo melancólicos y pesados. Pero entonces tomó aire profundamente y le sonrió.

—Creo en ti, oh poderosa guardiana.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Y yo creo en ti, oh poderoso luchador de dragones.

Él se inclinó ante ella, besó su mano, y entonces había llegado el momento. La dejó ir. Infinitamente despacio, sus dedos se deslizaron de los suyos, rozando su mano una última vez hasta que sus yemas se acariciaron y tocaron piel con piel por última vez.

Su mirada aún la sostenía, una última vez se sumergió en ella y le sonrió, aunque su pecho se oprimía. Luego se dieron la vuelta, montaron sus dragones, se asintieron una última vez y se elevaron en el aire. Volaron en direcciones opuestas. Alejándose el uno del otro, aunque sus corazones se pertenecían. Pero a veces había un objetivo más elevado, algo más importante que los propios sentimientos. Aunque Ava no quisiera creerlo. Pero solo tenía que mirar a Draco para entender que ese era su caso.

Su corazón se oprimió, su torso tembló y las lágrimas brotaron en sus ojos.

—No tienes que contenerte, Ava. Estoy aquí contigo. Todos apreciamos tu sacrificio.

Apretó los labios.

—Gracias.

La primera lágrima se derramó y recorrió su mejilla. Dejó un rastro salado. Un rastro de anhelo. Un rastro de melancolía. Un

rastro de dolor. Otra lágrima la siguió, y otra, y otra más, mientras Ava volaba por el aire sobre Draco. Por primera vez en su vida, no contuvo ninguna de ellas.

Finalmente, las lágrimas se agotaron y se sintió vacía. Sus extremidades parecían flácidas y exhaustas, su energía completamente consumida.

—Ya has llorado suficiente, Ava. Miremos hacia adelante.

Se limpió la cara con el dorso de la mano y asintió.

—Tienes razón.

—¿Hacia dónde volamos?

Se aclaró la garganta. El sonido la devolvió al presente y la ayudó a dejar atrás el dolor.

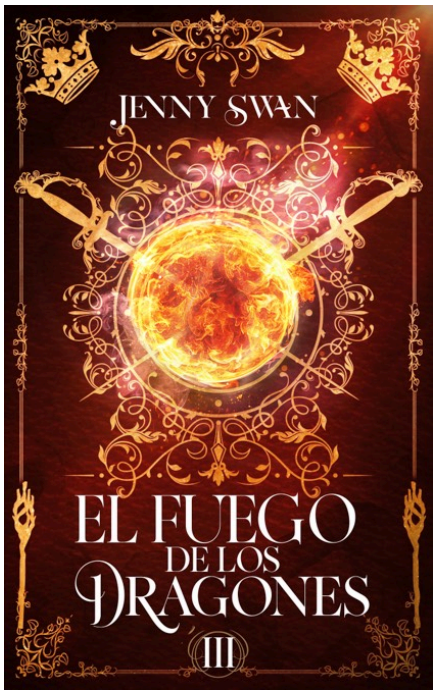
—Volamos a Sanbell. Hay un herrero allí que probablemente pueda responder algunas preguntas sobre mis orígenes.

Y quizás también la cuestión más urgente de por qué Elora la había perdonado. Porque ciertamente podía descartar que hubiera sido un impulso emocional espontáneo.

Este fue el Libro 2 de la emocionante saga *De Dragones, Amor y Destino*. El viaje de Ava continúa en el libro 3, *El Fuego de los Dragones*.

https://www.amazon.es/dp/B0G35T321G

EL FUEGO DE LOS DRAGONES



Ava se enfrenta a la decisión más difícil de su vida. Con el corazón roto, debe despedirse de Kilian, pues el destino tiene otros planes para ella.

Un misterioso colgante de su infancia, la única clave de su pasado olvidado, la conduce a Sanbell. Junto a sus leales compañeros, Ava emprende un peligroso viaje para descubrir la verdad tras la enigmática joya.

En la lejana ciudad, encuentra ayuda inesperada y respuestas impactantes. De repente, se enfrenta a una realidad increíble que desafía todo lo que creía saber. Su búsqueda la empuja hasta los límites de sus poderes y hacia los rincones más oscuros de su alma.

Mientras Ava lucha por su destino, el matrimonio forzado de Kilian con la princesa parece inevitable. ¿Existe alguna forma de salvar su amor? ¿O debe Ava sacrificar su felicidad personal por el bien común?

En esta cautivadora tercera entrega de la saga *De Dragones, Amor y Destino*, el valor de Ava se pone a prueba. ¿Podrá desentrañar los secretos de sus orígenes mientras evita que su corazón se rompa? Una apasionante historia de amor, deber y el poder de forjar el propio destino.

https://www.amazon.es/dp/B0G35T321G

EL CORREO MÁGICO DE JENNY

ESCENA EXTRA INÉDITA

¿Quieres saber cómo reaccionó Kilian cuando se enteró de que Ava había vuelto?

A menudo escribo más escenas de las que pueden caber en el libro. Esto incluye un capítulo desde la perspectiva de Kilian cuando se enteró de que Ava había regresado al Reino de los Dragones.

Por motivos de suspenso, no pude incluir la escena en el libro. De lo contrario, no nos habríamos sorprendido tanto como Ava cuando él apareció de repente.

Pero la escena es tan bonita que no quiero privarte de ella. ¿Te gustaría leerla? Entonces apúntate ya a mi Correo Mágico para Lectores y descárgate la escena extra inédita.

Por supuesto, puedes darte de baja del Correo para Lectores en cualquier momento.

¿Te apuntas? Entonces suscríbete en esta página de web:

https://preview.mailerlite.io/forms/852797/167532296948155587/share



¡Me hace muchísima ilusión que te unas!

¿Me escribirías una reseña?

Una pequeña petición para concluir:

¿Me escribirías una reseña?

Esto me ayudaría enormemente a llegar a nuevos lectores y a dar a conocer aún más el libro. No tiene que ser larga en absoluto. Una o dos frases son perfectamente suficientes.

Muchas gracias, ¡y hasta la próxima aventura mágica!

Con mis mejores deseos,

Jenny Swan

